

zses é ingleses boluntarios al mando de los abentureros Morgan i Balfur. Ademas rezibió su escuadra un refuerzo que no debia esperar. Fué así, que abiendo el duque echo equipar meses antes un gran número de nabes con destino á cruzar en las costas, se declararon los jefes por el partido que asta allí abian perseguido: dieron la bela de Flesinga, i amainaron su pabellon ante el del conde de Tserart, á quien el príncipe abia dado el mando en jefe de todas las fuerzas de la probinzia.

Aumentadas con esta deserzion, eran no solo bastantes para defender á Flesinga sino para emprender la reduzion de todas las demas ziuudades de Zelanda; con tanta mas probabilidad de buen ecsito quanto sabia su diposizion á levantarse, particularmente Campbere i Arnmuysden: de modo que sin emplear la fuerza, toda la Zelanda, salbo Middelbourg i el castillo de Rammekins, siguió el ejemplo de Flesinga i rezibió las guarniziones que les embió el conde.

No les detenia á la mayor parte de los habitantes de Middelbourg mas que el temor que la guarnizion les inspiraba. Sin embargo era muy corta, i el conde de Tserart al tomar la resoluzion de sitiar la ziuudad no dudó echarla de ella en poco tiempo, puesto que como dueño del mar juzgó casi imposible que se la pudiesen embiar socorros que retardasen la rendizion. Por su parte el duque conozia de cuanta importancia era aquella plaza, i estaba dezidido á conserbarla á toda costa; i para ello acordó que se metiese en ella Sancho de Abila, uno de sus mejores ofiziales, con mil soldados escogidos, mitad españoles, mitad walones: mezcla que acostumbraba azer para que la emulazion les animase á ser mas balientes. A estos mil se

agregaron muchos boluntarios, todos ofiziales de reputazion por su balor i su cuna. Quanto mas peligrosa era la empresa, i quanto mas difizil, tanta mayor gloria ofrezia á los que la acometiesen.

A últimos de abril fué cuando Abila salió de Berg-op-zoom al frente de su tropa i se embarcó en el Escalda: fué la nabegazion feliz; mas, tubo que desistir del intento de desembarcar lo mas zerca que pudiese de la isla, como se lo abia propuesto, con el fin de tener poco que andar para llegar á la ziedad. Sabiendo que los sitiadores estaban instruidos de su designio, el temor de encontrar con su numerosa escuadra le izo dirigirse al norte, aziendo un gran zírculo asta llegar á aquella parte de la isla que el ozéano baña. El desembarque era difizil por los muchos bancos de arena, i poco fondo: los soldados caminaron mucho tiempo en el agua; pero como el enemigo no se opuso al desembarco ninguno perezió. Pónese Abila al frente de un gran destacamento escojido, i se adelanta á reconocer la situazion de los sitiadores; los cuales estaban con toda la seguridad imajinable, confiados enteramente en sus buques, i sin aber tomado ni la menor precauzion contra un ataque inesperado por imprebisto. Reune Sancho sus tropas i á su frente abanza i cae sobre ellos con la mayor impetuosidad. Este ataque produjo tanto mayor efecto quanto fué menos prebisto, i quanto mas bigorosa fué la salida que los sitiados izieron: de modo que todos los sitiadores fueron pasados á cuchillo, eszepto los pocos que se salvaron en Flesinga i en Campbere. (1)

(1) Bentiboglio, p. 73.

Este descalabro no desanimó á los protestantes: sus fuerzas navales eran mayores que las de los españoles, i en ellas confiaban que distribuidas en torno de la isla interzeprarian cuantos socorros se intentasen introducir; i la guarnizion de Middelbourg se allaria pronto reduzida á capitular. No era infundada esta confianza: su armada se componia entonzes de ziento i zincuenta nabes lo menos, montadas por hábiles marinos, i conduzidas por espertos pilotos, miéntras que los de las españolas no podian ser mas ignorantes. Esta superioridad azia siempre victoriosos por mar á los protestantes; así como por tierra eran casi siempre benzidos, porque á soldados beteranos i bien disziplina-dos no podian oponer mas que reclutas echas con prezipitazion, sin disziplina, sin esperien-zia, i poco abituadas á las fatigas de la guerra.

Sus nabes cubrian el mar: los puertos de los Países-Bajos estaban todos bloqueados cuando el duque de Medinazeli llegó á la costa. Embióle Felipe á reemplazar al de Alba, que abia pedido lizenzia para retirarse por el mal estado de su salud. Mandaba una armada de zincuenta nabes montada por dos mil soldados españoles; pero como que nada sabia de lo que pasaba en las probinzias marítimas, ni sospechaba que los protestantes tubiesen tantas fuerzas navales bibia descuidado, de modo que sus nabes se allaron acometidas cuando menos lo pensaba. Tomaronle beinte i zinc de las mayores, i las demas se retiraron á Rammekins i á Middelbourg; i á él no le costó poco trabajo refugiarse en el puerto de la Esclusa. Alláronse en las nabes apresadas doszientos mil florines amonedados, que con lo que ellas balian pudo baluarse la presa en quinientos mil.

Al mismo tiempo se apoderaron tambien los confederados de veinte nabes que el duque de Alba embiaba á Middelbourg cargadas de artillería, tropas, armas i pólvora: nabes que fueron atacadas antes de salir del puerto, i despues conduzidas á Flesinga. Otras equipadas en la Esclusa i con el mismo destino tubieron la misma suerte. Los zelandeses abiendo sabido á tiempo el momento de su partida, apresaron tres en la corta trabesía de la Esclusa á la isla de Walcheren, persiguieron las demas asta la ensenada de Rammekins, donde á pesar del fuego de la guarnizion tomaron algunas i quemaron las otras.

Estas ventajas izieron mas eficaz en los zelandeses el deseo de apoderarse de Middelbourg, puesto que miéntras permaneziese bajo el dominio español estaria la isla espuesta á nuevas incursiones. Despues de todas las tentatibas inútilmente echas por el enemigo para introducir socorros, no quedaba ya mas que ver si por la ziuudad de Tergoes era posible. Está situada en la isla de Sud-Bebeland, comunica con el mar por un canal, i tenia ochozientos walones i españoles de guarnizion, é Isidoro Pacheco, oficial español, de comandante.

El conde de Tserart despues de levantado el sitio de Middelbourg en los términos que arriba dijimos, le puso á Tergoes; pero tambien le lebantó con prezipitazion por la notizia falsa que le dieron de que los españoles iban con mucha fuerza á atacarle. Al fin del estío intentó bolber á esta empresa. Constaba su ejército de ocho mil protestantes alemanes, franceses é ingleses: i la guarnizion era mui débil para oponerse al desembarco, que con efecto se izo sin el menor obstáculo. Zercóse la ziu-

dad i estrechó el conde el sitio con mucha actividad; i á pesar de muchas salidas i de la defensa mas bizarra, llegaron los sitiadores á abrir muchas brechas considerables; de modo que despues de algunas semanas juzgó Pacheco que no le seria posible mantenerse mucho tiempo. Dióle parte al duque de Alba, que estaba bien combenzido de que de la conserbazion de Tergoes dependia no solo la de Middelbourg sino la de toda la Zelanda; i no lo estaba menos de que la pérdida de aquella plaza nunca se atribuiria ni á Pacheco ni á la guarnizion, cuyo balor era arto bien conozido, sino á él solo, por no aber embiado los socorros que le pidieran. Dió pues órden á muchos rejimientos dispersos en diferentes cuarteles para que juntos en Berg-op-zoom bajasen el Escalda, i siendo tan corta la trabesía entrasen en Sud-Bebeland: i al mismo tiempo que este refuerzo de ombres, embió tambien muchos trasportes cargados de muniziones de guerra i boca á las órdenes de Abila i Mondragon, ambos mui señalados por su balor i esperienzia; i que en esta ocasion mostraron ambos ser dignos de la elezion.

Fueron repetidas las tentatibas que izieron para pasar por medio de la escuadra de los protestantes; pero sabiendo estos su designio espionaron con tanto cuidado sus mobimientos, i maniobraron con tanto azierto, que no pudieron aquellos salir con su intento. Probó Abila otro medio del que abia conzebido las mayores esperanzas, i fué colocar muchas baterías de distancia en distancia á lo largo del Escalda para alejar al enemigo i fazilitar á Mondragon el paso; empero por desgrazia encontró tan úmedo el terreno i tan zenagoso, que no pudo colocarlas tan zerca de la ribera que impidie-

sen que el enemigo abanzase. En tal situacion no les quedaba otro medio de salvar sus nabes, siempre espuestas á ser echadas á pique, que el desistir de la empresa i bolberse al puerto.

Empezaban pues á desconfiar de poder socorrer á Tergoes cuando un zelandés, llamado Plumart, á quien conozian por su adesion á los españoles, se presentó á ellos, i les propuso un medio que al prinzipio tubieron por impracticable; pero que sin embargo tantearon despues. La isla de Sud-Bebeland, en que Mondragon queria desembarcar sus tropas, solo dista siete millas de una lengua de tierra, á la que podia fácilmente pasar de Berg-op-zoom. Esta lengua está al oriente separada del Brabante por el Escalda, i de la Flandes por el Ondt. Antes del 1532 azia parte de la isla de Bebeland; pero entonzes quedó separada por aquella terrible creziente del mar que rompió los diques, cubrieron las aguas la parte de la isla mas próxima al Brabante, i la desunió en zierto modo del resto de la isla. Esta inundazion se estendió de norte á sur, es á saber: cubrió todo el terreno que abia de este á oeste, que por lo mas estrechó podia tener de estension como siete millas italianas. En bano los habitantes de aquellos desgraziados paises agotaron todos los recursos para dar corriente á las aguas: nunca pudieron conseguirlo. Ni aun en tiempo de las grandes mareas se podian aquellos sitios inundados atravesar en bateles, así por el poco fondo, como por los muchos bancos de arena; i en la baja mar fuera peligroso el esponerse á pasar por el bado: ademas se sabia que muchos arroyuelos atravesaban el terreno.

A pesar de tantas dificultades propuso Plumart á Mondragon aquella ruta para las tro-

pas destinadas al socorro de Tergoes, ofreciéndose á servir de guia. El proyecto era atrevido, la empresa difizil, por nadie intentada, nadie tenia conozimiento esacto del terreno, porque apénas nadie abia que se acordase de haberle bisto seco. Sabíase sí la longitud, i por consiguiente lo que los soldados tenian que atravesar; pero nadie podia presumir que los destinados á esta empresa pudiesen sostener la fatiga de una marcha tan penosa, en el agua, en el lodo i en el fango. Considerabase tambien que por poco que cualquier accidente imprebisto les detubiese, era mui de temer que sobrebiniera la marea i el mar se los tragase. Esto, aun preszindiendo de que el enemigo podia barruntar el proyecto, caer sobre ellos al momento de tomar tierra, i despedazarlos.

Nada empero fué bastante para desanimar á Plumart, sino que propuso que nada se decidiese miéntras por sí mismo no se asegurase de si como no dudaba abia realmente un bado practicable. Acompañado de dos españoles i de un biejo del pais que conozia perfectamente el terreno por haberle bisto antes de la inundazion, sale Plumart en busca del bado, le alla, le pasa, llega al otro lado, i se buelve por el mismo camino sin mas dificultades que las que desde luego esperaba.

Con tanto, Abila i Mondragon adoptaron el pensamiento, i prepararon todo lo nezesario para ponerle por obra. Llenaron muchos saquillos de pólbora, mecha i pan, é izieron pasar de Berg-op-zoom á Agger, lugar puesto á la entrada del bado reconozido, tres mil soldados escogidos, i Mondragon se puso al frente, tomando á su cargo aquella singular empresa. Distribuidos los saquillos, conduze su jente á la en-

trada del bado sin aberles dejado trasluzir su intento asta el mismo instante en que iba á meter el pie en el agua que les dijo le siguieran , i les instruyó del descubrimiento que Plumart i sus camaradas abian echo , i de la empresa que iban á acometer , pintándosela como que debía cubrirles de gloria. «Esta empresa , les dijo , interesa al rei i á la relijion: ningun ejé- zito a emprendido jamas otra semejante.» Llenos los soldados de aquel balor intrépido que distinguió en toda aquella guerra á las tropas españolas , i embanezidos por la preferenzia que sobre los demas se les daba , manifestaron la mayor alegría por tan inesperada nueva , i pidieron con instancia que se les llebase sin mas tardar.

Entran en el agua al tiempo de baja mar: delante ban los españoles , llevando á su frente á Mondragon , i por guia á Plumart; siguen los alemanes , i los walones zerraban la retaguardia. Caminaban todos mui zerrados para poderse baler unos á otros en caso de nezesidad , i para mejor poder resistir el mobimiento de las aguas. Así estrechados unos con otros , tanto quanto lo permitian las aguas que los rodeaban i el piso mobedizo i zenagoso en que iban , llegaron sanos i salbos al dique de Yersicken , eszepto nueve que perezieron de cansanzio , ó por aber imprudentemente descuidado el orden de ir por dezirlo así agarrados á sus camaradas. Es Yersicken un pueblo distante solo cuatro millas de Tergoes ; i allí dispuso Mondragon que descansase la tropa aquella noche con ánimo de llevarla al amánezar al socorro de los sitiados.

Supieron los sitiadores su llegada , i difundió entre ellos tal terror que imajinando en los españoles un poder sobreumano , i sin informar-

se del número de los que iban. Lebanten el sitio, abandonan trincheras, bagajes i artillería, i uyen prezipitadamente á la costa. Persíguelos la guarnizion, mata ochozientos, i fueron mas los que perezieron en las olas por llegar á los barcos. Entra Mondragon en Tergoes, i rezíbele la guarnizion como á su libertador; i despues de disponer otras nuebas fortificaciones, i de dejar al gobernador parte de las tropas que le acompañaban, tomó con el resto la buelta del Brabante á unirse con el duque de Alba. (1)

(1) Bent., p. 110. Meursii Auriacus, p. 89.



I S T O R I A
 DEL REINADO DE FELIPE II,
 REI DE ESPAÑA.

LIBRO UNDÉZIMO.

Miéntras en Zelanda pasaba lo que dejamos contado en el libro antes de este, el espíritu de rebozulion que se apoderara de los abitantes, obraba con la mayor actibidad i enerjía en los de algunas otras probinzias. Los de Enchuisse, en la Nord-Ollanda, fueron los primeros que tubieron balor para enarbolar en sus muros el estandarte de la libertad, cuyo ejemplo siguieron los de Medenblik, Edam, Purmerende, i otras muchas ziudades; en algunas de las cuales todabia muchos estaban por los españoles; empero siendo mas los que propendian por la libertad obligaban á los otros á uir, ó á someterse al menos en aparienzia.

No era menor la fermentazion en la parte meridional de la probinzia de Olanda: el fuego que algun tiempo antes se enzendiera, débil al prinzipio, fué sin intermision cobrando fuerza, en términos que en el espazio de pocos meses se izo casi jeneral el inzendio. Leiden, Guda, Dordrecht, Arlem i todas las demas ziu-

dades de la probinzia, salbo Amsterdam, se declararon abiertamente por el partido de la libertad, reusaron toda obediencia al rei de España, i protestaron que en adelante no reconocerian mas autoridad que la del príncipe de Oranje i la de los estados. Muchas ziuudades de las probinzias de Oberissel, Frisia i Utrecht tomaron el mismo partido i obserbaron la misma conducta que las de Olanda.

Aunque ausente el príncipe no contribuyeron poco sus artes i manejos á que se declarase cuanto antes la rebellion. En su nombre obraban sus partidarios; i en tanto que él por sus cartas atraía á los prinzipales de las ziuudades, lisonjeabales con la esperanza de afirmar sus priblejios, i de gozar de una entera libertad en materia de relijion, bien fuesen protestantes, ó bien católicos. Eszitaba tambien su zelo con la esperanza de berse libres para siempre del enorme peso de los impuestos i contribuziones que les agobiaban. Sus amigos, sus echuras i sus secuazes diseminados por todas las probinzias obraban tambien por su parte, i con mucho calor: casi todos eran mui diestros, mui capaces i mui insinuantes, i la mayor parte gozaba de mucho crédito i tenia en el pueblo mucho influjo i autoridad. (1)

Los preparatibos para la guerra estaban ya mui adelante, i el príncipe dispuesto á ponerse

(1) En Olanda nombró el príncipe de Oranje teniente gobernador á Sonoy, i en la Glüeldres, la Frisia i Utrecht al conde de Bag, caballeros ambos de los que mas contribuyeron á que la rebolucion se iziese: el conde estaba personalmente interesado en el buen ecsito de ella como que estaba casado con una ermana del príncipe.

luego en marcha. Todo parecia combidarle á ello , i prometerle un ecsito mas felíz que el de su primera jornada. El ejérsito teniale ya reunido , i le componian soldados aguerridos i disciplinados : no le faltaba dinero para pagarle, puesto que sus amigos le abian acudido con sumas considerables, i ofrezidoselas aun mayores. Las prinzipales ziudades del mediodia le tenian asegurado que tan luego como se presentase le abririan las puertas ; pero lo que parecia deberle dar mas confianza eran las disposiciones que la corte de Franzia abia tomado , i lo que tocante á la relijion suzedia entonzes en aquel reino.

Tenianle dibidido de muchos años atras dos facciones ; son á saber , la de los protestantes, i la de los católicos que casi siempre llebó la bentaja ; empero eszitada la otra por sus jefes, sostenida por los protestantes estranjeros , animada por el zelo ardiente de la relijion , i aun mas por las crueles persecuciones que padeziera, se abia echo temible á sus enemigos ; i sus esfuerzos por sostenerse , i librarse de la opresion , mas de una bez causaron á los católicos cuidados grabísimos. La corte misma le ofrezió partidos mui abentajados en barias ocasiones.

Mas aunque en muchas se mobieron pláticas , i en algunas se izieron conziertos , ninguno duró : eran las pretensiones tan contrarias , los intereses tan opuestos , los prinzipios relijiosos i políticos tan incompatibles que no duraba la paz mas que lo que se tardaba en poder bolber á la guerra. Nunca los católicos ni la corte tubieron mas fundada esperanza de ber destruidos i echados del reino á los protestantes i el protestantismo , que en fines de junio de 1569. Su jefe el baliente príncipe de

Condé (1) muerto en la batalla de Jarnac : su ejéztito enteramente desecho ; (2) i en fin Colifni i el jóben prínzipe de Bearne retirados con las reliquias de él en las montañas de la Gasuña i del Languedóc. Empero en este tan deplorable estado, conserbaron aquellos dos grandes ombres el mismo zelo por sostener su partido, i el mismo ardor por bengarle. Animados por sus mismas desgrazias, trabajaron con la mayor actibidad en reparar sus pérdidas, i en ponerse en estado de obtener de la fortuna de la guerra lo que no abian podido de la justizia del soberano. I con asombro de la Europa entera se les bió al frente de un ejéztito salir á campaña, i buscar el de los católicos.

Luego que la reina, que era la que mandaba con el nombre de su ijo, supo la marcha del ejéztito protestante i el estado de sus fuerzas, resolbió disimular, encubrir su odio i disfrazar el cruel apetito de benganza que la deboraba, con aparentes deseos de paz i de reunion de los dos partidos. Conozia serla mas fázil engañar que benzer á sus enemigos, i mas seguro combatirlos con la astuzia i ruines arterías, que con las armas. Su proyecto, de que solo eran sabedores el rei, el duque de Anjou, el cardenal de Lorena, el duque de Guisa i Alberto de Gondy, conde de Retz, fué aplaudido por todos, i todos se obligaron á guardar el mas inbiolable secreto. En consecuencia, apénas se

(1) Dióse esta batalla el 13 de marzo. Montequiou fué el que á sangre fria mató al prínzipe de Condé, que no contaba mas de treinta i nueve años.

(2) En 3 de octubre. Si el duque de Anjou ubiera perseguido los restos del ejéztito de Colifni abria dado fin al partido de los protestantes.

conzertó, quando se puso en ejecuzion el plan de conducta que abia de obserbarse con el partido protestante; i se propuso al príncipe de Bearne i al almirante Coligni un tratado de paz, que fué azeptado i firmado en san Jerman (1) por el qual conzedia el rei á los protestantes un perdon jeneral de lo pasado, i prometia un entero olvido: permitia que tubiesen la mas ámplia libertad para el ejerzizio público de su relijion, i por plazas de seguridad consentia el rei que el príncipe i el almirante conserbasen en su poder las ziudades de la Rochela, Coñac, la Caridad i Montalban; mas con la condizion de que se le debolberian siempre que en el espazio de dos años contados desde la fecha se ubiesen cumplido en todas sus partes los artículos contenidos en el tratado.

No empero se fiaban por esto en la palabra del rei ni de su madre los jefes de los protestantes; combiene á saber, los príncipes de Bearne, el de Condé, i el almirante Coligni. Abian aprendido en lo pasado á temerlo todo de la falsedad del carácter de ambos, i tenian por tan imprudente como temerario el ir á la corte por mas que se les combidaba: creyeran que era ponerse en manos de sus enemigos, i esponerse á su benganza. Persistieron pues en la resoluzion de bibir léjos, i no dejar las plazas de seguridad. Mas, los contrarios nada ubo que no iziesen por disipar sus sospechas é inspirarles confianza: obserbaronse relijiosamente todos los

(1) Se firmó en agosto de 1570. Esta paz, que fué la tercera, se llamó la paz coja ó mal sentada, porque la ajustaron Biron que era cojo, i el señor de Malassises, que en castellano responde á mal sentadas.

artículos : dieronse las órdenes mas terminantes para que de modo alguno se perturbase el ejercicio de la religion reformada ; i si se suscitaba alguna disputa entre los que la profesaban i los católicos , siempre tenian estos la culpa , i se les trataba con rigor aun quando eran justas sus quejas contra los otros. Si el rei hablaba del último asiento , asíalo con un aire de satisfacion que daba bien á entender la que le resultaba de aberle ajustado. En presencia de los católicos mismos , aun de los mas zelosos , aseguraba estar resuelto á obserbar todos los artículos con la mayor fidelidad. Acusabase frecuentemente de la inconsiderazion de aber creído que se podian subyugar las conziencias por la fuerza ; i particularmente de que podia emplearse esta con buen escito. Dezia que era imposible ubiese ninguna considerazion , ningun motivo , ninguna razon que en lo suzesibo le empeñase á echar mano ni azer uso de ella ; porque estaba combenzido de que seria trabajar igualmente en su ruina que en la de sus basallos. Dabase á todo esto un aire de berdad que cuantos lo oian , i no estaban en el secreto , lo tenian por sinzero. Muchos cortesanos , quejosos de la supuesta mudanza del rei , repetian con zierto enojo lo que le oian , i por lo mismo ayudaban tambien á engañar á los protestantes i azerles caer en el lazo. Empero el almirante , menos confiado cuanta mas esperiencia tenia , i mas conozimientos del rei i de sus confidentes , que los dos prínzipes , fué tambien mas firme que ellos en resistir á las instancias que se le azian de que fuese á la corte. En bano le aseguraba el rei que deseaba tenerle á su lado para poder darle pruebas de la sinzeridad de su estimazion i amistad. El almirante respondia no po-

der persuadirse que bibiria seguro donde sus mas mortales enemigos los Guisas eran los dueños i tenian un poder absoluto.

En estas zircunstanzias se creyera que el mejor medio de engañarle ubiera sido pribar de su balimiento á los Guisas separándoles de la corte; pero esta podria parecer una estremada condeszendenzia, i por lo tanto sospechosa al almirante. El rei tubo por mejor el contentarse con dezirle que sus temores eran quiméricos, que ya los Guisas no tenian con él el mismo aszendiente, ni eran como fueron dueños del gobierno. Para dar mas berosimilitud á esta ficzion, aparentaron los Guisas tanto desabrimiento que se retiraron de la corte; i el rei para azerlo aun mas creible ofrezio su ermana Margarita al prínzipe de Bearne, i embió embajador á Inglaterra que negociase el matrimonio del duque de Anjou con la reina Isabel. A todos estos medios empleados para engañar á los protestantes, i particularmente á sus jefes, se añadió el de anunciar la firme resoluzion de declarar la guerra al rei de España; i para que se tubiese por mas probable se daba por motibo el aberse negado á dar satisfazion de ziertas injurias que sus basallos en América abian echo á los del rei de Franzia. Este ofrezio al mismo tiempo al almirante el mando del ejérsito que debia obrar en los Países-Bajos; asegurándole que en aquella guerra seguiria enteramente su dictámen, el del prínzipe de Oranje i su ermano el conde Luis. Déjase conozér la destreza con que todos estos medios se abian combinado para faszinar los ojos del almirante.

La inclinazion de este grande ombre á la guerra era igual á la superioridad de sus ta-

lentos. Sínzèramente adicto á la reforma trabajaba en su propagazion, i estaba dezidido á sacrificarlo todo en su defensa. Unianle estrechamente á los prínzipes de Nasau la semejanza de carácter, la conformidad de costumbres, i los bínculos de relijion i de política. Allábase con él en la Rochela el conde Luis cuando rezibió las proposiciones de la corte, i él fué en zier-to modo el que le determinó á que tubiese alguna confianza en la sinzeridad del rei; i poco despues pasaron á París donde fueron rezibidos del rei i de su madre con tantas demostraciones de estimazion que no dudó el almirante de la sinzeridad de ánimo de uno ni otro.

Continuaba el rei disimulando porque aun no era llegado el tiempo de ejecutar su cruel designio; i como creia que lo que mas abia contribuido á engañar al almirante eran las seguridades que le abia dado de atacar á los españoles en los Países-Bajos, afectó ocuparse con mas aínco que nunca en los preparatibos militares; é izo al conde Luis que partiese á la frontera á fin de que le fuese mas fázil el instruir de sus disposiciones á los descontentos, para que adbertidos de la prócsima llegada del almirante i su ejérsito estubiesen preparados á obrar por la causa comun. Nada, sin embargo, estaba mas distante de los íntentos del rei. Los protestantes no bien supieron la llegada del conde Luis cuando se apresuraron á ofrezerle sus serbizios i todos los ausilios de que pudiese nezesitar para el logro de la empresa de que le creian encargado: el zelo relijioso, i el espíritu turbulento de aquel siglo á todos les animaba, inflamaba á todos, i á todos daba una increíble actibidad.

Parezióle al conde que importaba mucho no

dar lugar á que aquel ardor se entibiase; i sabiendo que para facilitar el buen écsito de la jornada que iba á empezar el príncipe su ermano, así como la imbasion de los franzeses en los Países-Bajos, era nezesario apoderarse de una plaza fuerte en la frontera, parezióle Mons la mas á propósito para sus designios; i con esta mira se proporcionó en aquella ziudad muchos partidarios, con quienes mantubo una correspondenzia secreta, i por cuyo medio se izo al fin dueño de ella del modo que aora diremos.

Púsose el conde al frente de un cuerpo de cuatrocientos caballos i mil fusileros; i tomó tan bien sus medidas, i caminó con tanta zircunspezcion, que llegó al anochezer, sin aber sido descubierto, á un bosque poco apartado de Mons. Embió luego doze soldados disfrazados, escojidos entre todos por su valor i astuzia: ospedaronse sin ser conozidos en un meson, diciendo que eran binateros, i que abian dejado atras los carros. "¿A qué ora, preguntaron al uésped, se abren las puertas? A cualquiera, les respondió, si se le da algo al que tiene las llaves." Diéronle, pues, lo que pidió, i las entregó. Apénas empezó á amanecer abrieron la puerta: los que la guardaban fueron auyentados, i el conde entró al frente de zien caballos, dejó algunos á la puerta misma, i con los demas recorrió la ziudad, diciendo á los que encontraba que no iba como enemigo, sino como amigo, i que el príncipe de Oranje caminaba con un poderoso ejérxito á asegurar su libertad, i librarles de todas las contribuziones que el duque de Alba les abia impuesto.

Este suzeso parezió no aber causado ninguna sensazion en la ziudad. Los abitantes, salbo los que estaban en el secreto, se estubieron

tranquilos en sus casas; mas no por eso lo estaba el conde: su infantería no llegaba: los soldados que consigo tenia no bastaban para conserbar su conquista contra el menor esfuerzo que los bezinos iziesen. El único partido que juzgó debia tomar era el de ir en persona á buscar su jente, que perdida en el bosque abia tomado un camino por otro. Állala el conde, azelera su marcha, i la conduze á la puerta, que temió encontrar zerrada, i no sin fundamento, porque por poca resistenzia que los de Mons izieran, forzaran á los soldados del conde á salir de la ziuudad; i zerradas las puertas, frustrada la empresa. Inmediatamente que bolbió á entrar, su primer cuidado fué zerrarlas, i poner en ellas un cuerpo de guardia, así bien que en las murallas. Despues juntó los majistrados, i les manifestó los motibos que abia tenido para apoderarse de la ziuudad i los intentos del príncipe de Oranje. Aseguróles que los soldados no cometerian la menor biolenzia, i en seguida mandó á los bezinos, de quien no tenia confianza, que le llebasen sus armas, i les embió á entender en sus ocupaciones. No tenia el conde para defender su conquista mas de mil i quinientos soldados; mas poco despues, muchos protestantes de la Picardia i de la Champaña se le unieron. (1)

La pérdida de Mons sintió el duque de Alba tanto mas quanto lo esperaba menos. Tenia al conde Luis por bibo, actibo, fogoso i emprendedor, i desde la paz de san Jerman abia espiado asta sus mas mínimas acciones, i échole redoblar su cuidado el buen rezibimiento que

(1) Bentib., pag. 95. Meursii Auriacus, pag. 79. Meteren, pag. 95.

tubo en Francia; mas las espías que tenia en París, engañados por las apariencias, le abian comunicado muchas bezes que el conde Luis jugaba á la pelota, queriendo darle á entender que le ocupaban mas sus plazerres que ningun proyecto importante. De aquí puede inferirse qué sorpresa no le causaria la notizia de que se abia apoderado de Mons. Dízese que en el primer movimiento de ira tiró el sombrero, i pateándole, dezia: «una toscana me a engañado (Catalina de Médizis); empero dentro de poco, en lugar de lises toscanas, yo aré que sienta las picaduras de las espinas españolas.»

A proporzion que el duque meditaba las consecuencias que podia tener la pérdida de Mons, se aumentaba su disgusto. Beia que aquella plaza era la capital del Eno, i una de las ziuudades mas grandes i populosas de los Paises-Bajos: que situada en un terreno pantanoso, seria fázil azerla inconquistable: que distando tan poco de las fronteras, daria entrada en el pais á tropas estranjeras: que el rei de Francia, que azia algun tiempo parecia mas inclinado á la guerra que á la paz, ó bien el príncipe de Oranje, podian fázilmente socorrerla, é impedir que se recobrase.

Estas consideraciones le izieron que se resolbiese en emprender el sitio sin tardanza: pero al tiempo que mas ocupado estaba en azer los preparatibos, rezibió la nueba de que se abia lebandado la Olanda, i que el príncipe de Oranje, al frente de un poderoso ejézcito, iba á ponerse en marcha para socorrer á los rebeldes, i acabar enteramenté la reboluzion. No cayó el duque de ánimo, ni le espantó el peligro que le amenazaba; sino que con la mas increíble actividad trabajaba por su parte en ponerse en

estado de obrar con el mayor bigor. En poco tiempo levantó un ejérxito de zinco á seis mil caballos i diez i ocho mil infantes, alemanes todos; á los que se agregaban zincuenta compañías de españoles, i ziento zincuenta de walones i flamencos. Fué su primer intento dibidir estas fuerzas, i emplear una parte en recobrar las ziudades marítimas, miéntras sitiaba á Mons con la otra. Mas reflexionando despues las dificultades que podria ofrezzer así una como otra empresa, tubo por mejor acometerlas suzesivamente con todas las fuerzas.

Así resuelto, nezesitaba dezidir por dónde abia de empezar, si contra los rebeldes, ó contra Mons. En una zircunstanzia tan delicada no se quiso resolver sin oir antes á sus prinzi-pales cabos. Uno de los de mas reputazion entre ellos era el marques de Bitelli, no menos distinguido por su cuna i su rango, que por sus talentos militares, que le azian digno de la considerazion en que se le tenia. Fué su dictámen que debia prinziipiarse por las ziudades marítimas. « Las probinzias del interior, dijo, estan en berdad espuestas á los ataques, así de la Franzia como de la Alemania; mas dado que lo sean, siempre será despues mas fá-zil recobrarlas que las de Olanda i Zelanda: los abitantes de aquellas son mas leales que los de estas, infectados del espíritu nobador. Por otra parte, los ugonotes que manda el conde Luis, destituidos de todo socorro, se allarán mui luego en la nezesidad de dispersarse; pues yo no puedo persuadirme que la Franzia, que asta aora a manifestado tanto zelo por la berdadera relijion, quiera desonrarse faboreziendo las empresas de sus basallos rebeldes, á quienes anima el deseo de destruir esta misma relijion.

Las tropas alemanas que manda el príncipe de Oranje an sido reclutadas de prisa, no estan disziplinadas, ni tienen mas aliziente para bibir reunidas á sus banderas, que la paga, ni para pelear mas estímulo que la codizia del botin. I así será, que tan luego como les falte la esperanza de enriquezese, á bandadas dejarán sus jefes, se bengarán de ellos, i tornarán á sus casas antes que esponerse á las fatigas i peligros de un sitio. Nosotros podemos, continuó el marques, dejar para mejor tiempo el de Mons, i no ocuparnos por aora en la conserbazion de las fronteras de parte de tierra, pues que el estado actual de las probinzias marítimas es tal que no sufre ninguna dilazion. El beneno de la erejta se a comunicado á todos sus abitantes: un espíritu de bértigo se a difundido entre ellos: entréganse frenéticos á los mayores eszesos contra la iglesia i contra el rei. Por poco que se tarde en someterlos, acaso será nezesario renunziar asta la esperanza de atacarlos. La situazion de aquellas ziudades es por sí mui fuerte: pronto serán inconquistables. Para cada paso de un rio se nezesitará un gran golpe de jente, un ejérgito para apoderarse de un canal, i una campaña entera apénas bastará para un sitio. Considerad que aquellas ziudades pueden ser socorridas en todo tiempo, pues que por la mar i los rios se las puede introducir toda espezie de ausilios en cualquier estazion del año, bien sean de Franzia, bien de Alemania ú de Inglaterra; miéntras sus escuadras impedirán que á los sitiadores lleguen los socorros que se les embien. Por otra parte, el príncipe de Oranje, gobernador tantos años aze de aquel país, posee en él muchos bienes, tiene relaciones estrechas con los de mas crédito; i como es en él donde

con preferenzia a lebandado el estandarte de la rebelion, tambien es en él donde piensa fijar la silla de su imperio usurpado, que tanto ambiciona conserbar. Ataquemos, pues, al enemigo en su fuerte, i quando de él le ayamos arrojado, nos será fázil impedir que en ninguna otra parte se establezca.»

Tales fueron las razones que empleó Bitelli para persuadir al duque á que dejase para otro tiempo el sitio de Mons. I zierto que si su dictámen prebaleziera, acaso nunca se ubiera establecido la república de las probinzias unidas. Las ziudades lebandadas aún no estaban en estado de defensa, i si se las embistiera como el marques proponia, no podrian defenderse mucho tiempo contra fuerzas como las del duque. Amsterdam i Middelburg aún no se abian declarado: reunidas sus nabes á las que España ubiera podido embiar, formaran una armada mui superior á la de los protestantes, que se ubieran bisto en la dura nezesidad de someterse á las condiziones que Felipe les impusiera.

De que Mons permaneziese algun tiempo mas en poder del conde Luis, ni aun de que el prínzipe conquistara cualesquier otras plazas, no podian resultar tan infaustas consecuencias como las que el marques predijo que resultarian de la tardanza en acometer las ziudades marítimas que propuso. En un pais abierto como la Flandes, de la fuerza ó debilidad de los ejéztitos depende la suerte de las ziudades; i era mui probable que el duque podria emplear siempre ejéztitos mas poderosos i mejor disziplinados que el enemigo, i particularmente despues de reduzidas á la obediencia las ziudades marítimas; dado que como dueño del mar le

fuera fácil rézibir continuamente de España nuevos refuerzos.

Por mas justas que fuesen estas reflexiones, podian ázerse otras que debilitasen su fuerza, pues que el asunto que se discutia era de aquellos de que no se puede sanamente juzgar asta que se ve el resultado ; por el cual se demuestra muchas vezes que no era el mejor el partido que antes por tal se tenia. Débese tener presente que entonzes no conozia el duque todas las dificultades que ai que benzer para situar una ziadad en países tan cortados por el mar, por los rios i por los canales como las probinzias marítimas : acaso no prebió tampoco los prodijiosos esfuerzos que los naturales izieron por sostener la guerra i defender sus ziadades. Era tambien mui probable que supusiese en el rei de Franzia designios ostiles, i que temiese los cargos que se le podianazer sino se oponia á los estragos que el prínzipe de Oranje iziera en las ricas i fértiles probinzias del interior, i que esto amanzillase su gloria. Si se considera tambien el carácter del duque podrá inferirse que no fué el que menos contribuyó á que prefiriese su dictámen. Era biolento, bengatibo, soberbio, altanero: aborrezia personalmente al prínzipe, en otro tiempo su ribal de crédito i de fabor, i entonzes de gloria : i es mui presumible que el deseo de benganza le decidiese á situar á Mons con preferenzia á las ziadades marítimas.

Tomada en fin esta resoluzion, llamó las guarniziones que tenia en Rotterdam i Delftsabem, únicas ziadades de Olanda en que la abia. Llegadas que fueron embió el duque á su ijo don Fadrique de Toledo, marques de Coria, á

Noir-carmes i Bitelli con una parte del ejército á sitiarse á Mons. Los habitantes de aquella ciudad que á la llegada del conde Luis formaron de él poco favorable concepto, tenían su gobierno i sospechaban de sus intenciones, depusieron aquella prebenzion, se tenían por felices en obedecerle, i trabajaban bajo sus órdenes sin repugnancia i con actividad para poner la ciudad en estado de resistir. Repararonse las fortificaciones, i se hizo una provision considerable de municiones de boca i guerra. Apenas las tropas españolas empezaron á prepararse para bloquear la plaza, quando la guarnizion empezó tambien á hacer frecuentes salidas, que mucho los molestaban.

En tanto, abia el conde Luis embiado á Jenlis á París para que instruyese al rei del buen éxito de la empresa en Mons, i solizitase los socorros de tropas que se le abian ofrezido. Fué Jenlis rezibido de modo que no le quedó ninguna duda de lo bien que lo abia sido la nueva que llevaba; i aun se mandó que se levasen tropas. Mas nada de todo esto era lo que parecia: queriase ganar tiempo. La corte estaba decidida á no socorrer al conde, teniendo que antes que la jente se reclutase i reuniese podria ejecutarse el horrible trato que tiempo antes se abia concertado. Pero la actividad del almirante engañó las esperanzas del rei i sus confidentes. Como tenia en el gobierno un poder ilimitado hizo uso de él para que la jente se reuniese, de modo que se alló pronta á marchar mucho antes de lo que se pensaba. Tubo pues Jenlis á sus órdenes, á pocas semanas de haber llegado, un cuerpo de quatro á cinco mil infantes i quatrocientos caballos. El almirante i el conde Luis de acuerdo acerca de la marcha, querian

que Jenlis siguiese el camino de Cambrai, creyendo que por allí no sería atacado por los españoles, é iria con seguridad á unirse al ejército del príncipe de Oranje. Mas Jenlis pensó de otro modo: quiso probar al príncipe de la gloria de azer levantar el sitio de Mons, i ganarla para sí, teniendo por bastantes aquellas fuerzas. Supo el enemigo por la corte de Francia el dia que Jenlis salió, i el camino que llevaba. Levanta don Fadrique el bloqueo, junta sus tropas, pónese al frente, i se dirige á las fronteras, no dudando allar á Jenlis, ni derrotarle antes que se acercase tanto á la plaza que pudiese socorrerle el conde Luis aziendo una salida con la guarnizion, i atacando por la espalda á los españoles.

No bien abia llegado Toledo á la aldea de san Guillen, distante algunas millas de Mons, cuando sus batidores le avisaron que los enemigos abian entrado en un bosque bezino, i que podria atacarlos con ventaja al tiempo que saliesen. Manda el jeneral que la caballería se dirija al bosque, i él la sigue con la infantería. A la entrada descubren los jinetes como un ziento de los enemigos benidos allí como en descubierta. Atacanlos, fuerzanles á bolberse al bosque, entran con ellos, les persiguen, i no se detienen asta ver el campo de Jenlis, en el cual los fujitibos introdujeron tal confusion que no fué posible ordenarle en batalla antes que Toledo llegase con su infantería; la cual reunida á la caballería atacan á los franceses, si con balor no fué menos el que estos opusieron. Dos oras duró el combate; mas al fin tubieron los franceses que retirarse, i encomendar su salud á la fuga: dos mil quedaron en el campo: siguen los españoles el alcance á

los fujitibos , i matan muchos , á que no ayudaron poco los paisanos en benganza de los insultos que poco antes rezibieran. Jenlis quedó prisionero , se le llebó á la ziuadela de Amberes en que murió repentinamente. Esta victoria casi nada costó á los españoles.

Pocos dias despues bolbió don Fadrique al sitio , i no tardó en reunírsele su padre. El primer cuidado de este prudente jeneral fué defender sus trincheras de todo insulto , así del lado de la ziuadad contra las salidas de la guarnizion , como del de la campaña contra lo que pudiera intentar el de Oranje. Izolas pues zircumbalar con doble foso , i muralla doble ; lebantó muchas baterías que izieron un fuego terrible i continuado ; mas los sitiados no mostraban menos enerjía en su defensa. El conde Luis i el bizarro la Noue , que en las guerras zibiles de Franzia abia adquirido una gloria inmortal, les animaban con sus discursos , les eszitaban con su ejemplo , i dirijian sus operaciones.

Empero por mas balor que tubiesen , i por mas atinadas que fueran las dispoziciones que en su defensa se tomaran , no se podian prometer el forzar por sí solos á los españoles á que lebantasen el sitio. Su salud dependia del prínzipe de Oranje , que ya abia entrado en los Paises-Bajos i penetrado asta Ruremunda ; cuya ziuadad gobernada por los católicos no solo le negó los bíberes que pedia , sino que se lo negó con fieros i amenazas , que irritaron al prínzipe , i mas á los soldados. Tenia Guillermo intelijenzias i muchos adictos en Ruremunda , i contando con su ausilio dió un bigoroso ataque á una de las puertas , que le defendieron con el mayor balor los catolicos ; empero miéntras ellos estaban allí ocupados , los pro-

testantes introdujeron al príncipe i sus tropas por otra. Los soldados , sordos á la voz del general se dejaron arrastrar del deseo de bengararse. En vano intentó el príncipe reprimirle: las casas fueron saqueadas , profanados los templos , i muchos sazerdotes i católicos degollados. Los istoriadores de esta relijion imputan á Guillermo estas crueldades ; empero mejor instruidos sabrian que el príncipe abia echo publicar un bando en que espresamente proibía que se cometiese ninguna biolenzia. Menos preocupados , debieron conozer que nadie tenía un interés político mayor que el príncipe mismo en impedir semejantes desórdenes , los cuales no podian menos de predisponer en su daño á las demas ziudades. Ademas de que su conducta en otras muchas ocasiones prueba quanto repugnaba á su carácter toda crueldad i barbárie.

Era al príncipe mui importante la posesion de Ruremunda que le aseguraba el paso del Mosa : dejó en ella una fuerte guarnizion i marchó con todo el ejérsito ázia el Enao. Abrióle las puertas la ziudad de Malinas por sujestion del señor de Dorp : dejóla tambien guarnezida i siguió á Lobaina , que si reusó rezibirle ofrezió por ebitar los orrores de un sitio una gran contribuzion , que azeptó el príncipe calculando que el tiempo que gastase en rendirla podia emplearle en mas interesantes conquistas. Nibelle , Diest , Lichem , Tirlemont se le entregaron en seguida ; unas por temor i por amor otras. Apoderóse por sorpresa de Dander-munda , i Odenarda ; donde los soldados cometieron los mayores desórdenes sin que los oficiales pudiesen contener aquel odio frenético que contra los eclesiásticos les ajitaba. Aunque el príncipe se detubo poco en estas ziudades no

pudo entrar en el Enao asta prinzipios de setiembre.

Pasaba entonzes su ejérxito de beinte mil ombres ; mas ya se allaba en bísperas de nezesitar dinero. Los estados de Olanda le abian conzedido una suma considerable : los desterrados le abian embiado la mayor parte del dinero que cojieran á los españoles: sus amigos le acudieron con grandes cantidades, i todo lo abian consumido los enormes gastos que abia tenido que azer así en la recluta de los soldados, como en equiparlos i mantenerlos, comprar armas , artillería , i muniziones de guerra. Nunca méjor que entonzes le binieran los socorros que el rei Cárlos le tenia con mil promesas ofrezido ; pero ya ninguna esperanza le quedaba por aquella parte. Al cabo de dos años de finjimientos , de amaños i de falsedades , Cárlos IX, su madre , i los Guisas acababan de ejecutar aquel horrible proyecto de que no ai ejemplo en la istoria. Los artificios empleados para engañar á los jefes de los protestantes tubieron el ecsito que se deseaba : casi todos cayeron en el lazo que se les abia armado.

Azia algunos meses que el almirante Coliñi estaba en la corte rezibiendo del rei mas i mas pruebas de estimazion i amistad ; manifestando ademas el pérfido monarca un afecto particular á los amigos del almirante : dabales la preferenzia en todo , rodeabanle en el consejo, en su cuarto , i en los paseos. Este prozeder, obserbado constantemente para desbanezer en el almirante toda espezie de desconfianza , produjo el efecto que se esperaba ; tanto mejor quanto que abiendo pedido lizenzia por algunos meses para pasar á Chatillon á arreglar sus negocios domésticos , se le conzedió sin el menor

asomó de repugnancia. Antes se miró esta ocasión como mui á propósito para confirmarle mas i mas en la seguridad que se le queria inspirar. Y zierto que el almirante podia dezirse: «si el atraerme á la corte fuera un lazo en que se me quisiera cojer, teniéndome ya en ella se me permitiera dejarla?» Esto acabó de disipar todo rezelo. Al mismo tiempo, como le manifestase el rei lo agradable que le seria el berle reconciliado con los Guisas, ningun obstáculo opuso, ni mostró la menor repugnancia en que bolbiesen á la corte; de la que como emos dicho se abian alejado boluntariamente para mejor engañarle i á su partido. Pocos dias despues llegó el duque de Guisa á París acompañado de muchos caballeros sus apasionados, bió al almirante en palazio, i á presenzia del rei se izo la reconciliazion. El almirante prozedia de buena fe; emperó no el duque, como lo mostró mui pronto.

La funesta catástrofe que se preparaba dos años azia se auunzió por la muerte de la reina de Nabarra, (1) cuyo talento, capacidad i grandeza de alma la abian echo formidable á los Guisas i á los de su balía. La enfermedad fué corta i su muerte no se tubo por natural.

Poco despues un partidario del duque atentó contra la bida del Almirante; (2) mas este su-

(1) Así lo creia d'Aubigny. Aquella prinzesa segun él, no tenia de mujer mas que el secso. Su alma combenia á las cosas baroniles, su talento á los grandes negocios, i su corazon era superior á las mayores adbersidades.

(2) Maurebert fué el que le irió de un arcabuzazo. Los autores contemporáneos dizen que Colifiñ atribuyó el atentado al duque de Guisa: sospecha

zeso que al prinzipio llamó mucho la atenzion de los protestantes, no fué parte para que el almirante perdiese la confianza que tenia en la sinzeridad de los sentimientos del rei i de la reina: beiales tan lastimados del peligro que abia corrido, que ninguna sospecha conzibió de la parte que en él tubieron; de modo que todos los protestantes á su ejemplo desistieron de la resoluzion en que estaban de probeer á su seguridad: i esta confianza fué la que sin defensa les puso en manos de sus enemigos la noche del 24 de agosto de 1572.

El duque de Guisa fué el prinzipal actor en esta eszena horrible, de que la Franzia i la relijion aun todavía se abergüenzan. (1) Bióse en un momento difundirse el espíritu feróz de Guisa en todos los católicos, sin que ninguno de aquellos en quien queria inspirarle reprobese su abominable proyecto. La primera víctima inmolada á su furor fué el almirante, á quien azia pocos dias estrechara en sus brazos jurándole una amistad imbiolable.

Murió Coliñi con aquel balor i tranquilidad que caracterizan á los grandes ombres. Al jóben Besma que iba al frente de los asesinos embiados á su casa por el duque, le dijo: «bien debierais respetar mis canas, (2) mas azed á lo

fundada, puesto que el duque no tenia mas que diez i nuebe años quando asesinaron á su padre, i juró no morir sin bengarle. Aque' omizidio se atribuyó al almirante.

(1) Aczion escsecrable, esclama Perefise, que no a tenido ni mediante Dios tendrá compafiara. No obstante para bergüenza del siglo xviii emos bisto un sazerdote azer el elojio de ella.

(2) Tenia entonces zinquenta i zinco años.

que bens : no podreis abrebriar mi vida mas que algunos dias. » Apénas ubo acabado, quando Besma le atravesó el pecho con la espada. Inmediatamente fueron despedazados sus amigos i domésticos, entre los cuales se allaba el bizarro Guerchy, su teniente, i el joben i amable Telfi, su yerno, cuyas grazias atractibas abian ganado asta el feroz corazon del rei, i tenido por algun tiempo suspendida la espada de sus asesinos. Mas de diez mil perezieron en solo París, i se calcularon en zinquenta i aun en sesenta mil los de las probinzias.

No falta quien sostenga que este impío proyecto se le sujirió Felipe II á la reina madre, i que el duque de Alba de orden de su amo le dió el plan al tiempo que en 1569 se tubieron las conferencias en Bayona. Lo zierto es que la nueba de este funesto suzeso causó en Madrid eszesiba alegría. Izo Felipe que se tributasen á Dios solemnes acciones de grazias, i escribió á Carlos IX felizitándole por el feliz ecsito de la empresa. Distinta impresion causó en los Países-Bajos la notizia : consternaronse los protestantes tanto mas, quanto esperaban que la Francia les auxiliaría para sacudir el yugo español ; i bieron frustradas sus esperanzas.

Al prínzipe de Oranje irió mas que á nadie tan aziago fracaso, que á mas de pribarle para siempre de toda esperanza de ser socorrido por un soberano poderoso, que con tantos motibos tenia por amigo, temia que aquella gran reboluzion fuese funestísima en su ejérxito, particularmente si los franceses que en él abia no entraron en su serbizio sino en intelijenzia de que su soberano le ayudaria con todo su poder al logro de sus intentos.

Creyó pues que debía obrar con el mayor bi-

gor ; i que sin un echo señalado le seria imposible conserbar su ejéztito , i aun el impedir que se le desbandase. Diríjese á Mons resuelto no solo á azer lebantar el sitio sino tambien á embestir á los sitiadores i azerles benir á una aczion jeneral.

Tubo el Duque de Alba noticia de su marcha , penetró el motibo , i nada omitió que condujese á impedir la ejecuzion. Los muchos refuerzos de tropas alemanas que acababa de recibir azian su ejéztito mui superior al del príncipe , así en el número como en la disziplina ; de modo que no debia temer llegar á las manos sino podia ebitarlo. Empero como sabia que la suerte de las armas depende muchas bezes del mas lebe acaezimiento imperzeptible á la prudenzia umana ; i conjeturaba que la falta de subsistenzias no permitiria al enemigo tener por mucho tiempo la campaña , i se dispersaria su ejéztito ; resolvió de ebitar quanto en sí fuese el combate , i de conduzirse como en la primera jornada del príncipe ; sin dudar que temporizando le destruiria poco á poco , sin combatirle , ni dar nada al acaso. En consecuenzia dió tales dispoziiones que sin dejar de bloquear la ziedad impedia que la entrasen socorros. Puso su campo en seguro , tomó todos los pasos que á ella conduzian , asegurándolos con buenas trincheras. Por sí mismo actibaba el trabajo , asta berse en estado de que al príncipe le fuese imposible forzar las líneas ; proibiendo al mismo tiempo toda escaramuza por mas que á sus tropas se probocase.

Embió de descubierta un cuerpo de quinientos caballos , que bien pronto se encontró con otro igual de los enemigos , mandado por el conde Enrique , el mas jóben de los ermanos del

príncipe, que azia la primera campaña; i ansiando distinguirse por alguna accion señalada, se arroja á los españoles, rompe sus filas, mata muchos, i pone el resto en fuga. Azécase entonces el príncipe cuanto puede á las trincheras del enemigo, i forma su ejéztico en batalla.

Empero al duque léjos de azerle mudar de plan este pequeño descabro, sirvió para confirmarle mas en la idea de evitar el combate. En vano el príncipe no perdona á medio ni diligencia para atraerle, muda frecuentemente su campo, interzepta comboyes, ataca forrajeros, embia partidas á todas partes. Todo es inútil: los españoles permanecen constantemente atrincherados.

Muchos de ellos murmuraban del jeneral; i asta muchos de sus principales oficiales le estrechaban á que no sufriese por mas tiempo las brabatas del enemigo. El mas fogoso era el conde de Isemburg, arzobispo de Colonia: la sangre le erbia en las venas, i no respiraba mas que guerra i combates: la conducta del duque le enfurezia: érale imposible aprobar sus principios, i sufría con impazienza las trabas que se ponian á su valor. Mas el duque tan firme é inmutable á las instancias de sus amigos como á los artificios del enemigo « todos los acontecimientos son inziertos, dezia, pero los mas inziertos de todos son los de una batalla. No de combatir es de lo que un jeneral debe tratar, sino de benzer, i quando lo puede lograr por otros medios que el del combate debe evitar este i emplear aquellos. »

Arto bien indemnizado estaba el duque de las murmuraciones del arzobispo con las inquietudes que su conducta causaba al príncipe:

inquietudes que no podian ser mayores. Conozia este que sino obligaba al duque á levantar el sitio su ejérxito no tardaria en desbandarse. Todos los alrededores estaban gastados i no podian proveerle de subsistencias: nezesitaba averlas venir de mui léjos, i los medios se apuraban. En esta cruel situazion, i sin consultar mas que á su despecho, tomó la temeraria resoluzion de atacar al enemigo en sus líneas: solo la nezesidad podia disculpar tan arriesgada empresa. El ataque fué bigoroso, pero no lo fué menos la defensa: quedó rechazado i con mucha pérdida.

Ya sin esperanza de atraer al enemigo á batalla ni la de obligarle á levantar el sitio, se resolvió el prínzipe en ebacuar el Enao; mas antes quiso tentar si podria introducir en la plaza los socorros que nezesitaba para sostenerse asta el invierno en que los temporales obligasen al duque á decampar. No habia mas que un solo paso, i ese estaba defendido por un fuerte guarnezido de un buen golpe de soldados, que era la flor del ejérxito, mandados por Sancho de Abila i Julian Romero. Mil infantes i dos mil caballos escojidos embió el prínzipe contra ellos para que forzasen el paso: atacaronlos con la mayor intrepidez, i con la misma fueron rezibidos: la aczion fué mui animada, pero toda la ventaja estaba por los españoles: la artillería del fuerte les protejia: muchos de los enemigos quedaron en el campo, i á los demas obligaron á retirarse. Miétras duró el combate se cañonearon los dos ejérxitos, i la artillería de la plaza izo un fuego continuado.

Combenzido en fin el prínzipe de que ni podia introducir en Mons ningun socorro, ni obligar á dar batalla al duque, tomó el partido de retirarse, i decampó. Al día siguiente le siguió

el duque con parte de su ejérezito, i fué cuando desplegó todo su jenio, i empleó toda su abilidad así en impedir al enemigo que bolbiese á Mons, como en ebitar el venir con él á las manos. No tardó en saber que el buen órden que reinara asta entonzés en el campo del prínzipe ya se abia alterado: que despues que se le frustró la empresa de socorrer á los sitiados, no tenian en él los suyos la misma confianza que antes, i que á pesar de toda su bijilanzia no podia mantener aquella disziplina sebera á que les abia acostumbrado, i sin la cual bien podrá un ejérezito ser numeroso, empero nunca formidable. El momento era crítico, i el duque resolbió aprovecharle. Fué por sí mismo á reconocer la posizion del enemigo i la situazion de su campo, i dezidió atacarle la noche siguiente. A Julian Romero encargó la empresa, i le dió dos mil infantes con órden de que llebasen oculta una camisa para que poniéndosela en la obscuridad pudiesen reconozerse. Llegados á la primera guardia en que una gran parte de los soldados estaban dormidos, los arrollan, i azen en ellos un destrozo horrible. El ruido de las armas, los gritos de los combatientes, los jemitos de los eridos i moribundos, difundieron la alarma en todo el campo, que juzgando tener sobre sí el ejérezito español, cuidó menos de defenderse que de uir. Aumentaron el asombro i el terror las llamas de las tiendas á que desde el prinzipio pegaron fuego los españoles. Mas si por este medio causaron la muerte á muchos que pezezieron en el inzendio, tambien proporcionaron que el enemigo se desengañase de que eran menos de los que pensaba, i que reconoziese el berdadero sitio del ataque, i de aquí el que al prinzipie fuese fácil defenderse i rechazarlos;

empero los españoles no le dieron tiempo, dado que luego que conozieron que el enemigo tomara las armas para atacarlos se retiraron, i á favor de las tinieblas se recojieron á su campo con poquísima pérdida, cuando el príncipe tubo la de quinientos ombres.

Mas este acaezimiento le fué menos funesto por esta pérdida que por las consecuencias que resultaron. Antes de aquella catástrofe, los soldados del príncipe despreciaban á los españoles, porque les beian ebitar el combate; empero despues que les tubieron en medio de su campo sembrando la muerte i el inzendio, formaron de ellos una idea que les llenaba de terror i consternazion. Sin esperar la órden de su jefe, bióseles desde el amanecer abandonar el campo, dejándose en él una parte de sus equipajes; aziendo á su jeneral la injustizia de culparle de lo que acaba de suzeder, que era mas bien una consecuencia de la negligenzia con que obedezian sus órdenes. Quejábanse amargamente de que en bez de enriquezerles con despojos enemigos, se les abia llebado á los Paises-Bajos á que sufriesen las mayores fatigas i trabajos. No le costó poco al príncipe el calmarlos, i azerles deponer el mal juizio que de él abian formado.

Miéntas esto pasaba en su ejérgito, se empeñaban los ofiziales del duque en persuadir á este que le persiguiese, inquietándole inzesantemente asta echarle de los Paises-Bajos: mas el duque, constante en sus prinzipios, pensaba mui de otro modo, i no respondia mas que con el antiguo adajio: «al enemigo que uye, mejor es azerle un puente, que reduzirle á la desesperazion.»

De este modo, miéntas él bolbia sus tropas al sitio de Mons, el príncipe conduzia las su-

yas á Malinas, en cuya ciudad les dió algunos dias de descanso. Despues se dirijió al norte, i se detubo en Orsoi, ducado de Clebes, donde se amotinaron de nuevo, i con mas biolenzia que nunca. Tubieron sus juntas en que deliberaron si para lograr las pagas que se les debian, entregarían el prínzipe al duque de Alba. Los prinzipales ofiziales, á quienes se atrebieron á proponerlo, léjos de consentir en tan abominable intento, les manifestaron la mayor indignazion. Estaban bien combenzidos de que el prínzipe abia echo lo que en su lugar iziera el más abil jeneral. Sabian que cuando formó su plan, todo le prometia que le llebaria á cabo; i que si así no abia suzedido, la culpa era de la corte de Franzia, que con sus artificios abia ido alimentando su confianza, i échole adoptar un plan de operaciones, mui diferente del que sin esto ubiera seguido. Todos los ofiziales reunidos se baliaron del crédito i aszendiente que con los soldados tenian para azerles desistir de tan pérfido intento. Lizenzió el prínzipe al ejército, i bolvió á Olanda, donde se le esperaba con la mayor impazienza.

Esta inesperada retirada irió tanto al conde Luis, naturalmente sensible, que la desazon que le causó, junta á las fatigas padezidas por muchos meses, le produjeron una enfermedad mui grabe, durante la cual tomó el mando el baliente la Noue, i le desempeñó con tanta bizarría i abilidad, que izo desconfiarse el duque de poder tomar la plaza antes del imbierno, i que ofreziera á los sitiados condiziones tan benéficas, que las azeptaron, cuales eran que el conde Luis, los franceses, i todos los nobles flamencos saliesen con armas i bagaje: que los abitantes que las abian tomado en defensa de

la plaza, podrian tambien salir con sus bienes, pero sin armas: que los de ellos que fuesen católicos podrian quedarse sin temor de ser molestados; pero que los protestantes, no solo saldrían de la ciudad, sino tambien de los Países-Bajos; i que todos indistintamente extranjeros i naturales, eszepto el conde Luis, arian juramento de no llebar armas en un año contra el rei de España ni el de Franzia. Azeptadas, pues, estas condiziones, (1) se firmó la capitulacion por los duques de Alba i de Medinazeli, Fadrique de Toledo, marques de Coria i el baron de Noir-carmes.

Así Mons despues de mas tres meses dominada por los protestantes, bolbió á poder de su lejítimo soberano: conquista tanto mas importante, quanto sabia bien el duque lo fázil que le seria la de las otras ciudades que se tenian por los protestantes, i no estaban fortificadas ni defendidas por guarniziones considerables. La primera contra quien bolbió sus armas fué Malinas; cuya empresa encomendó á su ijo el marques con las tropas españolas, á las que, como quiera que azia algun tiempo que no se les pagaba, se ofrezó el saqueo, i corrieron como lobos ambrientos. A su llegada pensó defenderse la guarnizion que dejó allí el príncipe; pero viendo que los abitantes reusaban ayudarla, i no teniéndose por capaz de sostener por sí sola el sitio, se aprobechó de la noche para retirarse. A la madrugada del dia siguiente, el clero en prozesion se dirijió á la tienda del jeneral á implorar su misericordia; i miéntras procuraba aplacarle aziéndole presente que el número de bezinos que se abian declarado por

(1) El 19 de setiembre.

los protestantes era mui corto en comparazion de los que permanezieran fieles; temiendo los soldados que su jeneral se dejase persuadir, i les pribase de su presa, se arrojan á la ziudad, unos por las puertas, otros por las murallas, baliéndose de las escalas de que se les abia probisto; i á manera de torrente arrollan cuanto encuentran, pillan, matan sin distinzion de edad ni seso: fuerzan las mujeres en los brazos de sus esposos, las donzellas á presenzia de sus padres; i sin respetar birtud ni relijion, biolan el asilo de las birjenes, saquean los monasterios, profanan todos los templos, sin aber lugar ni persona libre de su rabia ni su furor.

Aunque conozia el duque lo odioso que debia azerle á él i á los españoles tan brutal tratamiento á una ziudad que asta entonzes se abia distinguido siempre por su zelo i fidelidad, publicó una espezie de manifesto, en que dezia que la rebelion de Malinas merezia aún mas severo castigo: que la justizia del rei no quedaba satisfecha, i que la pérdida de sus bienes no era pena proporzionada á la enormidad del delito: i protestaba que todas las ziudades que ubiesen seguido ó siguiesen su ejemplo, serian del mismo modo tratadas; empero sin dezir una palabra ni de los sacrilejios, ni de los asesinatos, ni de las fuerzas, ni de los estrupos, ni de ninguna de las demas acciones abominables de la soldadesca, i por las que no se castigó á ninguno. Pero los apolojistas del duque dizen, para disculparle, que se allaba en la mas absoluta imposibilidad de pagar los atrasos de las tropas; i en zierto modo prezisado á permitirles el saco de Malinas, i que si no castigo sus eszesos fué por el conozimiento que tenia de la ferocidad de su jente. Mas es bien notable que

esta misma jente que abia cometido las mayores crueldades, i dádose con el mayor desenfreno á los eszesos mas abominables, sin respetar templos ni altares, sordos á los gritos de la naturaleza, é insensibles á los de la humanidad, no pudieron serlo despues á los de los remordimientos; i eslo tambien i no poco, que para acallarlos acudiese la superstizion, sujiriéndoles que empleasen una parte del pillaje en edificar á los jesuitas una casa en Amberes, lo cual seria bastante satisfazion de los crímenes en Malinas cometidos. (1)

El duque pasó á Maestricht, i lizenziada la caballería alemana, se restituyó á Bruselas. Al partir de Malinas permitió á sus españoles que se quedasen allí algunos dias á las órdenes de su ijo, en tanto que reunian los bienes saqueados, i los trasportaban en barcos á Amberes, donde públicamente se bendiesen. Echo que fué, marchó el de Coria con ellos á someter las otras ziudades que se tenian por el príncipe. Al acercarse uian las guarniziones, i los bezinos se rescataban del saqueo por grandes contribuciones que se obligaban á pagar. Solo Zutphen reusó bolber á someterse. Era esta plaza mui fuerte, defendida por una mui gruesa muralla, flanqueada de bastiones, i rodeada de un ondo foso. Por un lado el Issel, i por otro el Berkel impedian los aproches. El terreno de los otros dos era tan pantanoso, resbaladizo é impracticable, que la ziudad es inaczesible en la mayor parte del año. Empero por desgrazia de la guarnizion, abia empezado una fuerte elada algunos dias antes de la llegada del marques, i

(1) Meteren, pag. 107. Campana, pag. 97. Ben-
tiboglio, pag. 114.

echo tan practicable aquel terreno, que los españoles pudieron sin obstáculo acercarse á la ciudad, levantaron baterías, i en pocos dias abrieron brecha bastante para el asalto: mas al momento en que Toledo azia los preparatibos para darle, le comunicaron que la guarnizion con todos los bezinos que se abian declarado por el príncipe, abian ebacuado la ciudad por la puerta opuesta: que los que abian quedado, como que no tenian ya quien les biolentase, ofrezian rendirse á discrezion. Desechó Toledo esta propuesta, socolor de la resistencia que la ciudad abia echo: resistencia que segun él, azia al bezindario indigno de toda espezie de induljenzia. Entraron, pues, los soldados, i cometieron los mismos eszesos que en Malinas; empero como allaron menos en que zepar su codizia, fueron aun mas crueles, mas bárbaros, i mas feroces: inmolaron á su furor á todos los que tubieron la desgrazia de que les gllasen al paso, ombres, mujeres i niños; i cansados ya de matar, iban arrojando al lssel las personas como las iban encontrando; i despues se dibertian en ber aquellas desgraziadas bictimas de su barbarie bregar en el agua, i al fin undirse. Quinientos perezieron aquel dia. Los demas no se sustrajeron de la muerte sino pagando una fuerte contribuzion, que tan sin misericordia i con tanta crueldad se esijia que embidiaban la suerte de los que con la bida dejaron de pazer. (1)

(1) Meteren, pag. 110. Bentiboglio, pag. 115. Meursii Auriacus, pag. 98.

I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DUODÉCIMO.

Miéntras las probinzias meridionales ofrezian estas orribles eszenas, i los españoles se ocuparon en el sitio de Mons, i enazer que bolbiesen á la obediencia las demas ziudades que se abian rendido ó dado al príncipe de Oranje; las probinzias de Olanda i Zelanda aprovechaban el descanso de que se les permitia gozar en asegurarse contra las tentatibas que despues se iziesen, para bolberlas al yugo que abian sacudido: aumentaban sus fuerzas, fortificaban las ziudades; i lebantaban tantas tropas cuantas nezesitaban para que respecto de las bentajas que les daba la situazion de su pais, se prometiesen que sus fuerzas terrestres serian bastantes para repeler las del enemigo.

Antes de ir el duque á Mons, abia dado parte á los estados juntos del Brabante, Artois, Enao i Flandes como de España se le mandara, de que ya el rei no esijia el diez ni el beinte por ziento, á tal que tubiesen otros medios de allegar los dineros que nezesitaba; i el conde

de Bossut fué el comisionado para azer la misma proposizion á los estados de Olanda. En consecuencia, les ordenó, en nombre del gobernador jeneral, que se reuniesen en el Aya para tratar de los medios de proveer al soberano las cantidades que le eran nezesarias.

Antes ubiera esta conzesion impedido que se lebantasen las probinzias marítimas; mas ya no era tiempo de proponerla, i así no produjo el efecto que se esperaba. Bió el pueblo con la mayor complazenzia que el rei condeszendia en la supresion de los impuestos; pero lo bió como un efecto del temor que el príncipe les inspiraba á él i á su ministro: por consiguiente, su gratitud la tributó al príncipe, con tanta mas razon, quanto que era aquella la primera grazia que rezibiera de su soberano desde su adbenimiento al trono. Estaban ademas bien persuadidos los olandeses de que luego que el duque dejase de temer, dejaria tambien de ser moderado, i restablezeria su antiguo i tiránico sistema de gobierno, al que no era presumible que ubiese renunziado. Érales tambien arto conozido el carácter de su rei, i el espíritu de benganza que presidia en su consejo. Se acordaban de que por faltas mucho mas lebes que las suyas, millares de sus conziudadanos abian padezido los mas orribles suplizios; i estaban bien persuadidos de que por mas seguridades que se les diese de grazia i de indulto, solo en su sangre se estinguiria la memoria de su reboluzion. Las continuas crueldades contra los protestantes, i el desprezio de sus pribilejios i leyes fundamentales abiales enajenado i para siempre de Felipe i su gobierno. Todos, en fin, estaban persuadidos de que su intento era, si lograba someterlos, tratarlos despues como esclabos; i

azia mucho tiempo que lloraban su suerte.

Desde que el duque llegó á las probinzias, los protestantes que se abian librado de la crueldad de los inquisidores encargados de su conversion, abian ocultado sus verdaderos sentimientos bajo las aparienzias de la mudanza que de ellos se esijia; dando á entender que dejaban sus nuevas opiniones por bolber á las antiguas; empero luego que con la buelta de los desterrados crezió el número, se quitaron la máscara; de modo, que la mayor parte de los abitantes i de los diputados de los estados de Olanda pertenecian á la reforma. Así fué, que el zelo de la relijion, no menos que el odio á la tiranía española, les confirmó en la resoluzion de defender su libertad asta el último estremo.

Animados de estos sentimientos los estados de Olanda, reusaron obedezzer las órdenes que el conde de Bossut les intimara para reunirse en el Aya; i para manifestar de un modo mas enérgico su desprecio á la autoridad del gobernador jeneral, se combocaron en Dordrecht, i lo abisaron al príncipe para que les embiase persona de su confianza que les ayudase con sus consejos; i el príncipe elijió para comision tan importante al señor de santa Aldegunda, que instruido de mucho tiempo atrás de todos sus designios, conozia perfectamente los pensamientos mas ocultos de su corazon, i admitió el encargo mui de buena gana,

En la primera sesion dió grazias á los estados de parte del príncipe por la resoluzion que abian tomado de confiarle el cuidado de dirigir todas sus operaciones relatibas á la defensa de la libertad. «El príncipe, dijo, está bien persuadido de que personalmente le interesa todo lo que puede contribuir á asegurar la felicidad

de las probinzias, i prinzipalmente las de Olanda i Zelanda, que por tantos años an sido el objeto de sus cuidados i atenziones. Los males que en todo tiempo an padezido por la tiranía española, le an causado los mayores sentimientos; i nada desea con tanta ansia como el ser el instrumento prinzipal para que se restablezcan los preziosos derechos de que se les a privado, i que an sido por muchos siglos el origen de su felicidad. Para azelerar este dichoso restablezimiento, no a perdonado á gasto ni trabajo. Si se frustró la primera tentatiba que á este fin izo, no teme que se atribuya ni á falta de conducta ni de dilijenzia, sino á la superioridad de fuerzas del enemigo, i á sus muchos recursos. Para acometer segunda empresa todo lo a sacrificado, enajenando cuanto le quedaba para lebantar un ejérzito: aora cuenta para conserbarle con los socorros que las probinzias confederadas le an prometido: llegado es, pues, el tiempo de que cumplan sus promesas, á fin de ponerle en dispozion de que sin tardanza dé prinzipio á las operaciones militares.»

Sabian los estados que todo esto era berdad; i conoziendo que el logro de la empresa consistia en gran parte en los socorros que pedia el prínzipe, le embiaron zien mil florines que pres-taron los zudadanos mas ricos, asegurándole al mismo tiempo que le embiarían mas, luego que rezibiesen el producto de las contribuciones ordinarias, i las rentas de las casas relijiosas secuestradas con destino á los gastos de la guerra. Dieron tambien al comisionado un acta, por la que se obligaban á reconocer al prínzipe como único gobernador i statuder de la probinzia, le nombraban comandante en jefe de todas sus fuerzas de mar i tierra, i prometían

no oír ninguna proposizion de paz sin su consentimiento. I santa Aldegunda ofrezíó en nombre del príncipe que no depondria las armás, ni aria ningun conzierto ni tratado sin la anuencia i aprobazion de los estados. (1)

Fieles á sus promesas, le embiaron á Ruremunda otros doszientos mil florines, asegurándole que serian seguidos de treszientos mil mas. Por estos antezedentes podrá inferirse cual seria la consternazion de los estados cuando supieron la nezesidad en que se abia bisto el príncipe de lizenziar su ejérxito en Orsoi. Su temor i su cuidado no podian ser mayores. Conozian que no teniendo ya el duque enemigos que retardasen ni se opusiesen á sus progresos, podria quando quisiese bolber todas sus fuerzas contra ellos para castigar el desprezio que izieron de su autoridad.

La obstinazion con que Amsterdam persistia en el partido de España, añadía nuevos temores i dificultades á los estados de Olanda; si bien aquella obstinazion prozedia mas que de afecto, del cuidado con que el duque abia puesto el gobierno en manos de católicos. Resolvieron, pues, los estados estrecharla, i para ello encargaron á Lezmei, conde de la Marck, que leuantase un gran cuerpo de ejérxito i la sitiase. Izolo el conde así, pero sin fruto, dado que despues de algunos progresos desesperó de la empresa, i leuantó el sitio. Quiso el conde atribuir el mal ecsito á la negligenzia de los estados en socorrerle. Los estados por su parte sostenian que toda la culpa era del conde, cuya conducta azia mucho tiempo que les descontentaba. Era naturalmente cruel i sanguinario,

(1) Meursii Auriacus, pag. 84.

i abia permitido á sus soldados que cometiesen las mas horribles crueldades en los católicos; de que infirieron los estados que nunca lograrían que Amsterdam se uniese á las otras ciudades, mientras mandase su ejército un ombre tan jeneralmente aborrezido. (1)

Esta considerazion era de tanto mas peso, quanto los distritos mas amargamente se quejaban de los eszesos que los soldados cometian; i eran muchos los arrepentidos de aber prestado su consentimiento para la reboluzion. Tan jeneral descontento daba mucho cuidado á los estados, que no tenían poder para quitar la causa, puesto que su jeneral despreziaba las órdenes que le daban de que reprimiese á los soldados, i les impidiera que cometiesen ningun eszesos. En estas zircunstanziyas recurrieron al príncipe, creyendo que no obstante el mal eszito de su última empresa seria su autoridad respetada, i reprimiria con ella la insolenzia de los soldados, i la indozilidad del jeneral. En consecuenzia, informaron al príncipe de su crítica situazion, estrechándole á que fuese quanto ántes á encargarse del gobierno de la probinzia i del mando de las tropas.

Rezibió Guillermo este mensaje quando no ubiera sido onroso ni seguro dejar el ejército; mas lizenziado que le ubo, partió para Olanda acompañado de solos sus domésticos, i una compañía de caballos que le serbia de escolta. Pasó por Campen al Ober-Issel, átrabesó el Zuiderzeo, i llegó á Enchuisen, donde empleó algunos dias en ordenar lo nezesario á la defenza de aquella plaza. De allí pasó á bisitar las otras ciudades de la probinzia, i se constituyó

(1) Meursii Auriacus, pag. 95.

en Arlem, donde combocó los estados á fin de que acordasen con él lo mas combeniente en aquellas zircunstanzias.

Entre la unibersal alegría que causó su llegada, no dejó de trasluzir el prínzipe zierta mezcla de temor de no poder resistir á un enemigo en cuya presencia él mismo abia tenido que uir, aun al frente de un ejérxito considerable. Por esto juzgó Guillermo nezesario ante todo lebantar el ánimo abatido de los pueblos, i particularmente de los miembros de los estados; i para ello les izo fijar la atenzion en las bentajas que podrian sacar de la situazion de su país; que inutilizarian todas las tentativas que los españoles iziesen para someterlos en tanto que conserbasen la superioridad por mar, i que las probinzias permaneziesen unidas i obrasen de conzierto. I dió tal impulso á lo que dijo, i descubrió tanta magnanimidad en su discurso, que el fuego que le animaba inflamó á los que le oian. En el instante mismo protestaron los diputados que se gobernarian en todo por su dictámen, i moririan antes que renunziar á la preziosa libertad, sin la cual es la vida antes un mal que un bien.

Tan favorable disposizion de los ánimos daba al prínzipe tanto aszendiente que desde entonzes ubiera podido gobernar las probinzias marítimas del modo mas absoluto, i ejerzer todos los poderes sin la menor dependenzia; empero no quiso adoptar esta forma de gobierno: sabia que otra era mas sólida i segura, i fué la que siguió. Abstúbose de azer nada sin consultar antes los estados, contentándose con ser el ejecutor de sus órdenes. Así fué que les reunió muchas bezes, i para dar aun

mas peso á lo que resolbiesen les persuadió que admitieran en su seno á los diputados de otras doze ciudades : por cuyo medio lisonjeó la bandidad de ellas , i las eszitó á que contribuyesen de mejor gana á los gastos públicos : en fin reunió los diferentes distritos de la probinzia de un modo mas íntimo.

Aumentado que ubo los miembros de los estados se dedicó á la reforma de abusos , á buscar medios de impedir los desórdenes , en fin , á todo lo que podia contribuir á poner la probinzia en estado de defenderse. Muchos de los prinzipales abitantes de las ciudades , un gran número de los empleados en rentas , ó que ejerzian empleos públicos , los abian abandonado por amor á la relijion romana , ó porque dudaban de la solidez i durazion de la nueva forma de gobierno ; i abian salido de la probinzia dejando bacantes sus destinos. Probeyólos el prinzipe en protestantes , sin que ningun católico tubiese parte en el gobierno.

Prohibióse el ejerzizio público de la relijion romana ; i solo á la de Calbino , tal cual se profesaba en Jénoba i el Palatinado , se permitió iglesias abiertas ; lo cual era conforme á los deseos del pueblo , cuya mayor parte dejara por la nueva la antigua creenzia. Empero al mismo tiempo se declaró abiertamente por la toleranzia , condenandó toda espezie de persecuzion : i las razones que alegó para ello produjeron mas efecto en favor de los católicos , que las que en otro tiempo espuso á la duquesa de Parma produjeron en favor de los reformados. A su instanzia , pues , probeyeron los estados que en adelante ninguna persona seria inquietada por causa de relijion , á tal que bi-

biese pazíficamente sin relacion con los españoles, i sin perturbar el culto dominante. (1)

Mas dificultades encontró en reprimir la lizenzia de los soldados que en asentar el buen órden en los tribunales de justizia, i en concertar los intereses de la relijion. Consideradas las eszenas de orror que el duque i los suyos abian ofrezido en los Países-Bajos, no es de extrañar que los protestantes se dejasen arrastrar del odio mas encarnizado contra sus perseguidores. Abian bisto tratar como á unos malbados á sus deudos, á sus amigos, i á otras personas cuya pureza de costumbres i santidad debida reberenziaban; miéntras que por ebitar igual suerte, otros muchos reducidos á la desesperazion i pribados de toda subsistenzia dejaban sus ogares i andaban de pueblo en pueblo buscando asilo i pan. En este estado de desolazion, de amargura i de dolor los protestantes perdieron de bista los prinzipios de la relijion por la cual padezian: abiales abandonado el espíritu de dulzura i moderazion que ella inspira; i mas atentos á la boz de la benganza que les ajitaba, fueron crueles i sanguinarios asta la ferozidad. En mar no daban cuartel á ningun prisionero español: en tierra mataban sin piedad á cuantos eclesiásticos católicos les caian en las manos; por mas que estos eclesiásticos ningun mal les ubiesen echo, ni se les pudiese atribuir mas que la constanzia en la creenzia de sus padres.

El conde de la Marck, léjos de oponerse animaba el bárbaro furor de los soldados: el color, el zelo por la reforma; la berdad, su abarizia i benganza. Empero el prinzipe, enemigo

(1) Grotius, p. 41.

de toda biolenzia por carácter , éralo tambien por política. Intentó pues combenzer á la Marck de la locura , la inconsecuenzia i la injustizia de su prozeder con los católicos ; pero biendo que nada aprobechaban sus amonestaziones , i que los soldados continuaban como antes en sus eszesos i crueldades le acusó á la asamblea de los estados , pidiendo que lo tomase en considerazion , i resolbiese lo que mas combiniera. Los estados , ya mui desabridos con el conde por el desprecio que antes iziera de su autoridad le quitaron el mando i decretaron su prison. El príncipe , que no abia olvidado los serbicios que el intrépido conde iziera en los principios de la reboluzion , se interesó por él con los estados , i obtuvo su libertad. Demasiado resentido el conde para ser prudente , no podia olvidar aquella injuria ; i no contento con quejarse abiertamente de la ingratitude de los estados , abusó de su autoridad en la armada i el ejézcito , é izo por inspirar la sedizion en el pueblo. Lo supieron los estados , i trataron de arrestarle i formarle causa ; empero el príncipe no pudiendo desoir los gritos del reconocimiento , i estimulado por su ternura natural con sus parientes , disuadió á los estados de aquella resoluzion i les dezidió á que permitiesen aunque con repugnanzia , que el conde saliese libremente de la probinzia , como lo izo , dado que sobrevivió poco á esta desgrazia , pues murió algun tiempo adelante en Lieja adonde se abia retirado.

Dióse el mando de las tropas al conde de Batemburgo , que restablezió en ellas la mas esacta disziplina ; en términos que los católicos que quisieron permanecer en Olanda ya 'no tubieron que temer de la lizenzia de los solda-

dos, i pudieron vivir pazíficamente sin temor ni sobresalto. Una de las principales causas de los desórdenes por la tropa cometidos, era el atraso que por falta de fondos abia abido en sus pagas. Para que no volbiese á suzeder destinaron los estados al pago del ejército i demas gastos públicos, todas las rentas de que el rei antes gozaba como conde de Olanda, el producto de los bienes de los sazerdotes i de los monasterios, todos los de los católicos emigrados, i zierta porzion de las presas que se iziesen en el mar. (1)

En tanto que el príncipe i los estados trabajaban en todo lo que podia contribuir á la seguridad de la provincia de Olanda, el hijo del duque azia que con la mayor brevedad volbiesen á la obediencia las otras provincias levantadas. Esta precipitada sumision era efecto del terror que abia inspirado el buen suceso de sus armas en los Países-Bajos. Todas las ciudades de las provincias de Groninga, de Ober-Issel, de Utrecht i de Frisia que se declararon por el príncipe embiaron diputados que le asegurasen de su rendimiento, é implorasen su misericordia. Puso guarnizion en las mas considerables, i todas las penas las redujo á contribuciones. Si en adelante procediera con la misma moderacion acaso no allara mas dificultades en el recobro de algunas ciudades de la Olanda i de la Zelanda que las que tubo para someter las de las provincias del interior. Empero á su carácter era mas agradable castigar que perdonar, i mas satisfactorio usar de severidad que de templanza. Así lo justificó el

(1) Grotius, p. 40. Meursii Auriacus, p. 97.

bárbaro tratamiento que izo experimentar á Naerden.

Era esta ciudad pequeña i poco fortificada; mas eszitados los bezinos por algunos protestantes que bibian entre ellos, osaron negar la entrada á una compañía de caballería que embió el marques á intimarles que le abriesen las puertas. Apénas dieron esta muestra de valor cuando se arrepintieron, i diputaron á los mas respetables de entre ellos, llevando al frente á Lamberto Ortensio, no menos distinguido por su birtud que por su sabiduría, para que implorasen la misericordia del jeneral que se allaba en Amersfort; pero no quiso berlos, é izo que se les dijese que podian dirigirse á Julian Romero, á quien azia árbitro de su suerte; del cual obtubieron salvas las bidas i bienes con tal que al momento pusiesen la ciudad en poder del marques, que bolbiesen de nuevo á jurar fidelidad al rei, i que un zentenaar de soldados españoles cojiesen una sola vez tanto botin como pudiesen llevar. En seguida dió Romero la mano á Ortensio en tres diferentes ocasiones, en señal de la ratificazion del tratado, i entró en la ciudad con un corto número de españoles, sin duda con el objeto de quitar toda sospecha á los bezinos, é inspirarles mas confianza. Izoles intimar que acudiesen todos á la iglesia para rezibirles el juramento, i fueron sin armas como víctimas que no prebeen el terrible golpe que les amenaza. Los istoriadores contemporáneos no dicen si Romero obró segun las órdenes del marques; pero lo zierto es que este entró en la ciudad al frente de sus tropas: que se fué derecho á la iglesia donde el mayor número de abitantes es-

taba reunido i prestando el juramento de fidelidad : que izo abrir las puertas , entró i mató por su propia mano al primer majistrado , i que los soldados á su ejemplo dieron muerte á cuantos en el templo se allaban ; de donde se derramaran por la ciudad , degollaron á cuantos encontraron , sin distincion de católicos ni protestantes , leales ni rebeldes. Entran despues en las casas , en las que no allan mas que mujeres oprimidas de dolor , llorando la muerte de sus maridos ; i uerfanos llorosos que les pedian sus padres.

Empero aquellos bárbaros , léjos de compadecerse de sus clamores i jemitos , léjos de ablandarse con sus lágrimas , solo atienden á satisfacer su codizia , su crueldad i su brutalidad. Bióseles biolar niñas que ni con mucho llegaban á la edad de pubertad , atormentar á otras de un modo horrible , ya por gozar de placeres infames que la boluptuosidad mas brutal reprueba , ya para obligarlas á que les descubriesen los tesoros de sus padres ó maridos que acababan de degollar. A muchas aogaron , i en la sangre de otras empaparon sus manos.

Abia un ospital de anzianios , en que se allaban muchos que pasaban de ochenta años : á todos mataron , así bien que á los enfermos i dolientes que yazían en sus lechos. No puede leerse sin estremezarse , que para obligar á uno á que descubriese el sitio en que pretendian tenia guardado el dinero , le izieron padezer los mas horribles tormentos , forzaron á su mujer á su bista , i luego le mataron porque afeó aquella infamia : despues agarraron la mujer , ataronla atras las manos , la colgaron de un tirante , colgaron tambien del mismo , i á su lado á un niño que daba el pecho para que la

fuese mas doloroso el suplizio , aumentado con el horrible espectáculo de aquella inozente víctima. (1) Lamberto Ortensio debió la vida á los ruegos del conde de Bossut ; empero izieronle padezer un suplizio mil bezes mas horrible que la misma muerte : despedazaron á su ijo en su presencia i le arrancaron el corazon. Acabada la matanza arrojan de la ziedad á los moradores que abian dejado con vida ; i pusieron fuego á las casas reduziéndolas todas á cenizas.

Si no refirieran esta eszena mas que los istoriadores protestantes tendriamos razon para dudar de su esactitud ; pero refierenla del mismo modo los católicos.

Llebó Toledo en seguida su ejérgito á Amsterdam , i allí permanezió algun tiempo. Lisonjebase de que el temor de experimentar igual suerte que Naerden estimularia á las otras ziedades de la probinzia á prebenir con la sumision los efectos de su benganza ; pero se engañó. Tal conducta no era menos opuesta á las maximas de la sana política que á las sagradas leyes de la relijion i de la humanidad : irritó i no intimidó. La suerte de Naerden combenzió á las otras ziedades de que el mismo peligro abia en rendirse que en defenderse ; i que tan imprudente seria como peligroso tratar de ningun conzierto con quienes acababan de dar tantas pruebas de perfidia , de crueldad i de barbarie.

No tardó el marques en conozer que tales eran los sentimientos que jeneralmente abia inspirado : i la bigorosa defensa de Arlem de-

(1) Meursii Auriacus , p. 98. de Tou , lib. 4. Bentiboglio , p. 115.

bió enseñarle lo que debía prometerse de los medios que su falsa política le abia sugerido. Para atraerse aquella ciudad balióse de la mediacion de los católicos de Amsterdam; pero sin fruto. Berdad es que los majistrados de Arlem embiaran en secreto tres de ellos que tratasen con él; empero no bien lo supo Riperdá, caballero frison, á quien el príncipe abia confiado el gobierno de la ciudad, quando juntó á los prinzipales bezinos i les descubrió lo que contra ellos se tramaba. «No aze mucho, les dijo, que en una junta jeneral de ciudadanos combocada por buestros majistrados, juraron de no oir ninguna proposizion, no emprender ni aun proyectar nada que pudiese interesar al bien público sin nuestro consentimiento. Mas en desprecio de sus juramentos acaban de embiar diputados al marques, para que traten con él los medios de entregarle la plaza. Creen sin duda que no podemos resistir á las fuerzas que nos oponga: dicen que nos espondremos á los orrores de un sitio si no nos apresuramos á prebenirlos pidiendo umildemente perdon. Mas por bentura ¿an tratado mejor los españoles á los que se an fiado de su palabra que á los que les an resistido? Malinas i Zutphen ¿les an allado mas umanos que Mons? La deplorable suerte de Naerden ¿no os instruye bastante de cuan poco ai que contar con las promesas de estos ombres que en todos tiempos se an mostrado tan falsos como inumanos? Aun umea en las calles de aquella desbenturada ciudad la sangre de los que se fiaron de la palabra i de la compasion de los españoles. Si nos defendemos en nuestros muros podremos escapar á su furor; però si les abrimos las puertas, nuestra ruina es infalible; ó nos dego-

llarán como tímidos corderos, despues de quitarnos las armas, ó nos condenarán á la mas bergonzosa esclabitud. No os lisonjceis de que intentan reconziliarse de buena fe con nosotros : lo finjirán sí ; empero para subyugarnos mas á su salbo. Por otra parte ¿no abeis vosotros mismos jurado permanecer constantes en el partido que elejisteis? ¿No abeis jurado defender buestros muros contra los españoles, i obedezér al príncipe de Oranje á quien abeis reconocido por gobernador lejítimo de la probinzia? Qué! ¿por ebitar la fatiga de un sitio imitaremos sin pudor ni bergüenza el ejemplo de nuestros enemigos? ¿Seremos pérfidos como ellos, siendo su perfidia la que nos les aze aborrezibles?»

Este discurso produjo el mejor resultado: lebantó los ánimos, inflamó los corazones, i todos los que le oyeron esclamaron: «no se able de paz con los españoles ; antes que abrir nuestras puertas á estos pérfidos, derramemos en nuestras murallas defendiéndolas, asta la última gota de sangre.» Inmediatamente Riperdá comunicó al príncipe, que se allaba en Delft, lo que acababa de suzeder ; i el príncipe escribió á los abitantes esortándoles á permanecer en su resoluzion, i asegurándoles que las demas ziudades de la probinzia tomarian con empeño su defensa. Embióles cuatro compañías de soldados alemanes ; i á santa Aldegunda con el encargo de deponer á los majistrados, i reemplazarlos por quienes mereziesen el conzepto de berdaderamente adictos á la reforma. De los tres diputados embiados al marques uno se quedó con él, i los otros dos bueltos á Arlem fueron presos i conduzidos á Delft, donde juridicamente se les condenó como traidores á mo-

rir en un patíbulo : fallezió el uno en la carzel : el otro sufrió la sentenzia : seberidad nezesaria i que aprobó el príncipe , considerándola como medio de impedir que en lo suzesibo tubiesen los católicos correspondenzia con el enemigo.

En un carácter como el del duque i su ijo fázil es de inferir la sensazion que aria la nueba de la resoluzion tomada por los de Arlem. Irritada su alibez con aquella resistenzia , esaltada la cólera , i no respirando mas que benganza dan órden de que marchen á Arlem las tropas ; i ellos por sí propios trabajan en preparar lo nezesario para el sitio , bien dezididos á estrecharle con el mayor bigor.

Era aquella ziuudad despues de la de Amsterdam la mas prinzipal de Olanda : rodeabala un profundo foso , i la defendia una fuerte muralla ; mas como su zircuito era mui grande , su guarnizion nezesitaba tambien serlo. Su situazion en medio de una gran llanura es encantadora : á un lado está un bosque , por el otro corre un brazo del Spaaren , que dirige el otro por medio de la ziuudad , i ba á perderse en el lago ó mar de Arlem. De Leidem i Amsterdam no dista mas que de tres á cuatro leguas , una al sur i otra al este. Para estar mas en disposizion de socorrerla se fijó el príncipe en Leidem , de donde Arlem esperaba sacar bíberes. I el marques de Coria por su parte se proponia sacarlos de Amsterdam i Utrecht.

Para azercarse á la ziuudad , el camino mas corto era costear el dique , defendido por el fuerte de Spaarendam , guarnezido por Riperdá con trescientos ombres con el fin de romper el dique é inundar el pais , en lo que trabajaban muchos paisanos de los alrededores ; mas

era la elada tal que izo inútil su trabajo. Llegaron los españoles asta el fuerte i le dieron un brabo ataque : defendióle la guarnizion con balor ; pero zercada por todas partes , i oprimida por la superioridad del número, tubo que retirarse á la ziuudad.

Siguió mui luego el marques con todo su ejérxito , que constaba de doze á treze mil ombres, la mitad españoles, el resto walones i alemanes. No bien abia empezado á dar disposiziones i señalar á cada uno su puesto cuando le adbirtieron que un cuerpo como de tres mil ombres con artillería i probisiones abia salido de Leidem con direzion é intento de meterse en Arlem antes que el bloqueo se formase. Al momento resolbió el marques interzeptar el comboi ; i á favor de la niebe que mucha caia llega al enemigo que ignoraba asta su marcha , i le ataca zerca del lugar de Berkenrode , con fuerzas tan superiores que desde la primera carga rompió las filas, mató de seiszientos á setezientos ombres, i el resto uyó. En bano los ofiziales intentaron reunir los fujitibos i bolber á la pelea : la fuga continuó , dejando al benzedor la artillería i todo el comboi.

Embanezido con tan próspero suzeso bolbió el marques al sitio : apostó los walones i alemanes en el camino de Leidem, i con los españoles se alojó en un ospital situado zerca de la puerta de la Cruz, que era el lado mas fuerte de la ziuudad. Cubria la puerta un rebellin, que impedia azercarse ; i los muros tenian por allí mas fázil defensa que por ninguna otra parte. No lo ignoraba el marques ; sino que cometió esta falta como por una espezie de brabata sujerida por su orgullo , i aun mas por lo poco en que tenia á los sitiados. Como á todas sus

empresas abia coronado asta entonzes un feliz ecsito , esperaba que le suzederia lo mismo en aquella ; i se lisonjeaba de que Arlem seguiria el ejemplo de las otras ziudades i le abriria las puertas luego que empezase el ataque. Fué tanta su presunzion que no quiso tomar las precauciones que son comunes en todo sitio. Sin abrir trincheras que defendiesen á sus soldados del fuego de la plaza , lebantó baterías , empezó á batir el rebellin i la puerta , i luego que abrió brecha resolbió dar el asalto. A este fin izo echar un puente bolante en el foso , i embió ziento i zincuenta ombres que reconociesen el estado de la brecha , con órden de bolberse sino la juzgaban practicable: mas el resto de los soldados no contaba menos que su jeneral con el buen ecsito : la esperanza del pillaje les animaba. Muchos de ellos, sin esperar órden , pasaron inconsideradamente el puente ; pero no tardaron en reconocer que sus esperanzas eran banas : la brecha no era ni con mucho tan grande como á ellos se les abia figurado ; i las escalas de que se abian probisto se encontraron mui cortas. Por otra parte , el puente era tan estrecho que no cabian mas de tres ombres de frente , de modo que obligados á estrecharse unos contra otros al márjen del foro estaban enteramente al descubierto i espuestos al fuego de la guarnizion i al que sin interrupzion azia la artillería de la plaza. A pesar de esto , ninguno queria retirarse ; i para que lo iziesen fué nezesaria la mediacion de Romero á quien mucho respetaban. «¿No beis , les dijo , que la brecha es impracticable? ¿qué obstinazion es la buestra? ¿es en la escuela del duque de Alba donde abeis aprendido á respetar tan poco la disziplina , que

así os esponiais sin defensa á los golpes de esos rebeldes que os insultan, que os inmolan á su furor mui á su salbo? Ellos están resguardados de buestros tiros, i os probocan con insolenzia: pronto podreis bengaros; mas ahora es imposible benzer los obstáculos que á ello se oponen.» Despues de no pocos esfuerzos al fin consiguió que se retirasen, él erido, i zerca de doszientos soldados i muchos ofiziales quedaron muertos.

Este rebés enseñó á don Fadrique á juzgar mas sanamente de su empresa, i ya no la bió tan fázil pues que para asegurarse del logro de ella i economizar la sangre de sus soldados izo suspender los ataques, i que para estrechar el sitio con bigor acopiasen sus comisionados en Amsterdam i Utrecht todo lo nezesario. No obstante, como todos los eaminos que daban á su campo estaban tan cuidadosamente guardados por los olandeses, tardó mas de un mes en allarse en dispozion de empezar sus operaciones.

Sabia el príncipe que no le era posible reunir un ejérxito capaz de azer lebantar el sitio, ni aun de atacar al enemigo en sus líneas, forzarle en ellas, é introducir socorros en la plaza; pero aprovechándose de una fuerte elada que azia muchas semanas duraba, introdujo en la ziuudad quinze compañías de soldados i muchos trineos cargados de muniziones de boca i guerra. Es bien conozida la destreza con que los olandeses usan los patines en el yelo, que era entonces tan fuerte que no ombres sino carros podian transitar por el lago, mejor que por tierra; i por este medio llegó el comboi á la ziuudad.

Reunió al fin el marques todos sus prepa-

ratibos i con una actibidad asombrosa; i aunque no menos fogoso, pretendia con mas prudentes precauciones reparar las faltas que por su demasiada presunzion cometiera. Despues de levantadas trincheras que defendiesen á la tropa del fuego de la plaza, empezó á batirla con toda su artillería, en tanto que tres mil minadores del pais de Lieja que su padre le embiara, trabajaban inzesantemente en zapar las murallas. Nadie uia el trabajo, nadie temia el peligro. Pero la bizarría i la bijilanzia de los sitiados eran iguales á los esfuerzos de los sitiadores. Por medio de contra minas abentaban las minas ó las inutilizaban. Apénas se abria una brecha, se azian nuevos fosos, ó lebantaban baluartes, que dificultaban los aproches mas que antes. No contentos con estar á la defensiva, azian salidas frecuentes, destruian las obras de los sitiadores, i caian sobre ellos espada en mano cuando menos preparados estaban para rezibirlos.

Miéntras la guarnizion de Arlem daba tanto en que entender á los españoles, trabajaba el prínzipe en suszitarles nuevas dificultades teniendo de continuo partidas en campaña que interzeptasen los comboyes; i algunas bezes lo consiguieron. El marques para ebitarlo tenia que embiar grandes escoltas por ellos; empero esta menos fuerza en su campo fazilitaba la introduzion de socorros en la plaza, i los progresos del sitio se retardaban.

Casi todas las subsistenzias benian de Amsterdam al campo español; i como no pudiesen pasar mas que por un camino, tenia encargado el prínzipe á Antonio el Pintor, ombre recomendable por la parte que tubo en la sorpresa de Mons, que se apoderase de un paso impor-

tante que en él abia. Los católicos de Amsterdam que lo supieron embieron tropas que tomasen aquel paso i arrojasen al enemigo. Binieron á las manos , i el destacamento de Antonio tubo que uir , i él quedó muerto en el campo. Su cabeza i la de otro oficial llamado Koning se embieron al campo de los españoles , que por escarnio las arrojaron en las murallas de la ziu-dad , con un papel en la de Koning en que se abian escrito poco dezentes chanzas sobre el nombre de Koning que significa rei , i sobre el aber benido con dos mil ombres á azerles lebantar el sitio. Para bengarse los sitiados de este insulto , cortaron la cabeza á doze prisioneros españoles ; pusiéronlas en un barril , i le echaron á rodar por la trinchera , con estas palabras: « pago del diez por ziento con los intereses debidos al duque de Alba por el pago retrasado. »

A esta crueldad respondieron los españoles con otra : al frente de la trinchera colgaron por los pies i por el cuello muchos prisioneros echos á los sitiados ; i estos en despique izieron lo mismo con mayor número de españoles. Tan orribles eszenas i tantas bezes repetidas no tubieron fin en tanto que el duque , i su ijo , que á ejemplo suyo autorizaba tamañas crueldades , permanezieron en los Países-Bajos : con su idazesaron.

Las operaciones del sitio se adelantaban cuanto permitian las zircunstanzias , supuesta la dificultad de adquirir biberes i las muchas enfermedades causadas por el rigor de la estazion. No obstante , i á pesar de tantos obstáculos como se oponian i ubo que superar , se logró minar enteramente el rebellin que defendia la puerta de la Cruz , i obligar á los sitiados á que

le abandonasen. Despues de batir por muchos dias á la continúa aquella parte de la muralla se izo practicable la brecha, i se trató del asalto. Ya resuelto, llamó el marques todas las tropas que en diferentes partes tenia, i para sorprender al enemigo empezó el ataque antes de amanecer, sin omitir precauzion que pudiese contribuir al logro. A cada soldado se le instruyó en particular de lo que debia azer, del puesto que debia ocupar, de las maniobras á que debia contribuir. A zierta distanzia de la muralla quedaron apostados muchos que con un fuego continuado de mosquetería alejasen de la brecha á cuantos intentasen azercarse. A los destinados al asalto se les encargó el mayor silencio asta que se apoderasen de la brecha; lo que se obserbó con tanta esactitud que muchos la abian ya montado, i otros escalado los muros sin ser sentidos de los sitiados. Empero luego que las zentinelas los perzibieron cayeron sobre ellos i les arrojaron unos sobre otros sin darles tiempo para ponerse en defensa.

Como los españoles eran dueños del rebellin de la puerta de la Cruz, i el asalto se daba allí zerca, abianse apostado en él i en los alrededores muchos soldados i oficiales para socorrer en caso de nezesidad á los sitiadores. Empero los sitiados para que aquella fortificazion no fuese de provecho al enemigo tenianla minada i cargada la mina con pólbora i otras materias combustibles: bieron pues con gusto, i aprovecharon con dilijenzia el momento de azerla reventar, i con efecto saltó una parte del rebellin i del terreno contiguo, i perezieron muchos españoles. Este desastre imprebisto llenó á los demas de terror i asombro. La guarnizion sin darles lugar á bolber sobre sí cae impetuo-

samente sobre ellos, les ataca con irresistible balor i les fuerza á retirarse con pérdida de muchos oficiales i de mas de trescientos soldados.

Este mal suzeso izo que el marques empezase á dudar del ecsito. Ni podia menos de darle cuidado el que á pesar de la bizarría de sus tropas, i de las prudentes precauciones tomadas, todo ubiese sido inútil. Muchos asta de sus mismos oficiales, ya desanimados, quisieron persuadirle que lebantase el sitio: «el ejérxito, le dezian, a padezido mas que la guarnizion: la escaséz de subsistenzias, ocasionada por la dificultad de traerlas de Amsterdam, le espone con frecuencia á sufrir los orrores del hambre: el frio a matado mas soldados que la espada enemiga. Nunca llegaremos á ser dueños de la plaza; i si lo somos, nos costará mas que bale, ni su posesion puede valer; i nos allaremos los benzedores, cuando mas, en un estado tan miserable como los benzidos, i sin las tropas nezesarias para allanar otras ziudades lebantadas.»

Los que no eran de este dictámen, esponian, que de la toma de Arlem dependia el ecsito de la guerra: «si lebantamos el sitio, dezian, confirmaremos á las otras ziudades en su obstinazion: si por el contrario perseberamos, el logro de esta fazilitará las otras empresas. El rigor de la estazion no puede ya durar mucho: una sola noche puede bastar para que se derrija el yelo, de que tantas bentajas a sabido sacar el enemigo. Si emos perdido jente, la reemplazarán mui luego los reclutas que esperamos de España i los Paises-Bajos; i mui luego tambien nos allaremos en estado de cortar toda espezie de comunicazion entre los sitiados i las otras ziudades; i entónzes, privados de los socorros que de ellas sacaban, se allarán en la

nezesidad de abrirnos sus puertas; i ofrezerse á nuestra discrezion.»

En esta bariedad de opiniones, i no queriendo el marques dezidir por sí, consultó con su padre; el cual en su respuesta, que mas parecia orden que consejo, manifestaba lo desagradable que le era el que siquiera dudase. «Es menester, le dezia, que continúes el sitio, i des fin á la empresa, sino es que quieres te se tenga por indigno de tu nombre, de la sangre que te anima, i del mando que te e confiado. En un sitio de tanta cuenta, no debes contar los dias, sino pesar la importancia del ecsito feliz ú adberso. I pues no as podido someter al enemigo por la espada, ríndele por ambre: bloquea la ciudad en bez de escalarla, como lo podrás azer mui pronto i completamente con los refuerzos que te llegarán. Si no obstante esto, persistes en lebantar el sitio, me berás sin tardanza llegar al campo á pesar de mi enfermedad, i si esta no me lo permitiere, irá tu madre á relebarte, ántes que permitir que el ejército decampe, ni el sitio se abandone.»

Esta carta irió bibamente el orgullo del marques, que ya no pensó en dificultades ni peligros, sino en continuar el sitio; mas como no tenia bastantes tropas para bloquear toda la ciudad, temporizó, i obró con lentitud asta mediados de febrero en que zesó el yelo; lo cual izo que mudasen de aspecto las operaciones de sitiados i sitiadores.

Tenialo prebisto el prínzipe, i por consiguiente tomadas las mayores precauciones, para en el momento que el desyelo se berificase i ayudase el biento, socorrer á la guarnizion, como lo izo con probisiones de toda espezie, por medio de los bateles, que á pre-

benzión tenia contruidos; los cuales partieron de Leidem, bogaron á lo largo del lago; i aziendo fuerza de bela, entraron en el Spaaren, i llegaron á Arlem sin nobedad. Por este medio fué abastezida la plaza miéntras los españoles no tubieron fuerzas nabales para impedirlo. Empero luego que el conde de Bossut equipó en Amsterdam un gran número de barcos con que se apostó en el lago, al lago se trasportó la eszena. Por muchas semanas se combatieron las escuadras, una por introducir socorros, otra por ebitarlo. Al prinzipio fueron de poco momento sus combates; mas despues que los bajeles se aumentaron por ambas partes, se llegó en fin á una batalla en regla, que ademas de costar mucha sangre á los protestantes fueron benzidos; de cuya bictoria reportó mucho onor el conde de Bossut, que redujo la escuadra enemiga á tan miserable estado, que ni azercarsele osaba. Otra gran bentaja que produjo á los españoles fué la de azerse dueños del fuerte, asentado en la embocadura del Spaaren; en el que apostada una parte de su escuadra, quedó impedida toda comunicazion con la ziedad.

Empero, en tanto que esto pasaba en el lago, los abitantes i la guarnizion de Arlem obraban con la misma intrepidez que antes. Inquietaban á los sitiadores continuamente, i sin darles punto de reposo: atacaban ya un cuartel, ya otro. En una salida, entre otras, cayeron sobre el de los alemanes, les arrojaron de él, i despues de matar muchos, pusieron fuego á tiendas i bagajes, tomaron sus banderas i muchos cañones, i bolbieron en triunfo á la ziedad. (1)

Mas no les duró mucho el poder azer estas

(1) De Thou, tom. 3, pag. 218.

salidas que tanto les embanezian. El refuerzo que el duque abia prometido á su ijo, llegó en fin, i con él la posibilidad de asegurar sus líneas contra los insultos de dentro i fuera. Entónzes fué cuando los sitiados empezaron á presentir los orrores delambre. No ubo medio de que no se baliesen para adquirir socorros. Repetidas noches intentaron forzar las líneas de los sitiadores, i aprovechar el momento en que desalojasen algunos de sus puestos para introducir en la ciudad los comboyes que el príncipe les tenia preparados. Mas todas sus tentativas fueron inútiles: en todas partes encontraron al enemigo dispuesto á rezibirles; i si atacaban con vigor, con vigor eran rechazados. En este estado, i aconsejados de la desesperacion, rompieron el dique del Spaaren, é inundaron el terreno que media entre el lago i la ciudad. Esto obligó á los españoles á que abandonasen aquella parte de su cuartel que cubrió el agua, i proporcionó, es verdad, que algunos bateles chatos cargados de bíberes i pólvora entrasen en la ciudad; empero ni este ni otros socorros que tubieron eran de consideracion. El conde, como dueño del lago, azia guardar con tanto cuidado los pasos, que no dejó á los olandeses ninguna entrada en la plaza.

Ya no les quedaba mas que una esperanza. Un mes azia que el príncipe reunia tropas: tenia solizitados socorros de la reina de Inglaterra; i los abia pedido á los protestantes de Francia i de Alemania, creyendo que juntos estos diferentes ausilios i las tropas que él reuniera, le pondrian en estado de atacar i forzar á los españoles á que lebantasen el sitio. Empero sus esperanzas se desbanezieron. Ni la reina quiso declararse todabia contra los españoles, ni los

protestantes franceses i alemanes, arto ocupados en su propia conserbazion, tenian tiempo ni facultades para ayudar á sus ermanos de Olanda. Entre tanto, la situazion de Arlem iba siendo de dia en dia mas cruel. Ya padezian todos los orrores del ambre. Consumidos todos los bíberes, solo se mantenian de raizes de malas yerbas, de carne de caballo, de perro, i de otros animales repugnantes al ombre. Sabido por el príncipe, se dispuso á tentar todos los medios de alibiarlos con unos cuatro mil infantes i seisientos caballos que abia reunido, parte protestantes alemanes, ingleses i franceses, i parte reclutas echos de priesa en las ziudades comarcanas; á cuyo frente quiso ponerse, i encargarse de la empresa. Pero los estados le persuadieron que la encomendase al conde de Batemburg. Dióse de todo i de su marcha zircunstanziado abiso á la ziudad por medio de las palomas, (1) que de ella se abian llevado á Leidem con este fin.

Partió el conde con su campo á prinzipios de julio, llevando algunos cañones de campaña, i todo en escolta de un gran comboi de toda espezie de proibisiones. La instruccion que se le dió fué que dirijiese su ataque al cuartel de los alemanes establezido al lado de la bega de Arlem. Abíase dispuesto así con el intento de que atacase de frente la guarnizion, miéntras el conde lo azia por la espalda, i durante el combate se introdujese el comboi en la plaza. Empero el marques, sabedor del intento, dejó parte del ejérxito en las líneas para que rechazase los átaques de la guarnizion, i con el resto salió al encuentro al conde. El partido no

(1) De Thou, lib. 55, cap. 5.

era igual, dado que los que este mandaba eran bisoños, i los del marques veteranos, bien disciplinados, i muchos mas en número. Así fué, que desde el primer encuentro los pusieron en fuga, mataron mas de dos mil, i se apoderaron de casi todo el comboi. El conde mismo murió en la aczion.

Con este nuevo rebés, perdió de todo punto el ánimo la guarnizion. No teniendo ya esperanza de socorro, resolvieron rendirse, i embiaron una diputazion al marques, ofrezéndole la plaza si conzedia á la guarnizion los onores de la guerra, i libraba á la ziedad de saqueo. Toledo no quiso oír ninguna proposizion, esijiendo que se entregasen á discrezion.

Esta respuesta dió bien claro á conozer á los abitantes de Arlem la suerte que les esperaba: ya no les quedaba duda de que el marques, siempre implacable, tenia resuelto inmolarlos todos á su benganza, i que les tenia preparada la misma suerte que á los de Naerden. Luego que en la ziedad se supo la buelta de los diputados, los abitantes de todos los cuarteles acudieron á bandadas á la plaza para saber el resultado. Cuando las mujeres, los anzianios i demas que no se allaban en disposizion de tomar las armas supieron la respuesta de don Fadrique, sobrecojidos de espanto i de terror, creian ya ver sus casas deboradas por las llamas, i el yerro omizida del bárbaro español dispuesto á atrabesarles el pecho. No se oían mas que jemidos: ni se beía mas que la expresion del asombro i del dolor. La palidez de la muerte cubría todos los semblantes: los ojos de todos derramaban torrentes de lágrimas; i todos parezian oprimidos bajo el peso de su dolor. En todas partes reinaba aquel silencio me-

lancólico, que casi siempre prezedé á las crisis de la desesperazion.

Esta desesperazion llegó bien pronto á su colmo por la resoluzion del gobernador, la guarnizion, i todos los que se allaban en estado de tomar las armas, de salir de la ziedad, i abrirse paso espada en mano por entre las líneas del enemigo. Resueltas á impedir que no se ejecutase aquel bárbaro intento, por el que iban á quedar sin defensa espuestas á la rabia de los españoles, banse todas las mujeres llebando en los brazos sus niños á la puerta destinada para la salida. El corazon se partia al ber aquellas desoladas madres arrojar se unas en los brazos de sus maridos, otras postrándose á sus pies, presentándoles las prendas de la ternura que les unia. Estas inozentes víctimas tendian sus infantiles manos ázia los autores de sus dias: no conozian su desbenturada suerte; pero los lamentos de sus madres les arrancaban aún mas tristes lamentos. Arrojábase la madre á los brazos del ijo, apoyo de su bejéz: la ermana abrazaba al ermano, pidiéndole un defensor: «perezed con nosotras, les dezian, ó permitid que os sigamos i perezcamos con bosotros.» Estas pocas palabras, pronunziadas con toda la enerjia que daba el caso, por personas amadas i queridas, produjeron el mejor efecto. Resolbieron, pues, que de los soldados de la guarnizion i los abitantes en estado de llebar armas, se formarían dos cuerpos: que en medio de ellos se colocarian las mujeres, los niños i los anzianos; i que en este órden saldrian de la ziedad, i atacarian las líneas de los sitiadores. Nadie ignoraba que la ejecuzion costaria muchas bidas: «mas, dezia el baliente Riperdá, si abrimos boluntariamente las puertas á los crueles españoles,

nuestra ruina es segura: si ejecutamos lo que acabamos de resolver, cierto es que corremos á la muerte; pero tambien puede suceder que logremos escapar. Por otra parte, morir por morir; no es mejor que sea peleando por nuestra religion i libertad, que en un patibulo, en los mas horribles tormentos, ó en los calabozos de un benzedor incapaz de jenerosidad i de piedad?»

Instruido el marques de lo que pasaba en la ciudad, i de la resoluzion tomada, temió la ejecuzion, considerando que si no la prebenia, todo el fruto de su empresa aún lograda, se reduciria á ruinas i escombros, en lugar de una ciudad grande i floreziente. Esto, aun presindiendo de lo peligroso que era esponerse al furor de un pueblo entero, reducido á la desesperazion, i animado por la benganza; i que aun suponiendo que todo él pereziere, no podria ser sino á costa de muchos de sus soldados. Estas reflexiones le determinaron á embiar un trompeta que anunciase á los sitiados estaba resuelto á perdonarlos. Entre la esperanza i el temor bazilaban sobre el partido que debian tomar; mas en fin, la desconfianza que les inspiraba el carácter del marques, pudo mas, i reusaron entrar en negociazion. Viendo don Fadrique que una promesa baga no les satisfazia, se obligó á librar de saqueo la ciudad, con tal que le pagase doscientos mil florines; salva la vida de la guarnizion i los abitantes, menos la de cincuenta i siete personas que señaló.

Eran estas las prinzipales de la ciudad, i las que durante el sitio mas se abian distinguido por su valor i bizarría. Su proscripzion, pues, por tal se tubo la eszepzion que de ellas se izo, indignó á todos, é iban á responder que no querian oir ni tratar de ningun conzierto,

cuando los soldados alemanes de la guarnizion pidieron, de aquel modo en que se manifiesta que se esije lo que se pide, que se azeptasen las condiciones propuestas por el enemigo. Oponianse los soldados walones i olandeses, porque como mas culpables respecto de los españoles, conozian que nada tenian que esperar de la clemenzia del benzedor. Así dibidida en opiniones la guarnizion, ubo muchos soldados que con intento de buscar ocasion de desertar, dejaron sus puestos, i abandonaron la guardia de las murallas. Temiendo entónzes los abitantes que lo perzibiese el enemigo, i tomase la plaza por asalto, embiaron diputados al jeneral español que azeptasen sus proposiciones, i le entregasen las llaves de la ciudad.

El 13 de julio de 1573 entró un rejimiento español, i tomó posesion de Arlem. Inmediatamente se dió órden á la guarnizion i á los abitantes de que rindiesen las armas: á estos que se retirasen á las iglesias, i aquella á los monasterios, i en unas i otros se puso guardia que impidiese la salida. El mismo dia entró tambien el marques con las tropas españolas. Antes de la rendizion abia echo asegurar á los alemanes que si contribuian á que se azeptasen sus proposiciones, no se les aria ningun mal; por lo que, dado que se les guardaba como á los otros, i que no se les permitia retirarse, no se les maltrataba, ántes se les distribuia pan como á los abitantes. Al terzer dia llegó el duque de Alba, ya recobrada su salud: el color bisitar por sí mismo las fortificaciones de la plaza, i tomar conozimiento de su estado: la berdad prescribir á su ijo la conducta que debia tener respecto de los prisioneros.

No prebeian ellos la cruel suerte que se les

preparaba: cruel, horrorosa, i tal cual debian esperarla de un enemigo que desconozia toda espezie de jenerosidad, siempre implacable en su odio, siempre cruel en su benganza. Los soldados de la guarnizion fueron las primeras víctimas. Trescientos walones de entre ellos fueron inhumanamente degollados. A Riperdá i otras muchas personas de cuenta cortaron la cabeza en un cadalso. Dieron muerte á muchos zentenarios de soldados franzeses, ingleses i escozeses; i á muchos ziudadanos que se les cojió uyendo, se les ató de dos en dos, i se les echó al rio. Los enfermos i eridos fueron degollados en el patio del ospital en que estaban.

Difieren los istoriadores azerca del número de víctimas que el duque i su ijo sacrificaron á su benganza; no dejando de ser mui reparable el que los istoriadores españoles le agan subir mas que los olandeses. Pero, segun los cálculos mas moderados, fueron novezientos los que despues de aberse fiado del marques de Coria, i de aber rendido las armas en el seguro de su palabra, fueron ajustiziados como biles malchiores.

No es posible dejar de estremezarse al escribir tantas, tan inauditas i tan atrozes crueldades: el intentar justificarlas fuera insultar la humanidad de los lectores. Sin embargo, es necesario combenir en que las crueldades en los de Arlem ejerzidas, tienen zierta espezie de disculpa en la obstinazion de su defensa, en los cuidados en que al duque le puso, i aun mas en las pérdidas que le ocasionó. Costóle la conquista mas de quatro mil i quinientos soldados, sin contar otros muchos á quienes las eridas, las enfermedades produzidas por el rigor de la estazion, i lo escaso i malo de los alimentos im-

posibilitaron de continuar en el serbizio. Mas no fué esta pérdida el único daño que causó el largo sitio, sino que ademas de aber consumido en él las rentas reales, perjudicó notablemente la reputacion de sus armas, alentó á los sublebados, i les confirmó mas i mas en la persuasion de que un enemigo á quien tan caro costaba el bénzer no era imbenzible. Dió ademas tiempo para que las otras ziudades lebantadas se pusiesen en estado de defensa, i al príncipe para que actibase sus conquistas en la Zelanda, en que aún estaba Middelbourg por los españoles. (1)

Empero de todos los males que la larga duracion de aquel sitio produjo, el mas funesto fué el aber agotado el erario; lo cual puso al duque en la imposibilidad de pagar la tropa, en la de seguir las otras operaciones que para aquella campaña tenia proyectadas, entre otras la de pasar á la Nort-Ollanda inmediatamente despues de rendida Arlem, i reconquistar á Alcmár; i en fin, fué la causa de que el ejérxito se negase á ir á esta ziudad, resentido de que aquella no se ubiese entrado á saco. I para manifestar mas claramente su descontento, pidió el pago de los atrasos que se les debian. Inútilmente espuso el marques á los soldados que la tardanza en la obediencia causaba incalculables perjuizios á los intereses del rei: este fué un estímulo para persistir en su demanda; pues quanto mas nezesarios eran, i mas lo conozian, mas se obstinaban. Sin miramiento á las amonestaciones de sus ofiziales, sin respeto á las órdenes del jeneral, i en desprecio de lo capitulado, es-

(2) Bentiboglio, pag. 117. Meteren, pag. 110. Meursii Auriacus, lib. 8.

tablezieron su cuartel en la ciudad, é impusieron contribuciones á sus malabenturados bezinos, ya estenuados por la duracion del sitio, i por las bejaciones sufridas despues de la capitulacion; que en berdad fueron pocas menos que si por asalto ubieran tomado la ciudad. Esta era la mas eficaz leccion para que las otras aprendiesen cuan absurdo seria someterse á los españoles con cualesquier condiciones que fuesen, dado que aun cuando sus comandantes quisiesen cumplirlas, eran bioladas por la codicia de los soldados, que no podia contener ni reprimir toda la autoridad del jeneral.

Sintió el duque tanto este accidente, quanto prebeia las desagradables consecuencias que podia producir. Asta entonzes abia tenido sus tropas en la mas esacta disziplina; i si se dejara llevar de su inclinacion, prozediera con la mayor seberidad á restablezerla. Mas, por otra parte, las malas resultas que podria tener esta misma seberidad le izieron que prefiriese la blandura i la persuasion; i para que fuesen mas eficazes, se balió del marques de Bitelli, como del mas amado i respetado entre todos los oficiales del ejérsito. Con efecto, empleó el marques todo el aszendiente que sobre los soldados tenia, i con la mayor destreza logró, aunque á duras penas, persuadir á los reboltosos á que por entonzes se contentasen con una parte de lo que se les debia, i reconoziesen como ántes la autoridad de sus jefes.

Perdióse en esta negociacion un tiempo preziosísimo, i tanto, que la estacion estaba ya mui adelante sin que el ejérsito aún se ubiese mobido para ir á sitiár á Alcmár; cuya plaza, si se atacara antes, fázilmente se rindiera, dado que fué la última de la Olanda setentrional

en salir de la obediencia: que el número de los bezinos católicos era mui considerable: que estos abian llegado asta apoderarse de una puerta, i que muchas bezes, despues de la toma de Arlem, abian solizitado del marques de Coria que fuese en su socorro, el cual no pudo azerlo por la insurreccion del ejérxito. Aprovechó el prínzipe de Oranje esta tardanza, i embió tropas que dieron la superioridad á los protestantes, i quitaron á los católicos la puerta que dominaban; embiando tambien de las ziudades bezinas armas i muniziones de boca i guerra.

Beia el marques de Coria las dificultades que tendria que superar para dar prinzipio en una estazion tan adelantada al sitio de una plaza como la de Alcmár, situada en tan pantanoso terreno; empero se lisonjeaba de que con un ejérxito tan poderoso, como que tendria al rededor de diez i seis mil ombres, podria rendirla ántes que empezasen las llubias. Conozia mui bien que aquella conquista le fazilitaria mucho la de las otras ziudades de aquella parte de la probinzia; i en consecuenzia, tan luego como el de Bitelli aquietó á los soldados, i se restablezió la disziplina, los condujo á Alcmár, distante solo una jornada de Arlem.

Lebantada una batería á cada lado de la ziudad empezó á azer un bibísimo fuego, que en pocos dias abrió brechas bastante capaces para que creyese tomarla por asalto. Para dibi-dir la atencion i las fuerzas de los sitiados los atacó por ambos lados. Abianlo estos prebisto, i se prepararon á defenderlos. Echaron los españoles dos puentes bolantes en el foso, le pasaron i montaron al asalto con gran bozeria, creyendo allar poca resistenzia; pero se equivocaron, i mui luego aprendieron que el valor

animado por la desesperazion puede suplir al número i á la esperienzia, i que el arte es inútil á quien no teme el peligro i desprezia la muerte. Opuso pues la guarnizion, ayudada del bezindario, una resistencia tan bigorosa que asombró á los sitiadores. Muchas bezes bolbieron á la carga; empero inútilmente todas. Por fin tubieron que retirarse con pérdida de seis-zientos ombres, sin que todas las promesas ni las amenazas que les izo don Fadrique bastasen para que bolbiesen.

A poco empezaron las llubias con tanta abundanzia que fué mucho lo que los españoles padezieron por la umedad del aire i del terreno. Ademas tubo el duque notizia de que los olandeses tenian resuelto abrir las esclusas é inundar todo el terreno al rededor de Alcmar; i temiendo la destruczion total del ejérxito embió orden á su ijo para que leuantase el sitio. Izolo así, i el 11 de octubre se retiró ázia el mediodia de la probinzia, dando cuarteles de invierno á la tropa fatigada i consumida. (1)

No fueron mas dichosos por mar. Los habitantes de Enchuisen, de Orn, i de otras ziudades por bengarse de que los de Amsterdam ubiesen embiado socorros á los españoles miéntras sitiaban á Arlem, equiparon una escuadra que se apostó en la embocadura del Ye, por cuyo medio quedó enteramente cortada la comunicazion entre Amsterdam i el Zuyder-Zee. Cuantas nabes salian del puerto de aquella ziudad i tomaban aquel rumbo otras tantas eran cojidas ó destruidas; con lo cual se allaba su comercio totalmente interrumpido. Para remedio de este mal, que si mucho durara fuera funes-

(1) Meteren, p. 123. De Tou, lib. 55, sect. 8.

to á los de Amsterdam , que solo del comercio subsistian , entró el duque en la ciudad é hizo equipar con la mayor brevedad doze buques de guerra , mas fuertes de lo que entonzes se acostumbraban , i dió el mando al conde de Bossut. Todavía quedaba esta escuadra inferior en número á la del enemigo , pero en opinion del duque esta desbentaja la compensaban los muchos soldados que la montaban , el grandor de las naves , la esperiencia i valor del comandante.

Al azercarse , abandonaron los olandeses aquel apostadero i se retiraron ázia Orn i Enchuisen , donde se les agregaron tantas que se allaron en estado de ir en busca de la escuadra española. Mandaba la olandesa Teodoro Sonoy , que ardiendo en deseos de pelear , espiaba la ocasion de azerlo con bentaja. Ambas escuadras estubieron algun tiempo enfrente una de otra , i entre algunas de sus naves ubo frecuentes i mui bibos encuentros. Empero el conde dudó por mucho tiempo el abenturar la suma de las cosas en una aczion , con fuerzas tan inferiores á las del enemigo. Así pues por ebitarlo , como por el grandor de sus naves que calaban mucho agua , las tenia en alta mar i en los sitios en que sabia aber mas fondo. Los de Amsterdam desaprobaban la prudenzia del conde. Mas cuidadosos de ber libre su comercio de los obstáculos que el enemigo le ponía , que del peligro que podia el conde correr en atacarle , obtubieron del duque á fuerza de importunidades , coonestadas con un estado falso que le presentaron de la fuerza de los zelandeses , que le mandase positivamente que diese la batalla.

Aunque tenia el conde pocas esperanzas de buen suzeso obedezió i fué á atacar á la escuadra olandesa , que se allaba en donde apénas

abia agua que la sostubiese. El combate fué mui acalorado : peleóse por ambas partes con igual bal'or : mas la bictoria se declaró por los olandeses que como que tenian mas naves pudieron atacar por todas partes al enemigo ; i como mas ligeras maniobraban con mas belozidad , i causaban mas daño que rezibian. Una nave de las españolas fué echada á pique con su equipaje : tres encallaron i las tomaron despues , i las demas se salvaron uyendo , eszepto la capitana montada por el conde, (1) que segun los istoriadores contemporáneos era de las mayores que asta entonzes se abian bisto , i al mismo tiempo de las mejor tripuladas. Rodearonla muchas de las enemigas , que la cañonearon i aconcharon en un banco de arena. Aun no queria rendirse el conde , i continuó defendiéndose con el mayor balor asta que de trescientos soldados que tenia á bordo murieron doscientos beinte , i los demas, eridos é imposibilitados de pelear , sino quinze. En este estado le aconsejó un español que dejase el paso libre asta que entrasen cuantos cupiesen , i entonzes pegase fuego á la Santabárbara , i todos bolarian con la nave. Aquel ombre , despues de las orribles perfidias que los de su nazione cometieran en Naerden i Arlem , i en que él abia tenido parte , no debia de esperar que los olandeses le diesen cuartel. El conde desechó su consejo : nada tenia que reprenderse : abia echo lo que su obligacion i su onor le pedian. Azeptó pues la oferta que los benzedores le izieron de salvarle la vida i á cuantos en la nave estaban si se rendia. Este fin tubo aquel

(1) El nabio almirante llamado la inquisizion no llebaba mas que treinta i dos cañones.

combate que duró beinte i ocho oras. Al conde embiaron prisionero á Orn. (1)

Sonoy dió inmediatamente abiso de su bictoria á los estados de Olanda, que bien persuadidos de que su salud dependia de la conservazion de la superioridad por mar, esperaban con el mayor cuidado el ecsito del combate. Dispusieron que en todas las iglesias de la probinzia ubiese acciones de grazias por tan señalada bictoria.

La toma de Jeertruidenberg acrezentó el júbilo de los olandeses. Fué sorprendida aquella plaza por un protestante franzes llamado de la Payette, que de noche la tomó por asalto. A la guarnizion compuesta de un rejimiento walon pasó á cuchillo, i al gobernador que era español izo lo mismo. Era de tanta importancia aquella ziuudad como que azia á los olandeses dueños del Mosa, i les abria la entrada del Brabante.

Indemnizó en parte, de esta pérdida al duque de Alba la bentaja que un destacamento de su ejérxito tubo del señor de santa Aldegunda, que al frente de otro destacamento marchaba á impedir las incursiones que los españoles azian en la parte meridional de Olanda, i fué desbaratado i él mismo prisionero. No perdonara el duque la bida de un ombre cuyo zelo abia animado al de todos sus conziudadanos por la libertad; empero el conde de Bossut estaba en poder del prínzipe de Oranje, que abia protestado le trataria como el duque á santa Aldegunda.

Abiase propuesto el duque abrir la campa-

(1) De Thou, l. 55, sect. 7. Meteren, p. 125. Bentiboglie, p. 133.

ña por el sitio de Leidem, i aun echo ocupar por sus tropas muchos puestos á los alrededores de aquella ciudad. Aquel sitio no menos memorable que el de Arlem no ofrezia menos dificultades que benzer, ni menos gloria que adquirir; empero fué al suzesor del que formó el proyecto á quien estuvo reserbada la ejecuzion, dado que como ya dijimos tenia el duque pedida lizenzia para bolberse á España á pretesto de su quebrantada salud por la umedad del clima i las fatigas que abia padezido. Muchos no obstante creyeron que la berdadera causa fué el temor de que sus enemigos prebiniesen al rei, le llamase á su lado, i probeyese en otro el gobierno. Mas esto no era berisimil, puesto que el duque no abia echo mas que obrar conforme á las órdenes del rei mismo, i que asta las acciones mas crueles le fueron prescritas. Pero pudo rezelar el duque i con arta probabilidad, que su amo empezase á desconfiar del logro de sus intentos, particularmente por los crueles medios que abia seguido; i que zediendo á la nezesidad, á pesar de su gusto é inclinazion natural, quisiese probar otros mas suaves. Tales eran en efeto las dispoziciones de Felipe quando el duque le pidió lizenzia para dejar los Países-Bajos. Teniasele en Madrid por el menos á propósito para seguir el nuevo sistema adoptado; i el consejo estaba bien combenzido de que miéntras permaneziese en su gobierno nunca las probinzias lebantadas darian oidos á ninguna proposizion que les iziese un ombre á quien tanto aborrezian. El rei aczedió á la solizitud del duque, i embió al de Medinazeli que le reemplazase. Mas á este á su llegada le espantaron las dificultades que tenia que benzer, la poca gloria que adquirir i los

muchos peligros que arrostrar; pareziéndole tal el estado de las cosas que reusó encargarse de un destino, que graduó de mui superior á sus fuerzas, i por consiguiente pidió lizenzia, i la obtuvo para bolberse á España. Sin embargo permanezió en los Países-Bajos asta fines de 1573 que el nuevo gobernador don Luis Zúñiga de Requesens, comendador mayor de Castilla, llegó á Bruselas, adonde pasó el duque de Alba á rezibirle i entregarle el mando. Pocos dias despues partió el duque con su ijo para Alemania, desde donde por Italia se restituyó á España.

Esta mudanza no la miraron todos bajo un mismo aspecto. Ni los protestantes mismos deduzian unas propias consecuencias. Zelebrabanla unos, porque conozian los grandes talentos del duque, i temian su habilidad. Pensaban otros que la fortuna le abia abandonado en zierto modo; i que el orror que su tiranía abia inspirado á su persona i su gobierno estrecharia de cada vez mas los lazos que unian á sus enemigos, i les alejara para siempre de oir niinguna espezie de acomodo que les propusieran los españoles. Mirabanle los protestantes como el origen de todas sus calamidades. Acordabanse de que cuando la duquesa de Parma le entregó el gobierno, la tranquilidad, la paz i la felicidad reinaban en los Países-Bajos; i que su tiranía abia substituido, los alborotos, los desórdenes i enzendido aquella guerra destructora que no pudo apagar; i creian que lo combenzido que estaba de no poder apagarla jamás, le abia obligado á pedir el relebo. Este ombre sanguinario se jactó con el conde de Koningstein, tio del príncipe de Oranje, en cuya casa se ospedó en Alemania á su paso para Italia, que en los zinco años i medio de su man-

do abia echo morir por mano de berdugo mas de diez mil erejes, i muchos mas por la espada, despues de rendidas las ziudades, i de las batallas ganadas.

Lo zierto es que miéntras duró su gobierno el estado de los Países-Bajos no pudo ser mas deplorable. No solo oprimió á los protestantes sino á los católicos, dado que fueron muchos los que perezieron de su órden i se les confiscaron sus bienes á pretesto de aber ocultado erejes, ó tenido correspondenzia con los desterrados. Izo castigar seberamente mujeres por aber proporcionado la ebasion de sus maridos proscritos por el consejo de sangre. Del mismo modo se portó con ijos que abian cometido el delito de aber ayudado á uir á los autores de su vida, condenados por aquel cruel tribunal. En Utrecht se bió ajustiziar á un padre porque durante una noche ocultó á un ijo desterrado.

Antes que el duque llegase florezia el comercio: despues, sus persecuciones espatriaron un considerable número de protestantes industriosos; con lo cual, i con su negligenzia en no aberse proporcionado una armada que contubiese á la del enemigo, se allaba el comercio en el mas deplorable estado. No obstante, oprimia el duque el pais con cargas é impuestos que se cobraban con el mayor rigor. Biósele muchas bezes azer que se insultase al pueblo, i cuando ya por no poder mas cometia algun eszesos aprobechaba la ocasion de confiscar los bienes de los culpables, á quien ademas se solia condenar á muerte. Los impuestos i las confiscaciones era mucho lo que produzian; pero no bastante para sufragar los enormes gastos que tenía que azer. I como era tan poco lo que le embiaba España, ocupada entonzes en empre-

sas mui dispendiosas, era el pais el que probeia de ombres los ejérsitos, i á los ejércitos de subsistencias. I para colmo de desdichas tambien pagaba el pais la construccion de las ziuudades que el duque azia levantar para contener al pueblo. La continúa escasez de medios en que por esto se allaba, le tenia reduzido á la imposibilidad de pagar á los soldados; i de aqui la nezesidad de permitirles que bibiesen á discrezion en los pueblos i en los campos, dejando así las casas, las aziendas i los dueños en manos de la concupiszenzia cruel i opresiba de la soldadesca.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO TERZIO.

PRIMERA PARTE.

Nadie mejor que Requesens podia reemplazar al duque de Alba en el gobierno de los Países-Bajos , por sus partes abentajadas para el desempeño de tan importante destino. En la batalla de Lepanto se acreditó de soldado valiente i benemérito oficial. Su prudenzia i moderazion le abian granjeado estimazion i amor en Milán donde se allaba de gobernador ; i Felipe esperaba de su afabilidad lo que no pudo conseguir del gobierno violento del duque de Alba.

En prueba del opuesto modo con que ya se pensaba en España, baste dezir que el nuevo gobernador izo abatir la estatua del duque , de que ablamos arriba , reprimió la insolenzia de algunas guarniziones que autorizadas por su antezesor cometian los mayores eszesos ; i despues dedicó toda su atenzion al socorro de Mid-

delbourg que los zelandeses tenian sitiada año i medio azia. Miéntras gobernó el duque se izieron mil tentatibas para obligarles á que le bantasen el sitio; pero la superioridad de su escuadra las inutilizaron todas. Mondragon que la defendia abisó al comendador que si dentro de pocos dias no le socorria se beria obligado á capitular.

Conozia el gobernador lo estremada que seria la nezesidad cuando un ofizial tan baliente é intrépido como Mondragon dezia que ya no le era posible conserbar una plaza fiada á su zelo i á su valor. Conozia tambien que de la conserbazion de ella dependia la de las demas ziudades de la Zelanda, que aun permanezian fieles al rei. En consecuencia se dedicó esclusivamente á proporcionar los medios de impedir que los zelandeses se apoderasen de Middelbourg. Trasladóse á Amberes, donde sin alzar la mano izo equipar muchas nabes, que juntas á las que al mismo tiempo azia que se equipasen en Berg-op-zoom compusiesen una armada de mas de treinta belas, sin los barcos de transporte para bíberes i muniziones. (1) Dibidióla en dos escuadras: de la que salió de Berg-op-zoom dió el mando al bize-almirante el señor de Glimes, i á Julian Romero: la otra á las órdenes de Sancho de Abila dió la bela en Amberes, bogó al oeste del Escalda, miéntras la otra bogaba al este. Era su objeto obligar al enemigo á que dibidiese sus fuerzas para que una de las dos escuadras pudiese llegar mas fácilmente i entrar en el canal de Middelbourg.

Estas disposiciones estaban bien tomadas;

(1) Meteren, p. 31.

pero las desbarató el príncipe, que como tenia amigos i partidarios en todas las probinzias marítimas, por ellos supo los intentos de Requesens, i asta el plan de operaciones. En consecuencia dejó el príncipe la Olanda, pasó á la isla de Walcheren i fijó su residencia en Flesinga para allatse mas en disposizion de dirigir las operaciones de los zelandeses. Dispuso pues que una parte de la armada de estos se azercase á la costa meridional de la isla, i que allí esperase la de Abila, miéntras la otra parte á las órdenes de Boissot, almirante de Zelanda, fuese con cuanta brevedad pudiese á atacar en el Escalda oriental la de Glimes i Romero, que con los mas de los trasportes abia dado la vela en Berg-op-zoom con destino á Middelbourg. Cuidadoso Requesens de la suerte de esta division la acompañó asta Sacherlo donde ancló esperando la marea alta.

Luego que Boissot se presentó, conozió Glimes que sus fuerzas eran mui inferiores á las de aquel, así en el número como en el tamaño de los buques, i fué de dictámen de que no se arriesgase el combate sino que se dejase la empresa. Pero Romero en un arrebaio de su valor, i mirando con el mayor desprecio á los rebeldes se obstinó en pedir el combate, i en zierto modo obligó á Glimes á que le diése. Lebáronse anclas i se bogó ázia el enemigo. La nabe que montaba Glimes dió en un banco de arena de donde no fué posible sacarla: atacanla inmediatamente los zelandeses por todas partes, i logran ponerla fuego. Fué Romero en su socorro, pero todos sus esfuerzos no bastaron á apagarle ni á impedir que se fuese á pique, despues de comunicar el fuego á la de Romero, que tubo que abandonarla, i salvarse á na-

do. (1) Igual suerte cupo á las demas naves españolas : unas quemadas , otras á pique , i las que nó en poder del benzedor. Glimes , muchos oficiales , i mil walones ó españoles perezieron en esta jornada , que fué dezisiba , i Requesens con el desconsuelo de averla estado presenciando desde el dique de Sacherlo. Este suceso era por sí mismo sumamente infausto en el momento ; empero Requesens que miraba su trazedendencia en adelante , le juzgó aun mas siniestro de lo que parecia.

Abila por su parte abia salido de Ambéres con su escuadra i dirijidose ázia Flesinga. Si hubiera seguido su rumbo sin detenerse , llegara á tiempo i socorriera á Middelbourg. Mirabalo el príncipe cuidadoso desde un cabo zerca de Flesinga. Sabia que la escuadra que abia destinado á que se opusiese á esta , no era tal que la pudiese combatir con buen ecsito ; porquē las naves mas fuertes i mejor montadas , las tropas mejores i mejor equipadas , eran las del mando del almirante Boissot. Por esto , lo que el príncipe mas temia era que Abila quisiese tantear el paso antes que Boissot bolbiese. Pero zesaron sus temores luego que bió á Abila echar el ancla , como esperando á Glimes i Romero , para continuar su ruta. Esta falta , dezidió de la suerte de Middelbourg. Pocas horas despues supo Abila las resultas de la batalla de Sacherlo , i sin esperanza ya de poder socorrer aquella plazá se bolbió á Ambéres , sin que el enemigo que le seguia le iziese mucho dafio.

Inmediatamente embió el príncipe á Middelbourg un ofizial español que tenia prisionero , para que instruyese á Mondragon de lo que

(1) Meursii Auriacus , p. 122.

acababa de suzeder , i le dijese que si dentro de brebes dias no rendia la plaza pasaria á cuchillo la guarnizion. Estaban los sitiados en el último extremo : muchos abian muerto de ambre ú de las enfermedades que producen los malos alimentos : abianse acabado todas las probisiones , i asta la carne de caballo i de perro , sin que restase mas que pan echo de linaza , i eso mui poco. En esta situazion era forzoso capitular ó resolberse en morir de ambre ; i el tardar mas en rendirse era esponer á los abitantes i á la guarnizion al furor de un benzedor irritado por tan obstinada resistenzia. Consintió pues Mondragon en rendir Middelbourg i Armuyden con la condizion de que la guarnizion saldria con armas i bagajes , i que todos los eclesiásticos i católicos que quisiesen retirarse podrian azerlo libremente , llebando consigo sus bienes , ó disponiendo de ellos como les pareziese. El prínzipe que estimaba á Mondragon asta por la gran defensa que acababa de azer , azeptó las condiziones que le propuso ; pero le esijió palabra de onor de que pediria á Requesens la libertad de santa Aldegunda i de otros dos ó tres ofiziales jenerales , i que sino la lograba se bolberia á disposizion del prínzipe. Mondragon probó que no era indigno de aquella confianza , i á su instancia fueron puestos en libertad las personas que el prínzipe reclamaba. (1)

La toma de Middelbourg i la victoria de Sacherlo , daban una gran bentaja al partido de Guillermo sobre el de los españoles ; lo que era para el suzesor del duque dar prinzipio á su gobierno de un modo poco á propósito para

(1) Meteren , p. 120. Bentiboglio.

captarle la confianza del pueblo. Empero á pesar de esto, daba al príncipe mucho cuidado la consideracion de los efectos que podria producir en los ánimos la notable diferencia que abia entre el carácter de Requesens i el de su predecesor; i aun mas, la que sobresaldria entre la conducta que tubo el uno i la que se inclinaba á tener el otro. Los grandes talentos militares del duque, su firmeza de alma, su gran bijilancia é infatigable actividad, i aun mas que todo la inflexibilidad de su carácter i la dureza por no dezir ferocidad de su corazon, le abian echo un objeto de terror i de asombro. El temor que inspiraba tenia en respeto á las mas de las probinzias é inutilizaba los esfuerzos de las otras. Su tiranía produjo la rebelion, ella la arraigó, i ella la sostuvo. Empero un gobierno mas justo, mas moderado, i mas sagáz, podia no solo afirmar en la obediencia las probinzias del interior, sino atraer al antiguo yugo á las de Olanda i Zelanda. Para prebenir tan funesta novedad se balió el príncipe de todos los medios que creyó mas propios, así para aumentar el temor que la idea solo de aquel yugo podia inspirar, como para sostener la esperanza de los que le abian sacudido.

«El rei de España, dezia, ó azia que se dijese por sus parziales, parece aber consultado buestros deseos llamando al duque de Alba; pero la eleccion que de Requesens a echo para que le suzeda ¿debe daros la mas lijera esperanza de que buestros derechos serán mas respetados por este que lo fueron por el otro? La crueldad con que Requesens a tratado á los moros de Granada es la que le a granjeado el favor del rei. Respecto de vosotros, tan extranjero es como el duque, i español como él. ¿I po-

dreis lisonjearos de que tomará ningun interés en vuestra suerte? ¿ni que tenga otros deseos que los de que se cumplan los tiránicos de su amo? Requesens parece mas moderado i apazible que el duque; pero mas bien en sus modales i aspecto que en su ánimo, i por lo mismo mas peligroso i temible para todos los que tienen un verdadero amor á la pátria. Es mucho lo que a prometido, i muchas sus protestas de bondad i clemenzia; empero a dicho algo en cuanto á libraros de las enormes imposiciones que os agobian? ¿A tratado de asegurar á vuestras conzienzias la libertad que se las quiere robar, ni de librarlas de la biolenzia en que el duque las quiso poner? Las leyes que este olló ¿las a restablezido su suzesor? Esas tropas estranjeras, á cuya codizia i ferocidad se os a entregado; se an echado fuera del pais? Pues esos son los motivos que izieron tomar las armas á las probinzias de Olanda i Zelanda. Berdad es que no siempre las a acompañado la fortuna; empero tambien lo es que por mas bigorosos que fueron los esfuerzos del duque, ni por mas numerosos ejéztitos que emplease para reduziirlas, se ben oi gobernadas por sus naturales, i gozando en libre i plena posesion de sus derechos así zibiles como relijiosos. A las otras probinzias toca seguir este ejemplo. El nuevo gobernador sabe poco del arte de la guerra: sus tropas apénas le conozen, están descontentas, i el jermen de sedizion que antes se descubriera aun no se a sufocado. Acaso se tendrá por una audazia temeraria el que un tan pequeño estado como este se atreba á entrar en lid con un enemigo tan poderoso como el rei de España. Pero la potencia de este ¿es efectiba? ¿es en realidad tan formidable como lo parece? La

grande estension de sus dominios es mas un obstáculo que un medio de azerse temible ; i si se atiende á lo que nuestro pais dista de la silla del imperio español , fázilmente se conozirá que siendo tan difizil el traer tropas bien de Italia bien de España , toca en lo imposible el que el rei logre nunca que buelban á su obediencia las probinzias que salieron de ella , si prozeden de comun acuerdo , i perseberan con firmeza i constanzia en la resoluzion tomada en favor de una causa que interesa la fortuna i existencia de los naturales , su comercio , su religion i su libertad zivil. »

Estos i otros semejantes discursos repetidos con frecuencia al pueblo , le animaban , le unian al príncipe , i le inflamaban á obrar de acuerdo con él para impedir el intento de reducirle á una bergonzosa esclabitud.

Por otra parte el conde Luis de Nasau , que desde la rendizion de Mons permanezia en Alemania , todo lo mobia por interesar á los príncipes protestantes en que le ayudasen á realizar los preparatibos que azia para nueva imbasion en las probinzias interiores. El mal suceso de las primeras no le abia desanimado : conozia la gran propension de los soldados españoles á amotinarse ; pero en lo que mas confiaba para el logro de sus nuevas empresas era en los ausilios que su ermano entonces podia darle. Abian concertado entre ambos que luego que el príncipe acabase de azer sus reclutas se adelantaria al frente de un cuerpo de tropas ázia las probinzias interiores , ya para causar una dibersion , ó ya para que reuniesen sus fuerzas.

Pero al conde faltaba dinero : todos sus bienes así como los de su ermano se abian consu-

mido en las anteriores empresas. Los estados de Olanda no podian sufragar los gastos ordinarios; i así en union con el príncipe recurrieron á la reina de Inglaterra. Pero aquella soberana no queria aun quebrar con el rei de España, i se negó á darles socorros. Muchos príncipes protestantes de Alemania se los tenian ofrezidos al conde, que contando con ellos abia formado el designio que intentaba ejecutar; empero quando llegó el tiempo de azerlos efectivos se mostraron tan tibios como acalorados i ferborosos quando los prometieron. En este estado i no queriendo el conde desistir de un proyecto en que á sus instancias muchos protestantes franceses i alemanes abian entrado, entabló una negociacion secreta con Schomberg, embajador del rei de Francia, que entonces irataba de ganar los príncipes de Alemania para que se declarasen por el duque de Anjou, á quien el rei su hermano queria que elijiesen rei de Polonia. En una entrebista que el conde tubo con el embajador en Francfort combinieron en que si el rei de Francia declaraba la guerra al de España, las probinzias de Olanda i Zelanda se pondrian inmediatamente despues en poder de franceses, cuyo soberano prometia mantener á los habitantes en la plena i entera posesion de sus derechos, i en el libre ejerzicio de la relijion reformada: que sino quisiese romper con el de España ni azerle la guerra al descubierto, daria al conde trescientas mil libras, i tendria del mismo modo la soberanía de aquellas probinzias; de lo cual serian garantes algunos de los príncipes alemanes que entraban en el combenio. Una parte de esta suma rezibió el conde i con ella pudo acabar de levantar un cuerpo de siete mil infantes i de tres á quatro mil caballos. La muer-

te de Carlos IX acaezida poco adelante impidió la ejecucion de este tratado.

A pesar del rigor de la estazion se puso el conde en marcha con su campo á prinzipios de febrero, llebando consigo á su ermano Enrique, i á Cristobal, ijo del elector Palatino. Con intento de sorprender á Requesens dirijió su marcha con la mayor zeleridad ázia los Países-Bajos, i pasado el Rin i el Mosela se encaminó á la Güeldres con designio de pasar el Mosa por Maestricht, atrabesar el Brabante, é ir á reunirse con su ermano, que ya estaba sobre abiso para que así se berificase.

Abia el conde echo sus preparatibos con tanta prontitud i sijilo que Requesens no supo su intenzion asta que supo su marcha: notizia que le dejó mui indeziso. Los rebeses padezidos le tenian tan debilitado, que no le parecia posible el oponerse á un mismo tiempo á los dos ermanos; i si no dibidia sus fuerzas por salir con ellas enteras al encuentro del conde, dejaba las probinzias marítimas espuestas á que las tomase el príncipe. Juntabase el rezelo de que los soldados que presidiaban las ziudades se negasen á salir de ellas sino se les pagaban sus atrasos. A tantos motibos de indezision se allegó otro de la mayor importancia, i fué el abiso que le dieron de un proyecto formado por los partidarios del príncipe para sorprender á Ambéres. En estas zircunstanziyas consultó Requesens con los prinzipales ofiziales, i oidos resolvió quedarse en aquella ziudad con el marques de Bitelli para inutilizar las intelijenziyas del príncipe. Abia echo nuebas reclutas, formó un campo, i le puso á las órdenes de Abila para que se dirijiese á Maestricht i se opusiese á que el conde pasase el Mosa. A estas tropas siguieron inmediata-

mente todas las de que podia disponer, sacándolas de los cuarteles, ofrezciéndoles que las pagaria sus atrasos luego que las probinzias del interior estuviesen libres del peligro que las amenazaba.

Por su parte el conde abia seguido su marcha ázia la frontera, i llegó con su campo á pocas millas de Maestricht, esperando que sus amigos en la ziuudad tendrian bastante poder para entregarle una puerta. Pero Requesens le prebino; pues llegaron á la ziuudad á tiempo de frustrar sus trazas algunas compañías de tropas ligeras que á este fin sacó del ejérxito de Abila; el cual llegó pocos dias despues.

No se allaba el conde en estado de emprender el sitio de una ziuudad tan bien fortificada como Maestricht, i despues de algunas ligeras escaramuzas decampó; i siguiendo siempre el curso del rio al este, se dirigió ázia Ruremunda, en donde no fué mas dichoso que en Maestricht, porque á los abitantes con quienes contaba no les perdian los demas de bista, i les era imposible declararse. Continuó pues su marcha con la misma direczion, dezidido á no parar asta que allase á su ermano, de quien sabia que abanzaba á reunirsele en el departamento situado entre el Mosa i el Waal.

Al prinzipio no se propuso Abila mas que impedir que el conde Luis pasase el Mosa, i á este fin le iba siguiendo lo mas de zerca que podia, de modo que el rio era el que separaba los dos ejérxitos. Empero un refuerzo que rezibió de dos mil beteranos, i la notizia de que el conde abia desistido del intento de pasar el rio, i que ya no llevaba otro que el de reunirse á su ermano, le izieron mudar de plan i pensar

en impedir si le era posible aquella reunion , ó forzar al conde á dar batalla si la abia de beneficiar. Con este designio dobló las marchas, pasó el Mosa en Grabe por un puente de barcas , i se fué á apostar de modo que ó el conde desistiese del proyecto de reunirse á su ermano, ó tubiese que atacarle i forzarle á que le dejase el paso libre. No se ubiera allado en esta desagradable alternatiba , i ubiera dejado mui atras el ejérsito español , si el suyo descontento por no aber entrado en Maestricht ni en Ruremunda no ubiese retardado su marcha , i dado tiempo á que los españoles le zerrasen el paso. El conde no tubo noticia del intento de Abila asta que se la dieron de que abia pasado el Mosa , i que estaba con todo su ejérsito como una legua del lugar de Mooch , adonde él acababa de llegar con el suyo. En esta posizion era nezesario resolberse á dar batalla ó á retirarse: esto último era tan peligroso como difizil el azerlo sin gran desórden. El soldado que siempre supone el peligro que se quiere ebitar mucho mayor de lo que es, se abate i consterna, solo trata de uir i de nada menos que de defenderse. Esta considerazion influyó prinzipalmente en que el conde diese la batalla, no obstante que sabia la calidad de los soldados contra quienes iba á pelear ; que sobre ser veteranos escogidos , balientes i bien disziplinados, les animaba la memoria de sus pasadas bictorias. Esto, sin contar con la capacidad de quien los mandaba, que de simple soldado abia llegado por su solo mérito á jeneral.

Para mejor poder resistir á tan formidable enemigo, tomó el conde la resoluzion de permanecer en Mooch, é izo lebantar una trinche-

ra, detras de la cual puso la infantería. La caballería, aunque disminuida por la deserzion, era aún mui superior á la enemiga; pero que no podia sacar mucha bentaja de esta superioridad por la desigualdad del terreno. Colocóla lo mejor que este se lo permitió á la derecha de su campo, i despues embió un destacamento de sus mejores tropas á que ocupase una colina que abia detras, con el objeto de que fijase la victoria si se mostraba dudosa en su favor, ó de que le abriese paso en caso de infortunio, para juntarse con su ermano que abia llegado asta Nimega. Apénas tomadas estas dispoziciones, se presentó Abila, llebando á su derecha toda la infantería, i á la izquierda la caballería, cubierto su flanco por un cuerpo de fusileros que la sostubiese contra la superioridad de la enemiga.

Prinzipió la aczion Abila embiando trescientos ombres que atacasen las líneas: biéndoles abanzar los que las guardaban, les salieron al encuentro, i les acometieron con denuedo; empero no correspondió el suzeso á su valor: fueron rechazados i perseguidos asta las trincheras. Allí se enzendió mas el combate: las tropas de refresco que llegaban de una i otra parte le izieron mui largo i mui sangriento. Los istoriadores que le describieron discordaron tanto, que es casi imposible dezidir quienes son los mas dignos de creenzia. Dizen unos que los alemanes pelearon con valor: otros, que los franzeses fueron los únicos que resistieron, i que los alemanes se negaron á pelear, si ante todas cosas no se les pagaban los atrasos que se les debian; i que asta que los españoles atrabesaron la trinchera, no empezaron á defenderse: que enton-

zes los benzedores mataron muchos, i pusieron á los otros en bergonzosa fuga.

La caballería del conde por su parte se arrojó á algunos pelotones de la del enemigo, que se abian azercado á su campo, los derrotó, i siguió el alcanze con mas ardor que orden; i cuando se preparaba á nuevo ataque, sobrevinieron algunos escuadrones enemigos, cayeron sobre ella, i la izieron uir. Los fusileros que Abila abia colocado para que sostubiesen su caballería, cojieron entonzes por el flanco á la del conde, i acabaron de derrotarla. En vano intentó este i el príncipe Palatino reazerla. En esta ocasion descubrieron los mas grandes talentos militares, i no omitieron nada para restablezer el combate, miéntras con su ejemplo procuraban reanimar el valor de los soldados; i acaso lo ubieran conseguido si un cuerpo de lanzeros españoles no ubiera llegado: mas su arribo izo jeneral la derrota de la caballería del conde, i la victoria se dezidió por los españoles. Perdieron sus enemigos en esta jornada de tres á quatro mil ombres de infantería, i al rededor de quinientos de caballería, i entre ellos el conde Luis, su ermano el conde Enrique i el príncipe Palatino. Ningun istoriador a descrito zircunstanziadamente su muerte; sino que todos combienen en que pelearon con valor eróico. Esta pérdida difundió la consternazion entre los protestantes, particularmente la del conde Luis, que siempre les abia dado pruebas del mayor zelo, i de la mas sínzera adesion.

Inmediatamente que llegó al príncipe esta infausta nueva, se bolbió á Olanda; porque la muerte de su ermano i la pérdida de la batalla

de Mooch le imposibilitaban el estar en campaña. (1)

Esperaba Guillermo que el enemigo le persiguiese, i aprobechase aquel momento en que su victoria acababa de difundir el terror, para azer mayor el efecto; i así suzediera si el ejército español no se amotinara. Al dia siguiente de la batalla pidió con la mayor osadía i firmeza que se le pagasen los tres años de atrasos que se le debian. Erale imposible al jeneral azerlo. No era esta la vez primera en que los soldados manifestasen su descontento, pues antes de empezar la espedizion que acababan de terminar con tanta gloria, ya se abian mostrado en muchas ocasiones dezididos á la desobediencia. Abiales prometido Abila, como arriba dijimos, que se les pagaria inmediatamente que la jornada se acabase: más es probable que esta oferta les estimuló menos á emprenderla, que la esperanza del pillaje, ó el temor de las fatales consecuencias que contra ellos ubiera podido tener el logro de lo que el conde Luis intentaba. Abila, para sosegarlos, les izo nuevas ofertas; pero fueron mal rezibidas, i le amenazaron de bengar en él su falsedad i engaño. Los esfuerzos que él i los ofiziales izieron para calmarlos fueron inútiles; sin que le quedase otro partido para librarse de su furor que el de escapar secretamente. Mas tan luego como los soldados lo supieron, tomaron las armas, dejaron sus ofiziales, nombraron otros, i elijieron un nuevo jeneral: decampan de Mooch, i se dirijen á Ambéres, con intento de bibir á discre-

(1) Bentiboglio, pag. 143. De Thou, lib. 59, sect. 15. Ban Meteren, pag. 132.

zion en las casas ricas asta que se les pague lo que se les debe.

Supo Requesens la insurreccion i la marcha, i permaneci6 en Amb6res. Si ubiera seguido el dict6men de Champi6i, gobernador de la ziu-
dad, i tomado precauciones para asegurarse de las nuevas fortificaciones, ubiera frustrado su proyecto; mas no le sigui6, temi6 que una parte de la guarnizion, que era espa6ola, i tenia los mismos motibos de descontento, se declarase por los amotinados; i esperando apaziguarlos con su presenzia; por lo que ninguna dificultad ubo en rezibirlos en la ziu-
dad. Mas luego que entraron como tres mil, formaron en batalla: su bista difundió el terror entre el be-
zindario, tanto que muchos salieron uyendo. A su llegada les sali6 Requesens al encuentro, les izo ver las funestas consecuencias que podia tener su conducta: les suplic6, les rog6, todo inútilmente: despues se bali6 de las amenazas, i lo único que obtuvo fu6 que no saquearian la ziu-
dad, empero á tal que inmediatamente se les pagasen los atrasos, i que inmediatamente tam-
bien saliesen de la ziu-
dad los walones i alema-
nes de la guarnizion, que estaban á las 6rdenes del gobernador. Bi6se Requesens obligado á ac-
zeder á esta última condizion, i la ziu-
dad qued6 á merzed de los amotinados, cuyo primer cuidado fu6 apoderarse de las puertas. Despues se esparzieron por la ziu-
dad, se entraron en las casas prinzipales, i en ellas bibian á discrezion, turbando de dia i de noche el reposo de los naturales, sin dejar por eso de instar al goberna-
dor que les cumpliese sus ofertas, amenazando, si mas tardaba, que entrarian á saco la ziu-
dad. Estas amenazas tenian sobre manera cuidadosos

á los bezinos; pero lo que abia mas chocante en su pretension era que querian se les pagasen tambien los atrasos que se debian á sus camaras muertos de enfermedad, ó en la batalla de Mooch. Para satisfazerles contribuyeron los habitantes con zien mil florines, i Requesens empeñó sus alajas i muebles asta completar lo que faltaba. Despues conzedió un indulto jeneral, que confirmó con juramento, á todos los que ubiesen tenido parte en la sublebazion. Así, satisfechos los amotinados, bolbieron á la obediencia de sus lejitimos jefes, i el 30 de mayo partieron á reunirse al ejérsito de Olanda, ocupado entonzes en el sitio de Leidem.

El perjuizio que la sedizion causó á los intereses del rei no se limitó á impedir que Abila, en prosecuzion de su bictoria, persiguiese al prínzipe de Oranje como lo iziera con mas dóziles soldados; sino que la ida á Ambéres fué ademas la causa de que se perdiese la escuadra que en el puerto de aquella ziadad abia echo Requesens equipar con la mayor presteza, durante la espedizion del conde Luis; i la destinaba á someter la Zelanda. Era numerosa; pero no tanto que pudiese partir á su destino quando llegó la notizia de que los amotinados se azercaban. Temiendó que estos se apoderasen de ella, la condujo su comandante Adolfo Anstede á zierta distanzia de Ambéres, donde verdaderamente estaba libre de los sublebados. Empero esta prudente precauzion, salvándola de un peligro, la puso en otro mayor; dado que instruidos los zelandeses de lo que ocurría, i del puesto que la escuadra ocupaba, la atacaron cuando menos lo temian, tomaron cuarenta nabes, echaron á pique otras muchas, é inuti-

lizaron las demas. Este rebés desconzertó los medios adoptados por Requesens para someter las ziudades marítimas. A la escuadra para ello destinada i que los zelandeses acababan de destruir, debia unirse otra que el rei azia equipar en los puertos de España; empero que demasiado débil por sí sola para aquella empresa fué nezesario desistir de ella, al menos por entonzes: i despues á ningun gobernador fué posible emprenderla. (1)

Tambien el príncipe sacó por tierra bentajas de la sedizion de los soldados de Abila. Tan luego como supo la funesta suerte de sus ermanos léjos de seguir abanzando tornó con su ejército camino de Olanda; mas, asegurado de lo que en el de Abila suzedia, mudó de disignio, i resolvió aprovechar la zircunstanzia con alguna nueva conquista. Con este intento pasó á la isla de Bommel, en el ducado de Güeldres, á la confluenzia del Mosa i el Rin, i se atrajo la principal ziudad; establezió en ella su cuartel jeneral, permanezió algun tiempo, dió grandes socorros á los partidarios que tenia en la isla, i redujo al último extremo á los españoles. Requesens encargó al marques de Bitelli que se opusiese á estos progresos, i con efecto este distinguido jeneral izo que no lograrse el príncipe lo que de Bois-le-Duc esperaba. Por otra parte el príncipe prozedió con tanto azierto que no le fué al marques posible tomar á Bommel.

Otro objeto mas importante llamó bien pronto la atenzion de ambos. Tal era el sitio de Leiden, del cual daremos razon luego que aplemos del medio que Requesens juzgó debia tomar para

(1) Bentib. p. 149. Meteren, p. 137.

dar fin á la guerra. Este fué publicar en nombre del rei su amo un indulto á los que quisiesen bolber á la obediencia.

Aunque Requesens eszeptuaba del indulto á muchos, el acta que le contenia i publicó, estaba conzebida en términos menos ambiguos i por consigüente más á propósito para inspirar confianza que el que publicó el duque, i que por su ambigüedad ningun efecto produjo. Sin embargo lo mismo suzedió al de Requesens. El pueblo no se reconozia culpado del delito que el rei le imputaba en este pomposo acto de clemenzia. Léjos de aber echo agrabios creia aberlos rezibido, i mal podia agradecer el perdon de una pena que se dezia tener derecho para imponerle, cuando por el contrario le miraba como el colmo de la tiranía. Por otra parte, abiase insertado en el acta una condizion por la que debian de quedar escludidos casi todos los abitantes de la Zelanda i de la Olanda, es á saber, que el perdon no se estendia sino á los que dejada la reforma bolbiesen á la comunion romana: condizion sujerida por el eszesibo zelo de Felipe, i que todos sabian que este mismo zelo fundado en sus prinzipios nunca le permitirian que la moderase. Los reformados por su parte estaban mui arraigados en su creenzia, i jamas consentirian en renunziarla. A pesar de esto, se lisonjaba Requesens de azer con ellos alguna transazion, i esperaba mucho de la mediazion de santa Aldegunda, que aun tenia en su poder. Comisionó pues á Champiñi i Junio de Jong para que fuesen á entablar con él esta negociazion. Empero santa Aldegunda respondió que las probinzias maritimas nunca aczederian á paz que no tubiese la cláusula de que en todo lo conzerniente á la relijion se estubiese á lo que

los estados dezidieran. Conozia Requesens á su amo , i teniendo por imposible que tal consintiese rompió inmediatamente las conferencias , i dió todo su cuidado al sitio de Leidem. (1)

Abia estado bloqueada aquella ziuudad muchos meses del imbierno prezedente , i sus habitantes bístose reduzidos á no tener subsistenzias; pero la nezesidad de oponerse al conde Luis obligó á Requesens á echar mano de aquellas tropas , que en 21 de marzo dejaron el bloqueo i abandonaron sus líneas asta el 20 de mayo siguiente que bolbieron á ocuparlas.

Para formarse una idea esacta de las operaciones del aquel sitio memorable es preziso tenerla de la situazion de Leidem. Esta ziuudad, pues , grande i entonzes mui populosa , se alla situada en un balle , i la cortan en muchas direcciones otros tantos arroyos i canales. Rodéala un profundo foso, i la defiende una fuerte muralla flanqueada de bastiones. La atrabiesa i dibide en dos partes un brazo del Rin , de que nazen tantos canales que puede mui bien dezirse que ai en Leidem tanta agua como tierra. Estos canales dibiden el terreno en que la ziuudad está situada , de modo que forman una multitud de isletas , que se comunican entre sí por medio de mas de ziento zincuenta puentes de piedra que dan á la ziuudad no menos ermosura que comodidad á los abitantes. Dista pocas leguas del Aya , de Delft , de Guda , de Rotterdam , i de Arlem ; lo cual aze de Leidem una plaza de la mayor importanzia, i su posesion era interesantísima á los dos partidos.

Inmediatamente que el príncipe supo que Requesens intentaba bolber á sitiarla , lo abisó

(1) Bentib. , p. 150.

á los habitantes esortándoles á que se probeyesen de muniziones de boca i guerra, i á que echasen de la ziuudad toda boca inútil. Izose poco caso del abiso ; i el prinzipe al mismo tiempo que se quejó de ello anunzió á la ziuudad que se pasarian mas de tres meses antes que los estados pudiesen emprender nada para azer leban-tar el sitio de que estaban amenazados.

No obstante , para detener á los españoles embió diez compañías de abentureros ingleses mandados por el coronel Edward Chester, que se apoderasen de dos fuertes por donde aquellos tenian que pasar para llegar á Leidem ; uno en la esclusa de Guda, otro en el lugar de Alphen. Los ingleses no correspondieron á la idea que el prinzipe se abia formado de su valor. Las zinco compañías que guardaban el fuerte de la esclusa no izieron cosa que de provecho fuese , i le abandonaron : las otras zinco en el de Alphen siguieron su ejemplo , i despues de una escaramuza en que no ubo muertos ni aun eridos por ninguna de las partes , se retiraron como sus camaradas, bajo los muros de Leidem. Pero los habitantes que abian estado siendo testigos de su cobardía , reusaron rezibirlos en la ziuudad , sospechando en ellos traizion ; i á pesar de quanto en su defensa dijeron , disculpándose con el mal estado de los fuertes que se les encomendaron , nada bastó para que les rezibiesen. En estas zircunstanziyas resolbieron pasarse al enemigo , eszepto alguno que otro á quienes por fin se abrieron las puertas. (1)

Abia contado el prinzipe con que los ingleses despues de detener algun tiempo á los españoles , abandonarían ambos fuertes i se reti-

(1) Meteren, p. 139.

rarian á Leidem , i por lo mismo no abia embiado guarnizion ; de modo que los abitantes se allaron sin mas defensa que la de su balor. Triste situazion ; empero que sin embargo á ella debieron su salud , puesto que consumiendo menos que una numerosa guarnizion , tardaron mas en sentir los orrores del ambre , i sostubieron por mas tiempo los esfuerzos de los sitiadores.

Confióse el gobierno de la ziuudad á Juan Duza , ó Ban der Does , señor de Nordwyck , caballero de mucho mérito , cuyas poesias le an echo tan zébre en la república literaria , como su balor i denuedo en la istoria. Animaba con su elocuenzia á los ziuudadanos á que resistiesen con balor : eszitábales con su ejemplo á combatir por la libertad. El orror que tenia á la tiranía española difundíala en todos los pechos , de modo que lebandando sus ánimos sobre los males que les amenazaban , supo reparar en zierto modo la falta de intelijenzia que tenian en el arte militar. No obstante , ubieran tenido que zeder al empeño de los sitiadores si Valdés á quien Requesens confiara la direzion del sitio adelantara con mas bigor las operaciones ; pero fuese por economizar las tropas i apoderarse de la ziuudad sin derramar sangre , ó porque temiese á pesar de su capacidad i de sus fuerzas , el tentar el asalto ó escalada , se limitó á bloquearla ; empero tan bien que era imposible que entrase un ombre. Al rededor de la ziuudad lebandtó mas de sesenta fuertes que entre sí se comunicaban , formando una espezie de cadena que zerraba la entrada por todas partes , dejando pribada á la ziuudad de toda comunicazion con las otras inmediatas. En este extremo izieron los de Leidem lo que en otro igual izieron los de

Arlem con mui buen resultado. Palomas á quien abian cuidado de instruir les sirbieron de mensajeros , i por su medio mantenian correspondenzia con sus amigos en las ziudades bezinas.

El fuerte llamado de Lammen , uno de los lebantados por los sitiadores , cortaba la comunicazion de la plaza con la pradera adonde ésta embiaba á pastar sus ganados. Con el fin de recobrarla izieron los sitiados una salida i atacaron el fuerte. El combate fué bibo i obstinado por algun tiempo , i aun parezió llevar alguna bentaja los sitiados , de modo que llegaron á fundar esperanza de quedarse con él. No obstante tubo su bizarría que zeder al denuedo de los sitiadores , que les izieron retirarse á la ziudad. Entonzes se persuadieron mas que nunca los españoles de la importancia de aquel puesto , se fortificaron en él , i no solo quitaron á los sitiados toda esperanza de que podrian obligarles á dejar libre un gran espazio de terreno entre sus líneas i la ziudad , sino que ademas les izieron temer que lebantasen sus baterías para batirla en brecha i tentar el asalto. Mas, léjos de abatir este temor á los sitiados les dió nuevo brio. Ombres , mujeres i niños todos trabajaban inzesantemente noche i dia en azer nuevas fortificaciones. Al mismo tiempo se formó una razon esacta de las probisiones que abia ; i para que durasen mas, se empezó desde entonzes á economizarlas. Para animarse mutuamente los sitiados ablaban sin zesar de la crueldad i de la perfidia de los españoles : ya referian la horrible suerte que esperimentaron los de Zutphen por aber dado crédito á sus promesas : ya recordaban el modo bárbaro i cruel con que trataron á los de Arlem , i de otras plazas que se fiaron en su clemenzia : i quando Lannoy,

de Lique i otros partidarios de España les persuadian que se rindiesen, no les respondian sino por este verso de un poeta zébre: *fistulam dulce canit, volucrum dum decipit auceps*: «el chuchero engaña al pájaro con el dulce son de su flauta.» A cartas que se les escribieron para que reflexionasen azerca de los males que les amenazaban, no dieron otra respuesta sino, que despues de la mas madura meditazion, estaban firmemente resueltos á perezar de ambre con sus mujeres éijos, ó en el fuego que ellos mismos enzenderian, antes que someterse á la tiranía española: «antes, dezian, que cometer tal infamia, nos alimentaremos con nuestro brazo izquierdo miéntras nos defendamos con el derecho.» (1)

En los dos primeros meses del sitio no se experimentó escasez de subsistencias; pero cuando todas las acopiadas se consumieron, se allaron aquellos desgraziados reducidos á mantenerse con carne de perro i de caballo: muchos murieron de ambre: muchos de las enfermedades que producen los malos alimentos. Entonzes decayó el valor i firmeza de los abitantes, creyendo que sus males abian llegado á lo sumo, i que de cualquier naturaleza que fuesen los que los españoles podrian causarles nunca llegarían á ser tan grandes. En esta persuasion conzibieron barios bezinos el proyecto de entregar la ziedad, i para ejecutarle formaron zierta espezie de asoziazion. Empero i por fortuna se descubrió á tiempo de tomar las precauziones nezesarias para que no se berificase. Dizese que abiéndose reunido tumultuosamente una multitud de abitantes, fueron á buscar á un majistrado llamado

(1) Ban Meteren, ut supra.

Ban der Werff, i le dijeron que era nezesario darles que comer ó entregar la ziadad. «Yo e jurado solemnemente, les respondió, no some-terme jamas á los pérfidos españoles, ni jamas entregar mis ziadadanos á su bárbara crueldad: i antes moriré que faltar á mis juramentos. No tengo bíberes, si los tubiera os los daría; empero si con mi muerte puedo alargar buestra vida, tomad mi cuerpo, dibididle en pedazos, distribuidle entre vosotros, i alimentaos con él. Yo moriré contento si por el sacrificio de mi vida puedo suspender por un solo instante los males que sufris.» Este discurso berdaderamente eróico lebantó los ánimos abatidos; i cuantos le oyeron se determinaron á defenderse asta el último suspiro.

No ignoraba el príncipe este calamitoso estado, ni abia omitido nada de cuanto le abia sido posible por mejorarle. Izo un gran acopio de bíberes; pero todos sus esfuerzos por leban-
tar un cuerpo de tropas que pudiese abrir paso al comboi é introducirle en la plaza fueron inú-
tiles. En estas zircunstanziyas combocó los esta-
dos de la probinzia, les espuso el en que los sitia-
dos se allaban, i les izo ber que era tal que no
podia diferirse el tomar una resoluzion. Consi-
derada por los estados la fuerza del enemigo,
i comparada con la que le podian oponer, juz-
jaron serles imposible socorrer la ziadad, ni
por tierra, ni por los rios, ni por los canales.
En consecuencia, i no consultando mas que la
desesperazion resolbieron poner por obra el me-
dio que ella les sugería, i que en berdad era el
único que estaba en su mano. Tal fué el abrir
las esclusas i romper los diques que retenian
las aguas del Mosa i del Issel. Inundado el pais
esperaban aprobecharse de sus barços para intro-

duzir los socorros. Semejante resoluzion no podia menos de repugnar estraordinariamente á una nazione que así entonzes como aora cuida con la mayor bijilanzia de la conserbazion de los diques, en la que a gastado i gasta sumas considerables. Pero la libertad que le era mas cara que la conserbazion de sus tierras tubo la preferenzia, tanto por el temor de perderla, quanto por el aborrezimiento que ella misma les inspiraba á la curia romana i á la tiranía española. Estimóse el daño que podria causar la proyectada inundazion en quinientos mil florines; pero tubieron presente que si por no experimentarle se apoderaban los españoles de Leidem lo arian tambien del resto de la probinzia: mal, que tubieron los estados por mayor que la pobreza, i aun que la muerte misma, i quisieron mas arruinar su pais enteramente que permitir le gozase tan aborrezido enemigo. Tomada que fué esta desesperada resoluzion trabajaron los olandeses con tanto empeño en la destruczion de aquellos diques en que consistia la seguridad del pais i de la nazione entera, como el que comunmente empleaban en repararlos quando alguna repentina inundazion los deterioraba.

Libres de todo obstáculo i dejadas á las aguas su natural biolenzia, en poco tiempo se derramaron por todo el terreno que media entre Rotterdam, Guda, Delft, i Leidem. Tan súbita inundazion, cuya causa ignoraban los españoles, difundió al prinzipio entre ellos el terror i el temor; mas luego que la supieron, i notaron que las aguas no pasaban de zierta altura, empezaron á perder el temor de un suzeso que no podia tener otra consecuencia, i cuyos efectos eran limitados. No obstante, tubieron que abandonar los fuertes que abian construido en los

sitios mas bajos, i retirarse á los mas altos; por cuyo medio todabía se lisonjeaban de mantener el bloqueo asta que el hambre, cuyos estragos sabian, forzase á la ciudad á rendirse.

No estaba entre tanto ozioso el príncipe. Ocupado del proyecto que abia conzebido de socorrer á Leidem, azia construir en Rotterdam i otras ciudades barcos chatos de diez, doze, catorze, i diez i seis remos: i luego que tubo como doscientos en estado de bogar les izo equipar i artillar, i poner á su bordo ochocientos soldados zelandeses, balientes i resueltos á benzer ó morir. Animábales el zelo de su relijion i el implacable odio que abian jurado á los españoles. Sus rostros desfigurados por las muchas zicatrices de las eridas que abian rezibido en diferentes combates, les daban un aspecto horrible, i al berlos era imposible dejar de sentir zierta especie de espanto. Abíales llebado de la armada el almirante Boissot á quien el príncipe encargó esta espedizion.

A prinzipios de setiembre salieron del Delft los barcos chatos á las órdenes del almirante dirijiéndose ázia Leidem; pero la profundidad no era tanta que pudiesen ir allá en derecha. Si abia rios i canales nabegables por la inundazion, azianlos impracticables los fuertes lebantados en sus márgenes por los españoles. Atacó Boissot algunos i logró echar la guarnizion; empero otros resistieron todos sus ataques. En bista de esto tomó el partido de azer que se continuasen rompiendo los diques á proporzion que fuese abanzando. Atacó á los españoles muchas bezes, i aunque estos ataques no eran de considerazion fueron siempre sangrientos. La ciudad no obstante permanezia bloqueada, i tan bien guardadas las entradas, que Boissot em-

pezaba á dudar del ecsito de la empresa : asta el zielo parecia que la desaprobaba. El biento norte que aun dominaba en aquella estazion en que ya no solia sentirse , impedia la creziente de las aguas. Cuando el almirante partió á la espedizion quedaba el príncipe grabemente enfermo ; mas tan luego como se restablezió fué personalmente á reconozar si el almirante abia obserbado con puntualidad las órdenes de los estados ; i aunque alló que sí , prebió que no se lograria la empresa miéntras el biento no cambiase , i las mareas de otoño fuesen tan fuertes como en aquella estazion suelen serlo.

Estas mareas , que ordinariamente son un objeto de terror para los olandeses , eran entonces deseadas con tanta mas impazienza quanto la situazion de Leidem no podia ser mas deplorable. Azia mas de siete semanas que carezia absolutamente de pan , sin tener otros alimentos que raizes , legumbres , malas yerbas , i carne de perro i caballo. Mas cuando tambien esto se consumió , se bió reduzida á sustentarse con las pieles cozidas de los animales cuya carne antes se comiera. Este repugnante alimento infizionó la sangre de aquellos desgraziados , i mui luego parezió entre ellos la peste , que con el hambre sacrificaron en pocas semanas muchos miles de víctimas. Los que no lo eran , apénas tenían fuerzas para sepultar á los que lo abian sido. Si su cuerpo padezia agudos dolores , mas agudos eran los que á su espíritu causaba el triste i lúgubre espectáculo que á do quiera se les ofrezia. Oprimiales la miseria , i aun mas les abatia la tristeza ; empero aun les alentaba la esperanza. Desde lo alto de los muros contemplaban las belas i pabellones de las nabes que sabian les llebaban su remedio ; mas tambien beian

que les era imposible alargársele. No es pues extraño que reducidos á tan cruel miseria formasen muchos el designio de entregar la ciudad, ni que para ello se repitiesen las conspiraciones: empero sin que ninguna cuajase, pues todas fueron descubiertas por la bijilancia de Duza, auxiliado de la mayor parte de los abitantes, á quienes ni el hambre, ni la peste, ni la muerte misma que á cada paso se les presentaba á la vista bajo las mas horribles formas, bastasen á abatirlos: preferian su suerte por mas orrenda que fuese á la que les preparaba la tiranía española.

No obstante, el tiempo de su redencion se acercaba, i el zielo movido de sus males se declaró en su favor al momento en que menos lo esperaban. A fines de setiembre cambió repentinamente el nordeste que tan funesto les era, en noroeste i llebó con impetuosidad las aguas del mar á la embocadura de los rios; i rodeándose despues al sur las izo refluir en las llanuras de Leidem, de modo que no formaban mas que un gran lago, que cubria enteramente casi todos los fuertes de los españoles.

Aprovechó Boissot al momento esta feliz mudanza. Aun tenian tropas algunos fuertes que se allaban al paso, pero las atacó i obligó á evacuarlos, i los zelandeses las persiguieron así á lo largo de los diques como en sus bateles, i tubieron muchos i bibísimos encuentros en que siempre llebaron lo mejor. La situacion de los españoles fué entonces berdaderamente deplorable: aogaronse muchos en el agua, i perezieron no pocos en el fango: i los que pensaron salvarse yéndose á lo largo de los diques, fueron víctimas del fuego que sobre ellos azian los bateles; ó bien los que en ellos iban los der-

ribaban con garfios puestos en largas pérticas, i los mataban sin misericordia.

Aunque ebacuados todos los fuertes, como no lo estubiese el de Lammen, aun ubieran podido impedir ó al menos retardar por algunos dias el socorro si le ubieran conserbado como pudieron, respecto de ser el mas alto i mejor fortificado; pero cuando los soldados á quienes se encomendó la defensa supieron que los otros fuertes abian sido abandonados, i que las tropas de Boissot por una parte, i por otra los sitiados se preparaban á atacarlos, resolvieron imitar á sus camaradas, i aprovechándose de la obscuridad de la noche, le abandonaron, i con el auxilio de muchas luzes que enzendieron llegaron á reunirse á los otros fujitibos.

A esta fuga, pues no mereze otro nombre tan prezipitada retirada, contribuyó tambien un acaezimiento que sin duda les iziera dueños de la ziudad si supieran, ó ubieran esperado á saber la causa. La noche misma en que abandonaron el fuerte de Lammen se cayó un lienzo de la muralla de la plaza, cuyo estruendo oido por los soldados que le guarnezia difundió entre ellos tal temor que al momento se dieron á uir. (1) Si ubieran sabido la causa fázilmente abrian entrado i échose dueños de la ziudad. Mas aun sin este accidente, ubiera caido irremediabilmente en su poder con solo que ubiesen impedido por dos dias mas el paso al almirante; porque los sitiados absolutamente desprobistos ya de toda espezie de subsistencia, estenuados por la fatiga, el ambre, i las enfermedades, por nezesidad ubieran tenido que

(1) Meteren, p. 139. Meursii Auriacus, p. 130. Bentiboglio, p. 151.

abrir las puertas i entregarse á discrezion. Zinco meses azia que estaban bloqueados. La llegada de Boissot inmediatamente despues de la ebacuazion del Lammen , costó tambien la vida á muchos. Salieronle todos al encuentro, izoles distribuir bíberes; i una multitud de aquellos desgraziados , entregados al ambre deboradora que les atormentaba , allaron la muerte en lo que debia de conserbarles la vida.

Luego que tomaron algun alimento, los magistrados , Boissot , i todos los abitantes pasaron á la iglesia á dar á Dios grazias por tan feliz libramiento. Nunca la gratitud se esprimió con mas enerjía que en aquella piadosa congregazion: todos los corazones estaban igualmente conmovidos: todos profundamente penetrados de su felicidad presente i de sus trabajos pasados. Si se allaban por una parte poseidos de las bibas conmoziones de la alegría , no podian por otra recordar sin dolor las eszenas que acababan de pasar á su vista. Abian bisto el ambre i la peste arrebatat de sus brazos á sus padres , á sus deudos i amigos : abíanse bisto á sí mismos ya espirando , ya en el momento de ser víctimas de la benganza de los españoles. Abundantes lágrimas regaban sus desfigurados rostros: sus boces sufocadas por los jemidos no articulaban las ferbientes oraziones que dirijian al zielo.

Leese en las istorias de aquel tiempo que cuando el prínzipe supo que se abia lebandado el sitio de Leidem , se allaba en los dibinos ofizios que se zelebraban en una iglesia de Delft, i que lebandándose al momento leyó públicamente las cartas que acababa de rezibir , i que reunidos despues los estados ordenaron un dia de aczion de grazias jeneral.

En tanto el ejérsito español caminaba ázia Amsterdam i Utrecht con ánimo de tomar por sorpresa esta ziuudad; pero encontrando las puer-tas zerradas ubo de contentarse con la contri-buzion que los abitantes le ofrezieron, i conti-nuó su marcha á Maestricht donde se le dió cuarteles de imbierno. Toda la culpa del mal ecsito de la empresa se echó al jeneral, llegan-do asta acusarle de aber rezibido de los estados de Olanda ú de los bezinos de Leidem doszientos mil florines, porque prozediese con la lenti-tud que lo izo. No porque ubiese ninguna prue-ba en que fundar semejante acusazion; empero los soldados sin dar oidos mas que á su bengan-za, se apoderan de él, le ponen preso, i pre-so le tubieron asta que se obligó á pagarles aquella cantidad que le imputaban aber rezibido.



I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO TERZIO.

SEGUNDA PARTE.

Las grandes dificultades que los españoles encontraron en todo lo que asta entonzes abian emprendido para allanar los lewantamientos de los flamencos enseñaron á Felipe á conozelos mejor; i á que tubiese en otra opinion su valor, i sus recursos. I por esto fué sin duda por lo que oyó favorablemente la proposizion que le izo su primo el emperador Masimiliano de que interpondria su mediazion para restablezer la paz i tranquilidad en la Flandes, facilitando un combenio entre el soberano i los súbditos. Mui bien podia aber estimulado á Masimiliano á dar este paso el interés de su deudo; empero tambien miraba al suyo en el logro, puesto que si la union que abia entre los protestantes flamencos i alemanes se estrechaba mas, era mui de temer que el fuego por aquellos enzendido se comunicase por estos á la Alemania, i causase un inzendio aun mas boráz que

el que desolaba las probinzias rebeladas á Felipe. Asegurado pues de las disposiciones de este monarca, autorizado con poder bastante para tratar con los descontentos, embió á Olanda á prinzipios del año 1575 al conde de Schwartzenburg, acompañado de otros muchos señores alemanes. Era el conde pariente del príncipe de Oranje con quien tubo una conferencia en Dordrecht, le entregó una carta particular del emperador, i se balió de todo el influjo que con él tenia, i del que el emperador mismo podia tener, para interesarle en que contribuyese al logro del proyecto que allí le conduzia. Por miramiento al emperador consintió el príncipe que se tubiese un congreso en Breda. Conozia arto bien el carácter del rei para dudar que jamás otorgase á los estados condiciones en que ellos pudiesen tener confianza. En esta persuasion les amonestó que se mantubiesen á la defensiva, i dispuestos á continuar la guerra aun con mas actibidad que antes, luego que las conferencias se rompiesen. No fué el príncipe de los diputados al congreso, ni á los electos permitieron los estados que pasasen á Breda asta que los españoles pusieron en Olanda á Mondragon, Romero i otras dos personas de cuenta en calidad de reenes miétras los diputados bolbiesen.

Esta desconfianza anunziaba en los estados una firme resoluzion de no azeptar condiciones que pudiesen perjudicar en lo mas mínimo los derechos que pretendian tener.

La descripcion en que bamos á entrar de lo que ocurrió en las conferencias de Breda instruirá al lector no solo de la mútua desconfianza de los diputados, sino de los motibos porque entonzes se adelantó tan poco en tan interesan-

te asunto como el de dar fin á la guerra; i de los que ubo para que suzediese lo mismo despues, á pesar de los medios que en el espacio de cuarenta años se emplearon para conseguir una reconziliazion berdadera.

En la primera sesion que se tubo el 14 de marzo pidieron los diputados de los estados que ante todas cosas iziese el rei que saliesen de los Países-Bajos todas las tropas estrangeras, i que se combocase una asamblea libre de los estados jenerales de las probinzias que arreglase los asuntos zibiles i relijiosos.

Al primer estremo espusieron los diputados del rei que los soldados españoles que entonzes se allaban en los Países-Bajos, no debian reputarse como estrangeros, siendo basallos del rei como los naturales del pais: que abiendo echo en él ántes grandes serbizios, seria ademas injusto echarlos: que no militaba la misma razon, respecto de los soldados que los estados mantenian, i eran franceses, ingleses i alemanes, i por consiguiente berdaderos estrangeros; por lo qual eran los estados los que debian echar de las probinzias tales tropas: que la intenzion del rei no era que permaneziesen allí las suyas, antes bien las sacaria inmediatamente que la paz se asegurasé, i que solo por nezesidad las abia tenido asta entonzes; pero que seria indecoroso el obstinarse por mas tiempo en solizitar que las sacase, miéntras el onor i la prudenzia ecsijian de S. M. que las conserbara. En quanto á la asamblea de los estados jenerales, dijeron que la intenzion del rei era combocarla tan luego como la tranquilidad se restableziese: que entonzes no se opondria á que deliberasen sobre todo quanto creyesen interesarles: que tenian sus derechos, cuya lejitimidad reconozeria S. M.

siempre, i oiria con gusto los consejos que los estados le diesen, i se conformaria con ellos en todo lo que fuese justo i razonable: que entre tanto ofrezia S. M. un olvido jeneral de todo lo pasado; á tal empero que se le entregasen las ziudades i fortalezas, con todas las muniziones de guerra, armas i artilleria: que todo culto, escepto el católico, fuese abolido; quedando los que no quisiesen seguirle en libertad de salir del pais, i de disponer á su arbitrio de sus bienes i efectos.

Los diputados de los estados insistieron en su primera demanda de que se diese prinzipio, librando á las probinzias de la opresion de las tropas españolas i demas: que bien era zierto que los soldados españoles eran verdaderos vasallos del rei de España; pero que no lo eran del duque de Brabante, ni de los condes de Flandes i de Olanda, como quiera que en estos conceptos i no en el de rei de España abia exercido S. M. la soberanía de los Países-Bajos; segun la constitucion de los cuales, los soldados españoles, que en ellos eran extranjeros, no podian permanecer sin una violacion manifiesta de las leyes fundamentales: que en quanto á las tropas que los estados tenian en su serbizio, i se componian de franceses, ingleses i alemanes, aunque todas, por consiguiente extranjeras, abian sido llamadas por los estados mismos, sin que jamas ubiesen tenido parte en el gobierno, ni en mas que en defenderlos. No así las españolas, que á su entrada trataron á los naturales como enemigos i como esclavos: que se abian apoderado de todos los ramos del gobierno: que en muchas ocasiones se les a bisto ejercer impunemente las mas inauditas crueldades, cometer los mayores eszesos por saziar su abari-

zia i todas sus pasiones, á espensas de los bienes, i muchas bezes de la vida de una multitud de basallos inozentes i fieles á su soberano: que miéntras tales tropas permaneziesen en Flandes, era imposible el restablezimiento de la paz. " Los que aconsejan al rei, añadieron, que mantenga sus tropas en los Países-Bajos, ni aman su persona, ni conozen sus verdaderos intereses. Compárense los serbizios que an echo con los males que an causado, i resultará que estos eszeden en mucho á aquellos. Compárense sus serbizios con lo que les an balido sus rapiñas i concusiones, i resultará si estan sufizientemente recompensados. ¿No an contribuido frecuentemente las probinzias á la gloria de la corona de España? Si se considerase sin prebenzion la conducta que an tenido, i de la cual se les aze un crimen, se beria que nada an echo contrario á la fidelidad que al rei juraron. Nunca se an opuesto al ejerzizio de todos los derechos, que como soberano de los Países-Bajos le pertenecen. Si an tomado las armas, a sido por conservar los mismos derechos, los mismos privilejios en que el rei mismo abia jurado mantenerlos; ó por defender sus vidas, sus bienes, sus mujeres i sus ijos contra la biolenzia i detestable tiranía de los españoles."

Aún continuaron: que lo que mas les aflijia era el ver que el rei no queria consentir en la combocazion de los estados jenerales, antes que la paz se restableziese en las probinzias, cuando no abia medio mas eficaz para restablezerla que combocarlos. Es verdad que seria inútil, si como lo an dado á entender los diputados del rei, ningun poder abian de tener por sí mismos, i si despues de dar su dictámen abia de tenerle el rei para seguirle ó des

En

cuanto al perdon que se nos ofrezce, de ningun modo podemos azeptarle con la condizion de poner nuestras ziuudades i fortalezas en manos de españoles." Si tal iziéramos, imitáramos á las obejas de la fábula, que á persuasion de los lobos, les entregaron los mastines que las defendian." Aún no emos olvidado la suerte que tubieron los condes de Egmont, de Orn, i tantos otros á quienes la gran confianza en las promesas que se les izieran causó su ruina. Respecto de la total espulsion de los que llaman erejes, es impracticable. No creen bibir en error, porque no sigan la creenzia romana: la suya es oi la de toda la Olanda i la Zelanda; i si todos los que la profesan ubieran de salir de estas probinzias, no quedaria quien restableziese los diques, i mui pronto domináran las aguas el pais." Al concluir los diputados, pidieron á los del rei que echasen á buena parte lo que acababan de dezir, puesto que su zelo por los intereses de S. M., así bien que por los de su pátria, se lo abia dictado. «¡Pluguiese á Dios todopoderoso, añadieron, inspirar al rei i á sus ministros sentimientos menos seberos que los que asta aora an tenido!»

Los diputados del rei prinzipiaron su contestazion, quejándose de los términos en que los de los estados abian echo sus peticiones, i del espíritu que parecia aberlas dictado. Manifestaron que su soberano condeszenderia gustoso en sacar sus tropas de los Países-Bajos inmediatamente que los artículos del conzierto se firmasen, siempre que los estados por su parte consintiesen en lizenziar las suyas, i en debolber las plazas que por ellos se tenían: que el rei se obligaba á combocar los estados jenerales tan luego como zesasen las actuales turbulenzias; empero que

no podia sin comprometer la dignidad de su corona someter á la dezision de los estados mismos las condiziones con que la paz abia de restablezarse, dado que si á ello aczediera, seria despojarse de su mas preziosa prerogativa, suponiendo en los estados el poder de establecer, cuando no debian tener mas que el de representar, i obedezzer despues: que por lo conzerniente á la relijion, el rei estaba firmemente resuelto á no dejarles la dezision: que él i los estados mismos abian solemnemente jurado mantener la romana: que ninguna considerazion, fuese la que quisiese, podria jamas separarle de la resoluzion en que estaba de no permitir que se introdujese en el culto nada que contrario la fuese: que el temor de ber despobladas las probinzias marítimas por la espulsion de los erejes, no le ariá bariar; puesto que estaba en que berificada la espulsion, serian aquellas probinzias aún mas florezientes, á beneficio de la paz i tranquilidad en que quedarian, como consecuencias nezesarias de la uniformidad de creenzia; i que en fin, estaba combenzido de que echados los ministros de la reforma, el pueblo conozeria mui pronto el error á que ellos le abian induzido, i bolberia al seno de la berdadera iglesia.

Los diputados de Olanda i Zelanda, despues de aber tomado nuebas instrucciones de sus comitentes, dieron el 31 de mayo por última respuesta: «que los estados se someterian á la dezision de la asamblea jeneral de todas las probinzias sobre el lizenziar las tropas estranjeras, sobre la entrega de las ziudades, fortalezas, armas, muniziones i artillería, azerca de la espezie de seguridad que abia de dárseles de la ejecuzion de las condiziones en que combiniesen,

i aun en lo conzerniente á la relijion, no porque las probinzias marítimas, añadieron, renunziarán jamas á su creenzia, ni bolberán á la que abandonaron; sino porque estando bibamente penetradas de las calamidades que tanto tiempo aze aflijen á sus abitantes, no ai uno entre quantos profesan la reforma que no esté dezidido á dejar su pátria, i abandonar sus bienes, si los estados jenerales deziden que la relijion romana debe ser la única tolerada.»

El conde de Schwartzemburg combino en que no se podia razonablemente esijir de los estados mas de lo que ofrezian. Representó enérjicamente á Requesens que biendo las profundas rai- zes que la réforma abia echado en las probinzias marítimas no era fázil estirparla tan brebemente como se deseaba; i en fin, le instó á que consintiese en una tregua de seis meses, durante la cual se tolerase el ejerzizio de aquella relijion, i se proporzionasen los medios mas sabios i prudentes para conziliar los ánimos i ganar al pueblo. A lo que Requesens no accedió por falta de poderes; ni tampoco á que la tregua se redujese á dos meses, á no ser que los protestantes por su parte se abstubiesen durante ella del culto exterior de su relijion, i que al momento en que la tregua empezase, obligasen á sus ministros á salir del pais. Combenzido, pues, el conde de que tales condiziones no serian azep- tadas, ni la negociazion concluida como el Emperador deseaba, se bolbió á Alemania, las conferencias inmediatamente zesaron, los reenes se debolbieron, i las partes con mas enojo que nunca se emplearon enteramente en proporzionar los medios de continuar la guerra. (1)

(1) Meteren, p. 146. 152. Bentib., l. 9. ab initio.

Poco despues izo Requesens fijar un bando (el 15 de julio) en que prohibia toda espezie de comunicacion con los descontentos, i al mismo tiempo embió una dibision á las órdenes del conde de Ierjes para que sitiase á Buren, cuya ziudad no izo mas que una débil resistenzia, i capituló casi tan pronto como fué zercada. Mas funesta fué la suerte de Udewater, ziudad situada en el Issel. Tomada por asalto despues de una bigorosa resistenzia, izieron en ella los españoles crueldades inauditas, pasando á cuchillo á la guarnizion, i á todos los ábitantes, sin distinzion de edad ni secso. De allí pasó el conde á Schoonhobe, plaza bien fortificada i con puerto en el Leck, i que ubiera podido azer tanta mayor resistenzia, quanto mas bien reforzada tenia el prínzipe la guarnizion; empero los ábitantes, intimidados con la suerte de Udewater, la forzaron á rendirse, i abrieron las puertas. Despues de esta conquista marchó el conde contra Crimpen. El marques de Bitelli por su parte restituyó á la obedienzia muchas plazas situadas entre el Leck i el Baal, i Mondragon sometió no pocas de las de la probinzia de Olanda, fronterizas del Brabante.

Ubiéranse á estas seguido otras conquistas si Requesens no prefiriera el emplear todas sus fuerzas en someter algunas ziudades de la Zelanda, cuya posesion importaba mucho á España. Equipaba entonzes Felipe una gran armada, i deseaba tener en aquella probinzia algunos puertos á que abordase i en que estubiese segura. Para ello sacó Requesens todas las tropas que tenia en Olanda, con intento de trasportarlas á Zelanda en bateles chatos; á cuyo fin abia echo construir muchos, que por su forma i tamaño podian nabegar en las baías i canales á

que se les destinaba. Mas el príncipe de Oranje, que supo á tiempo el designio, izo equipar un número mayor de la misma espezie de bateles; cuya superioridad izo á Requesens que dejase aquel medio, i adoptase el que usó Mondragon para socorrer á Tergoes. La empresa era tan atrevida, difizil i abenturada, como que se trataba de badear un canal de zinco millas de ancho que la mar cubria.

Al nordeste de la Zelanda ai tres islas mucho mayores que las otras, son á saber, la de Tolen, la de Duibeland i la de Schowen. La primera i mas zercana al Brabante la tenian los españoles: entre esta i la de Duibeland ai otra mucho mas pequeña, llamada Philipsland, separadas por un canal ó brazo de mar, que era el que Requesens queria atrabesasen sus tropas. Abíale echo sondar, i por todas partes se alló badeable sobre ser menos ancho que el que atrabesaron las tropas de Mondragon para socorrer á Tergoes. Sin embargo, muchos de los ofiziales, á quienes el gobernador abia dado parte de su designio, dudaban de la posibilidad de ejecutarle: dezian que abia mucha diferencia de esta á la empresa de Mondragon; cuyas tropas no tubieron otros obstáculos que benzer que los que el terreno oponia, ni nezesitado de mas que osadía, pazienza i dozilidad para obrar lo que se les mandaba; empero que en aquel paso concurrían ademas otras zircunstanziyas: que el enemigo estaba sobre abiso: que sus barcos armados, i sus naves, asediaban, por dezirlo así, el bado: que al momento en que las tropas le estubiesen pasando, caeria sobre ellas sin que pudiesen defenderse; i que aun dado que pasasen sin obstáculo, debia esperarse que las atacaria bentajosamente al tiempo de salir del

agua i tomar tierra, en que fatigadas i molidas del cansancio, serian fácilmente desechas por un enemigo descansado i en toda su fuerza i bigor.

Estas consideraciones estimularon á muchos de los ofiziales prinzipales á representar contra un proyecto que les parecia tan temerario como imposible. Su dictámen era que no se iziese ninguna tentativa sobre la Zelanda asta que llegase la armada que de España se esperaba. Este consejo dictado por la prudenzia, léjos de ser oido irritó el ardor i la osadía de la mayor parte de los ofiziales españoles, á quienes la memoria de sus triunfos, i sobre todo el desprecio en que tenian á sus enemigos, confirmaba en la persuasion en que estaban del buen ecsito de esta empresa, en cuya gloria no querian tubiese parte la tropa de la armada que suponian en camino para unirseles. «Si se cree imposible, dezian, el pasar de dia, ágase de noche, i así engañaremos la bigilancia del enemigo: i aun suponiéndole sabedor i bijilante; qué tendríamos que temer de su artillería? tirando á la bentura no podria ser grande el mal que nos iziese. En quanto á las tropas con quien nos las abremos de aber al salir del agua, las allaremos mas dispuestas á uir que á pelear. La osadía de nuestra empresa, i el intrépido continente de nuestros balientes soldados bastará para infundir temor i terror en sus tímidos pechos. ¿Cuántas bezes en iguales zircunstanziyas no nos an dado pruebas de su cobardía?»

Requesens era mui cuerdo i prudente para dar nada al caso: no le gustaban las empresas temerarias, ni las en que el buen resultado podia consistir en inzidentes que no ubiera podido prebeer; mas en las zircunstanziyas en que

se allaba, i deseando con ansia someter prontamente la Zelanda se determinó á tentar el paso del canal. En consecuencia izo que pasasen á la isla de Philipsland tres mil soldados, escojidos indistintamente entre españoles, walones i alemanes. Encargó á Abila que les acompañase con su escuadra, llevando á bordo la mitad; i la otra mitad á las órdenes de Osorio de Ulloa la destinó á pasar el canal. Este fué entre todos el ofizial que con mas teson se abia declarado por la empresa, i de un balor i denuedo á toda prueba.

El 28 de setiembre al caer el dia se puso Ulloa al frente de su tropa, é inmediatamente que zerró la noche i empezó á bajar la marea entró en el agua. Delante iban las guias, i detras de sus soldados doscientos gastadores, i despues de ellos una compañía de walones que formaba la retaguardia, al mando de Peralta. La lengua de tierra i de arena en que caminaban era tan estrecha que no cabian mas de tres de frente: muchas bezes les faltaba de pronto tierra, i caian donde les solia dar el agua á los ombros; de modo que para preserbar las armas tenian que llevarlas en la cabeza. A poco de empezada la marcha empezaron tambien á sufrir el fuego de toda la artillería i mosquetería de las nabes i barcos olandeses i zelandeses que se azercaron quanto pudieron: de las mismas nabes salió una multitud de marineros armados de largas pérticas con las que derribaron á muchos españoles, que poco asegurados por el impulso de las aguas, no podian resistir ni defenderse. Unos fueron así muertos; otros sumerjidos en la marea perezieron aogados en el zieno i en el fango, i algunos debieron su salud á la obscuridad que no permitia á los buques

enemigos que obrasen de conzierto. A pesar de tan cruel posizion no decayó el ánimo de los soldados : quanto mayor era el peligro tanto mas se inflamaba su valor , caminando siempre con la misma intrepidez , sin romper las líneas , ayudándose i animándose unos á otros , al mismo tiempo que peleando i defendiéndose segun el terreno lo permitia. Pero quanto mas se azercaban al punto donde debian salir , tanto mas crezia el peligro , sus fuerzas se gastaban , la profundidad iba siendo mayor , i los barcos enemigos podian azercárseles mas. Ya fuera del agua , encontraron en la ribera un cuerpo considerable de tropas , que zierto no se portaron con el valor que acostumbraban. Al prinzipio de la aczion fué muerto el comandante por uno de los suyos , i este aczidente tan funesto como inesperado les desanimó á todos i consternó en términos que se dieron á uir. Los españoles no estaban en estado de perseguirlos. Mojados i fatigados léjos de poder acometer , ubierales sido imposible resistir si al salir del agua se les ubiese atacado con firmeza.

Esta empresa tan estraordinaria como atrebida , i aun puede llamarse temeraria , costó mucho á los españoles. De los doscientos gastadores no escapó ninguno : parte fueron muertos por el enemigo , i parte aogados. La misma suerte tubieron muchos soldados , i otros muchos fueron grabemente eridos ; mas entre los muertos no ubo mas ofizial de distinzion que Pacheco. Dízese que erido de un balazo , quisieron sus soldados llevarle en ombros , i que él les dijo : « amigos mios , el golpe es mortal ; el favor que me quereis azer , retardaria buestra marcha : dejadme ; yo muero , empero cubierto de gloria por ser en una empresa tan grande

como la nuestra.» Al mismo instante se le tragan las olas. La compañía walona que formaba la retaguardia mandada por Peralta se bolbió atras inmediately que conozió la grandeza del peligro. (1)

Al ver olandeses i zelandeses que á pesar de sus esfuerzos abian los españoles salido con su empresa, dejaron el canal i se apresuraron á dar la notizia á las ziudades que les parezió mas espuestas á ser sitiadas; i Requesens se aprovechó de su retirada para trasportar á Duibeland el resto de sus tropas, que unidas á las que abian atravesado el canal forzaron á las del príncipe de Oranje á uir i acojerse á Ziric-Zee, capital de la isla de Schowen, i situada en la embocadura del Escalda. Ademas de que la posesion de esta plaza cortaba la comunicacion de Zelanda con Olanda, era tambien la mejor situada para que abordasen los socorros que de España esperaba Requesens. Era su intento reunir i tener allí todas sus fuerzas asta que tubiese una armada con que poder emprender la conquista de Middelbourg, Flesinga, i demas ziudades de la isla de Walcheren. Dió el mando del ejérsito á Mondragon, que inmediatamente marchó con él ázia Ziric Zee; mas para llegar nezesitaba atravesar el canal que separa la isla de Duibeland de la de Schowen. La empresa era

(1) Bentiboglio p. 168. Estas zircunstanziyas las refiere este autor siguiendo á Ribas, gobernador de Cambrai, que fué de la espedizion, asi como de la de Mondragon á Tergoes. Un áurea boreal que duró toda la noche no contribuyó poco á animar i sostener el valor de los españoles, creyendo que aquel fenómeno les anunziaba que el zielo se declaraba en su favor.

arriesgada. El enemigo que se beia en la ribera parecia muy resuelto á oponerse á ella. El canal por allí tenia como una legua de ancho, i el fondo era zenagoso; pero nada de esto detubo á Mondragon: entró el primero en el canal, i todos los soldados animados con su ejemplo le siguieron. Tan atrebida resoluzion asombró al enemigo, i la intrepidez del soldado español izo en él tal impresion que no se atrebió á esperarle ni á oponerse á su paso.

Ubiere podido Mondragon inmediatamente que pasó el canal dar prinzipio al sitio de Ziric-Zee; pero tubo por mas prudente apoderarse antes de algunos puntos que los zelandeses abian fortificado para asegurar la comunicazion de aquella ciudad con las otras islas i el continente. Eran tres los puntos, uno al sur zerca de Bobendam; otro al norte, en Bruwershaben; i el otro al nord-este, en Bommene. De los tres el segundo ninguna resistenzia izo; el primero costó la vida á sesenta españoles, á Peralta que los capitaneaba, i á muchos soldados walones i alemanes: pérdida que debiera aber sido menor, si menor fuera la prezipitazion con que asaltaron el fuerte que defendia aquel puesto: i el terzero izo una braba resistenzia como que estaba bien fortificado, i el comandante Lis, oficial francés, abia infundido en la guarnizion compuesta de alemanes, ingleses i paisanos suyos, su propio valor é intrepidez. Las pruebas que de ello dieron les granjearon un lugar distinguido en la istoria.

Zircundaba el fuerte de Bommene un ondo foso al que la pleamar azia mientras duraba, casi inespugnable. Un canal que le atrabesaba, tambien se llenaba de agua; mas á la baja mar

era el foso badeable i posible llegar asta el pie de las murallas. Requesens i el marques de Bittelli abian pasado al ejérxito de Mondragon i dirijian las operaciones del sitio. Abrieron una profunda trinchera i la llebaron asta el borde del foso, i por su medio pudieron lebantar una gran batería : despues de descubierta batió dos dias arreo las murallas, i abrió brecha sufiziente para el asalto. Aprobechando el momento en que las aguas se retiran, le intentaron los españoles si con balentía, no fueron rezibidos con menos : si los sitiadores izieron grandes esfuerzos para establecerse en la muralla, mayores fueron los de los sitiados para lanzarlos i azerles abandonar la brecha, despues de matarles ziento zinquenta ombres i de erirles otros tantos. Este rebes enfurezió á los españoles : al dia siguiente dieron nuebo asalto por muchas partes á un tiempo : el mismo balor i el mismo empenño animaba á unos i otros : el furor i la desesperazion obraban igualmente en ellos, resueltos á benzer ó morir. Temian los españoles que la marea alta bolbiese, i querian prebenirla: los sitiados por el contrario la esperaban con impazienza. Estos se lisonjeban de que los españoles desistirian de su empresa si resistian sus esfuerzos asta que el agua llenase el foso, i que acaso no bolberian al asalto : aquellos consideraban que sino rendian la plaza antes que el agua llegase en socorro de los sitiados podria suzeder que aquella segunda tentatiba no fuese mas feliz que la primera; aun sin contar con la mucha sangre que les costaria. Animados por estos motibos diferentes, combatian ambas partes con igual encarnizamiento, aziendo una i otra prodijios de balor, i uso de cuantos arbi-

trios sujere la industria i presta la fuerza. En este sangriento i terrible combate que duró mas de seis oras sin interrupzion, nadie procuraba ebitar la muerte sino darla. Este valor omizida costó la vida á los mas esforzados de unos i otros; empero al azercarse la marea redoblaron los españoles su furor, oprimieron con su número á los sitiados, les obligaron á abandonar la brecha, i entraron con ellos en el fuerte. Allá empezó el combate con mas encarnizamiento, i no cesó asta que dejó de bibir el último de los sitiados. Esta conquista costó á los españoles doscientos zinquenta ombres, sin contar los del primer asalto, i tubieron casi otros tantos eridos. (1)

Dueños de los tres fuertes, érales sino segura menos difizil la conquista de Ziric-Zee, cuyos habitantes resueltos á sacrificarlo todo en defensa de la ziedad, emplearon los mismos medios que los estados de Olanda en el sitio de Leidem: rompieron los diques del canal é inundaron todo el terreno que rodeaba los muros. Por este medio izieron impracticables los que los españoles ubieran empleado i se acostumbran en todo sitio; trincheras, baterías, asaltos i escaladas; i no les quedó otro que el bloqueo, i fué el que adoptó Mondragon, á pesar de conozer que era el mas largo, y que nezesitaba ocupar todas las entradas de la ziedad, en términos que la fuese imposible rezibir ningun socorro, como efectivamente las ocupó, eszepto por un pequeño canal que daba al que separa la isla de Schowen de la de Duibeland.

Allí donde estos dos canales se comunican

(1) Meursii Auriacus, p. 147.

abian los zelandeses levantado baterías que aseguraban la entrada á los barcos de la probinzia de Olanda , de la isla de Waleheren , i por consiguiente á los socorros que de ellas nezesitasen los sitiados ; sin que á los españoles quedase otro medio de rendirlos que el de apoderarse de la entrada del pequeño canal i zerrarla. A este fin embió Mondragon barcos que allí se apostasen ; i en los sitios en que menos profundidad abia levantó una estacada. Esta obra larga i trabajosa ocupó muchos meses al ejérsito , i costó mucha sangre á sitiados i sitiadores. Concluida que fué dispuso Mondragon que se iziese otra , en frente de una isla , situada puntualmente en la embocadura del canal , i las unió por medio de una fuerte cadena de yerro ; con lo cual izo imposible la entrada de todo socorro en la ziedad desde prinzipios de febrero en que remató estas obras.

Ansioso el príncipe de proporcionar socorros á la plaza formó el atrevido proyecto de dirijírselos por la rotura que para inundar el pais se izo en el gran canal ázia la isla de Schowen , cuya rotura caía zerca del lugar de Dreischer ; i encomendó la empresa al conde de Oenloe , caballero alemán , i de mui acreditado balor : mas , una tempestad que sobrebino ; las baterías montadas de cañones que los sitiadores tubieron tiempo de levantar , i el aber colocando la mayor parte de sus fuerzas en el dique , zerca de la rotura por donde debia de pasar el conde , le izieron desistir i retirarse. No así el príncipe , que mas dezidido i denodado , puesto al frente de mayores fuerzas , para mas animarlas , intentó por sí mismo el paso.

Para ello se constituyó en Dreischer , i apro-

Dechándose de la marea alta se dirigió á la rotura. A su llegada puso en desórden á los españoles, é izo en ellos una gran carnizería, quitándoles muchos cañones; pero bueltos inmediatamente sobre sí i animándose unos á otros á vista del peligro que les amenazaba, tornaron á ganar el puesto de que se les abia echado, i pelearon con tanto encarnizamiento, que viendo el príncipe azercarse el instante en que debia empezar á bajar la marea desistió de la empresa, reembarcó su jente i la bolbió al canal. El buque montado por el almirante Boissot, mas grande i fuerte que los otros, no pudo llegar á tiempo, fué bibamente atacado, i él mismo muerto con zerca de treszientos ombres de la tripulazion, despues del mas obstinado combate.

El mal ecsito de esta empresa, que fué la última que se intentó para socorrer á los sitiados, les izo que pensasen en capitular. Oprimidos de males i reduzidos á la mayor miseria ofrezieron entregar á Mondragon la ziedad con tal que les tratase favorablemente: i el jeneral cansado de la durazion del sitio les ofrezó tan bentajosas condiciones que no dudaron azeptarlas, i le abrieron las puertas. (1) Duró nueve meses el sitio, en que se ocupó casi todo el ejézcito español.

A la rendizion de Ziric-Zee abian precedido sucesos mas importantes á los dos partidos que los que acabamos de referir. Por ellos perdieron los españoles la esperanza de someter enteramente la Zelanda como lo abian creído: i libraron á sus enemigos del cuidado que justamente

(1) Meteren, p. 155. Bentib., p. 170.

les abia inspirado el feliz suceso de sus primeras empresas. El primero de estos acaezimientos fué la muerte del marques de Bitelli, que era sin duda el mas capaz de los oficiales que entonces tenia España en los Países-Bajos; i el segundo la de Requesens acaezida poco despues que la de Bitelli.

Cuando Requesens formó el designio de someter á Ziric-Zee carezia del dinero nezesario para subbenir á los gastos que tal empresa esijia. España no podia suministrársele: la guerra que tubo el rei que mantener contra el turco (1) agotó sus tesoros; i en bano ubiera el gobernador recurrido á los estados de las probinzias fieles, porque conozia su disposizion, i sabia que fuese falta de poder ú de boluntad no aczederian á su petizion. Entre tanto era mucho lo que se debia á las tropas: muchas las bezes que abian manifestado amotinadas su descontento: muchas las que abian echo sufrir al pueblo las resultas de su desabrimiento; i en términos de que Requesens se ubiese bisto en la nezesidad de permitirle que resistiése por la fuerza la que los soldados le iziesen con aquel pretesto; á cuya permission no ubo de contribuir poco el temor de que el pueblo por sí se la tomase. El duque de Alba, mas cruel, i menos justo, encadenó los brazos del pueblo siempre que quiso resistirse á la tropa.

Tenia Requesens un corazon sensible, i no bastante serenidad para soportar con indiferenzia la situazion en que se allaba: su espíritu era incapaz de obstinarse contra las dificultades que le rodeaban: consumianle la tristeza, é

(1) Meteren, p. 155. Bentiboglio, p. 170.

insensiblemente se fué alterando su salud, i debilitándose las fuerzas: lebantósele calentura, i en pocos dias le llebó al sepulcro. Tenia mas birtudes que grandes talentos, i era mucho mas á propósito para el gobierno zivil que para conduzir una empresa militar. Bajo este respecto, confiesan todos que era mui inferior á su antezesor el duque de Alba. (1)

(1) De Thou, t. 3, p. 464. Strada, t. 2, p. 35.

FIN DEL PRIMER TOMO.

NOTA.

Las nobedades que e introduzido en la ortografia de las letras azen mas fázil la lectura de lo que se escribe, i quita todo motibo de equibocazion ; resultando ademas inútiles la *h*, la *v*, i la *x*. I si se adoptasen otras dos ó tres bariaciones que por sí mismas están combidando á que se adopten , quedaria nuestro alfabeto tan senzillo como es de desear. Por exemplo : tenemos esta letra *c* que llamamos *ze* tan impropriadamente como que de los beinte modos con que se combina con otras letras , solo en dos suena como tal *ze*, i en los otros diez i ocho suena como la *q* ó la *k*. Por consiguiente si en aquellas dos, diésemos á la *c* el balor i sonido que en las diez i ocho, nos aorrariamos la *q* i la *k*, i el alfabeto se descartaria de ellas como inútiles.

Dezimos lo mismo de la *g* cuyo uso es tan complicado que muchos salen de la escuela , i aun no le an aprendido bien. Llámase la con la misma impropiedad *je*, á pesar de que de las beinte combinaciones que tambien tiene , solo en dos suena como jota , i en las diez i ocho suena blanda i suabemente como *gue*, i así debia llamarse : désela en las dos combinaciones el mismo balor i sonido que en las diez i ocho, i desde la primera lección no ai muchacho por rudo que sea que no aprenda su nombre i su uso lo mismo que los de las demas letras.

Para la completa perfección del alfabeto aun

se nezesita fijar el sonido i balor de la *r* que á prinzipio de diczion i entre bocale suena fuerte, i en las demas combinaziones blanda. Si para determinar su balor azemos con ella lo que nuestros mayores izieron con las dos *enes* *nn* á las que dieron i damos el balor de *en* *ñ*, suprimiendo la una i poniendo una tilde en la otra ninguna duda quedará de que la *r* así, sonará fuerte como en *co^o*, *ca^o*, i no se podrá equivocarse con *co* ni *ca* que no tienen tilde. La *y* griega, puesto que es consonante no se la use sino como consonante. Si echo esto se escluye la *x* como inútil i de complicado uso, la *h* que ninguno tiene, la *v* igualmente inútil i complicadísima en sus combinaziones, quedará nuestro alfabeto reduzido de beinte i ocho á beinte i cuatro letras, que serán verdaderos elementos de las palabras: solas i en todas las combinaziones tendrán un mismo sonido, se aprenderán con mucha mas fazilidad, i será su combinazion tanto mas fázil, que no dudaré asegurar que en la mitad del tiempo se aprenderá á leer.

E consultado no á uno ni dos sino á muchos maestros de primeras letras, i todos unánimemente an combenido en que no es lo peor el mas tiempo que los niños gastan en aprender á leer, sino el enojo i fastidio que les causa el que la *c* v. g. aga unas bezes de *zed* i otras de *ca* *k*, ó *q*: que la *g* suene ya como jota, ya como *gue*: el que á la *v* se la llame *u* i se les aga pronunziar siempre como *b*. Combienen pues, en que particularmente á los muchachos de mucha bizidad les suele parár tanto, que asta se ponen malos, aborrezan la escuela, i de aquí todo lo que se deja discurrir. Adóptese este

abecedario i uirán todas las dificultades: i entonces podremos dezir con berdad que sobre ser la lengua castellana la mas rica, la mas noble i armoniosa de Europa se compone de los elementos mas omojéneos.

b c d f ch g j l ll m
 be que de efe che gue jota ele elle eme

n ñ p r r̄ s t y z
 ene eñe pe ere erre ese te ye zeda.

á é í ó ú

SUMARIO

de lo contenido en los treze libros de este primer tomo.

- Prólogo del traductor. T
- Lib. I. Nazimient*o* i educacion de Felipe: su carácter: su primer matrimonio. Llamale su padre á los Países-Bajos: cómo fué recibido en ellos: su poca popularidad: impresion que en los flamencos aze su conducta. Esfuerzos que el emperador aze porque se nombre á Felipe rei de romanos: resistenzia de los alemanes á este proyecto. Buelbe Felipe á España: su matrimonio con Maria, reina de Inglaterra: objeçiones de los ingleses á este matrimonio: esfuerzos de Carlos V para superar estos obstáculos: lo consigue: desembarca Felipe en Inglaterra: su conducta i sus modales: descubre sus miras ambiciosas: sus artificios. Persecuzion de los protestantes en Inglaterra. Deja Felipe la isla. Abdicazion del emperador en favor de su ijo i de su hermano. id.
- Lib. II. Poder i dominios de Felipe. Situazion de la Europa: la Inglaterra: la Alemania: Portugal: Dinamarca: Suezia. Estados de la iglesia: la Toscana: la Saboya: Parma i Plasenzia. Benezia. Franzi*a*: carácter de los franceses. Enrique II: sus aliados. Paulo V: sus sobrinos: sus artificios: alianza de Paulo i Enrique II: tregua de Bauzeles. Consternazion de Paulo: su disimulo. El

cardenal Garrafa persuade á Enrique que biele la tregua. Biolenzia del papa. El duque de Alba i su carácter. Escrúpulos de Felipe. Operaciones militares del duque de Alba: ajusta una tregua. El duque de Guisa pasa los Alpes: sitia á Zibitela, i es obligado á levantar el sitio. Felipe lleba la guerra á Franzia: empeña á la Inglaterra en la guerra: sitia á san Quintin, defendido por el almirante de Coliñi: batalla de san Quintin: son los franceses benzidos. Buelbe el de Guisa de Italia: sitia i toma á Calais. Rendizion de Tiombille. Batalla de Grabelinas. Felipe i Enrique desean la paz. Negoziaziones. La paz es concluida. Muerte de Enrique II. Retrato de Franzisco II. Situazion de Italia. 18

Lib. III. Antiguo gobierno de los Paisés-Bajos. Prosperidad de aquellas probinzias, i causa de ella. Retrato de Cárlos V: su afabilidad: Contraste del carácter de Felipe i el de su padre. Los flamencos desconfian del primero. Edictos contra los protestantes. Establezimiento de un tribunal igual al de la inquisizion. Nuevos obispados. Introduzense tropas españolas en los Paisés-Bajos. La duquesa de Parma es nombrada rejenta de ellos. Junta de los estados zelebrada antes de la salida de Felipe. No les otorga éste lo que aquellos le piden. Retrato del conde de Egmont: el de Guillermo I, prinzipe de Oranje. Causas de la abersion que Felipe le tenia. Retrato del cardenal de Grambela. 71

Lib. IV. Llegada de Felipe á España: alegría de los españoles con este moribo: adesion que les tiene Felipe. De la inquisizion: efec-

tos de este establecimiento sobre el carácter del pueblo. Carranza, arzobispo de Toledo, metido en la inquisición: tiene esta un auto de fe en Valladolid, i renueva el espectáculo á instancia de Felipe que asiste á él. Retrato del gran señor. Corsarios de Berbería: Dragut: sus expediciones. Sitio del fuerte de Zerbi por los turcos. El de Orán i Mazarquibir. Toma del Peñon de Belez por los españoles. 90

Lib. V. Persecucion de los protestantes en los Países-Bajos. Progresos de la reforma. Los príncipes católicos desean un conzilio jeneral. Situacion de Europa. Teme el papa un sínodo nazional en Saboya i Franzia: su repugnancia á combocar el conzilio: állase sin embargo prezisado á consentirlo: bula de combocazion: reusan los protestantes asistir al conzilio, i sus razones. Reunese en Trento, i es dirijido por el papa i sus legados. Inútiles dilijençias para disminuir el poder del papa: conclusion del conzilio: alegría del papa con este motibo: bula de confirmazion: malos efectos de los decretos del conzilio: son desechados en Franzia: admitidos en España i otros estados católicos. La disputa de preferenzia entre los embajadores de Franzia i de España es dezidida en favor de aquella. III

Lib. VI. Soliman quiere atacar á Felipe i á los caballeros de Malta. Dezidese á empezar por la ista de Malta: sus preparatibos. El gran maestre lo comunica á la mayor parte de los príncipes cristianos. Resuelbese Felipe á socorrer á los caballeros. Actibidad i bijilanzia del gran maestre. Llegada

de los turcos á Malta á las órdenes de Mustafá i de Piali : sitio de san Telmo : llegada de Dragut : tomase por asalto el fuerte : sitio del Burgo i del san Miguel : conducta de Felipe : llegada de seis mil españoles á la isla : leuantase el sitio : parten los turcos, buelben á desembarcar i son derrotados por los españoles. 126

Lib. VII. *Negozijs de los Países-Bajos* : descontento de la nobleza : su abercion al cardenal de Grambela. Dirijense al rei los nobles : repugna el rei aczeder á lo que le piden. Salida de Grambela : Biglio, i Barlaimont odoptan sus prinzipios. Publicazion del conzilio de Trento. Embiase á España al conde de Egmont : su rezibimiento : en consecuencia de lo que este dijo á su buelta se tubo una conferencia : Felipe la desaprueba. Renuebanse las persecuciones : representaciones del prinzipe de Oranje : confederazion que á instanzias de santa Aldegunda forman muchos nobles. Discurso del prinzipe de Oranje en el consejo : presentan los nobles una esposizion : respuesta de la rejenta. Embianse á España al marques de Mons i al baron de Montiñi. Zelo esaltado de los reformados. El prinzipe de Oranje apazigua el tumulto : imitanle los condes de Egmont i de Orn : odio de Felipe á estos señores, i porqué : aze leuantar tropas : conferencia que se tubo en Dendermunda : sumision de los reformados : la tranquilidad restablecida. . . 157

Lib. VIII. *Deliberazion de la corte de España* : resuelbese Felipe á embiar al duque de Alba á los Países-Bajos : la duquesa de Parma representa con este motibo : asombro que

causa la llegada del duque i los españoles:
 retirase el príncipe de Oranje á Alemania:
 prision de los condes de Egmont i de Orn:
 uye el pueblo á los países extranjeros: la du-
 quesa de Parma deja los Países-Bajos: au-
 toridad absoluta del duque de Alba: se es-
 tableze el consejo de las rebueltas: su primer
 edicto: persecuciones: crueldades del duque
 i sus satélites: su tiranía i arroganzia. Is-
 toria del príncipe don Cárlos. Zítase al de
 Oranje: reusa obedezzer: cojese á su ijo i se
 lleba á España: confiscanse al padre los
 bienes: balese éste de la interzesion del em-
 perador: respuesta de Felipe: preparase el
 príncipe á azer una imbasion en los Países-
 Bajos: espera rezibir socorro de la reina de
 Inglaterra, i de los príncipes alemanes. En-
 tra el conde Luis en los Países-Bajos al fren-
 te de un ejérsito i derrota á los españoles:
 cuidado en que esto puso al duque de Alba.
 Juizio formado á los condes de Egmont i de
 Orn: acusaziones contra ellos intentadas:
 sus defensas: interzesiones en su favor: car-
 ta del de Egmont al rei: los dos condes son
 ajustiziados: carácter del de Egmont. Mar-
 cha el duque de Alba contra el conde Luis,
 i le derrota á causa de la sublebazion de los
 alemanes. Publica el de Oranje un manifies-
 to i pasa el Mosa al frente de un numeroso
 ejérsito: ebíta el de Alba la batalla: neze-
 sidad en que se bió el príncipe de lizenziar
 su ejérsito i retirarse á Franzia. 193

Lib. IX. Primera parte. Guerra en el reino de
 Granada: istoria de los moriscos: desarma-
 los Felipe: se subleban: nombrase jeneral en
 jefe á don Juan de Austria i los subyuga
 enteramente. 229

- Lib. IX. Segunda parte. Guerra con los turcos emprendida por Felipe, el papa, i benezianos: preparatibos de Selim: batalla de Lepanto: causas de la bictoria obtenida por los cristianos: retiranse los aliados en bez de proseguir la bictoria. Diputazion de los griegos á don Juan de Austria Preparatibos de los turcos: lentitud de los aliados. Dan en fin la bela para Grezia: sitian á Nabarin, aunque inútilmente. 246
- Lib. X. Negozios de los Países-Bajos. Arroganzia del duque de Alba: su tiranía: dejan su pátria un gran número de naturales: sumision entera de los Países-Bajos: cuidados de Isabel, que retiene caudales pertenecientes á Felipe. Imposiciones del diez i beinte por ziento establezidas por el duque de Alba: descontento jeneral causado por estas imposiciones: oposizion de la junta de los estados. Amnistia solemnemente publicada en Ambéres: cómo fué rezibida: firmeza de los estados de Utrecht. Conducta del prínzipe de Oranje: reconozen su autoridad en el mar los flamencos refujiados: artes de este prínzipe. La sorpresa de Loebestein eszita la indignazion del duque de Alba: esije por un edicto el pago de los impuestos: su barbarie. Toman la Brilla los flamencos desterrados: banos esfuerzos para recobrarla. Degüello mandado por el conde de Bossut en Rotterdam. Alzase Flesinga: imitanla las demas ziudades de Zelanda. Sitio de Middelbourg: el de Tergoes por los protestantes: socorrenla los españoles. 260
- Lib. XI. Reboluzion de Olanda. Negozios de Franzia. Proyecto de la reina madre. El conde Luis se apodera de Mons. Consejo de

guerra tenido por los españoles : sitian á Mons. Buelbe el príncipe de Oranje á los Países-Bajos. Reconziliacion de Colisii con el duque de Guisa : siguese á ella la matanza del dia de san Bartolomé. Operaciones del príncipe de Oranje : deja el Enao. Recobran los españoles á Mons: crueldades cometidas en Malinas i Zutphen.

306

Lib. XII. Estado de la Olanda i la Zelanda. Proposizion echa por el duque de Alba á los estados de Olanda : desechanla , i se juntan en Dordrecht : tratado que azen con el príncipe de Oranje. Embarazos de los estados. Llega el príncipe á Olanda: anima á los diputados : moderazion del príncipe. Establezimiento de la relijion reformada. Degollazion de los habitantes de Naarden dispuesta por Toledo. Ba á Amsterdam, i procura ganar á los habitantes de Arlem. Discurso de Riperdá, gobernador de la ziuudad : resuelbese su defensa : descripzion de Arlem : empieza Toledo el sitio : crueldades de los dos partidos : asalto jeneral : los españoles son rechazados : piensa Toledo lebantar el sitio : carta de su padre el duque de Alba con este motivo : batalla en el lago : intrepidez de los sitiados : su deplorable estado : ofrezzen capitular : azenles proposiziones los españoles: azeptanlas : rindese la ziuudad : crueldad del duque i su ijo. Consecuenzias de la bigorosa defensa de Arlem. Amotinanse las tropas españolas : reduzelas Bitelli. Sitian los españoles á Alcmar : son rechazados con mucha pérdida : combate nabal sobre el Zuyder-Zee: es derrotada la escuadra española : su almirante el conde de Bossut , prisionero : sor-

preenden los confederados á Jeertruidenberg. Los españoles azen prisionero á santa Aldegunda. Deja el duque de Alba los Países-Bajos : suzedele el de Medinazeli: asombrante las dificultades que tiene que superar, abdica, i dá el mando á Requesens. Reflexiones sobre el carácter i crueldades del duque de Alba.

Lib. XIII. Primera parte. Carácter de Requesens. Intenta azer levantar el sitio de Middebourg : la escuadra española es enteramente destruida i la ciudad se rinde. Temores del príncipe de Oranje : infunde rezelos contra los españoles. Ultima empresa del conde Luis. Embarazo de Requesens. Intenta el conde sorprender á Maestricht : oponese Abila á su marcha : esto ocasionó la batalla de Mooch : es derrotado i muerto en ella el conde. Amotinanse las tropas españolas i se apoderan de Ambéres : esto causó la pérdida de la escuadra de Requesens equipada en Ambéres. Publica Requesens un perdon jeneral, sin efecto. Porqué sitió á Leidem : descripcion de aquella plaza. Retrato del bravo Ban-der-Does, gobernador de la ciudad : Baldés, jeneral español, muda el sitio en bloqueo : beense los habitantes reducidos al último extremo : sublime arenga del burgomaestre Ban-der-Werf : toman los estados la resoluzion de romper los diques é inundar el pais para socorrer la ciudad ; lo cual obligó á los españoles á levantar el sitio con mucha pérdida.

Lib. XIII. Segunda parte. El emperador Maximiliano se combida á interponer su mediacion ; lo que fué motivo de las conferencias

que se tubieron en Breda: disuelbese el con-
greso i se renueban las ostilidades. Empre-
de Requesens la conquista de Zelanda; lo
cual dió motibo á una maniobra mui arries-
gada, ejecutada por los españoles. Braba
defensa de la guarnizion de Bommene. Si-
tian los españoles á Ziric-Zee: procura el
prínzipe, aunque en vano, socorrer á los si-
tiados: que al fin se ven obligados á ren-
dirse. Mueren Bitelli i Requesens. 415

This is a list of the names of the
 persons who were present at the
 meeting of the Board of Directors
 of the Company on the 1st day of
 January, 1880. The names are
 given in the order in which they
 were called to the meeting.

ISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA,

ESCRITA EN INGLES POR MR. WATSON,
*profesor de filosofia i de retórica en la
unibersidad de san Andres, i traduzida
al castellano por el Z. R.*

TOMO II.

MADRID: 1822.

IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEbro.

*Se vende en la librería de Brun, frente á las gradas
de san Felipe el Real.*

ESTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II

DE LOS ESPAÑOL

ESTORIA DEL REINADO DE FELIPE II
DE LOS ESPAÑOL

DE LOS ESPAÑOL

MADRID: 1822

IMPRESION DE DON JUAN DE LUCAS

En esta obra se trata de la vida y reinado de Felipe II, Rey de España y Portugal, desde su nacimiento hasta su muerte.

el saqueo de aquella ciudad no la empeñara en obedecer á sus jefes. Mas cuando bió engañadas sus esperanzas, i que la contribuzion á los abitantes esijida no se empleaba en pagarles una parte de sus atrasos, se entregó á su resentimiento, corrió á las armas, sacudió la obediencia, se dió otros jefes, i aun eligió jeneral: i para dar mas solidez á su union, todos sin distincion de soldados ni ofiziales se juraron ante la ostia consagrada fidelidad imbiolable. Con tanto, abandonando las ciudades marítimas, i todas las conquistas que tanta sangre, penas, i fatigas les costara, se dirijieron al Brabante, i conzibieron el designio de apoderarse de algunas de sus plazas fuertes, de donde pudiesen azer escursiones, i saquear las ciudades i pueblos del contorno.

De órden del consejo, les salió al encuentro el conde de Mansfeldt; pero por mas proposiciones, por mas promesas que les izo no logró que mudasen de designio. Era su intento apoderarse de Brusélas, i con la esperanza de azerlo por sorpresa caminaban con asombrosa zelezidad; empero les salió bana, porque á la noticia que de ello tubieron á tiempo, suzedió el cuidado i la bijilancia del pueblo i la guarnicion. Intentaron despues sorprender á Malinas; mas inútilmente. Entonzes dejaron el Brabante, entraron en Flandes, i bolbiendo repentinamente ázia Alost, la tomaron por escalada á media noche, miéntras los ciudadanos descansaban en la mayor seguridad. Ninguna plaza mas á propósito para sus designios, como que estaba situada en medio de un pais rico, i á igual distanzia de Gante, de Ambéres, i de Bruselas. No bien desplegaron el estandarte de la rebelion cuando una gran parte de las otras tropas es-

pañolas se unieron á ellos ; i entonces fué cuando dieron prinzipio á toda espezie de biolenzias i eszesos contra los abitantes de las ziudades i campiñas inmediatas.

No estaba ozioso el príncipe en estas zirconstancias , que tan feliz coyuntura ofrezian al logro de sus proyectos , i tan basto campo á su capacidad i penetracion. Miéntas sus emisarios obraban por su parte , él por la suya reanimaba con sus cartas á los pueblos , i persuadia particularmente al consejo de estado , que en fin abia llegado el favorable momento de librar para siempre á los Países-Bajos de la tiranía española. «La probidenzia , les dezia , a puesto en vuestras manos el gobierno : retenedle con firmeza , i no os desapropieis jamas del poder que ejerzeis : empleadle en librar á vuestros ziudadanos de la pesada carga que les agobia , de los males que sufren , de la miseria que padezen tanto tiempo aze. La medida de las calamidades del pueblo , i la de las iniquidades de los españoles llegaron á su colmo. Suzeda lo que quiera , la suerte de los desgraziados naturales no podrá ser mas orrible que ya es : i vosotros , ningun motibo personal teneis que os disuada de tomar la firme resoluzion de arrojar vuestros tiranos , ó morir en tan gloriosa empresa.» Las esaciones de las tropas españolas daban nueva fuerza á las esortaciones del príncipe i sus partidarios , i azian mas biba impresion en los ánimos. El consejo de estado mismo estaba tan irritado como el pueblo ; i en su resentimiento resolbió publicar un bando declarando á aquellas tropas rebeldes al rei. Barlament , Mansfeldt , Biglio , asta los ofiziales españoles de mas cuenta , i Roda , presidente del consejo de las rebueltas , aprobaron al prinzi-

pio este bando, creyendo que solo dezia relacion con las tropas amotinadas. Mas luego que bieron que se queria estender su efecto á todos los adictos al gobierno español mudaron de dictámen i aun procuraron disculpar á los soldados, i se opusieron formalmente á la publicacion del bando. «Verdad es, dezian, que se an amotinado los soldados; ¿empero podrá por eso acusárseles de rebellion? No están pagados. Por otra parte ¿qué se espera del bando? que se irrienen mas i sea el pueblo el que lo pague. ¿Tiene el consejo fuerzas suficientes para sostener su determinacion, i reprimir los eszesos que quiere castigar?» Poco efecto izieron estas razones en el mayor número de los consejeros, que no contentos con declararse en favor del bando izieron arrestar como cómplizes de la rebellion de los soldados, á los que botaron contra él. La plaza de presidente que ocupaba Biglio se dió al duque de Arschot. Publicóse pues el bando, conzebido en términos aun mas fuertes que el que se proyectó al prinzipio, i mas propio para irritar al pueblo, i aumentar su odio á los soldados; i aun se le eszitaba á que se uniese al consejo para echar de la tierra aquella tropa de bandidos, que á pretesto de las pagas que dezian debérseles querian arruinar al pais, i le arruinarian efectivamente sino se les resistia.

Eran tan conformes las ideas enunziadas en el bando con las que los flamencos tenian, que produjo en sus ánimos lo mismo que el azeite en el fuego. No obstante, para darle mas fuerza i que fuesen mayores sus efectos, al mismo tiempo que diese mas peso á las medidas ya tomadas, i que el consejo disponia tomar, combocó á junta jeneral á todos los diputados de las

7

probinzias , i todas embiaron los suyos , eszepto la de Lusemburg. Apénas se izo la abertura de esta asamblea cuando empezaron las ostilidades. La ziudadela de Ambéres , las ziudades de Gante , Balenzienes , i Utrecht estaban en poder de los españoles : Romero mandaba en Liera , i Maestricht tenia de guarnizion un rejimiento de alemanes. Era mui importante á los estados el apoderarse de todas estas plazas , i aun mas el impedir que se reuniesen las tropas españolas i formasen un ejérxito. En tanto que se disponia lo mas combeniente para conseguirlo , se procuraba tambien atraer los rejimientos walones que estaban al serbizio de España ; i luego que se declararon por los estados se unieron á las numerosas reclutas que ya se abian echo , i se compuso un ejérxito respetable.

Los españoles por su parte , animados por el presidente Roda , i por el bizarro i actibo Abila , no ubo medio de que no se baliesen para inutilizar los proyectos contra ellos formados. Uno de sus ofiziales llamado Bargas abia reunido en las zercanías de Maestricht ochozientos ombres de caballería , con ánimo de conduzirlos á Alost , i combidar á los amotinados que dominaban aquella ziudad , á que se uniesen á él i obrasen de conzierto contra los estados. Sabedores estos de aquel intento embiaron un destacamento de dos mil infantes i seiszientos caballos que se le opusiesen , i con efecto le encontraron en Bisenach. El partido no era igual , i á no considerar mas que el número eran los españoles mui inferiores ; pero esta inferioridad era no obstante menor que la de sus enemigos respecto del arte de la guerra i de la disziplina militar , de que ningun conozimiento tenian. Bargas para suplir la infantería que le

faltaba izo echar pie á tierra á una compañía de borgoñones, i esperó al enemigo. Atacóle este con mucha bibeza, pero sin fruto. Rechazaronle los españoles, rompieron sus líneas é izieron una gran carnizería.

Continuó Bargas su marcha á Alost, donde encontró á Romero i Abila que coadyubaron sus instancias para que se uniesen los soldados españoles. Todo quanto á este fin se les dijo fué en vano. Ni la gloria de su nazion interesada en que obrasen de conzierto, ni su propia seguridad bastaron á benzer su obstinazion; firmes en no salir de allí asta que se les pagase lo que se les debía. Bisto esto, partió Bargas para Maestricht con notizia que tubo de que la guarnizion de alemanes puesta en aquella plaza por los españoles estaba combenida en abrir las puertas á las tropas de los estados, i que sino lo abia echo abia sido porque algunas compañías de españoles se apoderaran de una de las puertas de la ziedad de Wick, situada al este del rio, i que se comunica con Maestricht, por un puente en el Mosa.

Juntado que se ubo Bargas con aquellas compañías, tubo en el puente un rezio combate con los bezinos de la ziedad, que sin duda quedaran bictoriosos si los alemanes les ayudaran; mas, intimidados con la llegada de Bargas, i no reconoziéndose superiores en fuerzas, se unieron á los españoles; i los naturales rechazados i obligados á meterse en la ziedad pagaron bien cara la tentatiba que izieron en favor de su libertad. Españoles i alemanes á una saquearon la ziedad i cometieron los mayores eszesos. (1)

(1) Meteren, p. 164. Bentib., p. 178.

La memoria de esta catástrofe borró bien pronto otra suzedita en Ambéres. Tenian los españoles la ziadadela de aquella ziadad, i los estados izieron quanto pudieron porque se la entregaran; i no abiéndolo conseguido pensaron en balerse de la fuerza para echarlos; á cuyo fin embiaron á Champiñi (1) gobernador de la ziadad, un numeroso cuerpo de walones i otras tropas. Importaba mucho el quitar á los españoles una posesion que les azia dueños en zierto modo de la ziadad (con la cual se comunicaban por una gran esplanada) i de todo el contorno por medio de la puerta que daba al campo. Los peligros á que esta posizion esponia á la ziadad no abian llamado tanto como debieran la atenzion de los estados. Izoselos conozer Champiñi, imbitándoles repetidas bezes á que iziesen lebantar una trinchera en la esplanada, i plantar en ella baterías que pusiesen la ziadad á salbo de las empresas de la guarnizion de la ziadadela; i que al mismo tiempo se reuniese el mayor número de tropas posible, que formase un campo capaz de cortar toda comunicazion entre Alost, las otras ziadades dominadas por los españoles, i la ziadadela. De este plan solo parte adoptaron los estados. No se formó el campo, i se tubo por bastante el que se atrincherase la esplanada; i aun esto se mandó ya tarde, creyendo que la guarnizion no se atreberia á intentar el apoderarse de la ziadad en cuya defensa abia un cuerpo considerable de tropas; i aun lisonjeándose de que obligarian á la guarnizion á rendirse antes que pudiese ser socorrida. Plantaronse pues en la

(1) Era hermano del cardenal Grambela, i tan enemigo de los españoles como partidario éste.

esplanada dos fuertes baterías, miéntras los habitantes trabajaban con igual ardor en azer una profunda trinchera i levantar un parapeto que defendiese la ziadad.

Acabadas estas obras se dió prinzipio al sitio de la ziadadela; al mismo tiempo que tambien la de Gante se sitiaba. Los estados se prometian mucho del buen ecsito de estas dos empresas; pero engañó sus esperanzas el efecto que produjo en los soldados amotinados que ocupaban á Alost, el estruendo de la artillería. Oyenla, i despierta en ellos aquel espíritu guerrero i feróz que les era natural, siendo mas poderosa que todas las esortaciones i ruegos de su comandante. Nabares á quien abian elegido jeneral se aprovechó de la disposizion en que les beía, les juntó, les pidió que reflexionasen con madurez azerca de la inconsecuencia de su conducta, les espuso cuán imprudente era permitir que las dos ziadadelas que los flamencos sitiaban cayesen en su poder, i añadió: «esa artillería que ois tronar, i bate esas plazas; no os amenaza lo mismo que á sus balientes defensores? ¿Podemos dudar que despues que triunfen de nuestros compatriotas no buelban las armas contra nosotros, que somos mas que ellos el objeto de su odio? ¿Esperais que los estados se allen despues mas dispuestos á otorgaros lo que les pedís que lo an estado asta ahora? ¿Esperais que engreidos con sus triunfos os será entonzes mas fázil atraerlos á que os paguen los atrasos que os deben? Creedme: no tardarán mucho en extinguir en buestra sangre esta funesta deuda que os aze tan tenazes. Bamos pues sin tardanza á socorrer la ziadadela de Ambéres; i despues de obligar al enemigo á que le bante el sitio, nos será fázil apoderarnos de

la ciudad, que es la mas opulenta del mundo entero. Entozes será cuando á pesar de todos los esfuerzos de sus abitantes, i de los nuevos reclutas que la defienden, podremos bennarnos del indigno modo con que nos an tratado.» No pudo continuar Nabares: todos aplaudieron su determinazion, todos gritaron á las armas, i este grito repetido sin interrupzion animaba su impazienza. El deseo de salir de la ciudad era entozes igual á la obstinazion con que antes se negaron á dejarla. El 3 de nobiembre, algunas oras antes de salir el sol, salieron con ánimo de caminar toda la noche i sorprender en la madrugada del dia siguiente al enemigo, que así no podria tener notizia de su designio. El paso del Escalda retardó su marcha pues no pudieron atrabesarle tan pronto como abian creido; de modo que en lugar de llegar á la madrugada no pudieron entrar en la ciudadela de Ambéres asta zerca del mediodia. En el camino se les reunieron cuatrocientos caballos mandados por Romero i Bargas, que instruidos por Nabares se pusieron inmediatamente en marcha con los soldados que pudieron juntar. La notizia de su llegada, tan inesperada de los abitantes, difundió entre ellos el temor i el espanto. No podia ocultárseles el designio con que abian salido de Alost, ni menos dejar de formarse la mas triste idea de su situazion. Abialó prebisto Champiñi; pero no se estimó su dictámen. Beia formarse la tempestad, i para alejarla izo cuanto pudo; pero el enemigo no le dió tiempo para que iziese lo que las circunstancias pedian.

Apénas entraron en la ciudadela cuando pidieron que se les llebase al ataque de las trincheras que les zerraba la entrada de la ciudad. En bano intentó Abila que descansasen i toma-

sen algun alimento. El furor pintado en sus rostros, lanzando fuego por los ojos, ardiendo en deseos de benganza i codizia, estaban todos resueltos á morir ó trasladar el cuartel á la ziedad antes de anochezer. Esta tropa frenética constaba de dos á tres mil ombres, sin comprender la caballería de Bargas i Romero, que con la guarnizion compondrian otros tantos. A estos mandaba Romero: á los otros Nabares. Ambos cuerpos atacaron á la par i con el mayor ímpetu las trincheras que se oponian á su paso. Sostubieron los bezinos este primer ataque con la mayor intrepidez: su resistenzia léjos de entibiar el ardor de los españoles sirbió para abibarle; i miéntras la artillería de la ziedadela jugaba contra el enemigo, izieron ellos tales esfuerzos de balor que penetraron asta sus atrincheramientos i obligaron á uir á los que los defendian. Dos calles ban á la plaza mayor que está en el zentro de la ziedad, i por ellas uieron los flamencos, á quienes los españoles ayudados por la caballería siguieron el alcance, destrozando á cuantos encontraban, asta que los fujitibos llegaron á la plaza del consistorio, en que se les reunieron tropas de refresco, é izieron alto. Allí se renobó el combate; pero benzidos tambien mui pronto en todos los puntos, todos perezieran sino se refujiaran unos en las casas consistoriales, otros en las que rodeaban la plaza. Desde ellas izieron por algun tiempo un fuego terrible, que mató muchos españoles; pero estos las pegaron fuego con paja i otros combustibles, sin perdonar las del cabildo que eran uno de los mejores edifizios públicos, i quedó reduzido á zenizas. Los que estaban dentro perezieron, unos sufocados por el umo i las llamas, otros muertos al querer uir del fuego;

i muchos que desesperados se arrojaron por las
bentanas.

Derramaronse los españoles por la ziedad, sin que nada les contubiese: donde allaban alguna resistenzia, acometian con tanto ímpetu, que ninguna bastaba á detenerle por mucho tiempo. Si ubieran sido mas, ya para destrozár á cuantos encontraban al paso, ya para perseguir á los fujitibos, ubiera sido aun mayor el número de víctimas; sin embargo de que pasaron de siete mil, no abiendo perdido los españoles mas de doscientos ombres. Tenian estos en su favor la esperanza: poseian el arte de pelear, i los ziedadanos le ignoraban; i es de la disziplina mas que del balor de lo que los triunfos dependen.

Eran los españoles soldados biejos, abitua- dos á la subordinazion; que en lo mas rezio de los combátes obedezian la boz de sus jefes; i asta en el desórden de una derrota sabian obedez- er: en medio de la fuga, bolberse á formar i tornar á la pelea. Los abitantes de Ambéres si bien tenian el balor que la desesperazion ins- pira, i peleaban con furor, empero carezian de método: animábales un mismo interés, empero sus esfuerzos no eran uniformes. Así fué que puestos en órden de batalla por Champifi, lo me- jor que las zircunstanziyas se lo permitieron, ni pudieron conserbar por mucho tiempo la orde- nanza, ni perdida, recobrarla. En fin, si fue- ron benzidós en aquella fatal jornada, no por falta de balor se acarrearón aquel infortunio, sino de esperienzia en el arte de la guerra. Aziéndoles esta justizia, debemos tambien pa- gar á los españoles el justo tributo de elojios que les son debidos: pelearon, sin duda, con un balor berdaderamente eróico; pero el brillo

de su triunfo obscurezióle la abárizia que animaba su balor, i las eszesibas crueldades con que ejerzieron la bictoria. Ninguna nazion de Europa las a cometido nunca semejantes.

Era entonzes Ambéres la mas floreziente entre todas las ziudades comerciantes del mundo, i la escala de todo el cómerzio de Europa. Las compañías de comerzio de todas las naciones tenian allí sus factorías. Las mas preziosas mercancías: las produziones mas raras de las quatro partes del mundo allí se allaban reunidas. Muchos de sus ziudadanos eran los comerciantes mas ricos de Europa: sus casas adornadas de los muebles mas magníficos: sus tiendas, sus almagazenes contenian una prodijiosa cantidad de materias de oro i plata. I de todo se apoderaron los españoles sin distinzion de amigos ni de enemigos: el botin fué inmenso, empero no sufiziente para satisfacer su codizia. Bastábales sospechar que uno tenia mas efectos ó dinero del que se le abia encontrado, para que iziesen con él las mas horribles crueldades, porque declarase lo que creian ocultaba. En toda la ziudad resonaban los horribles gritos que arrancaban los tormentos á aquellas infelizes víctimas de la codizia. Por todas partes se oian los jennidos de los desgraziados, á quienes forzaban á ser testigos de los suplizios de sus padres, de sus maridos, de sus mujeres ó de sus ijos. Omitamos en obsequio de la unanimidad de nuestros lectores la descripcion que azen muchos istoriadores (1) de los diferentes tormentos que aquellos ombres bárbaros imbentaron i ejerzieron: imposible es leerlo sin estremezarse i escandalizarse.

Tres dias con tres noches duró el saqueo, i

(1) De Thou et Meteren.

la matanza de los basallos de un mismo soberano, que nunca les abian echo la mas lebe injuria, ni causado el menor daño. Podian tener queja del consejo de estado i de los estados jenerales; pero ¿era justo que la bengasen en los bezinos de Ambéres? Lo mas escandaloso es que nada iziesen los oficiales para detener los eszesos de los soldados, cuya conducta parece que autorizaban con su silencio. En fin, zesó la carnizería i el saqueo cuando ya la fatiga i el cansancio de los soldados no les permitio continuarla.

Áse calculado en ocho millones de florines el dinero que en espezie sacaron de Ambéres los soldados, ademas de una gran cantidad de oro i plata en tejos, barras i bajilla, muebles i otros efectos preziosos que no pudieron sus dueños recobrar. La pérdida ocasionada por el incendio de las casas, tiendas, almazenes i edifizios públicos, fué lo menos igual. La mas hermosa i mas considerable parte de la ziedad fué reduzida á zenizas; con una cantidad prodijiosa de muebles, efectos i mercanzias. (1)

Empero si la crueldad que los españoles acababan de ejerzer con Ambéres eszitó en todos los corazones la mas biba compasion, tambien acreszentó el odio que á aquellos berdugos tenian los flamencos; los cuales ansiaban mas que nunca por sacudir i para siempre el yugo de aquellos ombres ferozes. Solo una cosa les azia dudar del ecsito, i era la gran bentaja que las tropas españolas azian á las suyas. Componíanse estas de jente bisoña, poco abituada á las fatigas militares, con poco conozimiento del

(1) Meteren, pag. 164. De Thou, tom. 3, pagina 171. Bentiboglio, pag. 178.

arte de la guerra, i menos de la disziplina. Las de los españoles, por el contrario, eran de soldados biejos, que despreziaban el peligro, i á quienes la larga costumbre de una sebera disziplina abia echo abitual el obserbarla en los combates. En tales zircunstanziyas eran de indispensable nezesidad los socorros estranjeros: i el consejo azeptó la artillería, las muniziones i las tropas que el prínzipe de Oranje le ofrezíó. Con estos socorros se estrechó mas el sitio de la ziu-dadela de Gante, que capituló poco despues.

Llebóse en esto dos miras el prínzipe. Inmediatamente despues de la muerte de Requesens, conzibió el proyecto de formar la union de todas las probinzias de los Países-Bajos; i aun abia trabajado con mucha destreza i actibidad para que se realizase. Los estados no dudaron aczeder á ello despues de lo suzedido en Ambéres, i de la toma de la ziu-dadela de Gante; é izieron un tratado de union i alianza en que fueron comprendidas todas las probinzias, salbo la de Lusemburg que se negó.

Este tratado, ó mas bien este acto de confederazion, que se llamó la pazificazion de Gante, se firmó el 8 de nobiembre de 1576. Entre las probinzias católicas, las de Olanda i Zelanda, i el prínzipe de Oranje se establezió que en lo suzesibo abría una alianza constante i duradera, i que la paz mas firme i la amistad mas imbiolable reinaria entre ellas: que se olvidaria todo lo pasado: que los prisioneros se debolberian por una i otra parte sin rescate, particularmente el conde de Bossut: que las probinzias confederadas se socorrerian i ausiliarian mútuamente en cuanto pudiesen para echar á los españoles de los Países-Bajos: que tan luego como el pais se biese libre de tan sanguinarios

opresores, i la tranquilidad restablecida, se reunirían las probinzias, para acordar los medios de reparar los daños causados por la guerra, reformar los abusos, i restablezer la constituzion primitiva en toda su integridad: que el príncipe de Oranje conserbaria la plaza de almirante i gobernador de las probinzias marítimas, con el ejerzizio de sus funziones i el poder de ejerzerlas: que él i los demas á quienes se abian confiscado bienes, se reintegrarian en todos sus derechos i dignidades: que todos los bandos i decretos del duque de Alba, relatibos á lebanamientos i erejía, serian nulos, i mirados como no espedidos: que sin embargo, la relijion católica romana seria la única que libremente se profesase en las probinzias en que fuese la dominante; i que en las de Olanda i Zelanda, todo lo conzerniente á lo zibil i á la relijion permanezeria en el mismo estado en que se allaba, asta que la asamblea jeneral dezidiese sobre ello. (1)

Muchos istoriadores an calificado de estados jenerales esta junta, la cual, inmediatamente que la confederazion se firmó, izo trasportar á las fronteras de Franzia los soldados i ofiziales españoles de la guarnizion de la ziadadela de Gante, que lo mismo que los demas prisioneros de guerra debian ponerse en libertad, conforme á un artículo de la confederazion. Despues se ocupó en preparar lo nezesario para echar á los españoles de los Países-Bajos. Mas á poco se supo que el rei abia nombrado gobernador jeneral de ellos á don Juan de Austria, ijo natural del emperador Cárlos V, i que ya estaba en Lu-

(1) Meteren, pag. 169. Bentiboglio, lib. 9. De Thou, lib. 62., sect. 13.

semburg. Bajo muchos respectos era don Juan propio para el destino que su hermano acababa de confiarle: allábase en la flor de la edad: era afable, de modales apazibles i espresivos, i muy á propósito para ganarse el afecto de los pueblos, al paso que sus talentos militares, acreditados en muchas ocasiones, debian servirle para reconquistar las provincias sustraídas. Mas esto no bastaba; i en la situacion en que las crueldades, particularmente las reien cometidas, tenian á los Países-Bajos, ubiera sido necesario que don Juan reuniese á sus cualidades mucha prudenzia, mucha zircunspeccion, i el aber sabido dominarse; pero faltábale la esperienzia, é ignoraba el grande arte de manejar las pasiones de los ombres, sacar de ellas partido, i combertir contra ellos sus propias preocupaciones.

La conducta que tubo á su llegada no fué la que ubiera debido, para disipar las sospechas que los flamencos pudieron conzebir de la eleccion que de él abia el rei echo. Llegado que ubo á Lusemburg, escribió al consejo de estado, manifestándole que no pensaba pasar á Brusélas, residencia ordinaria de los gobernadores, mientras no se le embianan reenes que le asegurasen de su fidelidad. Pidió tambien una guardia para la seguridad de su persona, i el mando ilimitado de las fuerzas de mar i tierra, como le abian tenido sus predezesores. En su carta condenaba los eszesos por los españoles cometidos. (El mismo dia 4 de nobiembre en que llegó á Lusemburg fué en el que saquearon á Ambéres.) I prometia castigarlos si los estados i el pueblo permanezian obedientes al rei, i unidos á la religion católica. «Mas, si por el contrario, añadía, renunzian á uno ú otro, me allarán tan ac-

tibo en azerles la guerra, prezindiendo de quanto pueda suzeder, como dispuesto me allo á la paz.» (1)

Amenazas imprudentes. Cuando los estados i el consejo de estado rezibieron este papel de don Juan aun no sabian qué conzepto abian merezido en Madrid sus operaciones. Creian que la resoluzion que abian tomado podria tenerse por el rei no como un atentado contra su autoridad, sino como medio nezesario para librar á los pueblos de las bejaciones de los soldados. Empero el papel del nuevo gobernador les sacó de dudas, i les sorprendió, porque bieron que se sospechaba de su fidelidad, i que en bez de aprobar i aplaudir sus operaciones se les amenazaba. Aterrábales la idea sola de ponerse en manos de un gobernador que así se esplicaba. Y dudando lo que debian azer, i la respuesta que combendria dar, resolbieron consultarlo con el prinzipe; demasiado astuto para perder tan favorable ocasion de confirmar á sus conziudadanos en las sospechas que en ellos abia echo nazer la intenzion que descubria el nuevo gobernador.

Respondió Guillelmo el 30 de nobiembre á los estados i al consejo: que el modo con que don Juan se esplicaba en su carta daba bien á conozer que sus intentos eran modelar sus operaciones por las de sus predezesores, i seguir en todo sus uellas: que los estados i el consejo debian prozeder con la mayor entereza, no obrar sin la mayor zircunspeccion, ni azer sino lo que la prudenzia les aconsejase: «debeis, les dezia, considerar cuan importante es el cargo que se os a confiado; i tener presente en todo

(1) Meteren, pag. 174.

que de buestra conducta actual dependerá en lo suzesibo buestra suerte, la de buestras mujeres, i la de buestrros ijos: que el partido que tomeis os asegurará el goze de los derechos que os da buestro nazimiento, i la cualidad de abitantes de estos paises; ó bien os pribará de ellos esponiéndooos para siempre á la horrible tiranía de los españoles. Esta considerazion debe pues estimularos á conduziros con la mayor firmeza, á ejerzer con la mayor enerjía el poder que se os a conferido, i azeros desechar toda espezie de acomodamiento que el nuebo gobernador os proponga i sea en detrimento i perjuizio de las leyes fundamentales de buestra pátria, ó menoscabo de buestra propia autoridad. No oigais (añadia el príncipe) ninguna proposizion que os aga miéntras no eche del pais las tropas así españolas como extranjeras: no tengais ninguna confianza en sus promesas: no os fieis en las seguridades que os dé de echarlas cuando zese el rigor de la estazion. Acordaos de que quando el rei partió de los Países-Bajos para España os prometió que las tropas que en ellos dejaba los ebacuarían tres meses despues de su salida; i sin embargo permanezieron mas de año i medio, i ubieran permanezido mas si los descalabros que su ejérrito padezió en Africa no le ubieran obligado á llamarlas. Por ninguna considerazion debeis imbestir á don Juan del poder absoluto sobre buestrros ejérritos: esto fuera darle armas contra bosotros mismos. Nada prueba mejor á qué punto llega su desconfianza que la demanda que os aze de reenes, i guardias que belen sobre su seguridad. Si se la otorgais, bos mismos le pondreis en estado de que aniquile buestra autoridad, i desprezie buestras mas respetables leyes i buestrros mas sagrados derechos.

Imposible es persuadirse que quien tanto insta por despojaros del poder legitimo que ejerzeis desee vuestra felicidad. ¿No fuera mas razional que el gobernador se entregase sin reserba á la buena fe de los estados, que el que los estados se pongan á discrezion del gobernador? Peticiones como las que os aze no tienen ejemplo: ni aun nuestros soberanos las an echo nunca. Presentabanse sin armas en la asamblea de los estados, i antes de esijir ningunas promesas de que les obedezieramos se obligaban por los mas sagrados juramentos á mantener nuestros privilegios, i respetar nuestros derechos. No os sometais pues al poder de don Juan con menos seguridades que las que esijis de vuestros soberanos naturales. Esijid de él por preliminar que eche del pais las tropas españolas, i que se obligue solemnemente á gobernar el estado segun las leyes fundamentales, i á mantener á sus habitantes en el goze de todos sus privilegios. El príncipe azia enumerazion de ellos, i referia sus épocas. Despues continuaba diciendo: «La fatal esperienzia que teneis justificará el que pidais se permita á los estados el reunirse dos ó tres bezes al año: que todas las fortificaciones i ziudadelas se arrasasen asta los zimientos: que se os debuelva la facultad de nombrar gobernadores i majistrados de las ziudades; i en fin que no puedan leantarse tropas ni establecer ninguna espezie de guarnizion en las ziudades ni en las fortalezas sin vuestro consentimiento. Poco debe importaros el azer oi jestion que desagraden al rei; pues os engañais mucho si creeis que no está ya bibamente resentido de lo que abeis echo. Araos las mayores promesas, i rezibireis de su parte las mas firmes protestas de afecto; empero seria el

último extremo de la debilidad si despues de lo que abeis experimentado en tantos años, pensaseis que teniais otro partido que tomar que el de bolber al yugo que tan felizmente abeis sacudido, ó el de emplear con bigor i firmeza los medios de que os a probisto la probidencia para libraros de él: medios que no me queda duda, produzirán los mismos efectos que ya an producido por buestra seguridad, si en lo suzesibo obran de conzierto i bien unidas todas las probinzias.

Esta contestazion surtió el efecto que podía el prinzipe desear: impuso silencio á los que opinaban que se reconoziese al gobernador con las condiziones que proponia: aumentó la desconfianza de los estados, i se resolvieron en insistir en que se echasen las tropas, en que la pazificazion de Gante se reconoziese i ratificase por el rei, i en no reconocer al gobernador miéntras prebiamente no se otorgasen ambas cosas. En la inzertidumbre en que estaban de si se conzederian ó no, i para no ser sorprendidos en caso de negatiba, ordenaron nuebas lebas, i que se reuniese un ejérxito en Wabre, entre Bruselas i Namur: i al mismo tiempo embiaron embajadores á las potenzias bezinas pidiendo su cooperazion. (1)

Eficazmente apoyadas estas instanzias por el prinzipe, atrajeron á su partido á Juan Casimiro, prinzipe palatino del Rin. No contentos con dirijirse en Franzia á los calbinistas solizitaron del duque de Anjou, ermano del rei, que se declarase por ellos, aziéndole entreber un establezimiento que podría adquirir por aquel

(1) Meteren, p. 175. 176. Bentiboglio, lib. 9. De Thou, lib. 62., sect. 13.

medio, i seria mas combeniente á su rango que el que su nazimiento le daba en Franzia. La reina de Inglaterra oyó favorablemente á los embiados, i les rezibió con mucha benebolenzia. Esta prudente soberana beia con gusto que su mas mortal enemigo se allaba mas embarazado que nunca, i que la desunion entre él i sus basallos los flamencos de cada vez iba siendo mayor; empero su política esijia que no rompiese abiertamente, i así prefirió el socorrerles con dinero mas bien que con tropas. Dióles, pues, cuarenta mil libras esterlinas, i palabra de continuar ayudándoles, á tal que (esto era por conserbar las aparienzias) siguiesen obserbando la pazificazion de Gante, i nunca dejasen de reconocer á Felipe II por su soberano lejítimo.

Mas, en tanto que los estados procuraban con toda dilijenzia ponerse en el de sostener con las armas sus derechos; no omitian las negociaciones por si con ellas alcanzaban lo que se proponian. Azia mucho tiempo que padezian las calamidades de la guerra, i deseaban con ansia el restablezimiento de la paz, como no fuese á espensas de su libertad. Don Juan por su parte, por mas que le repugnase el condeszender con las pretensiones de los estados, procuraba con sus sagazes discursos i con sus promesas bagas atraerles á lo que deseaba, persistiendo no obstante en que se le diese una guardia, en retener las tropas miéntras los estados no lizenziasen las suyas, i en que pusiesen reenes en poder de una potencia neutral asta que cumpliesen sus empeños.

Los estados en quienes el príncipe abibaba la desconfianza que de don Juan les abia echo conzebir, i que ademas abian penetrado los desig-

nios de éste, se resolvieron en dar un paso que le quitase toda esperanza de azerles mudar de opinion, ni alterar en nada las condiziones esijidas. En consecuenzia, en la asamblea de 5 de enero de 1577 izieron un acta de union por la que se obligaron del modo mas solemne á mantener imbiolablemente i por siempre la pazificazion de Gante, sin perdonar bienes, personas, ni bidas para que todo su tenor se cumpliese; declarando traidores i perjuros á los que entrando en esta union, dijesen, iziesen, ó aconsejasen cualquier cosa contra ella. Este acta firmada de los gobernadores, de los diputados de las ziudades i de las probinzias, de la nobleza, de los obispos, de los abades i demas eclesiásticos constituidos en dignidad, de los ministros de justizia, de los diferentes consejos, colejios i cabildos, ratificada despues solemnemente por el consejo de estado, se remitió á don Juan como última respuesta á sus demandas. (1)

Tan firme resoluzion produjo el efecto á que se dirijia. No creyó don Juan allar tanta firmeza, i se combenzió de la nezesidad de otorgar lo que se le pedia, ó recurrir á las armas. Era ambizioso i gustaba de la guerra, i sino tubiera que consultar mas que su inclinazion no dudara tomar el último partido; empero abiasele prescripto que ebitase el romper abiertamente con las probinzias católicas. Consideraba ademas, que prebenido por los estados, les allaria preparados á rechazar la fuerza con la fuerza: sabia que les animaba la esperanza de ser socorridos por los bezinos: beia tambien que las tropas españolas rodeadas por todas partes de enemigos se allarian espuestas á perezar de am-

(1) Meteren, p. 179.

bre i de miseria; i estas consideraciones i la esperanza de que llegaria á calmar los temores i disipar las sospechas de los flamencos le decidieron á que entrase en negociacion con los estados. Lisonjeábase de que si llegaba á lograr el inspirarles confianza le seria despues fácil el irles despojando por grados del poder á que tan adictos parezian. Contestó pues á los estados que le embiasen sus diputados á Marche-en-famine en el ducado de Lusemburg, i despues de muchos debates i dificultades, el 12 de marzo de 1577 se concluyó un tratado á que con poco tino se dió el nombre de edicto perpetuo.

Por él se obligó don Juan á azer salir las tropas que en los Países-Bajos tenia el rei en su serbizio, i á que no bolberian á entrar sin el consentimiento de los estados: que las tropas españolas é italianas saldrian cuarenta dias despues de firmado el tratado, i las alemanas inmediatamente que se las pagasen los atrasos que se las debian: que todas las ziudades i fuertes que las tropas ocupaban se entregarían, eba cuadas que fuesen, á los estados con sus almazenes de bíberes, armas i muniziones. Tambien ratificó don Juan la pazificacion de Gante, i consintió que los prisioneros detenidos con motivo de los lebantamientos fuesen puestos en libertad, eszepto el conde de Buren, ijo del príncipe de Oranje: se obligó á azer una esacta imbestigacion de los eszesos últimamente cometidos por las tropas, castigar los culpados, é indemnizar á los que ubiesen sufrido perjuizios con motivo de aquellos eszesos; cuyas indemnizaciones se arreglarían en los Países-Bajos ó en España donde el rei mas quisiese.

Los estados por su parte se obligaron á guardar fidelidad imbiolable al rei: á mantener

en todas las probinzias el ejerzizio de la relijion católica , á reconozér á don Juan por gobernador jeneral de los Países-Bajos , i á suministrarle inmediatamente seisientos mil florines con destino al pago de las tropas españolas é italianas , para fazilitar que quanto antes bobbiesen á su pátria.

Firmado que fué , las probinzias católicas, únicas que en él abian interbenido , embiaron diputados al príncipe de Oranje i á los estados de Olanda i Zelanda pidiendo su aczesion. Fázil era prebeer que seria negada ; pues aunque por la pazificazion de Gante se abian obligado las probinzias marítimas á estar por lo respectivo á la relijion á lo que dezidiesen los estados jenerales que debian zelebrarse inmediatamente que saliesen las tropas españolas , no fué sino porque esperaban que podrian antes que se zelebrasen predisponer los ánimos para que la dezision fuese favorable á la nueva creenzia , i que las razones que sus diputados ubieran espuesto en aquella asamblea misma, abrian tenido bastante peso para balanzear el zelo de los diputados de las probinzias católicas. Debíase presumir que sin esta esperanza nunca las probinzias marítimas se ubieran remitido á la dezision de las otras , ni mas que á la suya propia en lo conzerniente á su creenzia á que estaban sinzeraamente adictos. No debia , pues , estrañarse que reusasen aczeder al tratado que se les presentaba , i por el que sin consultarlos se abia dezidido un punto tan importante. Mas, para no poner en cuidado á las probinzias católicas por su relijion , los estados de Olanda i Zelanda nada dijeron en su respuesta conzerniente al motibo prinzipal de su desaprobazion: antes bien la prinzipiaron tributando muchas

alabanzas al zelo jeneroso que los estados de las probinzias católicas abian manifestado para librar la pátria de la tiranía de los españoles; asegurándoles en seguida que se regozijaban de berles dispuestos á persistir en la resoluzion de permanecer constantemente unidos á la pazificazion de Gante; pero que sin embargo, despues de examinar con la mayor madurez el tratado que acababan de concluir con los españoles, le allaban mal combinado con su propio interés, i enteramente opuesto á las intenziones de los estados mismos; «porque ademas de otras muchas objecciones de gran peso que podian azerse, dezian, es mui de notar que ninguna precauzion se aya tomado para asegurar la combocazion regular de una asamblea jeneral; lo cual estanto mas estraño, quanto el tratado se a echo para restablezer á los estados en todos sus derechos, i asegurarles el goze de ellos. Aun se a echo mas; pues se a autorizado una infraezion manifiesta de estos mismos derechos, consintiendo en la injusta detenzion del conde de Buren. Por este tratado, notaban tambien, se a faltado á los miramientos, i aun al respeto debido á la reina de Inglaterra, i al duque de Anjou. Anse insertado en él muchos artículos que ofenden el honor i la gloria de los Países Bajos; entre otros aquel por el cual en bez de insistir en la restituzion de los efectos inapreciables pillados por los españoles, se les a prometido dinero á esos mismos á quienes los estados i el consejo de estado en uso de la autoridad real que ejerzian, declararon solemnemente traidores i rebeldes.»

¿Cómo podian los católicos desconocer la fuerza ni la justizia de estas objecciones? La impazienza con que deseaban berse libres de aque-

llas tropas, i en paz, les arrastró en zierto modo, i les izo concluir el tratado con demasiada prezipitazion. Pero ya firmado, no les quedaba arbitrio para aprobecharse de la gran penetrazion del príncipe de Oranje; ni mas que azer que no perder de bista al gobernador, obserbando atentamente su conducta asta que las tropas saliesen i aun se alejasen de la tierra lo bastante para no temer que con fazilidad bolbiesen aunque se llamasen. El designio prinzi-pal de don Juan por entonzes era el disipar de los flamencos toda idea de desconfianza. A este fin empleaba su autoridad é influjo con los españoles para que cuanto antes saliesen del pais; i con efecto logró que saliesen, mas no sin repar-tirles antes los seisientos mil florines que para ello le dieron los estados. Estos ombres berdaderamente balerosos aunque ferozes i groseros, dirijieron su marcha por Italia, sin escrúpulo de las biolenzias i robos echos á sus conziudadanos, i con el mismo continente que un ejérsito triunfante buelbe despues de la bictoria coronado de laureles. (1)

Causó su salida una alegría unibersal: los pueblos conzibieron la esperanza de que el rei compadezido de las calamidades que abian experimentado se inclinaba en fin á tratarlos con menos dureza; i nada mas á propósito para alimentar esta esperanza que el carácter, al menos aparente, de su ermano: toda su persona estaba llena de grazias: era afable, de noble aspecto, bibo, i con zierto aire plazentero en su fisonomía. La comparazion de sus modales francos i desembarazados con el carácter reserbado i sebero del rei acrezentaba la idea bentajosa

(1) De Thou, lib. 64, sect. 6.

que de él se abia formado. Fué rezibido en Bruselas con mas demostraciones de alegría i respeto que ninguno de sus predezesores. Todos los abitantes de toda clase i condizion se lisonjaban de que gozarian de un justo i moderado gobierno.

Empero duró poco esta alagüeña perspectiva. Berdad es que Felipe abia ratificado el edicto perpetuo, i que don Juan antes de su rezeption juró del modo mas solemne obserbarle; pero uno ni otro pensaron jamas cumplirlo. Los límites que el edicto ponía á la autoridad del soberano refrenaba el carácter despótico de Felipe i le impedía establecer en Flandes el gobierno que tenia proyectado. Nunca autorizara á don Juan para que aczediese á todas las condiciones que el edicto i la pazificacion contenian, sino mirara tal condeszendencia como un medio de despojar despues á los estados de la autoridad que les consentia gozasen momentáneamente. Empero la ejecuzion de este proyecto esijía mucha zircunspeccion, mucha prudenzia, saber disimular á tiempo, i sobre todo un gran caudal de pazienza. Ninguna de estas prendas adornaban á don Juan: dominabale su natural impetuoso, i carezia de esperienzia para contenerle. Su corte se componia de españoles i extranjeros igualmente odiosos. Ningun flamenco disfrutaba de su confianza sino los antiguos partidarios del gobierno. A cuantos abian dado alguna muestra de amor á la libertad se les alejaba, se les trataba con indiferenzia, i alguna vez con desprecio. Esta conducta no contribuía poco á inspirar desconfianzas, i dispartar las sospechas que al prinzipio se conzibieron de sus designios, i que tanto abia procurado disipar. Pero lo que mas llamó la atenzion de los esta-

dos fué la demanda que les izo de que le dejasen gozar de toda la autoridad que sus predezesores tubieron , i ejerzer como ellos no solo el gobierno político sino el militar de las probinzias. Pidió tambien que se le autorizase para poner en ejecuzion los dos artículos del último tratado relatibos á la obediencia al rei , i al restablezimiento de la relijion romana, sin nezesidad de que para ello concurriesen los estados : i que si el príncipe de Oranje no aczedia inmediatamente al edicto perpetuo se cortase toda correspondencia i relacion con él , i aun se emplease la fuerza de las armas para obligarle , así bien que á las probinzias marítimas , á bolber á la obediencia del soberano. Los estados denegaron formalmente , aunque en los términos mas moderados, tales pretensiones ; i guardando silencio azerca de la capitania jeneral que tanto ambizionaba, se contentaron con esponerle , que con arreglo á la pazificazion de Gante, él i ellos se abian obligado á estar i pasar por lo que la asamblea de los estados jenerales de todas las probinzias dezidiesen ; i que el príncipe , la Olanda i Zelanda tambien estaban obligados á someterse á aquella dezision.

Ya con esto perdió don Juan toda esperanza de lograr nada por la persuasion , i resolbió emplear la fuerza i la astuzia segun lo pidiese el tiempo para romper las trabas que le contenian i ya le eran insoportables. Mas , si los estados no penetraron todos sus designios , al menos conozieron mui luego su descontento , i que les seria difizil obtener que el edicto perpetuo tubiese entero cumplimiento ; cuyo temor les izo que redoblasen su actibidad para proporcionar la salida de las tropas alemanas ; las cuales segun el edicto mismo no debian salir asta que se

las pagasen los atrasos que se les debian é importaban una suma considerable , que los estados en aquella coyuntura no podian satisfacer. Sin embargo lograron juntar i darles una parte, ofrezíéndoles tambien efectos , i seguridad por el resto. La ocasion era la mas favorable para conozer las verdaderas intenziones de don Juan. No la dejaron perder los estados , sino que le pidieron se sirbiese de interponer su crédito para que los alemanes azeptasen la oferta que se les azia. Tan dispuesto parezió don Juan á aczeder á ello , que llegó asta asegurar á los estados , que si aquellos persistian en reusarla , les forzaria á partir aunque arriesgara la vida. En consecuencia , mandó á los comandantes que le fuesen á ver á Malinas donde pasó con intento , segun dijo , de dar cumplimiento á su oferta. Otro tenia en el pecho , dado que léjos de persuadir á los comandantes á que azeptasen el partido que los estados les proponian , nada ubo que no iziese por irritarlos mas contra ellos i persuadirles á permanecer allí en serbizio del rei de España. Asegurado que estubo de muchos de los prinzipales cabos , creyó don Juan que debia redoblar su ipocresía , i escribió á los estados manifestándoles el gran dolor que le causaba el ver que para conseguir la salida de los alemanes era nezesaria una suma que las probinzias no podrian suministrar ; i les ofrezia embiar á su secretario Escobedo á Madrid para instruir al rei de la cruel situazion á que se allaban reduzidas. Este artificio produjo una parte del efecto que el gobernador se prometió , siendo imposible que los estados le tubiesen por capaz de tan ruin falsedad como la que maquinaba. Azeptaron su oferta , i aun conzedieron como una señal de reconocimiento , una pension de

dos mil ducados á Escobedo , que inmediatamente partió para Madrid con intenziones bien diferentes de las que los estados creian.

En tanto, continuaba don Juan sus tratos con los alemanes , por cuyo medio contaba apoderarse mui pronto de algunas de las ziuudades fortificadas en que estaban de cuartel. Mas antes de azer nada que pudiese dezir relacion con sus proyectos , juzgó prudente dejar á Brusélas i asegurarse si era posible , de alguna plazza fuerte en la frontera , donde pudiese permanecer con seguridad asta allarse en estado de entrar en campaña i prinzipiar las ostilidades. De todas las ziuudades fronterizas Namur fué la que le parezió la mejor situada para el logro de sus designios; dado que era en la que mas fázilmente podian rezibirse las tropas que se embiaron á Italia , i que no dudaba mandaria el rei bolbiesen á los Países Bajos. El biaje de Margarita de Balois , reina de Nabarra , que iba á tomar las aguas de Spa , i abia de pasar por Namur, ofrezio al gobernador un plausible pretesto para dejar á Brusélas , é ir á la frontera de Franzia á tributar sus respetos á aquella prinzesa. Constituyose pues en Namur con un gran séquito de caballeros i otras personas de su balía : mas como el carácter del gobernador del castillo ninguna probabilidad ofreziese de que se le podria seduzir á que faltase á la fidelidad que debia á los estados , recurrió don Juan á la astuzia; i á pretesto de una cazería llegó á los alrededores de la ziuadela , i combidó al gobernador á que fuese á reunirsele ; i sin dar á entender mucho empeño le dejó trasluzir que tendria gusto en ber las fortificaciones de la plaza. El gobernador que ninguna desconfianza tenia , ni podian inspirársela unos cazadores ; i que ade-

mas rezibia como un onor aquella bisita no dudó complazerle, y le introdujo en la ziudadela con todos los que le acompañaban ; de los cuales algunos llebaban armas ocultas bajo la ropa , é inmediatamente que entraron se apoderaron de una puerta. Acaezió esto el 24 de julio; i á ello se siguió la sumision de la ziudad, á que no contribuyó poco el conde de Barlaimont, gobernador de la probinzia. Embanezióle tanto á don Juan el buen escito de su ardid , que se le oyó dezir que aquel dia abia empezado á ejercer el gobierno de los Países-Bajos. Mejor dijera, que daban prinzipio las desgrazias que esperimentó despues , i que le persiguieron asta el sepulcro.

Ya no debia don Juan esperar que los estados quisiesen tratar nada con él : sin embargo les escribió dándoles á entender lo sensible que le abia sido el aberse bisto prezisado á cometer aquel acto de ostilidad para librarse de las maquinaziones que se abian formado contra su vida; protestando no obstante , que su intenzion era obserbar esactamente todas las condiziones del edicto perpetuo ; pero que no dejaria á Namur miéntras los estados no le diesen medios de asegurar su persona contra las tramas de sus enemigos.

Esta nobedad sorprendió á los estados i les causó mucho sentimiento. Nada deseaban con mas ardor que la paz , i quanto abian echo se enderezaba á alejar de su pátria las calamidades de la guerra. Lo que acababa de suzeder debia ponerles en tanto mayor cuidado quanto las prinzipales ziudades del Brabante estaban en poder de las tropas alemanas ; que aunque no sabian los estados por quien se declararian empero rezelaban que fuese por los españoles,

no teniendo por berisimil que don Juan se ubiera arriesgado á biolar tan á las claras el edicto perpetuo sino contara con ellas. En tan desagradables zircunstanziyas resolvieron embiarle una diputazion que le espusiese las consecuenziyas que se debian temer de lo que acababa de ejecutar , i que sobre todo le instase á que bolbiese á Brusélas , asegurándole que nada se omitiria asta descubrir los autores de la conspirazion que le abia puesto en cuidado. Izieronlo así los diputados, estrechándole á que nombrase los que sospechaba que eran ; asegurándole que los estados i el consejo probeerian á su seguridad en términos que ningun rezelo le quedase.

Las pruebas que don Juan produjo de las conspiraciones contra él formadas se redujeron á algunas cartas anónimas que no contenian mas que cosas bagas , i sin nombrar ninguno de los conspiradores ; lo cual por sí solo bastaba para que se tubiesen ó por supuestas ó por fraguadas por sus partidarios mismos , para tener si quiera un cualquier pretesto de cometer la mas negra perfidia.

Su respuesta á los diputados les izo conozer que no el temor de que se atentase á su persona tubo parte en el echo , sino otros motivos. Dijoles que no bolberia á Brusélas sino despues que los estados le ubiesen puesto en plena posesion de toda la autoridad de que gozaran los anteriores gobernadores ; i que le ubieran dado el mando del ejérsito , i roto toda espezie de relacion con el príncipe de Oranje i los estados de Olanda i Zelanda , i aun les ubiesen forzado por las armas á aczeder al edicto perpetuo. A estas pretensiones respondieron los estados que no podian conzeder la primera sin quebrantar el edicto perpetuo, ni la segunda sin faltar á

los empeños que habían tomado con las provincias marítimas por el tratado de la pazificación de Gante. Ningun efecto produjo en el ánimo de don Juan esta firmeza de los estados: él persistió en sus pretensiones, i ellos en sus negativas.

En tanto que estas cosas pasaban en los Países-Bajos, fueron interzeptadas en Gascuña cartas de don Juan i de Escobedo al rei de España i Antonio Perez, su secretario de estado; i remitidas al rei de Nabarra, que las embió al príncipe de Oranje, i este las izo pasar á los estados de Flandes. En ellas instaba don Juan á su hermano á que iziese bolber de Italia i España las tropas que antes los ebacuaron. «El estado de las cosas, dezia, es tal, i tan ejecutibo el mal, que no queda otro remedio que cortar las partes afectas.» Escobedo por su parte dezia en sus cartas, que solo por el fuego i el yerro podia esperarse la estirpazion del mal: «este es el único medio de que se puede usar con fruto, añadía, para que aquí se dé á Dios lo que es de Dios, i al rei lo que es del rei, así por el pueblo como por la nobleza, en la que an prebalezido las mas detestables opiniones. Aquí cada uno bibe á su modo, sin Dios ni lei. Si S. M. no embia pronto las tropas i el dinero que se le piden, mucho me temo que cansado don Juan de la desagradable situazion en que se alla no deje el pais, i busque otra parte en que emplear sus talentos.»

Lo que por estas cartas perdia don Juan en la estimazion i confianza de los flamencos lo ganaba el príncipe. Ellas eran una nueva prueba de su sagacidad, i ellos no podian menos de admirar su penetrazion al acordarse de las adberrenzias que les abia echo azerca de la mala fé i de la doblez de carácter de don Juan, que en

lo que acababa deazer daba entero cumplimiento á aquellas predicciones. Con este desengaño se unieron mas á él , i gobernándose por sus consejos no perdieron mas tiempo en negociar , i se dedicaron á poner sin tardanza en estado de defensa las probinzias , antes que las tropas españolas bolbiesen. Y no contentos con apresurar la recluta , ni conazer con la mayor presteza toda espezie de preparatibos , trataron tambien de atraerse las tropas alemanas para que se declarasen por ellos i les entregasen las plazas que ocupaban. El logro de esta importante negociazion le retardaron mucho las arterías de don Juan , que á él se opuso , sostenido por los oficiales de las tropas mismas. Empero los estados que podian emplear el dinero i la fuerza tubieron mas poder con los soldados; los cuales no solo se negaron á oír las recombenziones de sus oficiales, sino que arrestaron á muchos. Dado este atrevido paso entregaron á los estados todas las ziudades, ziudadelas i fuertes que dominaban , Berg-op-zoom, Tolen, Breda, Boisle-Duc, i otras muchas; i las tropas de los estados desbarataron al mismo tiempo un cuerpo de alemanes que estaba por don Juan, i marchaba de su orden á Ambéres con intento de apoderarse de la ziudadela. Esta tentatiba i la memoria de los males que á los abitantes abian causado las ziudadelas i fortalezas que los españoles construyeran, indujeron á los estados á mandar que se demoliesen; i el pueblo lo izo con tanta presteza i alegría, que daba bien á entender cuan odiosa le fué su construccion. (1)

Don Juan que por su parte codiziaba mucho el apoderarse de algunas plazas fuertes en la

(1) Meteren, p. 187. Bentiboglio, t. 2., p. 212.

inmediacion de Namur, lo consiguió de Mariemburgo i de Charlemont; pero esto no le indemnizaba de lo que perdió en apartársele el duque de Arschot i casi toda la nobleza que le siguió á Namur. Esta separacion era tanto mas perjudicial al partido español cuanto que los estados podian ya empezar las ostilidades. En esta situacion les comunicó don Juan que abia pedido al rei su dimision, i que se retiraria aunque fuese á Lussemburgo á esperar la respuesta, si los estados asta entonzes suspendian las ostilidades. Empero estos, conozieron el lazo i le ebitaron. Por la esperiencia que abian adquirido, juzgaron que la intenzion de don Juan no era otra que impedir continuasen en los preparativos que azian; i en consecuencia le respondieron que antes de oir ablar de ningun combenio nezesitaba debolberles la ciudad i ciudadela de Namur. En nada pensaba menos don Juan; i su negatiba rompió la negociacion, i la esperanza de un ajuste amistoso. (1)

En estas zircunstanziyas, i biendo los estados que era inevitable la guerra, combidaron al príncipe de Oranje á que fijase su residencia en Brusélas, i diputaron zinco de sus miembros que fuesen á instarle á que aczediese á sus deseos. La oferta estaba conzebida en los términos mas lisonjeros i respetuosos: el reconocimiento de que estaban penetrados por tantos serbizios como les abia echo, estaba espresado con toda la fuerza i inerjia que se nezesitaba para lograr lo que tan de beras se pretendia. I así fué que obtenido permiso de los estados de Olanda i Zelanda partió el príncipe para Breda, de donde pasó á Ambéres i en seguida á Brusélas. Por

(1) Bentiboglio, p. 108

todo su tránsito, le salía el pueblo á rezibir, i donde se detenía le tributaban todos el mayor respeto, i aun la mayor venerazion. El pueblo que azia tantos años que no le abia bisto i que se acordaba de todo lo que abia echo, i de todos los peligros que por él abia pasado en aquel tiempo, corria á bandadas á rezibirle. El canal de Ambéres á Brusélas estaba cubierto de abitantes, á un lado los de una ziuudad, i al otro los de la otra, llenando el aire con sus aclamaciones i gritos de alegría. Todos querian berle: todos se apresuraban á manifestarle su reconoci- miento i su amor; i todos á una boz le llama- ban padre de la pátria, defensor de la liber- tad, i protector de las leyes. Estos testimonios de alegría en el pueblo, nunca son equíbocos: el pueblo es berdadero. Sin embargo tambien es tan prezipitado en su odio como en su amor, i muchas bezes inconstante i libiano. Aun mas debieron lisonjear al prínzipe las seguridades de respeto i gratitud que rezibió á su llegada á Brusélas. No ubo nadie en ningun estado ni condizion, que no saliese á rezibirle con aquel ansia i conato que naze del corazon. Los esta- dos de Brabante, i los estados jenerales le nom- braron gobernador de la probinzia de Braban- te: título que nunca daban sino á los bireyes ó al gobernador jeneral de los Países Bajos. (1)

No engañó el prínzipe las esperanzas de sus conziudadanos: sirbióles tanto con su sabiduría como con su moderazion: su destreza no les fué menos útil que su bijilancia; empero á pesar de su prudenzia i de su habilidad para manejar los ánimos (cualidades que poseia en alto gra- do) no pudo conserbar entre los flamencos

(1) Histoire metallique del Pais-Bas., t. 1., p. 231.

aquella armonía i unanimidad que en tales circunstancias importaba tanto mantener en toda su fuerza. Nunca, en ninguna ocasion se abian allado en situacion mas favorable para asegurar su libertad sobre fundamentos firmes i duraderos. Ademas de tener por director un sujeto de tanta esperiencia i capacidad como el príncipe de Oranje, las tropas españolas ni italianas debastaban su pais: el erario del rei de España, abiaule consumido las guerras que abia tenido que sustentar: todas las plazas fortificadas estaban en poder de los estados, i el pueblo aborrezia el gobierno español; empero i por desgrazia, ninguna bentaja sacaron de este concurso feliz de circunstancias: introdujóse la division en los nobles: empezaron estos á sospechar del príncipe: tenian zelos del gran crédito i consideracion de que gozaba: perdieron de vista el interés jeneral: dejáronse arrebatados de la ira; miéntras el pueblo animado de un esze-sivo i mal entendido zelo por la relijion solo de la superstizion tomaba consejo.

Desde la muerte del gobernador abianse distinguido por su amor á la libertad Felipe de Croi, duque de Arschot, el marques de Abre, su ermano, el conde de Lalain, i otros muchos señores i caballeros flamencos. En toda ocasion abian defendido con el mayor zelo los derechos de la pátria; i por su crédito i actividad llevado á cabo la pazificacion de Gante, i sido los mas actibos en solizitar del príncipe que trasladase á Brusélas su residencia. Empero quando bieron el aszendiente que sobre todos adquiria, i los testimonios de adesion que los pueblos le daban; quando le bieron autorizado con una dignidad i poder, nunca conferidos sino al soberano ó á quien le representaba;

i particularmente cuando prebieron el influjo que su esperienzia i capacidad debian darle en todos los negocios públicos ; prebieron tambien que abrian de estarle enteramente subordinados, i que en lo suzesibo no tendrian en el gobierno mas parte que la que á bien tubiese darles : que el príncipe seria el mobil de todas las operaciones del estado ; i que todos los ramos del gobierno dependerian absolutamente de él ; como que eszepto el título de soberano lo seria en efecto , pues tenia toda la autoridad i ejerzia todos los poderes ; i que en fin, sobre él recaeria la gloria que mereziesen las empresas que ellos acabasen. Dominados así de la embidia , empero mui cuidadosos de ocultarla , tomaron por pretesto los intereses de la relijion ; i para dar á su zelo mas aparienzia de berdadero, prinzipiaron sus manejos como temiendo los peligros á que la relijion estaria espuesta miéntras los estados tubiesen toda su confianza en quien azia alarde de aberla abandonado por la reformada. Nunca el príncipe izo ni dijo nada que diese motibo á esta sospecha , que no tenian ni aun los que la aparentaban ; sino que á sus zelos parezió el mas plausible motibo para ligarse contra el que ejerzia un poder que tanta embidia les causaba. Para dar mas fuerza á su union, i asegurar el buen ecsito de lo que proyectaban , combidaron secretamente al archiduque Matias , ermano del emperador , con el gobierno de las probinzias , i le instaron con la mayor eficazia que dejase á Biena i pasase cuanto antes á los Países-Bajos.

Si esta resoluzion fué temeraria , la conducta del archiduque fué en extremo imprudente ; pues que azeptando la oferta , ni consideró que era el partido mas débil el que se la azia , ni

tubo presente la ofensa que causaba al rei de España su deudo, que miraria como una injuria i un ultráje semejante prozeder. No le quedaba mas disculpa que su poca edad, pues no pasaba de beinte i dos años; i los muchos ijos que dejó su padre le quitaban toda esperanza de alcanzar en Alemania un establezimiento correspondiente á su calidad. Cuando Requesens murió izo el archiduque proposiciones á los estados, que no las azeptaron; i el que aora se las iziesen á él no podia menos de lisonjearle. Pero temiendo que el emperador lo desaprobase salió de Biena á media noche sin mas compañía que la de algunos domésticos. Súpolo el emperador, i no contento con embiar inmediatamente muchas personas de su mayor confianza que le persuadieran á bolberse, escribió á los prínzipes por cuyos estados tenia su ermano que pasar, para que le detubiesen; mas el archiduque caminaba con tanta dilijenzia que los mensajeros no pudieron alcanzarle asta Liera, ziadad del Brabante.

La notizia de su llegada sorprendió á los estados, i les irritó contra los que le abian llamado, mirando este paso como un insulto á su autoridad; i si el prínzipe no los contubiera, al instante abrian dispuesto que el archiduque se bolbiese; empero disuadióles Guillermo, prebiendo que Matias seria un ribal de don Juan, i que de esta ribalidad nezesariamente resultaria la desabenenzia de la familia austriaca, española i alemana; i ademas beia que esta resoluzion de la nobleza católica era un insulto á don Juan, que no perdonaria con fazilidad. Mas lo que prinzipalmente se proponia era conserbar la union que reinaba en las probinzias, conociendo que en las críticas zircunstanzias en que

las cosas estaban nada seria mas perjudizial al bien comun que qualquier espezie de desunion entre ellas.

Estas consideraciones le indujeron á persuadir á los estados que sacrificaran su resentimiento particular al bien público ; á que olvidasen la injuria personal que á él se le azia ; á rezibir al archiduque con todo el respeto debido á su rango ; i aun á que le elijiesen gobernador con las condiziones que juzgaran combeniente. Esta conducta del prínzipe , la mas prudente que podia obserbarse en tales zircunstanzias , léjos de ser un triunfo para el duque de Arschot ni para el partido católico , les mortificó mucho ; i les umilló no poco el ver que el archiduque debia su eleccion al prínzipe , i que la autoridad de que abian intentado despojar á éste era mayor , i quedaba mas sólidamente establezida que antes.

Poco despues rezibieron el duque i su partido una mortificazion aun mas sensible , i tanto mayor para su orgullo quanto mas bien les izo conozer el gran aszendiente del prínzipe sobre el pueblo. Nombrado el duque gobernador de Flandes pasó á Gante á tomar posesion de su gobierno. A pocos dias le embiaron los bezinos una diputazion , pidiéndole les restableziese en los antiguos pribilejios de que el emperador Cárlos V les despojara. Mas léjos de tener ningun miramiento á esta solizitud se le oyó dezir que aquella multitud sediziosa que tanto ruido metia con sus pribilejios , pronto seria castigada como merezia , á pesar de la proteccion con que contaban del prínzipe. Esta indiscrezion repetida por algunos de los que la oyeron , tardó poco en esparzirse por la ziedad , i menos en llenar á todos de rabia i de indignazion. Corren á las armas , rodean la casa del gobernador,

apoderanase de su persona , i ponenle preso con todos sus domésticos , amigos i partidarios Instruido el príncipe de esta ocurrencia ; prebiendo las consecuencias que podia tener aquel acto de biolenzia , i considerando ademas arto umillado el orgullo del duque , interzedió por él , i obtubo de los ganteses su libertad ; empero no pudo obtener á pesar de sus instancias, la de sus partidarios , presos al mismo tiempo. Ya desde entonzes ningun crédito ni considerazion tubo el duque; i el archiduque mismo nezesitó buscar la amistad del príncipe, teniendo por mas interesante su partido que el de los católicos ; i así fué que azeptó el gobierno con la condizion de tener al príncipe por lugar-teniente jeneral en todos los ramos.

A principios del año 1578 izo el archiduque su entrada en Brusélas en calidad de gobernador jeneral, i tomó posesion de aquella dignidad , así como el príncipe de la de su lugar-teniente, i ambos, despues de prestar juramento de mantener las leyes del pais, i de conformarse con todo lo que los estados les prescribiesen. (1)

Entre tanto protestó don Juan contra todo lo que los estados abian echo , i asta les embió un embajador ; pero ninguna cuenta se tubo con lo que éste espuso , ni con las protestas de su amo, á quien pocas semanas azia abian declarado los estados enemigo de los Países Bajos. No obstante esto , como los estados estubiesen persuadidos de que lo que acababan de azer i lo que antes izieran era conforme á las leyes fundamentales, i que para ello estaban autorizados por la constituzion de su pais , escribieron al rei describiendo mui zircunstanziadamentè sus operazio-

(1) Meteren , p. 196. 202.

nes, asegurándole al mismo tiempo su fidelidad, i suplicándole confirmase la eleccion de su pariente el archiduque, i que atendiese á que este seria el medio mas eficaz para restituir la paz á la Flandes. Al azer esta pretension bien creian los estados que seria denegada. Felipe juzgaba su conducta de mui diberso modo que ellos. Sustraerse de la obediencia del gobernador que les abia dado, i elejirse de propia autoridad otro, debia ser á sus ojos un acto de la mas atrebida rebelion. Ademas, les era bien conozido el carácter del rei para que creyesen que juzgaria de otro modo. Por lo tanto, al mismo tiempo que azian por templar su resentimiento nada omitian para librarse de sus efectos: i miéntras negociaban con las potenzias bezinas que se declarasen en su favor, no perdian medio de restablezer i azer durable la union i concordia entre los dos partidos que dibidián las probinzias: objeto el mas importante: i para conseguirle se izo un nuevo tratado de union, en que despues de confirmar la pazificacion de Gante, católicos i protestantes prometieron una rezíproca toleranzia, i se obligaron á unirse para oponerse á toda espezie de biolenzia por causa de relijion, quien quiera que la iziese. (1)

Miéntras estas cosas pasaban en los Países-Bajos, las potenzias bezinas no eran espectadores indiferentes. El emperador Rodolfo II beia con el mayor disgusto que el fuego de la guerra, que por tanto tiempo los abia abrasado, estaba mui prósimo á renobarse con mas borazidad que nunca. Abiase criado en Madrid i deseaba bibir en buena intelijenzia con el rei su deudo; i para manifestarle su berdadero modo de pen-

(1) Meteren, p. 197.

sar , abia desaprobado la conducta del archiduque su ermano , i dado al rei las mayores seguridades de no tomar parte alguna en los asuntos de Flandes, á no ser la de mediador, ofreciendo azer cuanto en sí fuese para restablezer la calma i la tranquilidad. Sin embargo , no se atrebió á oponerse á la leba que por el conde palatino del Rin se azia en Alemania para las probinzias confederadas: acaso temia que se desairase su proibizion ; i acaso tambien quiso que en esto se conoziese su ánimo de obserbar la mas esacta neutralidad.

Al rei de Franzia Enrique III daban demasiado que azer los negocios de sus estados para que tomase mucha parte en los ajenos. Azia muchos siglos que los franceses no abian tenido soberano de quien conzibiesen tan grandes esperanzas. Desde su mas tierna jubentud i en cuantas ocasiones le abia empleado su ermano, abia dado pruebas de la mayor capacità. A su adbenimiento al trono se lisonjeaban los franceses de que en su reinado recobraria la Franzia su antiguo esplendor. La Europa entera tenia formada la idea mas bentajosa de aquel prínzipe : fué coronado en Polonia con aplauso unibersal de la nobleza. Empero cuando dejó aquel trono por ocupar el de Franzia ubo en él un trastorno tal, que ni rastro quedó de aquellas cualidades i birtudes que antes se admiraban: irresoluto , inconstante , indolente , boluptuoso, dado á la mas rídica superstizion , ninguna confianza merezia á católicos ni protestantes , á quienes suzesivamente faborezia , é igualmente engañaba. La débil i torpe mano en que tenia las riendas del gobierno dejaba ir tomando de dia en dia nueva fuerza al espíritu de faczion de que todos los miembros del estado, i casi to-

dos los individuos del reino, estaban infestados. La reina madre, zelosa de su autoridad asta el extremo, se balia del artificio i la astuzia para afirmarla; empero no bastaba á impedir que su ijo segundo el duque de Anjou, se declarase en todo tiempo contra el rei, i se pusiese al frente ya del partido católico, ya del protestante.

Al duque pues se dirijieron los flamencos, biendo cuan en bano abian pedido la proteccion de Enrique. Era entonzes credero presuntibo de la corona; oyóles favorablemente, i la esperanza de adquirir la soberanía de los Países-Bajos le indujo á prometerles socorros. El rei léjos de desaprobalo, ratificó en zierto modo con su aprobacion las promesas de su ermano, sin duda por la esperanza de que saliendo el duque del reino serian tantos los sediziosos que le seguirian, que podria restablezese la tranquilidad en la nazione. Pero quando le estrechó el duque á que le pusiese en estado de lebanar tropas i cumplir lo que á los flamencos abia ofrezido, nada pudo conseguir: tal era el pusilánime temor con que Enrique uia de quebrar con Felipe, ó mas bien tal era su torpeza.

Entre tanto i mui á tiempo rezibieron los flamencos socorros de Inglaterra. Algunos meses antes abia don Juan solizitado con mucho empeño de Isabel que se declarase en favor de los españoles, i desechase las instancias de los flamencos; i para inclinarla á ello izo que se espusiese á la reina que las rebueltas de los Países-Bajos nazian de los amaños del prinzipe i sus partidarios, que abian biolado la pazincacion de Gante, é induzido á los estados á romper el edicto perpetuo. Mas Isabel, como ábil política, i para mejor ocultar sus intentos á los españoles, dió á entender que lo creia, i en consecuencia dió

orden á su embajador zerca de los estados de Flandes para que desaprobase en los términos mas enérjicos su poca fidelidad en cumplir sus empeños. No porque Isabel desease que los flamencos permaneciesen fieles á su soberano; empero queria se creyese que su política se interesaba en que lo fuesen. Ni nada podia serla mas agradable que los lebantamientos de aquellos países; i que si uno de los dos partidos abia de prebalezer no fuese el del rei. No obstante, quando consideraba la desigualdad de fuerzas, no podia menos de temer que si á los flamencos se les abandonaba á sí solos, tardarian poco en berse obligados á someterse, ó echarse en los brazos de la Franzia. Estas consideraciones la dezidieron á no abandonarlos, á tener mucha cuenta con los negocios de Flandes, i aun á dar de quando en quando socorros, segun la nezesidad lo esijiese. Oyó favorablemente lo que los estados i el prínzipe espusieron en su defensa contra las imputaciones de don Juan, i rezibió sus justificaciones con tanto mas gusto quanto en la representazion que de la conducta de este se la azia, creia la reina trasluzir razones para juzgar que no era menos enemigo suyo que de los estados i del prínzipe. No se abia descuidado éste en dirigir á la reina cartas interzeptadas á don Juan en que parecia tener correspondenzia secreta con la reina de Escozia, i que se trataba, de conzierto con el papa, de ponerla en libertad. Era fázil ber que en este proyecto no se proponia don Juan solo mortificar á Isabel, sino que se estendia á alagar su propia ambizion aspirando á casarse con la reina de Escozia para ocupar despues el trono de Inglaterra.

Este descubrimiento izo odioso á don Juan á los ojos de Isabel, que desde entonzes resolvió

no tener con él ningun miramiento , i oponerse con el mayor empeño á que se le restableziese en el gobierno jeneral de los Países-Bajos. Tales eran las disposiciones de aquella soberana cuando llegó el marques de Abré como embajador de los estados de Flandes zerca de su persona : i no contenta con tratarle con la mayor distinzion , ajustó con él un combenio por el que se obligaba á proveer inmediatamente á las probinzias confederadas de ombres i dinero, no esijiendo por su parte mas sino que el que comandase sus tropas fuese admitido en el consejo de los estados, i que miéntras la guerra durase nada emprenderian , ni arian alianza alguna sin su consentimiento. (1)

Sin embargo, aun no estaba Isabel dezidida á romper abiertamente con España ; antes bien deseaba retardar lo posible el llegar á este extremo. En consecuencia, luego que firmó aquel tratado encargó á Tomás Wilkes, su embajador en Madrid, que le justificase ; i él lo izo manifestando al rei que la intenzion de su soberana no abia tenido por objeto el que los flamencos se sustrajesen de la debida obediencia : que antes bien abia creido que aquel tratado era el único medio que podia emplear para impedir que se pusiesen en manos de alguna potencia enemiga de España ; que por otra parte se juzgaba interesada en que sus bezinos no fuesen oprimidos , particularmente los flamencos , con quienes sus basallos abian tenido siempre i conserbaban muchas relaciones de comerzio : que esperaba que el rei tendria este motibo por suficiente para que le pidiese fuese serbido de nom-

(1) Meteren , p. 197. Bentiboglio , p. 202. Camdem , anno 1578.

brar otro gobernador mas azepto al pueblo que don Juan , i en quien ella misma pudiese tener mas confianza, i mantener una correspondenzia mas amistosa que con aquel príncipe , de quien sabia aber formado el proyecto de apoderarse de sus dominios. En seguida estrechó bibamente al rei azerca de los contrafueros de que se quejaban aquellos sus basallos; i asta ofrezíó la mediacion de su soberana que prometia unir sus fuerzas á las del rei si los flamencos reusaban cumplir sus últimos empeños , ó azian algo contrario á la pazificazion de Gante. (1)

No engañó al rei este aparato de promesas; empero disimuló su resentimiento, i no fué mas sinzero en su respuesta que lo que él creia aberlo sido la reina por medio de su embajador. Mas Isabel que solo trataba de conserbar las aparienzias no esperó la buelta de su embajador para dar á los flamencos los socorros á que se abia obligado : embióles pues tropas, i al príncipe palatino Juan Casimiro , el dinero que abia ofrezido para que completase la leba que se abia encargado de azer en Alemania.

Tenian entonzes los estados mucha tropa acantonada en las zercanias de Namur , i quisiera el de Oranje que se empleara en el sitio de aquella importante plaza , cuya rendizion que era mui posible , aria mas difizil la buelta de las tropas españolas ; pero muchos de los indibiduos de los estados eran católicos i realistas de corazon : sentimientos que si bien los entibiaron las crueldades del de Alba , i los eszesos de los soldados españoles , no los destruyeron. Si ábian concurrido con los otros á adoptar los medios que se abian tomado , nunca perdieron la espe-

(1) Carte, l. 18. Camden.

ranza de que penetrado al fin el rei de las calamidades de su pueblo oiria sus lamentos. En consecuencia permanezieron, i lograron que por muchos meses permaneziese el ejérxito en inaction, i tubiesen tiempo de bolber de Italia á los Países-Bajos las tropas españolas. (1)

No abia Felipe aprobado la conducta de don Juan; sino que ubiera querido lograr sus intentos por medio de negociaciones, i que en bez de la fuerza se ubiera empleado la maña i la astuzia. Mas inutilizados ya estos medios tubo que recurrir al de las armas; i en consecuencia dió orden á Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, para que sin tardanza condujese á los Países-Bajos las tropas que mandaba en Italia. A su llegada á Namur se les unieron las nuebamente lebantadas por don Juan en las probinzias beziñas, con lo que se compuso un ejérxito de casi quinze mil infantes i dos mil caballos. El de las probinzias no pasaba de diez mil de infantería i mil i quinientos de caballería, soldados nuebos, poco acostumbrados al ofizio de la guerra, i menos á la disziplina militar; en bez de que los otros abian casi todos embejezido obserbando la mas rigurosa, acostumbrados á la fatiga, familiarizados con los peligros, i sabian obedezér así como pelear. Entonzes fué cuando los estados conozieron la falta que abian cometido en no seguir los consejos del príncipe de Oranje, de apoderarse de Namur, i zerrar en ziertto modo la entrada de los Países-Bajos á las tropas españolas.

La situazion en que ya se allaba don Juan era mas análoga á sus talentos, que las negociaciones en que asta entónzès se abia bisto en-

(1) Meteren, lib. 8.

redado. Abia esperado con la mayor impazienza la llegada de las tropas españolas; i con tanta ansia, quanto mayor era la que tenia de bengarse de los insultos que los estados le abian echo. Inmediatamente que supo que el ejéztito mandado por el señor de Gofies, acantonado en las inmediaciones de Namur, se dirijia á Brusélas, resolbió seguirle, i atacarle en su marcha si se le presentaba ocasion. Con este intento embió delante la caballería á las órdenes del príncipe de Parma, i él siguió mui de zerca con la infantería. En esta ocasion dió el de Parma pruebas de su gran balor i perizia en el arte de la guerra. Al frente de su caballería atacó á la enemiga con tanto ímpetu, que por mas bien que esta se defendiese, tubo que replegarse sobre su infantería. Pero quando con lo escogido de la suya se unió don Juan al príncipe, tubo que uir la caballería de los estados. Ataca la española á la infantería flamenca, que persuadida de que tenia sobre sí todo el ejéztito, abrió sus filas, i uyó como la caballería. Se dió esta batalla el 31 de enero en las inmediaciones de Jemblours: costó á los flamencos zerca de tres mil ombres que quedaron tendidos en el campo, i ademas un gran número de prisioneros, i el jeneral entre ellos: á los benzedores costó poco.

Despues de esta bictoria se apoderó don Juan de Jemblours, Lobaina, Sichem, Nibella, i otras muchas plazas del Brabante i del Enao. Bien ubiera querido formar el sitio de Brusélas; pero el consejo de guerra que zelebró sobre el caso, fué de opinion que no eran las fuerzas bastantes, i que miéntras se aumentaban, combendría emplearlas en empresas menores, i no tan arriesgadas.

Si algo podia indemnizar á las probinzias de esta pérdida era la adquisizion de Amsterdam. Ya dijimos el cuidado con que el duque de Alba abia procurado impedir que esta ziuudad siguiese el ejemplo que le dieron las otras de las probinzias marítimas, como que entre todas era la prinzipal. Este fué el motibo porque los españoles echaron de ella á todos los protestantes, i encargaron su gobierno á los mas zelosos católicos; los cuales, sostenidos por una numerosa guarnizion, abian frustrado las tentatibas que las probinzias marítimas izieran para apoderarse de ella. Solo cuando se bieron bloqueados por mar i tierra, i su comercio casi arruinado, se dezidieron á aczeder á la pazificacion de Gante, i consintieron que saliese la guarnizion, que se llamase á los protestantes desterrados, i que se les permitiese el libre ejercicio de su culto fuera de la ziuudad. Cara les costó esta forzada condeszendencia, pues tan luego como los protestantes bolbieron, pidieron que su culto fuese libre en la ziuudad como el católico. Animabales el zelo de la relijion: les inflamaba el resentimiento de lo pasado, i la sospecha de que los católicos maquinasen alguna nueba traizion. Con estas disposiziones, toman las armas, zierran las iglesias católicas, echan de la ziuudad á los sazerdotes, i á cuantos de aquella comunion les eran sospechosos. (1)

En tanto que esto pasaba, llegó de España Juan de Noircarmes, baron de Selles, i entregó á los estados pliegos del rei; los cuales contenian una denegazion formal de la solizitud que meses antes le izieron de que llamase á don

(1) Ban Meteren, pag. 207.

Juan, i reconoziese al archiduque Matías por gobernador jeneral.

Los estados debian esperar esta denegazion, que aziéndoles conozer cuan infundada era la esperanza de que se les conzederia lo que solizitaban, aumentaba el pesar que tenian de la lentitud, poca zircunspeccion, i secreto con que abian prozedido: defectos ordinarios en las asambleas numerosas; empero que reconocidos por los estados, para ebitar los daños que causan á los negocios públicos, aumentaron las facultades conferidas al archiduque i al príncipe, dándoles la de reglar en lo suzesibo, de acuerdo con el consejo de estado, todas las operaciones de la guerra, sin el concurso de la asamblea jeneral.

Ya desde entonzes no se perdia tiempo en deliberaciones inútiles: reuniéronse con la mayor actibidad las tropas dispersas, que formaban el ejérxito derrotado en Jemblours; las cuales, unidas á las despues reclutadas, componian un campo de ocho mil infantes i dos mil caballos, parte flamencos, parte ingleses, i parte escozeses, que el conde de Bossut acantonó en el riñon del Brabante, en las zercanías de Liera. El ejérxito de don Juan, aunque debilitado por las muchas guarniziones dejadas en las nuevas conquistas echas, era bien superior; i para aprovecharse de esta zircunstanzia, resolvió don Juan atacar al de los confederados, antes que se le reuniesen las tropas que sabia esperaban de Franzia i Alemania. Mas, bien pronto conzó la bentaja que azia el jeneral que mandaba entonzes aquel cuerpo acantonado, al que tenia cuando le derrotó en Jemblours. El conde de Bossut puso sus estanzias zerca del lugar de Rimentant, cuya posizion era mui bentajosa, así

porque azia inútil la mayor fuerza del enemigo, como porque le impedia que se internase mas en el pais. Defendiale por un lado el Demer, por otro un bosque, i por delante i detras estaba fuertemente atrincherado. Bien quisiera don Juan atraer fuera de sus líneas al conde; pero estaba resuelto á forzarlas sino lo conseguia. El príncipe de Parma que desde su juventud abia dado tantas pruebas de prudenzia como de valor, le representó cuan temerario i arriesgado seria tentar el ataque de las líneas; pero don Juan pospuso este dictámen al suyo aprobado por muchos ofiziales, i ordenó el ataque. Mas, antes de darle embió un destacamento de sus mejores soldados con órden de que tomasen un puesto importante que los enemigos ocupaban delante de su campo con otro destacamento de escoceses é ingleses mandado por el coronel Norris. Entre las tropas que don Juan embiaba iba una compañía de doscientos ombres, todos caballeros ó soldados biejos que se abian distinguido en las guerras anteriores, mandada por el capitan don Alfonso Martinez de Leiba, que la abia levantado, i la mantenía á sus espensas. Esta compañía fué la que empezó el ataque, i con tanto ímpetu que forzó á los que guardaban el puesto á que le abandonasen i se retirasen: azianlo, empero en buen órden, i sin dar motibo á los que los perseguian para que sospechasen ningun ardid en aquella retirada; sino mas bien para que la atribuyesen al terror que les abian infundido, no obstante que era poner en ejecuzion un plan ábilmente concertado. En tal confianza iban los españoles sin órden ni considerazion persiguiendo á los fujitibos, asta la entrada de un desfiladero estrecho en que imprudentemente entraron. Estaba este desfiladero zerca del cam-

po del conde de Bossut ; é inmediatamente que los españoles le pasaron , allándose el coronel Norris protegido por muchas baterías del campo, mandó repentinamente bolber cara al enemigo. Entonzes se peleó con tanto mas encarnizamiento quanto mas se igualó el número de los combatientes con los refuerzos de tropas frescas que del camposembiaron á Norris, i quanto más resueltos estaban los dos partidos á benzer ó morir. Norris daba ejemplo á los suyos : tres caballos le mataron en aquel terrible combate, en que se bió á los escozeses fatigados del calor pelear en camisa. Esta singularidad produjo en los españoles un gran efecto ; empero lo que mas les desconzertó fué el berse repentinamente atacados por un cuerpo que abia estado emboscado, i les cojió en flanco, al tiempo mismo que las tropas de Norris mas les apretaban , i que la artillería del campo jugaba sobre ellos. Ni uno ubiera escapado, si el príncipe de Parma no fuera con toda la caballería á faborezer su retirada. Así fué como aquel príncipe despues de aber procurado con prudentes razones impedir aquella temeraria empresa , supo con su valor retirar las tropas del abismo en que la presunzion de ellas i la de su jeneral les abian arrojado. Perdieron los españoles en esta jornada al rededor de mil ochozientos ombres, mitad muertos, mitad prisioneros. (1)

Este rebes izo á don Juan mas prudente. Desistió del intento de forzar al enemigo en sus líneas , i fué á acampar bajo las murallas de Namur ; bien resuelto á estarse á la defensiba ; porque llegado que fuese al ejérsito de los con-

(1) Bentiboglio , lib. 10. Strada , l. 3. Meteren, p. 225. De Thou , l. 66 , sect. 12.

federados el gran refuerzo que esperaban de Francia i Alemania, seria el suyo mui débil para estar en campaña.

Por aquel tiempo ajustaron en fin los estados un tratado con el duque de Anjou, cuyos principales artículos eran: que á título de protector de los Países-Bajos proberria aquel príncipe i mantendria á sus espensas un ejézcito de diez mil infantes i dos mil caballos: que todas las conquistas que á los españoles se iziesen á lo largo del Mosa del lado de Flandes pertenezcieran á los estados, i las del otro lado del rio, al duque mismo: que desde luego los estados le pondrian en posesion de Landrezie, del Quenoi en el Enao, i de Bapauma en Artois: que los estados no arian ningun acomodamiento con don Juan ni los españoles sin consentimiento del duque; i que en caso de dezidirse á elejir un soberano preferirian á este: mas, que entre tanto el gobierno permanezciera enteramente en los estados.

En ejecucion del primer artículo reunió el duque en los alrededores de Mons un cuerpo considerable de tropas; con cuyo motibo le embiaron los estados una embajada solemne solizitando se apresurase á internarse en las probinzias, con el objeto de reunir sus tropas á la que el duque trajese; i cuando el príncipe Casimiro llegase de Alemania con su ejézcito á los Países-Bajos, atacar á don Juan i forzarle á salir de ellos antes que rezibiese los refuerzos que esperaba de España é Italia. Podian los estados estar tanto mas ziertos de lograrlo, quanto sabian que el príncipe Casimiro abia pasado ya el Rin i el Mosa, i abanzado asta Diest en el Brabante; i que su ejézcito unido al de los estados compondria cuarenta mil infantes i beinte mil caba-

llos: é iziese don Juan lo que quisiese érale imposible oponer otro que ni con mucho le igualase.

Este plan tan diestramente combinado, i cuya ejecuzion debia asegurar para siempre la libertad de los Países-Bajos, no tubo efecto. Introdújose la desunion en los jefes, i el espíritu de discordia que se difundió en el pueblo así bien que en la nobleza, inutilizó todo lo que las probinzias asta entonzes abian echo por aquella misma libertad, i la izo perder para siempre á las probinzias católicas, es dezir, á las que eran las mas ricas, i fértiles de los Países-Bajos. Los istoriadores católicos á una con los protestantes an echo justizia al príncipe de Oranje: todos combienen en que nada omitió para mantener la union i concordia entre los de ambas comuniones: mas ¿qué aprobechaban su prudenzia i moderazion en la direzion de los negocios del gobierno contra los zelos i la embidia? Donde estos bizios tienen entrada, i ai ademas otros muchos motibos de descontento, imposible es azer que reinen la concordia i la armonía. El zelo de la relijion era la prinzipal, pero no la única causa de la discordia: mucha parte tenían en ella la ambizion i la concupiszenzia. Estas diferentes causas dibidieron al pueblo, á la nobleza, i á los grandes: no solo se formaron las facciones, i se izieron ostinadas sin respirar mas que guerra; sino que ademas indispusieron las potenzias estrangeras que los estados abian llamado en su ausilio.

Mucho disgustó á la reina de Inglaterra el tratado que los estados izieron con el duque de Anjou; por si en él abia interbenido alguna mira de conquista de parte del rei de Franzia de consuno con su ermano el duque, á que les

combidaba la proximidad de los dos estados; i la reina conozia lo perjudizial que á sus basallos fuera la reunion de los Países-Bajos á la Francia. Para balanzear pues el poder francés, i el influjo del duque de Anjou, dispuso como ábil política que se probeyese al príncipe Casimiro de las cantidades nezesarias para aumentar el número de sus tropas. Eran estas protestantes, i mas de lo que los estados esperaban, i acaso deseaban. Pero particularmente los católicos fueron á quienes dió mas cuidado el ver llegar á su pais un ejérsito tan numeroso de protestantes. Bien sabian que Isabel era la que al príncipe Casimiro abia probisto de medios para leban-tarle; mas por eso temian como probable que entre Isabel i Guillermo ubiesen formado el proyecto de estirpar enteramente la relijion católica de los Países-Bajos. Lo poco que azian por ocultar sus temores, obligaron al de Oranje i otros muchos protestantes de los mas prudentes i moderados, á unirse para obtener del príncipe Casimiro que lizenziase una parte de su ejérsito. Representaronle la nezesidad que de ello abia; mas todo lo que produjeron sus representaciones fué azerse aborrezibles ellos i el consejo de estado, i al príncipe Casimiro menos solízito de sus dictámenes en la direzion de la guerra que se proponia azer. Pero lo que mas le incomodó fué sin duda la preferenzia que los estados dieron al conde de Bossut para el mando del ejérsito. Si su banidad i orgullo le impidieron quejarse, fué fázil conozerlo en la lentitud de sus operaciones, i en los multiplicados pedidos que azia de dinero para pagar sus tropas. (1)

Aun fueron mas funestas las resultas que tu-

(1) Reidanus, pag. 25, 26.

bo la conducta de los protestantes que la del príncipe Casimiro. El estado de seguridad de que abian gozado desde la pazificazion de Gante, i la zerteza de allarse al abrigo de toda especie de persecuzion no bastaron á contentarlos. Dieronse inconsideradamente á su zelo relijioso, i no teniendo cuenta mas que con su ambizion pidieron al archiduque i á los estados que se les permitiesen iglesias, que se les admitiese como á los católicos á los cargos i empleos, i se les diese parte como á ellos en el gobierno. Lo que mas les animaba á pedirlo era zierta especie de seguridad de que los sostendria el ejéztito en que su partido era mucho mayor que el de los católicos. Si ubieran sido mas prudentes i mejores patriotas esperaran á que el enemigo comun ubiese sido arrojado de su pais, i que se restableziese la tranquilidad pública. Acaso creerian que libre entonzes de los españoles el partido católico, tendria demasiado influjo en los estados, para que el de los protestantes obtubiese nada. Ademas ¿cómo podian preber las consecuencias funestas de su conducta?

En fin, fuese el que quisiese el motibo que les azia obrar, los estados aczedieron á lo que pedian, por temor de descontentar al ejéztito, i de eszitarle por una denegazion á que se sublebase. En la pazificazion de Gante se establezió que ninguna mudanza abria tocante á la relijion; i que todo lo perteneziente á ella quedaria en el mismo estado asta que se reuniesen los estados jenerales de todas las probinzias. A pesar de esto los del Brabante i la Flandes decretaron que en lo suzesibo podrian los protestantes igualmente que los católicos poseer empleos públicos, i tener iglesias en todas las zudades en que ubiese zierto número de protestantes, siempre que

se conzediese lo mismo á los católicos en las ziudades de la Zelanda i Olanda. Dióse á este decreto el nombre de paz de relijion , quedando las probinzias en libertad de aczeder ó nó á él segun por mejor lo tubiesen.

Este nuevo arreglo produjo mui buen efecto en algunas ziudades, restableziendo en ellas el órden i la tranquilidad ; pero en otras inflamó mas el zelo de los fanáticos i entusiastas , é izo mas actibo el beneno que infestaba su corazon. El encono de los dos partidos fué mayor , i destruyó enteramente la poca union i concordia que entre ellos abia. Esta paz de relijion no agrada-ba á los católicos ni á los protestantes esalta-dos : mas envidiosos unos de otros estaban mas deseosos de destruirse. Si el peligro comun no tenia apagado en ellos aquel ardor indiscreto, teniale al menos adormezido , cuando la paz de relijion llegó á abibarle , i darle toda su enerjía. En casi todas las ziudades de la Flandes i del Brabante se opusieron los católicos á la eje-cuzion del decreto ; de modo que fuera de don-de los protestantes podian mas, el decreto les fué inútil. Los abitantes de las probinzias de Ar-tois i del Enao reusaron con la mayor ostina-zion ejecutar las órdenes de los estados, i protes-taron formalmente que nunca tolerarian el ejer-zizio de otra relijion que la suya. Eszitadós los protestantes por el mismo espíritu de intoleran-zia echaron de Gante i otras ziudades á todos los eclesiásticos católicos, se apoderaron de sus bie-nes, i despojaron las iglesias de sus ornamentos.

Entre los ganteses i walones abia una enemi-ga declarada, názida de la prision del duque de Arschot i sus partidarios que por la mayor par-te eran personas de considerazion en las probin-zias walonas. A pesar de esto ninguna tubieron

los ganteses á las pretensiones que en favor de aquellos se izieron , i aun les trataron con dureza en su prision. Así que, luego que los walones supieron el modo con que los protestantes abian tratado á los católicos , i los eszesos que abian cometido con los eclesiásticos i con los templos, resolvieron bengarse, mirando i con razon su conducta como una biolazion manifiesta de la pazificazion de Gante i de la paz de religion. En consecuencia, i perdiendo enteramente de bista el interés público, i preszindiendo de los peligros que amenazaban á la pátria, se entregaron sin reserba á los sentimientos de odio i benganza que les animaban. Lo primero que izieron fué separarse de las otras probincias, i negarse á dar su continjente para el pago de las tropas. «Tomamos las armas, dezian, para defender nuestras libertades ; mas ¿de qué nos aprovecharia sacudir el yugo de los españoles si abiamos de someternos á otro aun mas pesado que nos impondrian nuestros conziudadanos? á pretesto de zelo contra la tiranía española quieren tiranizarnos mucho mas que los que ellos llaman nuestros tiranos.» En bano les representaron las otras probinzias las funestas consecuencias que de esto podrian resultar : en bano emplearon los ruegos mas propios para moberlos, i aun las amenazas mas eficazes para disuadirlos: todo fué inútil: los walones fueron inflexibles; i á poco manifestaron sin rebozo sus intenziones poco pazíficas, reusando entregar al duque de Anjou Landrezie, el Quesnoi, i Bapauma, que se le ofrezieron en el tratado. No contentos con esto empezaron á prepararse para la guerra, i emplearon en lebantar jente el dinero que tenían de las contribuciones esijidas para pagar á los estados su continjente. Los flamencos por su

parte se dispusieron á la defensa; i entre las tropas de unos i otros ubo muchos encuentros, igualmente perjudiciales á ambos partidos.

Azia ya algun tiempo que se abian reunido los ejéztos del príncipe Casimiro , i de los estados ; i el que don Juan podia oponer era demasiado débil para resistirlos ni detener sus empresas. Mas , el espíritu de faczion que reinaba entre walones i flamencos se abia difundido por todos los Países Bajos , salvó solas la Olanda i la Zelanda ; únicas probinzias que supieron preservarse del contajio ; de modo que como muchas ziudades reusaban pagar su contingente , el ejéztito carezia de las cosas mas nezesarias. Para obrar con utilidad , i azer que la campaña fuese dezisiba , el prinzipal objeto del conde de Bossut era forzar al enemigo á entrar en una aczion jeneral ; i para ello despues de apoderarse de dos ó tres ziudades de poca consecuencia , acampó con todo su ejéztito en frente del de don Juan que estaba atrincherado bajo las fortificaciones de Namur. Con un ejéztito tan superior como el del conde , fázil le ubiera sido atacar i forzar las líneas en que don Juan se tenia enzerrado ; pero carezia de gastadores , de artillería , i de muniziones bastantes para dar aquel ataque ; i biendo á don Juan resuelto dezididamente á no salir de sus trincheras , tubo que retirarse. Entre tanto , descontentas las tropas porque no las pagaban , empezaron á aflojar en la disziplina , i el pais fué saqueado i oprimido. El príncipe Casimiro por otra parte aczedió á las instanzias de los ganteses de que fuese en su socorro con parte de sus tropas ; despues de cuya desmembracion ubiera sido una imprudenzia permanecer en las zercanías del ejéztito español ; ademas de que la falta de subsistenzias obligó

poco despues al conde á lizenziar una parte del suyo ; i el resto puso de guarnizion en las plazas fuertes.

La misma escasez impidió al duque de Anjou que formase ninguna empresa, i permanezió en inaczion ; i biéndose ademas imposibilitado de cumplir lo que á los estados abia ofrezido, tomó por pretesto para eludir su cumplimiento, la conducta del príncipe Casimiro i la de los walones. Quejóse amargamente de que estos se ubiesen resistido á entregarle las plazas combenidas con los estados para acuartelar sus tropas; i de que no, le abian probisto de biberes : portándose con él, dezia , como si ubiese benido á imbadir i no á defender el pais. Sino acusaba al descubierto al príncipe Casimiro , no porque no sospechaba , i con zierta espezie de razon , que este abia barruntado, i procurado impedir el designio que el de Anjou abia formado de proporcionarse un establezimiento en las probinzias católicas ; i que con esta mira ubiese llevado el príncipe parte de sus tropas en socorro de los ganteses. En consecuencia , se negó el duque á unir las suyas con las del conde de Bossut, si antes no juntaba las de su mando el príncipe. Mas, este que abia rezibido una considerable suma de los ganteses no quiso dejar á Gante á pesar de las instancias que le izieron el archiduque Matías i el príncipe de Oranje. Decampó el duque de Anjou , i permitió á una parte de sus tropas que pasasen al ejérsito walon que mandaba en jefe el baron de Montfui. (1)

Así acabó esta campaña , i tal fué el desgraziado ecsito de los grandes preparatibos que los estados reunieron para azer la guerra mas

(1) Meteren , p. 233. Grotius , p. 60.

actiba. Los pueblos en vez de unirse contra el enemigo comun, i en desprecio de las mas sagradas obligaciones que pocos meses antes contrajeran, se azian cruda guerra: los príncipes mismos que abian emprendido librar la Flandes del yugo español, opuestos unos á otros se alistaron bajo los estandartes de las diferentes facciones que amenazaban con una próxima ruina á los desgraziados abitantes de los Países-Bajos.

El príncipe Casimiro pasó á Inglaterra á justificar con la reina su conducta. El duque de Anjou por su parte quiso justificar la suya con los estados, i encargó á su embiado que les asegurase que sin su consentimiento se abian pasado sus tropas al ejérsito de Montañi, i que les espusiese que aquello no debia eszitar su cuidado pues que proporcionaba á los estados mas medios de reprimir los eszesos de los ganteses. Los estados, á quienes en aquellas circunstancias aconsejaba la prudenzia el disimulo, manifestaron que daban el mayor crédito á quanto de parte del duque se les dezia: i respondieron á su embiado que se allaban penetrados del mas bivo reconocimiento por todo quanto su amo abia echo por ellos: que inmediatamente que pudiesen le indemnizarian de las espensas que ubiese suplido; i que si tomaban el partido de salir de la obediencia del rei de España, le ofrecerian la soberanía de su pais.

En tanto se estuvo don Juan en su campo de Namur: ubierale podido dejar sin peligro; pero una enfermedad aguda le obligó á permanecer en inaccion, i le llebó poco despues al sepulcro, á la edad de treinta años escasos. Muchos atribuyeron su muerte á beneno; otros al disgusto que le ocasionó la negligenzia de los ministros del rei de España en embiarle los so-

errores de tropas i dinero que les abia pedido. Era amante de gloria ; estaba persuadido de tener los talentos nezesarios para adquirirla en la guerra, i no podia llebar en pazienza la inaccion á que la debilidad de su ejéztito le obligaba. Abiase quejado muchas bezes con amargura , i solizitado asta con importunidad que su ermano le embiase refuerzos. Si el rei no lo izo , ni le proporcionó los medios de continuar la guerra con calor ; no fué porque no lo desease bibamente ; sino que su carácter sospechoso le dominaba , i no podia mirar con indiferenzia la gloria que en la batalla de Lepanto abia adquirido don Juan ; cuya conducta posterior ninguna duda dejaba de las miras que tenia , i era imposible que no diesen zelos á su ermano. Así fué que nunca le perdió de bista , obserbando con la mas escrupulosa atenzion todas sus acciones aun las mas secretas. Si le abia conferido el gobierno jeneral de los Países-Bajos, fué en la firme resoluzion de no permitir jamas que tubiese á sus órdenes ejéztito bastante con que pudiera realizar ningun proyecto ambizioso. Aumentaronse las sospechas del rei despues que don Juan llegó á Flandes ; i las noticias que tubo i creyó acaso con demasiada lijereza , de que trataba de casarse con la reina de Escozia, acrezentaron su cuidado. Al favorito de don Juan i á Escobedo su secretario , de quienes Felipe sospechaba que ubiesen esztitado la ambizion de su amo , izoles dar muerte en secreto. I de aquí an inferido no pocos que tambien inmoló á su ermano á sus sospechas ; i que aquel joben éroe abia muerto de beneno que un eclesiástico le dió de orden del rei. Empero fuese la que quisiese la berdadera causa de su muerte, no es dudable que los zelos que abia inspira-

do al rei impidieron que este le embiase los socorros nezesarios para continuar la guerra con enerjía. Estos zelos, pues, salvaron las tropas de los estados de la total ruina en que su dibiision las ubiera prezipitado. (1)

(1) Meteren, pag. 334. Grotius, &c.

I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO QUINTO.

En su última enfermedad designó don Juan para que le sucediese á Alejandro Farnesio, príncipe de Parma: eleccion que poco después confirmó el rei.

Desde la llegada de Alejandro á los Países-Bajos abia dado en muchas ocasiones pruebas de consumada prudenzia i de valor estraordinario: siempre dueño de sí, activo, bijilante, infatigable, conoziendo asta las mas minuziosas particularidades de una operazion militar, siempre el primero á esponerse al trabajo i al peligro, i siempre el último en retirarse: sus modales eran agradables, i su combersazion insinuante: sabia muchas lenguas, i se azia entender de los soldados de las diferentes naciones de que el ejército español se componia: era de constituzion robusta, i sus fuerzas naturales iguales á las de su espíritu: su aire marzial i la firmeza de su continente inspiraban en los combates tanto terror al enemigo como confianza i valor en sus soldados.

Echo que ubo á don Juan su amigo i deudo los últimos ofizios, se dedicó á cumplir con la mayor atenzion todos los deberes que de él esija el importante empleo que se le acababa de confiar. Miéntas el ejérxito de los estados mantubo la campaña, la debilidad del suyo le abia obligado á tener la misma conducta que su predezesor, conserbándole como él acampado. Mas despues que por las razones ya dichas el ejérxito de los estados, el del duque de Anjou, i el del prínxipe Casimiro fueron lizenziados, ó puestos en cuarteles de invierno, creyó el de Parma que en tan favorables zircunstanziyas no debia permanecer en inaczion, sino que le importaba mucho apoderarse de algunas plazas, cuya posesion aumentase sus recursos para continuar la guerra.

Dudó algun tiempo si empezaria por el sitio de Maestricht, ó por el de Ambéres: la posesion de esta le ofrezia mayores bentajas que la de aquella. Era Ambéres el emporio del comercio i de las riquezas de los Países Bajos: su situazion mui bentajosa para fazilitar las empresas que considerase combenientes para someter las probinzias marítimas. Sin embargo, despues de balanzear estas bentajas con las dificultades que tendria que sobrepujar en el sitio de una ziuudad tan bien fortificada i de tanta estension se dezidió por Maestricht, cuyo sitio podia formar con menos tropa i con mas probabilidad de buen écsito. (1)

Mas para disfrazar sus designios i que los estados quedasen burlados dirijió su marcha ázia Ambéres. Un cuerpo de tropas inglesas i francesas salió de aquella plaza para detenerle

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1.

el paso ; atácale el príncipe , fuérsale á retirarse bajo los muros de ella , i bolbiéndose repentinamente toma la buelta de Maestricht i la zerca antes que los estados ubiesen podido embiar socorros , ni probeerla de muniziones de boca ni guerra.

No era el número de sus habitantes proporcionado á la estension de casi zinco millas italianas que tenia ; mas estaba bien fortificada , i el balor suplía el corto número de sus defensores. La situazion de aquella plaza la abia espuesto á frecuentes imbasiones , que á sus habitantes abian echo abitual el uso de las armas. Mil i quinientos se alistaron : la guarnizion era de mil soldados , i abia en la plaza como dos mil paisanos que se destinaron á gastadores. Este corto número defendió á Maestricht por el espazio de cuatro meses contra un ejérsito de quinze mil ombres de infantería , i cuatro mil de caballería , los mas disziplinados i aguerridos que podia ofrezer la Europa , i mandados por el mejor jeneral que entonzes se conozia en ella Berdad es que los sitiados tenian á Schwatzembourg de Erle , i Tappin , flamenco el uno , i francés el otro , cuya prudenzia é intrepidez , i cuyas atinadas operaciones durante el sitio , fueron de todos aplaudidas i admiradas.

Llegado que ubo Alejandro delante de Maestricht á prinzipios de marzo , embió á Mondragon con parte del ejérsito al este del rio para que sitiase la ziudad de Wich , i se quedó del otro lado con intento de formar el prinzipal ataque. Desde luego discurrió en los medios de impedir que ningun socorro de ombres ni muniziones entrase en la ziudad. Para esto echó dos puentes de bateles sobre el Mosa , uno por zima i otro por bajo de la ziudad. En ambos

lados del rio aseguró su campo con líneas de zircumbalazion, i las izo fortificar. En seguida dió prinzipio á los aproches, é izo abrir la trinchera. Mas, miéntras los sitiadores azian por adelantar su trabajo, los sitiados le retardaban con sus frecuentes salidas. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles: los sitiadores tenían por su parte la superioridad del número, i con su perseberanzia lograron conduzir su trinchera á la combeniente distanzia para lebantar baterías; i establezieron dos, una contra la puerta de Tongres, i otra contra la cortina entre la puerta de Oster i la de la Cruz. Ambas produjeron los mayores efectos; i quanto los sitiadores llebaron su trinchera asta la entrada de los fosos, se tubo por tan practicable la brecha de la puerta de Tongres que el príncipe resolvió el asalto, i para darle emplear un cuerpo de soldados escojidos indistintamente entre los de las naciones que componian su ejérxito. Con esta mezcla se proponia eszitar la emulazion i el balor; empero no encontraron menos en los sitiados, pues les obligaron á retirarse despues de un combate largo, bibo i sangriento.

Atribuyendo el príncipe el mal ecsito de esta primera tentatiba á la estrechez de la brecha izo redoblar el fuego de las baterías, i tener á punto todos los preparatibos para un segundo asalto; i para que tubiese mejor resultado que el primero darle por ambas brechas; confiado en que allaria menor resistenzia en la guarnizion obligada que fuese á dibidirse. Empero si sus tropas sin intimidarse por el fuego que les abrasaba de la artillería de la plaza subieron á la brecha con un balor berdaderamente eróico, los que la defendian les bieron abanzar sin muestra del mas lebe temor. Peleóse por ambas par-

tes con igual furor; dejaron pronto las armas de fuego, i aziéndose jeneral el combate solo se usaba de la pica i la espada. Erle en la una brecha i Tappin en la otra daban las pruebas mas brillantes de su capacidad i valor. Furiosos los sitiadores por la resistenzia que les oponia un enemigo que tan inferior les era, azian los mayores esfuerzos por oprimirle. La brecha estaba cubierta de muertos i moribundos: enormes masas de piedra rodadas desde lo alto de la muralla, i fuegos artificiales que arrojaban los sitiados sobre sus enemigos aumentaban la confusion. Uno de estos fuegos cayó en un barril de pólvora: la esplosion fué horrible; i se llevó una multitud de combatientes de ambas partes. Llenaban el aire los gritos, los sollozos i los jemidos: la tierra cubrianla cadáveres mutilados, i miembros esparzidos. Sin embargo, los que sobrevivian conserbaban su terreno con la misma ostinazion; i la horrible eszena que les rodeaba parece que solo serbia de aumentar su rabia i su furor. Desesperando en fin de benzer el denuedo i valor de los sitiados, mandó el príncipe tocar retirada; en lo que obró con mucha prudenzia; dado que aun cuando sus tropas se apoderaran i establezieran en la brecha; detras de las murallas ubieran encontrado nuevas fortificaciones que abrian de atacar de nuevo.

En la rebista que mandó el príncipe azer alló que abia perdido muchos de sus mejores oficiales, i un crezido número de beteranos españoles; cuyo reemplazo tubo que azerle de las guarniziones que tenia en las plazas. El mal ecsito de ambas tentatibas le izieron perder la esperanza de tomar á Maestricht por asalto, i adoptar otro medio mas lento, i menos omizida:

minar las fortificaciones; en lo cual empleó un número prodijioso de gastadores; poniendo al mismo tiempo todo su cuidado en que no pudiese introducirse ningun socorro de ombres ni muniziones.

Miéntas esto pasaba delante de Maestricht, se empleaban los estados en proporcionar los medios de conserbar una ziudad, cuyos abitantes i guarnizion se azian tan dignos de su aprecio. Azia algun tiempo que tenian en su serbizio al zélebre la Noue, i le nombraron gobernador de Maestricht, encargándole la conduccion de los socorros que se proponian embiar á aquella plaza. Nada omitieron para ponerle en estado de desempeñar tan importante comision; mas, por una funesta consecuenzia del dominio que la discordia ejerzia entonzes con mas furor que nunca en los ánimos de católicos i protestantes, no pudo la Noue llegar á lebantar tanta tropa como se nezesitaba para el logro de la empresa, á pesar de aberle dado el prinzipe de Oranje i los estados cuantos ausilios dependian de ellos. Entre tanto el mal se aumentaba de dia en dia, i la situazion de los sitiados era mui deplorable. La guarnizion que como dijimos era de mil ombres estaba reduzida á quatrozientos: los ziudadanos que se abian consagrado á la defensa de sus muros, i los trabajadores, abian padezido igual diminuzion: las provisiones de boca empezaban á faltar, i se azercaba el momento de carezer de pólbora.

A mediados de junio aun se izo mas triste su situazion por la pérdida de un rebellin que les fazilitaba el incomodar iazer gran daño á los sitiadores. Mucho deseaba el de Parma dominarle, i á ello se dirijieron todas las operaciones de algunas semanas asta que al fin lo con-

siguió á pesar de la gran resistenzia que se le opuso. En seguida construyó un caballero , por cuyo medio veia quanto en la ciudad pasaba , i podia batirla de uno á otro cabo con su artillería. No obstante , los abitantes reusaron capitular , esperanzados de ser mui pronto socorridos.

Empero contra sus esperanzas i las de los sitiadores mismos , cayó la plaza en poder de estos mucho antes de lo que juzgaban. El 29 de junio sospecharon algunos soldados españoles que los sitiados estaban menos bijilantes en la guarda de la ciudad : para asegurarse subieron á la muralla , i allaron que sobre ser mui pocos , oprimidos de fatiga i de calor se abian rendido al sueño. Abisan inmediatamente al príncipe , que al momento dió orden á los soldados que se allaron mas zerca para que subiesen á la muralla con el mayor sigilo posible , i les siguió con todo el ejérsito. Así sorprendida la guarnizion cuando menos lo esperaba , i oprimida por el número , casi toda fué pasada á cuchillo : los abitantes pelearon como desesperados asta que á mas no poder zedieron á la fuerza superior de los sitiadores , que no perdonaron edad ni sexo , ni zesaron de matar asta que de diez i ocho mil abitantes solo quedaron como trescientos. Erle se salvó disfrazado de criado. A Tappin dió el príncipe las órdenes mas terminantes para que se le conserbase la vida. (1)

Durante el sitio abian negociado los diferentes partidos con la esperanza de una perfecta reunion. El príncipe de Oranje era entonzes el que dirijia los estados i el consejo de estado; puesto que el archiduque conoziendo su falta

(1) Bentiboglio , part. 2. , lib. 1. Meteren , l. 9.

de esperiencia abia confiado á la suya el gobierno entero. La desabenenzia entre walones i ganteses causó desde un prinzipio el mayor disgusto al de Oranje , que nada abia omitido para reconciliarlos. Era poco su crédito con los walones , i aun le azia menor el orror que tenían á la relijion que profesaba. Los ganteses, turbulentos i sediziosos asta el extremo, i eszi-tados por algunos jefes facziosos, abian sido por mucho tiempo insensibles á las representaciones que les izo. Santa Aldegunda, embiado por él , empleó tambien i tambien en bano, toda la abilidad i elocuenzia que le caracterizaban: las instancias del archiduque i de los estados no produjeron mejores efectos : ni las representaciones i amenazas que la reina de Inglaterra les izo por medio de su embiado fueron mas atendidas. (1) En estas zircunstanzias tomó el de Oranje la resoluzion de pasar personalmente á Gante : antes de su llegada se abia declamado con mucha beemenzia contra su moderazion con los católicos. Abianse atrebido los predicantes á acusarle en sus sermones de poco adicto á su creenzia, i de que no abia sinzeridad ni buena fe en la profesion que de ella azia. Mas, quando los ganteses bieron que presziendiendo de todo no dudó presentarse en medio de ellos, tubieronlo por una demostrazion de estimazion, i de confianza, que les fué mui agradable. Entonzes se renobó el afecto que le abian profesado siempre ; i despues que pasó algunas semanas en su compañia aczedieron á muchas proposiciones que antes abian desechado. Consintieron pues en bolber á los eclesiásticos los bienes de que les abian despojado : permitieron el

(1) Dabidson.

libre ejerzizio de la relijion católica : proibieron toda imbecitaba contra ella i los que la profesaban, en los púlpitos, i juntas particulares; en fin prometieron i se obligaron á reconocer en lo suzesibo la autoridad de los estados, i á obedezelos. (1)

Sin embargo, tardó poco en conozerse que esta mudanza era solo efecto del grande influjo del prínzipe con los ganteses; pues que eszitados pocos meses despues por los mismos á quienes antes daban oidos, repentinamente mudaron de conducta, i olvidando sus promesas cometieron en los católicos los mayores eszesos: saquearon las iglesias i los monasterios, echaron de la ziudad á los eclesiásticos, de cuyos efectos se apoderaron i los distribuyeron entre los soldados alemanes que abian llamado en su socorro. Súpolo el prínzipe, buelbe á Gante, i los ganteses le ofrezten el gobierno de la ziudad, que no azeptó por prudenzia; empero se balió del gran crédito que tenia para bolber á restablezer la tranquilidad, calmó los ánimos, i lo-
gró asta que saliese de la ziudad su primer majistrado Imbise, i sus partidarios, ombres facziosos i turbulentos: puso en las majistraturas que dejaban, protestantes pazíficos i moderados: izo dar libertad á los walones que retenian presos; i conzeder de nuebo á los católicos el libre ejerzizio de su relijion, asegurándoles que no bolberian á ser perturbados ni inquietados. (2)

No tomó con menos empeño el calmar los ánimos irritados de los walones. Zierto es que no fueron los agresores; empero fué demasiado tenaz su encono, que sostenian i abibaban el obispo de Arras Mateo Moutard, el conde de

(1) De Thou, lib. 11. (2) Grotius, lib. 3.

Lalain, el marques de Roubaix, i algunos otros caballeros, inzitados de embidia al gran crédito i autoridad de que el príncipe gozaba. Tambien el pueblo por su parte sospechaba mucho que el zelo del príncipe por la libertad zibil i relijiosa no era sinzera, ni prozedia de amor á aquellas mismas libertades sino á su engrandezimiento, i que solo abia trabajado por establecerle sobre las ruinas de la relijion romana. En esta firme persuasion desecharon los planes que les propusieron el príncipe mismo, el archiduque i los estados, que sabian los walones estar por él dirigidos. (1)

Era mui abisado el de Parma para no aprovechar la buena ocasion que las disposiciones de los walones le ofrezian para dar mas calor á las negociaciones que con los jefes de ellos tenia entabladas desde poco despues de la muerte de don Juan, i á las que daba tanta importancia que ni las atenciones que esijia una empresa como la de Maestricht fueron parte para interrumpirlas. No lo ignoraban el de Oranje ni los estados; i para inutilizarlas representaron á los walones, que si azian combenio separado con los españoles podria justamente imputárseles la mas criminal infidelidad respecto de las otras probinzias, á quienes espondrian como á sí mismos á recaer bajo el antiguo yugo. Tan poderosos motibos i razones no podian dejar de azer impresion en quienes no temian menos aquella tiranía; porque aun no se les abian olvidado las eszenas de perfidia i biolenzia de que tan frecuentemente abian sido testigos; i zierto que les parecia absurdo el contar con las promesas de ombres, cuya mala fé abian por sí

(1) Reidanus, lib. 2. , p. 29. (1)

mismos tantas bezes experimentado. Empero el eszesibo zelo de relijion, i aun mas la embidia de la nobleza walona al de Oranje azian imposible toda reconciliazion con los flamencos. Su odio á los españoles no era entonzes el que antes; i comparado con la abersion que á los protestantes tenian era mucho menor. Alimentaban esta abersion i continuamente la irritaban el obispo de Arras, i los otros partidarios del de Parma; el cual si bien les alló entonzes mas dispuestos á oir proposiciones de combenio, empero tambien dezididos á no aczeder á ellas sino en quanto pudiesen azerlo sin faltar á los empeños solemnes que con las otras probinzias abian contraido, en el sentido que ellos daban á estos empeños. En consecuencia esijieron i persistieron siempre en estas condiziones: que saliesen de los Países-Bajos las tropas estrangeras: que se obserbase esactamente la pazificazion de Gante; i que el rei de España reconoziese el derecho que tenian de formar alianzas así dentro como fuera de los Países-Bajos en caso de que por parte de S. M. se infringiese este tratado.

De estas condiziones, la que al de Parma repugnaba mas era la de las tropas: conozia que no podrian reemplazarse con las que se leban-taran en el pais; i temia si se allaba reduzido á no emplear otras, que no podria realizar el proyecto de someter las probinzias marítimas. El rei con quien lo consultó, repugnaba no menos que él la despedida de las tropas estrangeras; mas considerando lo importante que le seria el que bolbiesen á su obediencia los walones, á quienes miraba entre todos aquellos naturales, como los mas propios para el ofizio de la guerra; i al mismo tiempo, el mal estado del erario, agotado con los gastos de la con-

quista de Portugal; juzgó que usando de indulgenzia con ellos, conzediéndoles lo que pedian, podria mui pronto despues obligarles á consentir todo quanto quisiese. Dió pues órden al de Parma para que concluyera el ajuste proyectado, i lo fué en 17 de mayo con estas condiciones: que todas las tropas que estaban al serbizio del rei en los Países-Bajos saldrian de ellos en el término de seis semanas, i nunca bolberian sino con el consentimiento de los walones: que se lebantaria un ejérezito compuesto enteramente de nacionales, el cual seria pagado con el producto de los subsidios que los estados del pais conzedian al rei: que todos los que ejerziesen empleo público jurarian conserbar la relijion romana: que á todas las probinzias se conserbaria en el goze de sus pribilejios; i que el gobierno se mantendria en la forma en que estaba cuando el emperador Cárlos V abdicó la soberanía. (1)

De las probinzias walonas solo firmaron los diputados de las que oi tienen el nombre de Flandes francesa, el Artois, i el Enao: de las otras no se izó menzion. La de Lussembourgo ninguna parte abia tenido en lo que antes se abia echo; i lo mas del Limbourgo i del Namures abia ya buuelto á la obediencia del rei.

Sabia mui bien el de Oranje los motibos porque así obraron los prinzipales walones, i bien prebisto tenia lo que al fin resulto. Y para balanzear el tratado que acababan de ajustar, propuso una confederazion entre las probinzias de Olanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Frisia, Brabanté i Flandes; la cual se llamó la

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1.

union de Utrecht, donde se concluyó; i puede con justa razon mirarse como la piedra fundamental de la república de las probinzias unidas; i aun oi, como el pacto que contiene las leyes fundamentales de su constituzion. Beense en ella la sabiduría, la moderazion, las estensas miras i el jenio profundo de su autor. Este acta nada contiene que pueda tenerse por un reconozimiento tázito de la fidelidad debida al soberano, ni por una esenzion espresa de esta misma fidelidad. Las probinzias sí, reibindican tázitamente la autoridad soberana, i la trasmiten en parte á la asamblea jeneral de los estados, i en parte á las asambleas particulares de los estados de cada probinzia. Los prinzipales artículos de este acta de confederazion fueron:

«Que las probinzias contratantes se unian para formar un cuerpo político, renunciando para siempre el poder de separarse unas de otras; empero reserbándose cada una en particular todos los derechos de que antes gozaba.»

«Que dichas probinzias se ayudarian mutuamente para repeler los ataques de todas las potencias estrangeras, i prinzipalmente todos los actos de biolenzia que podrian azerse contra algunas de ellas por el rei de España, á pretesto de establecer la relijion católica, ó con motivo de algunas combenziones echas en los Países-Bajos desde el año 1558; dejando á la jeneralidad el determinar la proporzion en que cada probinzia seria obligada á dar su contingente así de tropas como de dinero.»

«Que en Olanda i Zelanda no se profesaria públicamente otra relijion que la ya establezida; i que en las otras probinzias seria permitido profesar fuese la reformada, fuese la católica, fuesen ambas á un mismo tiempo, se-

gun que las probinzias lo tubiesen por combeniente. Que los efectos de las iglesias i combentos serian debultos, eszepto en las probinzias de Olanda i Zelanda; las cuales asignarian pensiones á los eclesiásticos católicos, que les serian pagadas en donde quiera que residiesen.»

«Que todas las ziudades fronterizas, i cualesquier otras que los estados jenerales ó probinziales tubiesen por combeniente fortificar, lo serian á espensas de la jeneralidad, i de la probinzia en particular en que la ziudad se allase. Mas, si los estados jenerales juzgasen nezesario lebantar alguna nueva fortaleza en alguna probinzia, i lo iziesen sin que ella lo aprobase, seria á espensas de la jeneralidad.»

«Que todas las plazas fuertes estarian obligadas á rezibir la guarnizion que la jeneralidad creyese oportuno embiar; mas, con la condizion de que las tropas que la compusieran arian juramento de fidelidad á la ziudad i á la probinzia aun quando antes le ubiesen echo á los estados jenerales.»

«Que estos no podrian azer ningun tratado de paz, ni tregua; emprender guerra, imponer contribuzion, ni esijir nada sin el concurso de la mayor parte de las probinzias i ziudades de la union: ni estas por su parte contraer alianza con ningun prínzipe ó potenzia estrangera, sin el consentimiento de la jeneralidad.»

«Que en caso de que cualesquier prínzipes, estados ó potenzias quisiesen aczeder á la presente acta de union podrian azerlo; empero prezediendo el consentimiento de todos los miembros de la confederazion.»

«Que todos los abitantes barones de las probinzias confederadas desde diez i ocho á sesenta años se inscribirán un mes despues de la presen-

te acta de union ; i el dicho alistamiento seria presentado á los estados jenerales la primera vez que se reunieran , á fin de que pudiesen juzgar de las fuerzas de cada probinzia ; i de la que podria suministrar en ombres para la defensa comun. »

«Que para proporcionarse el dinero nezesario á la manutencion del ejército se arrendarian al que mas diese, todos los impuestos; los cuales se disminuirian ó aumentarian segun los estados jenerales entendieran que lo esijan las nezesidades de la confederazion. » (1)

Al prinzipio no produjo esta todas las ventajas que se esperaban. Antes que los dos partidos de católicos i protestantes pudiesen bibir en buena intelijenzia nezesitaban experimentar por algun mas tiempo los funestos efectos de su eszesibo i mal entendido zelo. Aun se conserbaba entre los abitantes de muchas ziudades el mas encarnizado rencor. En Bois-le-Duc llegaron á las manos , i quedaron tendidos zerca de ziento. Poco despues sobrecojidos los protestantes de un terror pánico dejaron la ziudad, é inmediatamente los católicos se sometieron á los españoles.

En Ambéres, donde el partido de los protestantes era el mas fuerte , insultó el pueblo á los sazerdotes católicos en una prozesion que azian conforme á su rito. En bano el archiduque i el prinzipede Oranje interpusieron su autoridad en favor de los católicos: estos tubieron que dejar la ziudad.

Tantos eszesos por los protestantes cometidos en Ambéres i otras ziudades contra los católicos fazilitaron la reconziliazion de estos con los españoles ; i no contribuyeron poco á desunir de

(1) Grotius , p. 64. Meteren , lib. 19 , pag. 240.

los estados una gran parte de la nobleza. El jóben conde de Egmont, ijo del grande, é infortunado Egmont, se abia distinguido asta entonzes por su zelo contra los españoles; i mudando repentinamente de opinion, resolbió para azer la paz con ellos, sorprender á Brusélas con un rejimiento de walones que tenia á sus órdenes, i entregarla al prínzipe de Parma. Su empresa fué feliz al prinzipio, dado que se apoderó de una de las puertas é introdujo sus tropas en la ziedad; empero los abitantes corrieron á las armas, i abiéndoseles juntado algunas tropas regladas, usaron de una estratajema mui particular para echar á los soldados que dejó el de Egmont en guarda de la puerta: tal fué el poner bajo ella muchos carros cargados de paja i eno, i pegarles fuego. Sofocados los soldados por el umo i la llama que les llebaba el biento, tubieron que dejar pronto su puesto i uir. Abianse entre tanto armado los abitantes, i se apoderaron de todas las salidas del mercado para impedir que el conde ni sus tropas se les escapasen. Todo el dia, i la noche siguiente permanezieron ambas partes en inazion: pero sin zesar en este tiempo de echar al conde en cara que abandonase á los que abian tomado las armas para bengar la muerte de su padre. Recordaronle que azia onze años que en el mismo dia i en aquella misma plaza le abia decapitado el berdugo por la misma causa que él, indigno ijo suyo, tan bilmente abandonaba. Este amargo recuerdo izo derramar lágrimas al conde; i el pueblo mobido á compassion del ijo, i por respeto á la memoria del padre, le permitió que saliese de la ziedad con su tropa. (1)

(1) Grotius, p. 64. Meteren, l. 9, p. 250.

Durante el curso de todos estos sucesos, á solizitud del emperador, del papa, de los electores de Colonia i Treberis, i bajo su mediacion, se abian abierto conferencias en Colonia con intento de lograr una abenenzia sólida entre el rei de España i los Paises-Bajos. Embió el papa por su embajador á Castaña, arzobispo de Rossano, que ocupó despues la silla con el nombre de Urbano VII: al frente de los embajadores del emperador estaba el conde de Schwartzembourg: el embajador del rei de España era el duque de Terra-nuoba; i los estados pusieron al frente de su diputacion al duque de Arschot. Los observadores superficiales juzgaban del ecsito de esta negociacion por el rango i la dignidad de los que en ella interbenian; no así los que penetraban mas. Consideraban que el príncipe de Oranje i los otros jefes de partido de los confederados, despues de aber llebado las cosas al punto en que estaban, no podian esperar que sinceramente les perdonase un príncipe tan inflexible é implacable como Felipe II: que las opiniones de los reformados estaban mas esparzidas que antes, i su zelo por la conserbacion de su iglesia era si cabia en lo posible mucho mas ardiente; i por consecuencia, poca esperanza de que se les redujese á bolber á la católica: que tampoco la abia de que siendo Felipe tan zeloso por esta, aczediese jamas á nada que la fuese contrario, i favorable á la reformada. I con efecto su inflexible ostinacion en no zeder ni un ápize en este punto, izo abortar las negociaciones de Colonia, como algunas de las otras que las abian precedido. Condujose en esta ocasion con su doblez ordinaria, dando á su embajador instrucciones secretas mui diferentes de

las que al emperador se comunicaran. (1)

En estas, i en las instrucciones dadas para que se iziesen públicas, parecia que estaba dispuesto el rei á ratificar la pazificazion de Gante; i por uno de los artículos de aquel tratado debia la relijion permanecer en los Países-Bajos en el estado en que entonzes se allaba, asta que la asamblea jeneral de todas las probinzias dezidiese sobre este punto. Mas, en el discurso de las conferencias, fázil fué conozer que el rei no entraria en ninguna espezie de acomodo, á no ser que la relijion católica se restableziese enteramente en todas las probinzias: que no queria ni consentir en la combocazion de la asamblea jeneral, ni ratificar el nombramiento del archiduque Matías. Ademas insistió eficazmente su embajador en que todas las plazas fuertes, armas i muniziones, inmediatamente se entregasen al príncipe de Parma: en fin, todas las condiciones que propuso en los puntos importantes fueron las mismas que desecharon las probinzias de Olanda i Zelanda cuando obraban por sí i separadas de las otras. Deduzese pues con claridad que solo por satisfacer á las instancias del papa i del emperador abia consentido el rei en que aquel congreso se combocase.

Sin embargo, algun tiempo antes que se disolviese, umilló Felipe II su orgullo asta el extremo de ofrezer secretamente al príncipe de Oranje el pago de todas sus deudas: restituzion de todos sus bienes: indemnizazion de quanto abia perdido durante la guerra: i la libertad del conde de Buren, á quien ofrezia el gobierno de Olanda i de Utrecht, si el príncipe queria reti-

(1) Strada, lib. 5.

rarse á Alemania. El conde de Schwartzembourg que le izo estas proposiciones le aseguró al mismo tiempo bajo su palabra de onor de que serian esactamente cumplidas si las azeptaba. Semejante paso, dado por un enemigo tan grande i tan poderoso, no pudo menos de lisonjear mucho al príncipe, como que era una prueba del temor que su capacidad i sus talentos inspiraban á Felipe; empero Guillermo, superior á todos los atractivos del interés, prefirió la gloria de salvar de la esclabitud un pueblo que abia puesto en él su confianza, á todas las bentajas que él i toda su familia ubieran podido sacar del perdon i aun del favor del rei: «ninguna proposizion oiré, dijo, sea de la naturaleza que quiera, que á mí solo interese: en todo quanto e echo me e propuesto el bien público: él es el que siempre me a animado; i no ai considerazion que me determine á entrar en ninguna transazion en que los estados i el pueblo no sean partizipantes. Si se ubiera aczedido á las justas pretensiones que an echo, no abria desechado condiciones particulares que mi conziencia i mi onor me ubiesen permitido azeptar. (1)

Poco tiempo despues se rompieron las conferencias de Colonia sin aber produzido otra cosa que la ocasion de que el duque de Arschot i algunos otros diputados de los estados iziesen su paz particular.

Pero las negociaciones no abian interrumpido las operaciones de la guerra. El príncipe de Parma ayudado de algunos católicos se abia apoderado de Malinas, i algun tiempo despues de Billebroek. Indemnizaronse los estados de estas

(1) Reidanus, p. 29. Grot., p. 69.

pérdidas con la conquista que izo su ejérezito mandado por el conde de Renneberg, de la probinzia de Frisia , i de las zindades de Debenter i de Groninga. En las probinzias del mediodia se atacaban continuamente los flamencos i walones ; empero sin que iziesen nada digno de memoria.

HISTORIA

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO SESTO.

Mientras estas cosas pasaban en los Países-Bajos se empleaba Felipe sin interrupcion en los preparatibos nezesarios para sostener sus derechos al trono de Portugal: asunto que por su importancia inflamara otra ambizion mas moderada que la suya, i merezia toda la atencion que le daba, i los inmensos gastos que azia. En una suzesion de reyes, que abian echo consistir toda su gloria en que floreziese el comercio de sus basallos, i en azer nuevas conquistas en las rejiones mas lejanas de la tierra, llegaron los portugueses á un grado de considerazion entre las demas potenzias de Europa, de que parecia estar para siempre escluidos, así por la poca estension de su pais en ella, como por la bezindad de España. Ademas de los establecimientos que abian formado en Africa i en las islas adyacentes, abian doblado el cabo de Buena-Esperanza; lo que ningun marino europeo abia osado emprender antes. Penetraron en casi todas las partes del océano oriental, descubrieron

tierras asta entonzes desconozidas, i edificaron ciudades con la mira de estender su comerzio. No contentos con tantas adquisiciones al este, llebaron sus armas á América i establezieron en el Brasil aquella rica colonia que aun poseen.

Juan III, último de los grandes reyes, bajo cuyos reinados se señalaron los portugueses por tan considerables espediciones, abia muerto algunos años antes de este en que bamos, i dejado en el trono á don Sebastian su nieto, de edad de tres años. Muchas cualidades brillantes que en él se notaron muy luego, dieron á los portugueses las mayores esperanzas de un reinado feliz; empero desgraziadamente para él i para sus basallos se dejó llebar de su ambizion, entregándose á los quiméricos proyectos que le inspiraba. En vez de inclinarle á imitar á sus ilustres predecesores, i á emplearse como ellos en proporcionar la felicidad de sus pueblos, le sujirió el deseo de estender sus dominios con el fin de contribuir á la propagazion de la fe.

Fomentaban esta pasion don Alejo de Meneses su ayo, i el jesuita Luis de Gamarra su maestro. No zesaba el primero de elojiar en su presencia á sus antepasados por las victorias que de los moros obtubieron en Africa i las Indias; miéntras el segundo procuraba de continuo persuadirle que la primera obligazion de un rei cristiano era estender el conozimiento de la verdadera relijion; i que no abia accion que á Dios fuese mas agradable. Estos discursos eszitaron de tal modo la ambizion de su jóben amo, que para ejecutar el designio que le abian sugerido, i que él mismo creia tan meritorio ante Dios, i tan onroso ante los ombres, resolvió embiar su ejército i su armada á las Indias, i encargarse por sí de esta estrabagante espedizion. Empe-

ñaronse sus cortesanos en azerle renunziár á tan quimérico proyecto, i no lo consiguieron sino proponiéndole otro en Africa contra los maometanos. Los mas prudentes del su consejo trabajaron en azersele abandonar tambien; pero ningun efecto produjeron sus representaciones: persistió en su resoluzion, i prozedió con la mayor actibidad á ponerse en estado de ejecutarle.

Un inesperado suzeso acaezido en Marruecos, miéntras don Sebastian proporzionaba los preparatibos para su espedizion en Africa, le izo creer que el zielo la aprobaba. A la muerte de Abdalla, rei de Marruecos, su ijo Mulei Maomet se apoderó del trono en desprezió de la lei de suzesion, que se le daba al ermano del rei difunto. No tardó en enzenderse la guerra zibil, i su ecsito no fué favorable á Maomet, que despues de perder muchas batallas campales se bió precisado á zeder el trono á su tio Mulei Moluc, prínzipe mui capaz i birtuoso. En este desagradable estado se dirijió Maomet al rei de España aziéndole mui bentajosas proposiciones si se declaraba en su favor; pero no las azeptó. Mejor rezibidas fueron del de Portugal, á quien Maomet ofrezó muchas ziudades, i reconozerse su tributario si le restablezia en la posesion de sus dominios.

Para poder azerlo, se dirijió don Sebastian al rei de España su tio pidiéndole tropas, i al mismo tiempo las soliztó de muchas potenzias de Italia. Mas, lo que prueba asta que extremo abia tomado á pechos esta espedizion, fueron las pretensiones que tubo con el prínzipe de Oranje.

Sin esplicarse Felipe II azerca de la demanda del sobrino le propuso una entrebista en Guadalupe, que don Sebastian azeptó. Refieren los istoriadores que berificada poco despues, pro-

curó el tío disuadir al sobrino; i que allándole inflexible en su resoluzion le prometió un socorro de cincuenta galeras i zinco mil soldados. Mas, que poco despues, biendo mui posible que el imperio de Marruecos cayese bajo el poder del sultán, i la nezesidad en que Mulei Maluc se allaba de emplear en sus ejéztitos muchos turcos, le ofrezó su amistad i sus socorros, i Mulei los azeptó, porque no temia menos que Felipe la ambizion de los turcos, i formó con España la alianza que esta le propuso. Los mismos istoriadores refieren tambien, que en el mismo tiempo, por interposizion de benezianos, obtuvo Felipe del sultán una tregua por tres años; i que el cuidado en que le ponian las cosas de los Países Bajos le estimuló á dar entonzes el indecoroso paso á que se abia resistido siempre de tratar con el enemigo del cristianismo. (1)

Mui de otro modo se condujo el príncipe de Oranje. Los asuntos de los Países-Bajos no le daban menos cuidado que al rei de España. Sin embargo, fuese efecto de su magnanimidad natural, fuese que llebase la mira de que la Europa entera conoziese las fuerzas reales de las probinzias confederadas, ó fuese en fin con la esperanza de asegurar á la confederazion la amistad del rei de Portugal, acojió favorablemente á su embiado Acosta; i en seguida embió á aquel príncipe un cuerpo de tres mil soldados alemanes. (2)

Con estos, diez mil portugueses, algunas tropas italianas i españolas que Felipe, á pesar de su tratado con Mulei Moluc, embió á su so-

(1) Ferreras, vol. 10, p. 306, 312.

(2) De Thou.

brino, se formó un ejérsito de casi quinze mil ombres, sin contar un gran número de gastadores. Izolos embarcar don Sebastian, i dió la bela al prinzipio del estío de 1578. Desembarcó felizmente en Arzila i Tanjer; i mui luego acudió el rei destronado con un cuerpo de tropas de su nazon.

No ignoraba Mulei Moluc los intentos del rei de Portugal, i por disuadirle de ellos le abia ofrezido que le zederia muchos territorios adyacentes á las ziudades marítimas que en Africa tenian los portugueses. Con tanto mas empeño abia procurado Mulei Moluc azer á don Sebastian desistir de aquella empresa, quanto que allándose atacado de una enfermedad imbeterrada, que no dudaba le conduziria pronto al sepulcro, deseaba dejar su corona i sus dominios á su ermano, á quien segun las leyes pátrias, miraba como su eredero lejítimo. Mas, quando bió que don Sebastian se negó á oir las proposiciones que le abia echo con el fin de alejar de sus estados la guerra, se preparó con la mayor actibidad á sostenerla con bigor. El ejérsito que leuantó, pasaba de sesenta mil ombres entre infantes i jinetes; con los cuales salió al encuentro de los portugueses: i llegado que ubo á zierta distanzia izo publicar, que todos los de su ejérsito que quisiesen dejarle i pasarse al de los portugueses podian azerlo libremente. Esta precauzion estraordinaria, tomada por las sospechas que tenia de que una parte de sus tropas era adicta á su sobrino, produjo el efecto de que se determinasen los sospechosos á combatir por su soberano lejítimo; i así triunfaron su magnanimidad i sus birtudes del afecto que á Maomet tenian.

Los mas experimentados ofiziales del ejérsito

portugues instaron bibamente al rei á que permaneziera en sus líneas, que estaban zerca de las costas, i no se arriesgase al tranze de una batalla, i Maomet mismo le suplicó lo propio. Abiase este lisonjeado antes, de que una parte de las tropas de su tio se le pasarian; mas biendo engañadas sus esperanzas, se unió á los oficiales portugueses para pedir al rei que ebitase una aczion jeneral. Desechó don Sebastian con desden este dictámen, atribuyéndole á timidez mas que á prudenzia; i así fué que no solo abandonó su campo que estaba bien fortificado, sino que se internó en el pais en busca del enemigo.

Entre tanto, la enfermedad de Moluc abia echo los mas rápidos progresos; empero sin alterar la fuerza de su espíritu. Sino ubiera temido las resultas de la zercana muerte que le amenazaba se abria contentado con interzeptar la comunicazion entre el ejérxito i la armada enemigos, pues que el ejérxito tenia pocos bíberes, i no pudiendo probeerse de la armada ubiera perezido, i terminadose la guerra. Empero tubo que resolberse á benir cuanto antes á las manos. Bien pronto le presentó la ocasion la temeridad de don Sebastian. Sin considerar la inferioridad de su ejérxito, abanzo á una gran llanura en que el enemigo podia fázilmente desplegarse, i obrar libremente infantería i caballería. Moluc aprobachó la ocasion: puso su ejérxito en batalla en forma de media luna; i aziéndose llevar en litera recorrió todas las filas esortando á sus soldados á que tubiesen presente iban á pelear por su libertad i su relijion, ambas en peligro; dado que cualesquier pretestos que los portugueses alegasen, nadie les abia probocado áazer aquella imbasion; i que por consiguiente no po-

dian llevar en ella otra mira que la de reduzir á esclabitud los moros, i destruir su relijion. Despues dió las órdenes que juzgó mas esenziales para asegurar la bictoria; i como sentia que las fuerzas se le acababan confirió á su ermano el mando del ejérxito, i se retiró á zierta distanzia.

Dióse prinzipio á la batalla por una descarga jeneral de artillería i mosquetería; mas, pronto llegaron al arma blanca, i la infantería portuguesa rechazó en muchas partes, é izo en los moros una gran matanza. Mas en tanto, la caballería mora que llegaba á treinta mil ombres, i estaba en las alas, se estendió, i por todas partes embolbió al ejérxito portugues, cojiéndole en flanco i por la espalda, miéntras él perseguia la infantería mora á la que en gran manera se abentajaba. Por otra parte la caballería portuguesa arrolló un cuerpo de la de los moros, i le persiguió asta el sitio á donde Moluc se abia retirado. A bista de sus tropas fujitibas, arrebatado de indignazion arrojase aquel prinzipio de la litera, toma un caballo, reaze sus soldados i les buelbe á la pelea. Este esfuerzo agozó de tal modo las pocas fuerzas que le quedaban, que notando sus oficiales que no podia ya tenerse en el caballo le bolbieron á la litera, en la que al momento se desmayó: algunos instantes despues bolbió en sí, pero no tubo mas tiempo que para recomendar á los que le rodeaban que ocultasen su muerte asta que la bictoria se dezidiese. En seguida poniéndose el dedo en la boca, como reiterando el órden que acababa de dar, espiró.

No ofreze la istoria ejemplos de mas firmeza de ánimo. Estaba Moluc dotado de las qualidades mas apreziabiles, i tenia quanto inspira res-

peto : era justo , jeneroso , i lo que es raro entre africanos , abiase distinguido siempre por su candor é integridad tanto como por su prudenzia , su magnanimidad i su balor : libró á su pueblo de la tiránica opresion de un usurpador ; i si mas bibiera condujera á su nazion á un grado de gloria i prosperidad á que no a podido despues llegar.

Persuadidos sus soldados de que aun bibia i era testigo de su balor izieron esfuerzos asombrosos. Los españoles , alemanes , i portugueses les atacaban con el mayor furor ; empero obligada la caballería á replegarse sobre la infantería introdujo en esta el desórden i la confusion rompiendo sus filas. Entonzes la caballería mora se arrojó á ella por todas partes é izo una horrible matanza , de la que solo los prisioneros se libraron.

Poco sobrebió don Sebastian á esta sangrienta catástrofe. Antes de la aczion se condujo como pudiera el jeneral mas experimentado así en establecer el órden de batalla como en distribuir las tropas. En ella dió muchas pruebas del mas eróico balor : biósele correr de fila en fila animando con su ejemplo i eszitando con sus discursos el balor de sus soldados , esponerse á todos los peligros , i arrojarle con espada en mano á lo mas enzendido de la pelea : tres caballos murieron bajo de él. Muerto á su lado su porta estandarte , los soldados en la confusion , tubieron otro estandarte por el suyo , le siguieron , i dejaron á su rei casi solo en medio de los enemigos. Gritabanle los moros que se rindiese , i le conserbarian la vida : « no podreis conserbarme el onor » les respondió don Sebastian. Al mismo tiempo acompañado solamente del conde de Bimioso , de Cristobal Tabora , i de Nuño de

Mascareñas se arroja al enemigo, pelea como desesperado, be caer á sus lados á Bimioso i Tabora, faltanle las fuerzas para defenderse, i es cojido i desarmado por los moros. Todos quieren la gloria de tener en su poder tan illustre prisionero, i se la disputan con las armas, asta que acudió un ofizial, le da un sablazo en la cabeza, le tiende muerto á sus pies, i con esta bárbara aczion puso fin á la querella. (1)

Así murió el baleroso, pero temerario rei don Sebastian; dejando un ejemplo terrible de los funestos efectos de la ambizion i del balor cuando no los templa la prudenzia i la moderazion. Con él perezió en aquella fatal jornada la mayor parte de la nobleza portuguesa, i ocho mil soldados: el resto del ejérsito quedó en esclabitud: los pocos que escaparon uyeron á Arzila i Tanjer: desbenturada espedizion por la cual quedaron estinguidas muchas de las primeras familias portuguesas. (2)

Don Enrique, tio de don Sebastian, cardinal presbitero, le suzedió en el trono; mas como de complexion débil, mui anziano, i demasiado enfermo, no abia aparienzias ni de que bibiese mucho, ni de que dejase ijo que eredasé la corona: i todos los que presumian tener algun derecho á ella se prepararon desde entonzes á azerle baler para cuando muriese.

(1) Esta relacion de la muerte de don Sebastian es tomada de Nufio de Mascareñas, testigo ocular que segun de Thou mereze entero crédito, por mas que algunos istoriadores digan que el rei se dió á sí mismo la muerte.

(2) Maomet se aogó uyendo de los que le perseguian. Amet, ermano de Mulci, le suzedió en el trono de Fez i de Marruecos.

Siete eran los pretendientes : Catalina , duquesa de Braganza ; Felipe , rei de España ; Filiberto Emanuel , duque de Saboya ; Antonio , prior de Crato ; Ranunzio Farnesio , duque de Parma ; Catalina de Médizis , madre de Enrique III , rei de Franzia ; i el papa Gregorio XIII . Los cuatro primeros , nietos de Emanuel el grande , padre del reinante . La duquesa de Braganza (1) era ija del infante Eduardo , ijo segundo de Emanuel : el rei de España , de la emperatriz Isabel , ija mayor del mismo Emanuel : el duque de Saboya , de Beatriz , ermana menor de la emperatriz ; i á don Antonio le tubo en una manzeba el duque de Bega don Luis , ijo menor de Emanuel . El duque de Parma , ijo de una ija del infante Eduardo , era biznieta de Emanuel . La reina Catalina , madre del rei de Franzia , fundaba su derecho en la suposizion de dezsender de Alfonso III , muerto cosa de tres siglos antes . El papa alegaba que siendo el reino de Portugal un feudo de la santa sede debia ir á él en defecto de baron de la línea recta . Aspiraba Gregorio á la adquisizion de aquel reino con tanto mas empeño quanto mayor era el que tenia en zefir con una corona las sienes de su ijo natural : antes le abia lisonjeado la esperanza de berle rei de Irlanda con la ayuda del rei de España : i no debiendo presumir que este soberano tan poderoso renunziase por complazerle á los derechos que tenia al trono de Portugal , parecia una locura entrar en concurrencia con él .

No eran mejor fundadas las pretensiones de Catalina de Médizis : las esperanzas que podia

(1) El duque su esposo era tambien de la familia real , pero no de la línea recta .

tener, si efectivamente tenia algunas, eran tan quiméricas como las de Gregorio XIII. Así, pues, lo que se puede presumir con mas berisimilitud es que aquella política prinzesa no tenia otro objeto en aparentar la defensa de sus derechos, que el de suszitar ostáculos á los proyectos ambiziosos de Felipe II, i dar un pretexto al rei de Franzia para que se opusiese á ellos.

Nada tenia que temer Felipe de la concurrenzia de los duques de Parma i de Saboya; pues ademas de que las pretensiones de estos no estaban tan bien fundadas como la suya, tenia con ellos una mui estrecha alianza; i por otra parte le estaban en zierto modo sometidos por la nezesidad que tenian de su apoyo i aun de su proteccion.

Si don Antonio ubiera probado el matrimonio de su madre, fuera su derecho incontestable: lo intentó, pero en bano. Sin embargo no renunció á sus pretensiones; i persistiendo en el proyecto de ser rei logró por su actibidad é industria azerse un partido considerable en el pueblo. La mayor parte de la nobleza i el rei, viendo la imposibilidad de que don Antonio probase su lejitimidad, se inclinaban á la duquesa de Braganza, cuyo derecho tenian por mejor que el de Felipe, no solo porque deszendia por los barones de Emanuel, i Felipe por las embras, sino tambien porque una lei fundamental escluia del trono á todo extranjero, aziéndole inábil para suzeder en él.

Los agentes de Felipe en Lisboa combenian en que si el padre de la duquesa bibiese era su derecho incontestable; pero que abiendo muerto sin poseer la corona no se debía mirar sino al grado actual de consanguinidad con don Emanuel; i que como su amo i la duquesa se

allaban en igual grado , se debia en este caso dar la preferenzia al baron. Sostenian tambien que la lei que escluia á los estranjeros no podia entenderse con el rei de España , pues que antes Portugal abia pertenezido al rei de Castilla.

Ademas de estas razones , que no podian menos de ser mui débiles para los que no tenian ningun motibo particular de desear que á Felipe se diese la preferenzia , el duque de Osuna su embajador , procuraba azer balar otras con el tímido i escrupuloso Enrique. Aziale presente que le seria al duque de Braganza imposible mantenerse en el trono contra los esfuerzos de un competidor tan poderoso como su amo. Poniale delante las consecuencias funestas para su pueblo de una guerra inevitable que tendria que sostener contra España ; i que si tan temible azote desolaba el pais , mui luego perderia las bentajas de los descubrimientos i conquistas gloriosas echas por su padre i hermano.

Deseaba Enrique sinzeraamente prebenir estas desgrazias , i resolvió examinar i discutir con la mayor atenzion los derechos respectibos de los pretendientes , consultó á los mas hábiles jurisconsultos que abia en Europa , i combocó las córtes para que le ilustrasen con su dictámen azerca del partido i dispoziones que se debian tomar en aquellas zircunstanziyas. Aconsejabanle unos que inmediatamente nombrase á cualquiera de entre ellos fuese el que quisiese : otros por el contrario le induzian á que no prezipitase la eleccion , sino que examinase con la mayor escrupulosidad el derecho de cada uno. Preferido este dictámen , izoles zitar Enrique para que compareziesen ante él. Embiaron todos sus diputados , que defendieron

la causa de su amo como ubieran podido azerlo ante un tribunal ordinario de justizia , i en un negozio puramente zibil.

Esta discusion estraordinaria en que parecia debia tenerse tanto miramiento á la equidad i la justizia , era mui conforme al gusto i carácter débil é irresoluto de un rei que abia pasado su vida oyendo disputas frívolas de teólogos. Las jentes sensatas i prudentes bituperaban esta determinazion , no creyendo que la suerte de los reinos pudiese dezidirse con las formalidades i segun los prinzipios de la leyes. Juzgaban este ridiculo esámen no solo inútil al fin que el rei se proponia , sino capaz de dibidir el reino en facciones que tarde ó temprano enzendiesen una guerra zibil.

Lo que segun se dezia debió el rei azer fué declararse dêsde luego por la duquesa de Braganza , cuyo derecho segun las leyes aun las comunes de suzesion , era incontestable , ademas de ser entre los pretendientes la mas agradable á la nazion : que elejida , i combocadas las córtes debió proponerlas que reconoziesen los derechos de la duquesa , i lo ubieran echo de buena gana ; i despues , que la prestasen juramento de fidelidad el ejérxito i los empleados públicos. En lugar de perder un tiempo prezioso en deliberar i oir pareceres ubiera sido mejor que pensase en los medios de poner el reino en estado de defensa contra las empresas del rei de España.

Mas , don Enrique era incapaz de ninguna resoluzion que nezesitase balor , firmeza i actividad. Tan afecto á la duquesa , i opuesto á Felipe como el pueblo i la nobleza , permanezia empero irresoluto , i sin arrestarse á resolver

gastando el tiempo en deliberar , como si ubiera estado seguro de bibir muchos años.

Cansado no obstante de permanecer en aquella perplejidad , pensó seriamente en la proposizion que algunos de sus cortesanos le abian echo de que se casase. En consecuenzia , i sin considerar su abanzada edad , sus achaques , ni su carácter sazerdotal , embió al papa una embajada para obtener la dispensa nezesaria. Aunque ninguna aparienzia abia de que bibiese bastante para ber realizados sus deseos , ni menos para que dejase un erederero ; sin embargo , tan luego como Felipe lo supo le embió al dominico Fernando de Castello para que le disuadiese , representándole que su matrimonio causaria el mayor escándalo á todos los católicos , i seria un triunfo para los luteranos i los otros sectarios. Mas , don Enrique reusó dar audiencia á aquel embiado ; lo cual fué para Felipe una prueba , mayor que cuantas asta entonces abia tenido , del despego del rei , i un estímulo para que emplease como lo izo quanto influjo pudo tener con el papa para impedir la conzesion de aquella dispensa.

Al mismo tiempo no ubo nada que no iziese por conziliarse el afecto de la prinzipal nobleza portuguesa ; i por medio de los emisarios que allá tenia izo zircular una espezie de manifiesto , tanto para apoyar sus pretensiones quanto por preedispouer al pueblo á que le prefiriese como que era entre todos , el que despues de la muerte de don Enrique tenia mas derecho al trono.

No produjo este manifiesto el efecto que esperaba : irritó contra él al rei , i no debilitó la abersion de los portugueses á los castellanos :

abersion trasmitida de padres á ijos , i que les azia odiosa la dominazion española. Tampoco en el carácter personal de Felipe abia nada que contribuyese á disipar aquella prèbenzion odiosa , ni á azerles que mudasen de opinion.

Si don Enrique se aprobecara de estas disposiciones , i reconoziera por su suzesora á la duquesa , casi todos sus basallos se ubieran apresurado á sostenerla. Ubiera proporcionado fuerzas bastantes , con las cuales i los ausilios de potenzias estrangeras obligara al rei de España á que desistiese de sus intentos , i sino desistia , impedir que los realizase. Mas , á nada de esto se acudió : el duque i la duquesa de Braganza contenidos por el temor que les inspiraba el poder de Felipe , i el rei siempre débil , é irresoluto persistiendo en la bana creenzia de que Felipe así bien que los otros , estarian en todo á su determinazion , nada izieron para que la nazion se interesase por ellos.

Menos dudó en dezidirse sobre las prètensiones de don Antonio , i menos miramientos i reserba tubo con él que con los otros competidores. Estaba por el papa autorizado para resolver azerca de la lejitimidad de aquel príncipe. De los testigos que este produjo para justificar el matrimonio de su madre , dos confesaron que se les abia sobornado , i otros dos se contradijeron en sus deposiciones. Ademas de qué el padre de don Antonio en su testamento no le llama sino su ijo natural. Todo esto junto , le parezió á don Enrique mas que suficiente para declarar como lo izo que su sobrino no era ijo lejitimo del duque de Bega como pretendia. Mas , don Antonio tubo bastante crédito con el papa para conseguir que rebocase su bula , á pretesto de que el rei se abia eszedido de las facul-

tades que en ella se le conferian. Esto irritó á don Enrique contra el papa i contra don Antonio á quien desterró de la corte, i despues del reino. Retirose don Antonio á Castilla donde permanezió algun tiempo. Buelto que ubo á Portugal le fué fázil conozer que la determinazion de su tio no abia producido en los portugueses el efecto que aquel esperaba. La adesion que le tenian era la misma; i como nadie trataba de formar partido por la duquesa, la mayor parte se declaró por él, mirándole como el único recurso que les quedaba contra la tiranía española. Estas disposiciones de los portugueses, i la actividad con que don Antonio procuraba aumentar el número de sus partidarios izieron conozer al rei de España que no con manifestos ni raziozios, ni por medio de particulares instancias adquiriria baledores, sino apoyando sus pretensiones en la fuerza de las armas. Resuelto á ello mandó lebanantar tropas en España, Italia i Alemania, i dió orden al marques de santa Cruz para que tubiese la armada pronta á obrar. Mas, como era mui de temer que muchas potenzias se le opusiesen; para deslumbrarlas i disipar su cuidado izo correr la boz de que aquellos preparatibos eran consecuencia de la alianza que abia echo con el rei de Marruecos, en birtud de la cual debia unir con él sus fuerzas para atacar á Arjel. Creyéronle muchos soberanos, de modo que ni el de Franzia, la de Inglaterra, ni ninguna de las potenzias de Italia ni Alemania se curaban de lo que azia. Entre tanto la salud del rei de Portugal se debilitaba sensiblemente, i los que le rodeaban conozian que su fin estaba mui próximo. En este estado parezió mas cuidadoso que nunca de designar su suzesor; i en consecuencia combocó las cór-

tes en Almerin con intento de elejir entre el rei de España i la duquesa de Braganza, el que notase que las seria mas azepto. Propuestos ambos, no pudieron combenirse los diputados: la mayor parte de la nobleza estaba por Felipe, que por barios medios la abia atraido á su partido; empero los diputados de las ziudades le eran contrarios; tenian á su persona i su gobierno una abersion imbenzible.

Miéntras se deliberaba i disputaba con mayor calor sobre cual de los dos competidores debia ser preferido murió el rei, dia 31 de enero de 1580, dejando una rejenzia de zinco personas con poderes para nombrar su suzesor.

El primer acto que de su autoridad izieron fué embiar una embajada al rei de España para disuadirle de que tomase la bia de las armas antes que ubiesen puesto en ejecuzion la última boluntad del rei difunto, i pronunziado sobre su derecho á la suzesion. Mas, teniendo Felipe casi acabados todos sus preparatibos respondió que su derecho era incontestable, i que no le someteria á los rejentes ni á las córtes, ni creia nezesitar que le confirmase ninguna espezie de juicio fuese el que quisiese.

Esta respuesta puso á los rejentes en la mayor perplejidad: los mas estaban por él; pero el temor de la indignazion pública les impedia declararse. Bieronse pues obligados á mandar que se pusiese la armada en estado de obrar, que se reforzasen las guarniziones, i que se reparasen las fortalezas fronterizas. Pero los grandes esfuerzos que don Sebastian izo, i el estado á que tenian reduzido al reino las muchas expediciones á las Indias i á la América, cuya utilidad aun no abia sido bastante para indemnizar los gastos que abian causado, i la pérdida

de ombres que se abia padezido , impossibilitaron á los rejentos de probeer á la defensa del reino contra fuerzas como las con que el rei de España iba á atacarle.

Constaba el ejérxito de este de treinta i seis mil ombres inclusos quatro mil gastadores ; i su armada de treinta nabios de línea , diez i siete fragatas , i setenta galeras i barcos de transporte destinados á la conduczion de muniziones de boca i guerra. Para someter un reino en tan mal estado de defensa , i tan debilitado como Portugal entonzes , por las dibisiones i turbulenzias interiores , no parece que se nezesitaban tantas fuerzas de mar ni tierra. Pero sobre que Felipe era por naturaleza mui prudente i algunas bezes asta el eszesos en sus empresas militares , es de creer que en aquellas zircunstancias pensaba mas en la importanzia que en la dificultad de la conquista : acaso tambien temia que la Franzia i la Inglaterra se le opusiesen , i favorezieren á los portugueses.

Dió el mando de la armada al marques de santa Cruz ; el mas ábil i experimentado ofizial de la marina española. Menos dezidido en la elezion de jeneral del ejérxito , dudó algun tiempo ; no porque no conoziese el mérito i la capacidad de cada uno de sus jenerales ; pues aun bibia el duque de Alba , i sabia el rei que poseia todos los talentos , i todas las calidades nezesarias para el logro de la empresa que proyectaba.

A su buelta de los Países Bajos alló el duque en su amo la misma confianza de que antes gozaba , i permanezia á su lado teniendo el mayor favor : mas como su ijo don Garzia ubiese engañado con palabra de casamiento á una dama de la reina , le izo arrestar el rei , manifes-

tando que no obtendría libertad asta que cumplierse su palabra. Faborezió el duque la fuga de su ijo, i sin miramiento á las órdenes del rei concluyó su casamiento con su prima, ija del marques de Billena. Irritado el rei con este prozeder que calificaba de atentatorio á su autoridad, negó al duque la entrada en palazio, i le confinó en el castillo de Uzeda. Sufrió el duque con mucha impazienza esta afrenta, i logró que el papa i algunos príncipes estranjeros interzediesen por él; mas inútilmente, i allí azia dos años que permanezia.

Tanta seberidad por tan lijera ofensa de un tan antiguo como buen serbidor, ya en lo postrero de la vida, atribuyeronla unos al carácter imperioso é inflexible del rei, otros á que azia mucho tiempo que le incomodaba la arroganzia del duque; i que la falta porque le castigaba no era mas que un pretesto para alejar un cortesano, cuyo carácter i modales abian llegado á serle insufribles.

Mas fuese el motibo que quisiese, es mui presumible que su orgullo, la desconfianza que le era natural, i las sospechas que podia tener le retrajesen al rei de confiar empresa de tanta importancia á un sujeto con quien tan inesorable abia sido. Así fué que á todos sorprendió la notizia de que dos secretarios de estado abian pasado á ber al duque de parte del rei i preguntarle si le permitia su salud encargarse del mando del ejérxito destinado á la conquista de Portugal. Respondió el duque, que consagrado al serbizio de su amo estaba pronto á sacrificar en él la poca salud, fuerza i vida que le quedaban. Inmediatamente partió para Barajas á esperar órdenes. Entre tanto pidió al rei lizenzia para pasar á besarle en Madrid la mano, i se le negó.

Era Felipe duro i severo asta con los ministros que mas estimaba: la clemenzia le era desconozida: nunca perdonó ofensa ni olvidó injuria. Aun mismo tiempo embió sus instrucciones al duque, i la órden de que lo mas pronto posible pasase al ejérxito. Los que se acordaban de las orribles crueldades que el duque cometiera en Flandes, beian con una espezie de satisfazion el desaire que acababa de sufrir; empero no podian negarle el tributo de alabanzas que tan debido le era por aquella inmutable fidelidad que tan bien sienta á un basallo respecto de su soberano; fidelidad que en una edad abanzada i con una salud débil le abia animado á esponerse á los peligros i fatigas de la guerra por un prínzipe que con tanta ingratitud le tratara.

Rezibidas las instrucciones partió inmediatamente de Barajas para Badajoz donde estaba la masa del ejérxito, al cual izo marchar muy luego por Yelbes i Olibenzia; cuyas ziudades así como todas las situadas al norte del Tajo asta Setubal que está al occidente, le abrieron las puertas; i á pesar de la abersion que los abitantes tenian al gobierno español proclamaron rei á Felipe II. Banamente ubieran querido resistir: ni tiempo tubieron para azer los preparatibos nezesarios á la defensa.

La armada dió al mismo tiempo la bela en el puerto de Santa María, i sin allar resistenzia se apoderó de Lagos, i de las otras ziudades del Algarbe i el Alentejo, i dió bista á Setubal algunos dias despues que llegó el ejérxito.

Estas conquistas ninguna sangre costaron como que ningun ostáculo se opuso á la armada ni al ejérxito. Al prinzipio era el ánimo del duque marchar en derechura á la capital; pero mudó de dictámen luego que supo que don An-

tonio abia reunido un buen golpe de tropas, que Lisboa le abia abierto las puertas i proclamado rei; i que ademas se abian fortificado i puesto en estado de defensa muchas plazas i ziudades por donde el ejérsito español nezesitaba pasar.

Tres dictámenes ubo en el consejo de guerra que zelebró el duque para tratar del camino que se abia de seguir. Fué el primero que pasase el ejérsito el Tajo á algunas millas de Lisboa entre Almerin i Santaren: el segundo que se embiase la armada ázia Almeida, en frente de Lisboa, i se desembarcasen allí las tropas; i el terzero que por mar se trasportase el ejérsito de Setubal á Cascaes. La mayor parte de los oficiales se declararon por los dos primeros como menos arriesgados que el terzero. Sin embargo el duque estuvo por este, empero combiniendo en que las razones de los que seguian los otros dictámenes eran mui justas. En favor del suyo notaba que allándose el ejérsito zerca de la armada seria su embarque pronto i fázil: que la travesía de Setubal á Cascaes era mui corta; i que no abiendo tenido tiempo el enemigo paraazer sus preparatibos ni ponerse en estado de defensa importaba mucho la brebedad, ó mas bien de ella dependia el buen ecsito de la empresa.

No se engañó el duque: la repentina llegada de su ejérsito produjo en los portugueses el efecto que se abia prometido: i aunque formados estos en batalla en la orilla del Tajo parezian resueltos á oponerse bigorosamente al desembarque; empero tan luego como empezó á jugar la artillería de la armada, abandonaron la ribera, i el desembarque se izo sin la menor oposizion. Aun pudieron los portugueses aber

detenido al ejérsito, dado que para llegar á Cascaes nezesitaba pasar por un camino estrecho, tajado en una montaña, defendido por una batería, i ocupado á trechos por riscos i breñas. Guardaban aquel paso de tres á cuatro mil ombres, á las órdenes de don Diego de Meneses, jeneral en jefe de las tropas portuguesas. La empresa de forzar aquel punto era arriesgada i aun temeraria. Sin embargo, preszindiendo el duque de la situazion i de las fuerzas que le defendian dió orden para pasar. Un anziano i experimentado ofizial, i amigo suyo, llamado Barriettos, le llamó á parte i le preguntó: si el emprender con tan poca precauzion desalojar á un enemigo de un puesto de suyo tan fuerte, no era mas propio de un guerrero jóben, bibo i fogoso, que de un jeneral experimentado? «Un buen jeneral, le respondió el duque sonriéndose, debe en ziertas ocasiones tener la prudenzia i zircunspezcion de un anziano, i en otrás el ardor i la confianza de un jóben.» El suzeso justificó que la conducta del duque, temeraria en solo la aparienzia, fué la mas conforme á las zircunstanzias. Animados los españoles por la confianza que su jeneral manifestaba, marcharon denodadamente al enemigo; i los portugueses intimidados se retiraron sin atreberse á esperarlos: eran reclutas que aun no abian tenido tiempo para acostumbrarse á la disziplina militar.

Inmediatamente puso el duque sitio á la ziuudad i castillo de Cascaes, i por la rapidez de sus operaciones obligó bien pronto á la guarnizion á que se rindiese; mas la crueldad que usó con los portugueses que se le entregaron á discrezion amanzilló la gloria que su sabiduría i valor merezian. En descrédito de la palabra que

abia dado á don Antonio de Castro , señor de Cascaes , que se unió á él luego que llegó á Portugal , permitió que los soldados saqueasen la ciudad , embió á las galeras la guarnizion , izo morir sin ninguna forma de juizio á don Diego de Meneses , caballero de una mui ilustré familia , i que por su propio mérito era unibersalmente querido i respetado. (1) Mubió al duque á cometer aquella barbarie , un resentimiento personal ; empero que no es de presumir se atrebiese á satisfazerle en aquella ocasion sino creyera su conducta conforme á las intenziones de su amo. Quisose por este medio inspirar terror á los portugueses , empero tambien se les inspiró mas abersion que nunca. La nezesidad , que es el pretesto ordinario de los tiranos , no podia entonzes justificar á los españoles : la superioridad de sus fuerzas sobre las que se les oponian , era demasiado grande para nezesitar recurrir á otros medios.

La toma de los fuertes de san Juan i Belen siguió mui de zerca á la de Cascaes : poco tiempo gastó el duque en someterlas : imitó su ejemplo Almeida , i casi todas las otras plazas fuertes situadas en ambas riberas del Tajo , que la armada redujo á la obediencia del rei de España.

Miéntas sus armas azian tan rápidos progresos , considerando don Antonio la debilidad de su partido , izo por obtener condiciones benrajosas ; i no abiéndolas logrado fué á acampar con todas las tropas que abia podido reunir , al este del rio de Alcántara , en el camino que ba á Lisboa.

Mantubole el duque algunos dias con la esperanza de un combenio ; empero su objeto era

(1) De Thou , C. 70 , c. 10.

que en el ejérxito portugues creziese el desaliento que ya sabia reinaba. Tambien empleó el tiempo que duraron las pláticas en tomar informes esactos de la situazion i fuerza del campo enemigo. Luego que los tubo, resolvió atacarle el 25 de agosto. Pero para azercarse á las trincheras nezesitaba apoderarse del puente de Alcántara, ó llebar el ejérxito á mucha distancia por zima del rio, cuyas márgenes eran tan agrias i escarpadas como imposible que pasase por ellas infantería ni caballería á bista del enemigo. Formó pues en batalla el grueso del ejérxito en frente de las trincheras de los portugueses, i embió la caballería, mandada por su ijo Fernando de Toledo, i dos mil infantes escogidos capitaneados por Sancho de Abila, á que badeasen el rio algunas millas mas arriba, por un sitio en que las márgenes eran menos agrias. Al mismo tiempo mandó á Próspero Colona que atacase el puente con los italianos: dos bezes fué rechazado; pero con un refuerzo que le embió el duque se quedó con él al terzer ataque.

Mui luego se presentaron Toledo i Abila con las tropas que acababan de badear el rio, i su bista aterró á los portugueses, que temiendo se les cortase toda comunicazion con la ziuudad izieron una débil resistenzia, arrojaron las armas, i uyeron. Siguenlos el alcanze los espafíoles i matan de dos á tres mil.

No mostró aquí don Antonio balor ni conducta: uyó como sus soldados, i con ellos se metió en Lisboa. Mas, luego conozió que no estaba allí seguro, porque ademas de no allarse la ziuudad fortificada en terminos de azer una larga resistenzia, los majistrados i una gran parte de los abitantes abandonaron su partido; de modo que para reclutar su ejérxito tubo que re-

currir al miserable medio de poner en libertad á los presos. Inmediatamente despues salió de la ziuudad acompañado del conde de Bimioso i del obispo de la Guarda , sus dos amigos i mas zelosos partidarios ; i escoltado de un pequeño cuerpo de tropas se dirijió á Santaren.

Los majistrados de Lisboa no dudaron un momento en someterse al benzedor, é inmediatamente despues de la batalla le entregaron la ziuudad. La armada imitó su ejemplo , amainó el pabellon delante del de el marques de santa Cruz , que la izo ocupar por tantos castellanos que pudiese estar tan seguro de ella como de la suya.

En estas zircunstanziyas era interés del rei de España el que se probeyese á la seguridad de Lisboa i de sus arrabales estramuros , con la misma atenzion i cuidado que á la de cualquier otra ziuudad de sus dominios. Berdad sea que el duque cumplió lo que á los majistrados ofreziera , asta impedir que entrase en la ziuudad un gran número de soldados ; pero abandonó á estos los arrabales , que no eran entonzes de menos considerazion que la ziuudad misma , i los saquearon sin distinzion de amigos ni enemigos. Permitted tambien el saqueo de las casas de los adictos á don Antonio , al mismo tiempo que conzedió á barios destacamentos el saco de las campiñas i lugares zircumbezinos. Zierto es que un istoriador español para disculpar al duque dize que estos eszesos se cometieron sin su notizia ni consentimiento ; mas , si así ubiera sido , los abria castigado , i no lo fueron. Ademas , ninguna indemnizazion se dió á tantos millares de personas inozentes , que confundidas con los que podian no serlo respecto de los españoles , tu-

bieron la misma suerte i experimentaron las mismas desgrazias.

Despues de una conducta tan bárbara como imprudente no era de esperar que los de Lisboa benziesen tan pronto su abersion al gobierno de su nuevo señor. El temor de ser oprimidos i el que les inspiraba la tiranía del duque, les arrancaba el juramento de fidelidad que de ellos esijia, i el mismo motivo tubieron para asistir, i aparentar que tomaban parte en los regozijos públicos que ordenó se iziesen en zelebridad de sus triunfos. El dolor de aquellos desgraziados naturales era demasiado beemente para que del todo pudiesen disimularle: trasluziase por entre la fingida alegría: las aclamaciones eran débiles, i los gritos de regozijo, mezclados con suspiros i jemidos.

Mas, poco tiempo despues de su entrada en Lisboa disminuyó el contento que su prosperidad le daba, la noticia de que el rei abia enfermado i tan de peligro que los médicos dudaban de su vida. Temia el duque que la muerte del rei en aquellas zircunstanziyas podria malograr su empresa, é inutilizar cuanto llebaba echo para la conquista de Portugal; i en consecuencia suspendió por algun tiempo las operaciones militares.

Don Antonio por su parte trabajaba con la mayor actibidad, i empleaba todos los medios que él i sus partidarios imaginaban para levantar un nuevo ejérxito. Esperaba mantenerse asta poder persuadir á la Franzia i á algunas otras potenzias que se declarasen en su favor i le embiasen socorros. Al prinzipio se abia declarado por él la ziedad de Santaren, i aun rezibido como á su lejítimo soberano, tributándole los na-

turales el mayor respeto i afecto; mas, luego que abandonó á Lisboa, i bolvió como dijimos á refugiarse en Santaren, reusaron rezibirle, asta que se obligó á no permanecer mas que el tiempo que se le dió; é inmediatamente despues de su salida embió la ziedad diputados al duque ofrezéndole someterse.

Desde allí se dirijió don Antonio al norte; i en una probinzia situada entre Duero i Miño persuadió asta ocho ó nueve mil ombres á que tomasen las armas en su favor. Al frente de aquel ejéztito poco aguerrido i menos disziplinado, logró ya por fuerza ya por persuasion entrar en la ziedad de Abeiro i despues en la de Oporto; mas, en ambas trató con la mayor soberidad á cuantos sospechó que no eran de su partido: conducta torpe i mal combinada con la nezesidad que tenia de aumentarle.

Permanezió en Oporto asta que supo que libre el duque del cuidado en que le abia puesto la enfermedad del rei, embiaba contra él un cuerpo de zinco á seis mil ombres mandados por Sancho de Abila, que abanzaba con la mayor zeleridad á lo largo del Duero. Sabia don Antonio bien á su pesar la gran diferencia que abia de sus tropas indisziplinadas á las de Abila: conozia ademas la gran habilidad de aquel jeneral, que tantas pruebas abia dado de ella en los Paisés-Bajos i en otras muchas partes; i juzgó que su salud dependia de impedir que pasase el Duero; tan rápido i profundo por muchas millas de la parte arriba de Oporto, que no era posible atravesarle sin barcos. Para que no los tubiese cuidó de recoger cuantos abia al sur del río, i situó sus tropas en diferentes partes de la ribera á fin de que obserbasen los mobimientos del enemigo.

Entre tanto Abila abanzaba : se apoderó de Billa-Noba que está frente de Oporto , i de allí embió á recojer i reunir los barcos i barcas que ubiese ; pero ya la prebision i dilijenzia de don Antonio abia echo bana la suya. Abila que abia tomado mui á pechos el logro de aquella empresa izo que se repitiese la dilijenzia , i que subiesen en busca de barcos mas arriba que antes: así lo izieron i se apoderaron de unos beinte que allaron ; empero á tanta distanzia de Oporto, que no presumiendo don Antonio que pudiesen ir asta allá á buscarlos , no cuidó de recojerlos. Tenian los ofiziales de Abila por imposible tentar con tan pocos barcos el paso del rio , i por imposible tambien conduzirlos asta la altura de Oporto, porque el paso estaba guardado por un gran número de bateles armados. En este estado tomó Abila el partido de embiar una parte de sus tropas al paraje en que se tenian los barcos reunidos : atrabesaron el rio sin obstáculo, i aun tubieron tiempo de atrincherarse antes que don Antonio tubiese noticia de semejante pasaje: el resto del ejérxito de Abila no tardó en reunirseles pasando del mismo modo.

Esta inesperada felicidad con que daba principio á su empresa fué para Abila una espezie de seguridad de la bictoria, al mismo tiempo que le dió á conozer lo poco temible que era el enemigo con quien se las tenia que aber ; pues que en una ocasion que tan importante le era , ni bator ni bijilanzia abia tenido. El modo con que despues se condujeron los soldados de don Antonio mostró que su negligenzia i cobardía en permitir que los españoles pasasen el rio pocos á pocos sin osar oponérseles, dió á Abila fundada esperanza de benzerlos fázilmente. En efecto les izo desaparecer de delante , dispersándoles

enteramente i casi sin derramar sangre. Sin perder tiempo embió Abila un destacamento de caballería en persecuzion de don Antonio, que acompañado de pocos de sus mas adictos, uia ázia Biana, pequeña ziudad de la costa, zerca de la frontera, al norte del reino. Al azercarse los españoles se arrojó don Antonio á un barco; mas embistióle una tempestad, que le bolbió al puerto, casi tan luego como se apartó de él. Abandonando entonzes á los que le acompañaban, se bistió de marinero, i á favor de este disfraz burló las dilijenias de los que le perseguian.

Esto ofrezio á Felipe ocasion de recurrir á su medio favorito: prometió la recompensa de ochenta mil ducados al que le entregase aquel desgraziado fujitibo; empero tal era la abersion que los portugueses á los castellanos tenian, ó su amor á don Antonio, que no se alló ninguno que se dejase seduzir por tan cuantiosa recompensa, ni que por alcanzarla quisiese prenderle, ni aun indicar el lugar de su retiro, sin embargo de que desde nobiembre asta el siguiente mayo, que pudo escapar á Franzia, andubo errante entre Duero i Miño, ya en casa de los nobles, ya en combentos i monasterios.

Dispersado el ejérxito, abrieron todas las ziudades sus puertas á los españoles. Algun tiempo antes, los zinco rejentes del reino, en uso del poder que les dejó el difunto rei, declararon á Felipe por su suzesor. El duque de Braganza mismo, le reconozio por su soberano: desde el prinzipio desconfió de poder sostener los derechos de su esposa contra un competidor tan poderoso; i le prestó el juramento de fidelidad i obediencia que se esijia á los demas basallos.

Las colonias portuguesas de la América, del Africa, i de las Indias siguieron el ejemplo de la metrópoli. De todos los países sometidos á la dominacion portuguesa no ubo mas que las islas Azores contra quien fuese nezesario emplear la fuerza. Los partidarios que don Antonio tenia en ellas persuadieron á los abitantes á que le proclamasen rei. Algunas tropas que embió España á las órdenes de un ofizial llamado Baldés fueron derrotadas por el gobernador de Angra. El año siguiente obtubo don Antonio de la corte de Franzia una armada de casi sesenta nabes, montada por seis mil ombres, con la que abordó á una de las azores llamada san Miguel; pero el marques de santa Cruz que de zerca le seguia con fuerzas mui superiores obtubo una completa bictoria de los franzeses así por mar como en tierra, i de sus resultas quedó todo sometido.

La prosperidad de las armas españolas, i el gran aumento de poder que con ellas acababa de adquirir Felipe, pusieron en mucho cuidado á todas las potenzias bezinas, i mas que á ellas á olandeses i flamencos. Abiales costado infinito el resistir á los esfuerzos que los españoles azian al mismo tiempo que tambien se empleaban en la conquista de Portugal; i nada mas natural que el temor de que ya echa la conquista cayese España con todo su poder sobre ellos i les obligase á someterse con las condiciones que quisiera imponerles. Empero por mas fundado que este temor pareziese, no suzedió lo que temian: i mas adelante beremos que las nuevas adquisiciones echas por Felipe en las Indias, mas bien le espusieron á ser atacado por sus basallos sublebados, que le ofrezieron me-

dios para someterlos; i que prezisamente este mismo acaezimiento fué lo que mas contribuyó á proporcionar á aquellos mismos rebeldes la asombrosa opulenzia, la grandeza i poder á que despues llegaron. (1)

(1) De Thou, 1579. Cabrera, lib. 13. Ferreras, pag. 15.



I S T O R I A
 DEL REINADO DE FELIPE II,
 REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO SÉTIMO.

En tanto que Felipe ocupaba sus fuerzas en la conquista de Portugal, se allaba el duque de Parma sin medios de desembolber aquel jenio activo i emprendedor que tan eminentemente le caracterizaba. Despues que en cumplimiento del tratado que zelebró con las probinzias walonas despidió las tropas italianas i españolas, se alló tan debilitado su ejérsito que no le fué posible estar en campaña. Los estados de aquellas probinzias abian procurado con arreglo al tratado mismo, levantar un ejérsito nazional; pero estaba tan gastada su azienda, que las reclutas no podian azerse sino con mucha lentitud: su caballería era tambien tan débil que se bieron en la nezesidad de consentir que el príncipe retubiese parte de la estrangera que le sirbiese de guardia.

Afortunadamente para él, se allaba la confederazion en aquella época reduzida á la misma debilidad. Despues que sus tropas ausiliares se marcharon, erau mui pocas las que de las su-

yas quedaban; i despues de la separazion de tantos nobles, i de la muerte del conde de Bossut acaezida por entonzes, apénas tenían á su serbizio un ofizial, natural del pais, á quien pudiesen confiar el mando en jefe. El archiduque Matías, á quien sus pocos años no daban mucha esperienzia, tenia el nombre de gobernador, si bien era incapaz de cumplir con las obligaciones del gobierno, cuyo peso caia en el de Oranje, el cual se allaba en un laberinto inmenso de negociaciones políticas á cual mas intrincadas i difiziles: sin su presencia, su bijilancia i su actividad, se ubiera desplomado el débil edifizio de la confederazion. Bióse pues obligado á dejar la direzion de las operaciones militares al conde de Renneberg, á la Noue, i á Norris: ofiziales que si bien de ingenio, valor, prudenzia i esperienzia; empero faltabanles tropas, medios de mantenerlas, i aun los indispensables para conservar las pocas que tenían. (1)

La mayor parte del Brabante i de la Flandes abia aczedido á la union de Utrecht; pero las fuerzas de los estados no eran proporcionadas á su estension: ademas de que los lazos que unian á sus diferentes miembros, ni eran tan fuertes ni tan estrechos como fuera de desear. El gobierno inzierto, i aunque establezido, no enteramente fijado. A la autoridad i poder faltaba un zentro á que biniesen á parar las partes. Las tropas, dispersas en pequeños trozos por las probinzias, bibian en ellas sin disziplina i á discrezion; en casa de los belinos: i como la indiziplina produze la lizenzia, i la lizenzia los eszesos, estaba el pais saqueado, los abitantes oprimidos, impossibilitados de pagar las contri-

(1) Bentiboglio, part. 2, lib. 1.

buciones , i de dar otras cualesquier espezie de auxilios que podían pedirseles. En tan triste situazion se lamentaban muchos de no aver aprobado la ocasion deazer su paz con los españoles ; i asta empezaron á querer aver responsable al príncipe de Oranje. Imputabasele el aver disuadido que se azeptasen las condiziones propuestas : acusabanle de aver tenido en ello mas cuenta con su interés particular que con el de las probinzias : en todas , salbo la Olanda i Zelanda se difundió el descontento , asta el estremo de que se llegase á creer que no tardarian en reconciliarse con el rei de España , ó entregarse á algun otro soberano que fuese bastante poderoso para librarles de las calamidades que les oprimian.

Estaba por aquel tiempo el príncipe de Oranje en Gante ocupado como ya dijimos en apaziguar las turbulenzias suszitadas con motivo de religion. Conformándose con los deseos de los estados izo publicar una espezie de manifiesto apolojético de su conducta. En él desembolbia su opinion acerca de las causas de las desgrazias que experimentaban las probinzias , i de los medios que juzgaba debian emplearse para remediarlas. I como este escrito contiene lo que dijo algunas semanas despues en la asamblea que los estados tubieron en Amberes , i forma un cuadro interesante de la situazion en que entonces se allaban los Países-Bajos , creemos oportuno referir aquí los principales puntos.

Despues de quejarse el príncipe de la injustizia con que se le acusaba de aver echo inútilés las negociaciones de paz del congreso de Colonia , dezia : «Nadie en los Países-Bajos ha tenido mas poderosos motivos que yo para desear la paz : sin ella ¿podia yo esperar el volver á

ber á mi ijo , que tantos años aze no tengo el gusto de abrazar? sin ella ¿debia yo esperar el recobro de los ricos patriuonios que e heredado de mis padres , i que me an robado? sin ella ¿podia yo tener la mas lijera esperanza de pasar el resto de mi vida , ya zerca de su fin , sin turbazion , sin inquietud , en reposo i tranquilidad? Sin embargo , á pesar de tan poderosos motivos personales para desear con mas beemenzia que otro ninguno el fin de la guerra: á pesar del bibe sentimiento i de la compasion que me causan los males que el pueblo sufre ; no puedo menos de mirar la guerra , con todas las espantosas calamidades que la acompañan , como mui preferibles á una paz ofrezida con la condizion de echar de su pátria á muchos millares de buenos zudadanos : á una paz que ubiera dejado á discrezion de los españoles á los que se ubieran quedado en sus casas , sin mas fiadores de su libertad ni de su vida que promesas de ombres abezados á burlarse de los juramentos mas sagrados , i á biolarlos sin el menor remordimiento. Así pensaban tambien los estados , i todos los berdaderos amantes de la pátria , i así tambien prefirieron la guerra. Las imputaciones que se me azen , las calumnias que contra mí se dibulgan no pueden tener otro oríjen que las maquinaziones de los que por miras ocultas desean restablezer en los Países-Bujos el yugo español.»

«Combengo en que los desórdenes cometidos por las tropas en algunas probinzias an dado justos motivos de queja ; pero ¿cómo sin una manifiesta injustizia pueden azerse responsables de ellos á las personas á quienes se ha confiado el gobierno? A éstas debe juzgárselas por lo que mandan , no por el resultado de los medios que adoptan para que lo mandado se cum-

pla. ¿Ni de qué sirbe la autoridad cuando los que la egerzen carezen de medios para azerse obedezzer? El poco miramiento que muchos an tenido á las órdenes de los estados i del consejo de estado, a sido la causa prinzipal de los males de que oi se quejan. En todas las probinzias, salbo la de Olanda i Zelanda, apénas puede zitarse una ziuudad que aya querido rezibir la guarnizion que para su defensa se le a embiado. A esta resistenzia obstinada debe atribuirse la sorpresa de Alost; i la fazilidad con que los españoles an tomado otras muchas plazas: ella es la que a ocasionado la dispersion de las tropas en los diferentes puestos donde a sido nezesario acantonarlas. El efecto de esta dispersion a sido entregar los abitantes del campo i de las ziuudades abiertas, á discrezion de los soldados de los estados, esponerles á las incursiones frecuentes del enemigo, é imposibilitarlos para que contribuyan á los gastos públicos. Por falta de fondos no se a podido pagar el pre á los soldados; i solo cuando se cumple esactamente lo que se les ofreze, es cuando se les puede emplear con esperanza de buen ecsito en empresas de alguna importanzia; i solo entonzes es cuando se les mantiene en una esacta disziplina. Los abusos que oi se lamentan ubieranse prebenido metiendo gruesas guarniziones en las plazas fuertes: así no ubiera llegado á ser absolutamente preziso el dispersarlos por pelotones: el interior de las probinzias no se allára espuesto á ser oprimido por los soldados amigos, ni debastado por los enemigos: el pueblo se beria en disposizion de suministrar los socorros que se le pidiesen: las tropas bien pagadas obserbarian una esacta disziplina que fuera fácil conserbar.

«Debieron tambien los estados aber echo los mayores esfuerzos para poner un ejérgito que pudiese salir á campaña, azer rostro al enemigo, ó al menos embarazarle en sus operaziones; i' Maestricht no ubiera caido en su poder: i si no se pone cuanto antes, pronto se verá la confederazion despojada de las plazas fuertes que aun conserba en el interior de las probinzias. Mucho ubiera balido el que en bez de dejar á cada ziuudad ó probinzia la facultad de disponer como mejor les pareziese de sus tropas i contingente, se ubiera establecido un tribunal particular con el poder nezesario para disponer de los fondos públicos, i el supremo para dirijir la guerra.»

«Yo me guardaria de aconsejar que al tal tribunal se le autorizase para imponer contribuciones, ni azer leyes; empero desearia que se le encargase la recaudazion de las impuestas, i que belase sobre la ejecuzion de las leyes dadas por los estados jenerales de las probinzias de la union. No quisiera que se le sujetase á la zensura ni interbenzion de las ziuudades ni probinzias, ni á darles cuenta en particular; ni que para la distribuzion de tropas en guarniziones, ni para moberlas nezesitase recurrir á la autoridad de los estados jenerales; sino que se le rebistiese de un poder ilimitado para que pudiese aprovechar las ocasiones favorables de obrar cuando se le presentasen, i dirijir con secreto i actividad las operaziones militares.»

Ademas de estos i otros muchos puntos de menor importancia, abenturó el prinzipe en su manifesto, como despues lo izo de biba boz en la asamblea de los estados, sus ideas azerca de otro punto, sobre el que abia meditado mucho, i sondeado á muchos diputados. Teniendo por im-

posible, aun antes de aquella época, el conseguir una transacion estable con la España, esortó en su manifiesto á los diputados de las probinzias unidas á que esaminasen con la mayor madurez si la situazion en que la confederazion se allaba, esijia que renunziasen á la fidelidad debida á Felipe como su soberano, i transfiriesen los derechos, en birtud de los cuales podia esijirla, á algun otro príncipe que pudiese i quisiese defenderlos.

A casi toda la Europa parezió esta proposizion el colmo de la audazia i de la temeridad. Felipe abia sido mirado desde su adbenimiento al trono como el soberano mas poderoso de Europa; i este poder acababa de aumentarse considerablemente con la adquisizion de Portugal: por lo qué parecia mui de temer que las probinzias lebandadas fuesen inmediatamente oprimidas; i que entonzes se arrepintieran de la inconsiderazion con que abian prozedido á declarar abiertamente á Felipe privado de sus derechos sobre ellas.

Abia, no obstante, mui poderosas razones en favor de aquella resoluzion, i aun para persuadir que era la mas azertada que podian tomar en las zircunstanzias en que se allaban, si bien ubiera sido difizil justificarla miéntras les ubiese quedado alguna esperanza de obtener la paz con razonables condiciones. Los males inseparables de una mudanza de gobierno son por lo comun tan grandes, i tan poderosas las razones para que se conserbe el que existe, que solo una absoluta nezesidad puede disculpar á un pueblo que renunzie á la fidelidad que debe á su lejítimo soberano.

El ecsito de las últimas negociaciones de Colonia abia demostrado que Felipe no queria de-

sistir del intento de gobernar despóticamente los Países-Bajos, i violar sus leyes, i sus leyes fundamentales mas sagradas; en fin, que abia tomado la inalterable resoluzion de estirpar la relijion reformada, miéntras que los que la profesaban componian la mayor parte de sus habitantes. Era, pues, imberisimil que pudiese lograrse un acomodo. En tales zircunstanzias, los efectos de la paz fueran para los flamencos la esclabitud i una desolazion jeneral. ¿Podia serles mas funesta la continuazion de la guerra? «Aun conzediendo, dezia el príncipe á los estados, que algunas potenzias mediadoras consiguiesen persuadir á Felipe que nos conzediese condiciones que nuestras conzienzias nos permitieran azeptar; quién nos aseguraria del cumplimiento de lo que nos prometiera? Es una mácsima adoptada por Felipe i su consejo que las promesas ni los juramentos que á los erejes como nosotros se azen no obligan. Aun dado que el rei pensase diferentemente, i que su inclinazion le indujese á mantener sus promesas, disuadirianle el papa i los inquisidores, i lograrían azerle mudar de resoluzion.»

«An dicho muchos que el corazon del rei era compasibo, i que ubiéramos debido descansar en su bondad. Bien podemos nosotros, despues de lo que emós bisto i experimentado, juzgar de semejante aserzion. Lo que de su órden se a echo en Italia, en las Indias, en el reino de Granada; es lo que nos a de induzir á juzgar favorablemente de su carácter? ¿Qué distrito ai en los Países-Bajos, por pequeño que sea, que no aya sido inundado con la sangre de nuestros conziudadanos, muertos á millares con la mas horrible barbárie por órden de su soberano? Todos los reinos que confinan con Espa-

ña , todos los países inmediatos á los de su dominio están oi llenos de basallos suyos, que an llebado allá su industria i sus aberes, i los an enriquezido: mas ¿cuántos ai entre ellos que en su triste destierro se ben reduzidos á la mas espantosa miseria? No ignoramos quanto a debido ofenderle nuestra conducta pasada; i por lo que ya emos bisto, podemos inferir á qué estremo llega su resentimiento.»

«Si para que nos aquietemos se a umillado asta lisonjearnos con la esperanza de un gobierno mas moderado i equitatibo ¿no emos bisto por las cartas, últimamente interzeptadas, que en bez de los designios jenerosos que aparentaba tener, solo trataba de azer que algunas de nuestras probinzias sirbiesen de instrumento de benganza contra las otras?»

Estas consideraciones influyeron mucho en la mayor parte de los diputados; ellas les persuadieron que Felipe abia perdido la confianza i el afecto de los flamencos, i les inclinaron á renunziar enteramente á su obediencia. No obstante algunos de entre ellos que eran católicos, tubieron la entereza nezesaria para esponer con la mayor enerjia razones por las cuales no se debia tomar aquella resoluzion: guiados sin duda por prinzipios de política, ó animados del deseo de salbar su relijion de la ruina total de que estaba amenazada. Estendiéronse mucho azerca del gran poder del rei, i del peligro á que los estados se esponian si á los insultos ya echos, añadian otro nuevo; i concluyeron con que no podian aprobar las biolentas medidas propuestas, sin faltar á sus juramentos: que Felipe era incontestablemente su lejítimo soberano: que su derecho á la soberania de las probinzias era indisputable: que ellos mismos le

abian solemnemente reconocido, con tanta mas justizia, quanto ellas eran un patrimonio que le habia trasmitido una larga serie de ilustres progenitores. (1)

Pero estas razones ningun peso tenian para el príncipe, santa Aldegunda ni los otros jefes del partido protestante, que miraban como irreparable la brecha abierta en la union de Felipe con las probinzias confederadas, contra las cuales sabian mucho antes que estaba implacablemente resentido. « Ya es, dezian, demasiado tarde: al presente no debemos ocuparnos de los medios de concertarnos con el rei, sino de los mas á propósito para librarnos de su enojo i de su benganza. Los escrúpulos que los individuos católicos parece tienen azerca de la legitimidad del derecho de sustraerse de la obediencia del rei, carezen de toda espezie de razon, lo mismo que las dudas sobre la nezesidad de adoptar este medio, i las bentajas que puede producir. La autoridad de que los reyes se allan rebestidos, no es por ellos sino que por el interés de sus basallos es por lo que se les a conferido: i si atentamente se examinan los derechos de la mayor parte de los soberanos de Europa, se allará que no los tienen sino por la voluntad de sus pueblos, que cansados de los ultrajes de los que los gobernaban, les quitaron el poder que les abian dado, para entregarle á otros cuyos deszendientes oi gobiernan. Los pueblos podian lejitimamente azerlo, porque toda espezie de autoridad i de poder tiene por principio la voluntad de los que á él se han sometido. Un soberano es incontestablemente supe-

(1) Bentiboglio, part. 2., lib. 1.

rior á todos los individuos de la sociedad de que es jefe ; pero ni su interés particular, ni su voluntad, ni su felicidad pueden compararse con la seguridad i la felicidad de todos los individuos que le obedecen : i si el soberano abusa de su poder, puede el tribunal supremo de la nazione castigarle, como que es su juez natural, puesto que es lo que es no mas que porque la nazione a querido que lo sea. Si en alguna parte podian ofrezzer alguna duda estas verdades, no en los Países-Bajos, donde no aze mucho tiempo que se conozen el nombre i el poder que comunmente se atribuyen los soberanos. En los Países Bajos siempre an sido rezíprocas las obligaciones del soberano i del pueblo, i es una mácsima jeneralmente rezibida como berdadera, que cuando los contratos son de esta espezie, la infidelidad de uno de los contratantes desliga al otro de sus mas sagradas obligaciones.» (1)

Como los miembros católicos eran muchos menos que los protestantes, i estos estaban resueltos á deponer á Felipe ; en acto seguido prozedió la asamblea al esámen de la reforma del gobierno. Era nezesario substituir un nuevo soberano ó establecer una república segun el plan que la confederazion tenia formado. Todos los diputados ubieran preferido este último, los protestantes por la conformidad que entre sí tienen los prinzipios republicanos, i los de su relijion, i los católicos porque tenian por menor el insulto echo á Felipe, que si se transfiriesen á otro prínzipe los derechos de la soberanía, i porque seria mas fázil en lo su-

(1) Meteren, l. 10. Grotius, p. 70.

zesibo debolberselos , i lograr reconciliarse con él. Empero el estado de debilidad en que las probinzias-unidas se allaban les obligó á sacrificar su gusto á su seguridad. Estaban combenidos por la esposizion del príncipe, de los desórdenes que reinaban , i de las fuerzas i recursos de la confederazion ; que por mas que fuesen su balor i actibidad no podria azer mas que una guerra defensiba , larga i ruinoso, que consumiría lentamente sus fuerzas , i al fin se beria en nezesidad de azeptar las condiciones de paz que el rei quisiese imponer. Combinieron pues todos en que era útil i aun indispensable implorar los ausilios de un príncipe poderoso ; i que para empeñar á aquel á quien se dirijiesen á que tomase su causa con mas calor i sinzeridad que la abian tomado aquellos á quienes antes abian recurrido , era preziso conferirle la soberanía de las probinzias con todas las prerogativas de que asta entonces abian gozado los príncipes de la casa de Borgoña.

Tomada esta resoluzion faltaba dezidir á quien se abia de ofrezar aquella gran dignidad. El de Oranje tenia ya sondado al emperador i á otros muchos príncipes de Alemania , i ninguno de ellos se allaba dispuesto á tomar parte en los asuntos de los Países-Bajos. La reina de Inglaterra i el duque de Anjou eran pues los únicos entre quienes los estados bazilaban , i los únicos tambien en quienes pudiesen poner la mira : mas , se determinaron á preferir al duque porque el príncipe les dijo que debian elejir una persona que residiese en el país , i fuese de la aprobazion de la reina ; la cual le abia comunicado que ayudaria con socorros á las probinzias-unidas si daban la soberanía al duque, con quien tenia muchos motibos para esperar

que bibiria amigablemente. (1) De que se infiere que el príncipe abia ofrezido á la reina que emplearia todo su influjo para que la eleccion recayese en ella; i que si la ubiera encontrado dispuesta á azeptarla, ni él ni los otros jefes del partido protestante ubieran dado la preferenzia al duque. Los enemigos del príncipe le atribuyeron otros motibos: dijeron que solo abia consultado su interés personal: que allándose su prinzipado en medio de la Franzia; i él casado con Carlota de Borbon, prinzesa de la sangre, é ija del duque de Montpensier, debia nezesariamente ser adicto á aquella nazon: que ademas, siempre abia mantenido correspondenzia con los jefes del partido de los protestantes; i en fin que conoziendo al duque, débil, amigo de plazeres i poco del trabajo, esperaba gobernar bajo su nombre. No eran mui imberisimiles estas imputaciones; mas por lo que dejamos dicho se debe juzgar que no por su interés personal dió la preferenzia al duque. Ni ai motibó para creer que la reina ubiera azeptado la oferta, pues que no la azeptó cuando despues se le izo. Era mui ábil política para no prebeer las bentajas que podria sacar del resentimiento que la eleccion del duque naturalmente produziria entre la corte de España i la de Franzia. Sabia tambien Guillermo que seria mas fázil el azer que los católicos renunziasen á la obediencia de Felipe si se elejia un soberano de su relijion, que de la reformada; i abia ademas otro objeto no menos importante á que atender, cual era la acesion de los walones á la confederazion: i mal medio fuera de conseguirlo el coniar las riendas del gobierno á un

(1) Meteren, l. 10.

príncipe protestante. Fuesen en fin los que quisiesen los motivos porque así obraba el de Orange, fué lo cierto que los diputados adoptaron con gusto su opinion, i que en el acto procedieran á la eleccion del nuevo soberano, sino tubiesen el asunto por de tanta gravedad que juzgaran nezesario consultar antes con sus constituyentes.

Miéntas estas deliberaciones no se suspendieron las ostilidades; sino que la debilidad de las partes beligerantes no les abia permitidoazer grandes cosas. Por un estratajema del conde de Egmont se abia apoderado el duque de Parma, de Courtras, i de otras muchas ziudades de Flandes por el mismo medio empleado con igual esito. Al conde de Egmont i su hermano abia echo prisioneros la Noue en Ninobe, i poco tiempo despues el mismo la Noue quedó prisionero del marques de Rubais, comandante en jefe de los walones. Sensibles los estados á la pérdida de un ofizial que en tan eminente grado poseia los mas raros talentos, ofrezieron canjearle por los hermanos conde de Egmont i baron de Selles; mas el de Parma respondió que jamas consentiria que se diese un leon por dos corderos. Condújose á la Noue al castillo de Limbourg, en que permanezió mucho tiempo: allí escribió sus discursos militares i politicos, que publicados despues fueron la admiracion de sus contemporáneos. Entre tanto los parientes del de Egmont i de Selles solizitaron asta con importunidad de Felipe, que consintiese en su canje con la Noue; empero Felipe que jamas oia la voz del reconocimiento ni de la compasion cuando se interponia su interés, no lo permitió, queriendo mas que sus amigos se estuviesen consumiendo por muchos años en una

prision que zeder á sus enemigos la bentaja de poseer á la Noue.

Con la mayor impazienza padezieron los ermanos este indigno tratamiento. El de Selles que se acordaba del zelo con que abia contribuido á separar los walones de las probinzias lebantadas fué bictima del enojo que le causaban la ingratitud del rei, i la desgraziada situazion en que se allaba. Las mismas causas produjeron un efecto diferente aunque no menos sensible en el de Egmont: izieronle perder el juizio: recobrole sin embargo por los tiernos i asiduos cuidados de su ermana, á quien los estados abian permitido que le acompañase en el sitio de su detenzion. Asta 1584 no permitió Felipe que se canjease con la Noue, i eso con la condizion de que este no tomaria contra él las armas en los Países Bajos; i que el rei de Nabarra, el duque de Lorena, i otros ademas, serian fiadores del cumplimiento de esta condizion. Difizil fuera dezidir si la conducta de Felipe prueba mas su bileza é ingratitud que el mérito estraordinario de la Noue, i el temor que sus grandes talentos inspiraban á sus enemigos. (1)

Ázia el mismo tiempo en que la Noue quedó prisionero, tubo la confederazion otra pérdida en la deserzion del conde de Renneberg: este joben nombrado por los estados gobernador de la Frisia se abia apoderado de las ziudades de Debenter, Groninga i otras muchas plazas de gran importanzia. Eran sus serbizios tanto mas apreziables, i su zelo de tanto mas balor, quanto sus pacientes eran mas adictos al rei i

(1) Bentiboglio, lib. 1., part. 2. Reidanus lib. 2. p. 39. & Meteren.

él mismo católico. Mas estas mismas zircun-
 stanzias que tan estimable le azian á sus conziu-
 dadanos, influyeron en que abandonase una
 causa sostenida por él asta entonzes con tanta
 gloria. Bió el de Parma la bentaja que podria
 sacar de estas zircunstanziias ; i para separar al
 conde del partido de la confederazion se balió
 de la ermana de éste i su marido el baron de
 Monzeaus á quien encargó le iziese las siguien-
 tes proposiziones : que se le confirmaria en el
 gobierno de la Frisia , i ademas se le uniria el
 de Ober-Issel : que se le pagarian beinte mil es-
 cudos inmediatamente que el ajuste se conclu-
 yese , i desde entonzes empezaria á gozar de
 una pension de beinte mil florines : que la ziu-
 dad prinzipal de su condado se erijiria en mar-
 quesado ; en fin que tendria dos rejimientos
 para distribuirlos en sus gobiernos, ó colocarlos
 en donde mejor le pareziere. Ademas de estos
 medios de seduczion empleose aun otro no me-
 nos poderoso ; como fué el de darle esperanza
 de que obtendria la mano de la condesa de Me-
 jen , de quien estaba mui enamorado , i era
 dueña de uno de los mayores estados de los
 Paises-Bajos. Los prinzipios de relijion que apo-
 yaban su amor no contribuyeron poco á que die-
 se oidos á las reiteradas reflexiones que su er-
 mana le azia. Ablábale inzesantemente del peli-
 gro á que el catolizismo estaba espuesto , i del
 designio de arruinarle que el de Oranje abia
 formado. El conde sin embargo dudó por al-
 gun tiempo : la idea de la infamia de que iba
 á cubrirse le estremezia é inspiraba un senti-
 miento de terror que le intimidaba ; mas al fin
 se rindió i azeptó las condiziones que se le ofre-
 zieron ; empero tubolo oculto para poder ejecu-
 tar mas seguramente el proyecto de entregar á

los españoles las plazas en que mandaba.

A pesar de todo su disimulo, penetró el príncipe sus intentos : muchas zircunstanziás concurrieron á aumentar las sospechas, i azerle tomar la resoluzion de prebenir, si era posible, los funestos efectos de aquella traizion. Pasó Guillermo á Frisia, i á pretesto de prebenir algunos lebantamientos prontos á suzeder en aquella probinzia mandó á algunos ofiziales que reuniesen sus tropas i las condujesen á Lewarden, Arlinjen, i Staberen ; i así se izo con el mayor secreto i zeleridad, sacando aquellas tres plazas de las manos á quienes se abian confiado.

Asombróle la notizia al conde que se allaba en Groninga, i le izo presumir que sus pérfidos proyectos estaban descubiertos, i que ya no era en su mano el cumplir enteramente lo que al de Parma ofreziera. Mas, ó porque aun no abia tomado todos los medios que se proponia, ó porque le faltase balor para quitarse la máscara, quejóse altamente de la afrenta que dezía se le acababa de azer, i particularmente de la ingratitude con que se pagaban los serbizios que á la confederazion abia echo. Entre los ofiziales que fueron testigos de su bergüenza en aquella ocasion abia dos á quienes ninguna parte abia dado en sus designios, porque conozia que su fidelidad á los estados era superior á toda seduczion. Creyendo ambos que podrian persuadirle á que bolbiese á entrar en la senda del deber le esortaron á que inmediatamente fuese á berse con el de Oranje, i se justificase en zierto modo con esta determinazion de las sospechas que parecia se abian conzebido contra él. « Si sois inozente, le dijo el uno, como yo lo creo, es lo único que en buestro favor podeis azer:

yo no os puedo tener por culpable cuando considero que siguiendo en el partido que la obligazion i el onor os prescriben , areis mas por buestrós intereses personales , que biolando las sagradas obligaciones que abeis contraido , i cubriendo buestro nombre de un oprobio eterno » Renneberg oia esto con atenzion , mudabasele el color á cada instante , i en fin prorumpió en llanto : quejábbase á bezes del indigno modo con que acababa de tratársele ; pero sin esplicarse mas , ni manifestar deseos de dar el paso que le aconsejaban sus amigos ; los cuales conoziendo entonzes á lo que debian atenerse le dejaron ; i despues de informar á los majistrados de lo ocurrido , salieron secretamente de Groninga.

Por su afabilidad, por sus modales insinuantes con los majistrados i el pueblo , i aun mas por las grandes seguridades que les dió de su adesion á la confederazion , logró el conde calmar sus sospechas asta que tubo el proyecto á punto de ejecutarse. Abiendo echo entrar en la ziudad un cuerpo de tropas las ocultó en su palazio , armó á sus criados , i ayudado por los católicos echó la guarnizion puesta por los estados , se apoderó de la ziudad , de la que á sí mismo se proclamó gobernador en nombre de Felipe , i distribuyó sus tropas en los puntos i guarda de las fortalezas.

No gozó mucho tiempo de lo que le dieron i no fué mas que parte de lo que le abian ofrezido en premio de su peridia ; pues no se le dió el dinero prometido ; i la condesa de Mejen casó con otro. Su salud arruinada con las fatigas de la guerra ; i el recuerdo de su traizion de tal modo llenaron su corazon de amargura i remordimientos , que consumidas sus pocas fuer-

zas con tantos pesares reunidos le condujeron al sepulcro en la primavera de su vida. Lloraronle aquellos mismos á quienes abia bendido, lastimados de su desgraziado fin, no mirando en el mas que las cualidades que le azian amable.

El perjuizio que resultó á la confederazion de la prision de la Noue i de la deserzion de Renneberg contribuyó mucho á que se llebase adelante la resoluzion de conferir la soberanía á un príncipe extranjero. Las razones que el de Oranje abia espuesto, i aun mas el mucho crédito de que gozaba dezidieron á las ziudades i probinzias confederadas á que diesen la preferenzia al duque de Anjou. Elijiéronle, pues, los estados jenerales con las solemnidades prescriptas para que la eleccion fuese balida, i nombraron una embajada que fuese á comunicárselo. Azeptó el duque la oferta, con las condiciones que se le esijieron, i en consecuencia se estendió i firmó el acta en 29 de setiembre en Plessis-les-tours donde entonzes se allaba. Fueron los prinzipales artículos:

«Que los estados jenerales de las probinzias-unidas abiendo elejido á Franzisco de Balois, duque de Alenzon i de Anjou, por su soberano, le conferian todos los títulos, prerogativas i derechos de que siempre abian gozado los que lo abian sido: que en caso de que el duque muriese sin ijos podrian los estados elejir otro; pero en ninguno ser la soberanía de las probinzias agregada á la corona de Franzia: que si acaeziese que el duque dejase muchos ijos, podrian los estados elejir el que mas á propósito les pareziese para suzesor del padre: i que si el príncipe que escojiesen no se allase en edad de gobernar por sí, tomarian los estados las riendas del gobierno para entregárselas luego que llegase á

los beinte años : que el duque mantendria imbiolablemente todos los derechos i pribilejos de los pueblos que se le entregaban : que combocaria al menos una vez cada año la asamblea de los estados ; i que sino lo iziese, los estados podrian conforme al uso i costumbre antigua, azerlo por sí tantas vezes cuantas lo juzgasen nezesario : que el duque fijaria su residencia ordinaria en los Países-Bajos, i si por algunos asuntos particulares tubiese que salir de ellos, nombraria para que gobernase en su ausenzia á un caballero natural del país, cuya eleccion aprobasen los estados : que todos los consejeros serian naturales de las probinzias, salbo dos ó tres que podrian ser franzeses i admitidos al consejo, si los estados jenerales daban su consentimiento : que el duque nada innoberia relativo á la relijion, sino que protejeria igualmente á católicos i protestantes : que las probinzias de Olanda i Zelanda en quanto al gobierno i á la relijion permanezcrian en el estado en que se hallaban ; sin perjuizio de contribuir como las otras con los ausilios nezesarios para sostener la confederazion : que el duque emplearia todo su poder para cbtener del rei su ermano que coadyubase á la continuazion de la guerra : que el duque aczederia á todos los tratados de alianza subsistentes entre los estados i las potenzias estranjeras : que no podria formar ninguna nueva sin consentimiento de los estados : que todas las tropas estranjeras que se allasen al serbizio de los estados se lizenziarian luego que ellos le requiriesen ; i en fin que si el duque faltaba á cualquiera de las susodichas condiciones, zesaria su derecho á la soberanía, i la obligazion de obe-
 derle las probinzias i reconocer su autoridad.

Este tratado le miró Felipe como una infrac-

zion de la paz que tenia con Enrique, á quien izo se diesen las quejas. Enrique por política aparentó desaprobá la conducta de su ermano, i aun estar contra él irritado; empero léjos de que así fuese regozijabase interiormente de que su ermano saliese del reino; porque su lijereza i caprichos le causaban frecuentes inquietudes; i si se cree lo que algunos istoriadores dizen, llegó asta asegurar á los estados en secreto, que les embiaria tropas i dinero luego que las re-bueltas de su reino se disipasen.

Empero por mui irritado que el rei de España estubiese con el de Franzia, aun lo estaba mucho mas con el príncipe de Oranje á quien miraba como autor de aquella nobedad, i prinzipal instigador de los estados jenerales para tan atrevida resoluzion. Nada abia omitido Felipe para librarse de un ombre que por tantos años abia dado tanto en que entender á sus mejores jenerales, é inutilizado todos los esfuerzos de sus mejores tropas. El medio de la negociazion i toda espezie de artificios abian sido empleados sin fruto. Tomó pues el partido de recurrir á la traizion, i con la esperanza de eszitar á algun malbado á que atentase contra la vida del príncipe, izo publicar contra él un edicto de proscripzion en que le acusaba de aber eszitado i fomentado el espíritu de discordia, i sido el orijen de todos los males que oprimian á los Países-Bajos: prohibia á sus basallos toda comunicazion con él i darle pan, agua, ni fuego: i prometia á cualquiera que le entregase muerto ó bivo, ó que le matase, beinte i zinco mil escudos de recompensa, nobleza á él i á sus cómplizes si eran plebeyos, i el perdon jeneral de toda espezie de crímenes anteriormente cometidos por mas grandes i enormes que fuesen.

Desde el funesto tiempo del triumbirato de Roma, el mandar matar ni asesinar era casi inaudito; empero mui conforme al natural sombrío, bengatibo i cobarde de Felipe. Pudiera el príncipe usar de represalias, i balerse del mismo medio para bengarse; pero prefirió el azer que se conoziese la falsedad de las imputaciones que se le azian, i justificarse ante el uniberso entero de los crímenes de que se le acusaba. Izolo en una apolojía de su conducta, que dirigió á los estados jenerales, al mismo tiempo que embió copias de ella á todas las cortes de Europa. Esta apolojía es uno de los mas preziosos monumentos de la istoria de aquel tiempo, porque contiene muchos echos, cuyas particularidades referidas con la mayor escrupulosidad, dan un gran conozimiento de los caractéres de Guillermo i Felipe, i de los prinzipales actores de las eszenas que entónzes ubo en los Países-Bajos. Si se nota demasiado calor en el estilo, poca mesura en las espresiones, i se dan por ziertos i berdaderos, echos de que los istoriadores contemporáneos ablan con reserba i zircunspeccion; téngase presente cuánta debia de ser la indignazion del príncipe, i le serbirá de disculpa. En fin, ¿quién podria saber mejor que él lo que pasaba? ¿I podrá sospechársele de falsedad, ni acusar de esajerazion cuando por confesion de sus mismos enemigos ningun príncipe a poseido en mas alto grado todo lo que caracteriza un ombre de berdad i sinzero? Nunca sus enemigos, siendo tantos, le an combenzido de aber faltado ni siquiera una bez á la berdad en la narrazion de los echos. Estos eran rezientes; i si no ubieran sido tales cuales el príncipe los referia, nada mas fázil á las personas interesadas en justificarse, que el aberlo echo cono-

zer al público: todo les obligaba á azerlo: su interés personal, i sobre todo, su onor fuertemente atacado en la apolojia, pedia que la refutasen: no lo an echo, de lo cual, así como de las otras zircunstanziyas, se deduze naturalmente la zerteza de los echos contenidos en ella, aunque muchos sean de aquellos que esijen las mayores pruebas para darles asenso.

Izieron los estados lo que debia esperar el prínzipe: emplearon muchos dias en el esámen de su apolojia, i decretaron que se estendiese un acta en que los estados atestiguaban la falsedad de todos los echos en que Felipe abia fundado la proscripzion; declaraban que el prínzipe, no solo abia sido regularmente elejido para desempeñar los diferentes cargos que tenia, sino que ninguno abia azeptado sino á sus instanzias. En seguida le pedian que continuase ejerziendo los poderes con que le abian autorizado: le daban grazias de muchos eminentes serbizios que á la confederazion abia echo, se obligaban á obedezzer sus órdenes, i concluian ofrezziéndole mantener á sus espensas una compañia de guardias á caballo que belase sobre la seguridad de su persona, de la que dependia la suya propia.

Pocos dias despues le dieron una nueba prueba de su zelo i de la sinzeridad con que abian echo propia su causa. La eleccion del duque de Anjou era una renunzia birtual de la obediencia á Felipe; sin embargo, aun se azian los actos públicos como antes en su nombre i el de los estados: ni se abia mudado nada á la fórmula de juramento que se esijia á los que obtenian empleo público. En algunas ziuudades de la confederazion, no obstante aber consentido en la eleccion del duque, manifestaba el pueblo la

mayor repugnancia á tales mudanzas: consecuencia del apego que los ombres tienen á las formas exteriores, aun despues de abolidas las instituciones en que se fundan. Mas, conociendo los estados la contradizion que abia entre las antiguas fórmulas i la resoluzion acabada de tomar; temiendo ademas el peligro que abria en dejar al pueblo ninguna duda azerca de aquellos á quienes debia obedezzer, resolbieron quitar toda espezie de ambigüedad por una solemne declarazion de aber perdido Felipe la soberanía de los Países-Bajos.

Estendióse el acta en una asamblea al intento convocada en el Aya, compuesta por los diputados de Brabante, de la Güeldres, de Zutfen, de Flandes, de Olanda, de Zelanda, de Ober-Issel, i de Frisia. Despues de azer en ella la enumerazion de los prinzipales contrafueros que abian obligado á las probinzias á tomar aquella resoluzion, sostenian que era un derecho inherente á todos los pueblos libres el de sustraerse de la obediencia de sus soberanos, quando estos reusaban ostinadamente cumplir las obligaciones de un prínzipe justo i equitativo, i con mayor razon si violaba las leyes fundamentales, i se portaba como un tirano i un usurpador. En seguida, protestaban que por averlo echo así Felipe con sus basallos de los Países-Bajos, abia perdido para siempre toda espezie de autoridad sobre ellos: prohibiase en consecuencia á todos los juezes i autoridades el que prozediesen en su nombre, ni usasen de su sello; i se esijia de los majistrados de las ziudades i demas empleados públicos que se obligasen bajo juramento á oponerse con todo su poder á quanto él i sus partidarios emprendiesen ó quisiesen ejecutar.

Tomadas que fueron estas resoluciones, inmediatamente se ejecutaron: rompiéronse los sellos reales, anulárouse los títulos i patentes; i los empleados zibiles i militares prestaron el nuevo juramento. Es verdad que costó algun trabajo el persuadir á muchos ofiziales municipales que se conformasen con la voluntad de los estados: unos se resistian porque escrupulizaban deazer segundo juramento despues de echo el primero: otros porque dudaban que probidencias tan fuertes i bigorosas como las que se tomaban combinesen entonzes, atendiendo las muchas nabes i mercanzías pertenezientes á los Países-Bajos que en los puertos de España se allaban. No obstante, aunque á costa de muchos cuidados i fatigas se logró remober las dificultades; i todos los abitantes de las probinzias, cuyos diputados firmaron el acta, izieron el juramento que de ellos se esijia. (1)

En aquel mismo tiempo dejó el archiduque los Países-Bajos, despues de zerca de cuatro años de residencia en ellos, en que nada izo por su reputazion, ni en beneficio del pueblo que le combido á que fuese á gobernarle. Trabajó quanto pudo para persuadir á los estados á que le elijiesen soberano; i como permaneziese en Flandes aún mucho tiempo despues de prefe-

(1) A consecuencia de las representaciones del prinzipe de Oranje, izieron los estados en aquel mismo tiempo muchos reglamentos utiles, relativos á justizia, azienda i guerra. Tambien se establezió el consejo de estado. Nada omitió el prinzipe para demostrar la importancia de su establezimiento, así para ebitar los inconvenientes anesos á la lentitud con que siempre prozeden corporaciones numerosas, como para serbir de freno al nuevo soberano que acababan de elejir. Grotius, lib. 3. Meteren, &c.

rído el duque, es mui presumible que el príncipe le combenziese de la absoluta nezesidad de que se retirase; i con efecto lo izo azeptando una pensión anual de zincuenta mil florines (1) que los estados le ofrezieron, inmediatamente despues de electo el de Anjou.

En tanto que los estados arreglaban los asuntos zibiles i políticos no estaban los ejéztos oziosos. Ubo en la Frisia muchos reñidos encuentros con barío suzeso entre las tropas españolas, mandadas por Schenk i Berdugo i las de los estados por el coronel Norris i el conde de Oenloe. Sin embargo, nada se izo de considerazion mas que la sorpresa de Breda, entregada de noche por algunos soldados de la guarnizion que los ajentes del príncipe de Parma abian allado medio de seduzir. (2)

Al propio tiempo el mismo príncipe tenia bloqueada á Cambrai; pues por no tener bastante jente para adelantar el sitio, se abia bisto en la nezesidad de combertirle en bloqueo. Inchi, que mandaba la plaza, recurrió al duque de Anjou, á que se agregaron las mas reiteradas i urgentes instancias de los estados i del príncipe de Oranje. Bien conozia el duque lo que interesaba su gloria en aprovechar la primera ocasion que se le ofrezia de ser útil á sus nuevos basallos, i manifestó públicamente la intenzion que tenia de azer que se leuantase el sitio. Inmediatamente acudieron de todas las partes del reino un considerable número de caballeros á ofrezerle sus serbizios. En pocos dias puso en

(1) En 1608 el ermano del archiduque le zedió el reino de Ungría, i el de Boemia en 1611: el año siguiente obtubo la corona imperial.

(2) Meteren, p. 313.

pie un ejército de doce mil infantes i cuatro mil caballos, i á su frente se dirigió á Cambrai. Eran estas fuerzas muy superiores á las del de Parma, que considerando además que las componian ombres valientes i animosos, no juzgó prudente arriesgar contra ellas un combate: dejó pues sus trincheras i se retiró. Así se libró Cambrai, cuyos habitantes despues de tantos meses de bloqueo abian padezido mucho por falta de víveres. El duque de Anjou, que llevaba una gran provision dió la mayor parte á la ciudad; en la que se le recibió con los mayores aplausos: fué su entrada magnífica: los habitantes en prueba de su reconocimiento, le llamaban el protector de su libertad. De allí pasó á poner sitio á Cateau-Cambresis, que casi inmediatamente se rindió. (1)

Este primer triunfo del duque difundió la mayor alegría en todas las provincias confederadas, i les izo augurar favorablemente de su nuevo gobierno. Suplicaronle los estados con la mayor instancia que se aprovechase de las circunstancias, i marchase sin perder tiempo ázia la Flandes, donde se le uniria un cuerpo de tropas que allí tenían. Respondióles el duque que no estaba en su mano el deferir á lo que le pedian: «mi ejército, les dijo, casi todo se compone de voluntarios, que no se han alistado en mi servicio sino por poco tiempo, i solo por socorrer i librar á Cambrai: fuérame imposible permanecer mas tiempo: además me faltan los fondos necesarios para pagarles el pre; pero tengo esperanzas de volver bien pronto con un poderoso ejército; i entre tanto, emplearé todo mi influjo con el rei mi hermano, i con la reina de Inglaterra para

(1) Meteren, p. 315. Bentib., part. 2, l. 2.

atraerlos á que se interesen en favor nuestro.»

Tenia el rei poderosos motivos para conzeder al duque los socorros que para las probinzias le pedia; como que era el medio de alejar de la corte i del reino aquel jenio turbulento é inquieto que tanto abia contribuido á aumentar los alborotos. Otro motivo no menos poderoso era el de bengarse del rei de España, protector secreto de la liga de los católicos; que como despues diremos, azia poco que la abia formado el duque de Guisa, bajo el espezioso pretesto de proveer á la conserbazion de la relijion; mas en la realidad para restrinjir la autoridad del soberano. Sin embargo, no se allaba Enrique en disposizion de romper abiertamente con Felipe: sus rentas gastadas, i en el mal estado que era consiguiente á su carácter indolente i á sus afeminadas costumbres; á que se agregaban las innumerables calamidades que aflijian al reino. El rei de Nabarra por una parte, i el duque de Guisa por otra, cada uno al frente de un partido considerable, le daban aun mas ocupazion que la de que eran capaces sus fuerzas i abilidad. En tales zircunstancias todo lo que el duque pudo lograr de su ermano se redujo á promesas; i esperando mas feliz resultado de sus instancias á la reina de Inglaterra se determinó á pasar allá.

Eran tanto mas bien fundadas estas esperanzas quanto que azia algun tiempo que Isabel parecia inclinarse á dar la mano al duque que se la tenia pedida. A su llegada á Inglaterra fué rezibido de la reina del modo mas satisfactorio; i á pocos días, asta mandó á sus ministros que estendiesen los artículos de las capitulaziones. Aun izo mas: despues de una combersazion larga i animada que con él tubo, se la bió meter en un dedo del duque una sortija que sacó del

suyo; de cuya acción infirieron los espectadores, que acababa de prometerle la mano, i quería que así se creyese, i se divulgase. No es berisimil, como muchos istoriadores creyeron, que fuese su intenzion dar la entretenida al duque en favor de los designios políticos que tenia formados. Ni se conzibe cuales pudieran ser que la obligasen á llevar el disimulo asta aquel extremo. Es berdad que á pesar de las buenas qualidades que poseia no estaba esenta de las debilidades de su sexo. Alagada por la inclinacion que en el duque beia, i por el cuidado con que asiduamente la azia la corte, es mui creible que Isabel le tubiese particular afecto, i que diese á sus proposiciones la atenzion que merezian. Empero su ambizion, i sobre todo, el amor á la independenzia que conserbó toda su vida triunfaron de la inclinacion de que se abia dejado llevar por un momento, i repentinamente mudó de resoluzion; i para justificarla dió al duque al anunziárselo las mayores seguridades de socorrerle i ayudarle con todo su poder á mantenerse en su nueva soberanía. Ya no se bolbió á ablar de casamiento, i despues de tres meses de permanenzia en Inglaterra dió el duque la bella para los Países-Bajos, escoltado por una considerable escuadra en que la reina izo que se embarcasen muchas personas de la primera i última nobleza; sin duda para que entendiesen los nuevos basallos del duque, que el no aberse berificado su matrimonio en nada abia alterado el interés que tenia en la prosperidad de aquel príazipe.

I S T O R I A

DEL REINADO DE FELIPE II,

REI DE ESPAÑA.

LIBRO DÉZIMO OCTABO.

Despues de una feliz travesía de tres dias, abordo el duque el 10 de febrero á Flesinga, de donde pasó á Middelbourg, i de allí á Ambéres el 19, escoltado por zinquenta nabios de guerra. Las dos riberas del Escalda, i las calles por donde tenia que pasar para llegar á palazio estaban cubiertas por mas de beinte mil zudadanos sobre las armas. Aquella ziedad rica i la mas comerciante que abia en Europa no perdonó á gastos para manifestar á su nuevo soberano su adesion i respeto. Despues que prestó el duque el juramento ordinario de mantener los derechos i pribilejios de los abitantes, i rezibió el de fidelidad de los estados, tomó posesion de su soberanía en presencia del pueblo: la alegría i regozijo estaban pintados en todos los semblantes.

i Azia algun tiempo que se abia proibido en Ambéres el ejerzizio de la relijion católica; i por complazer al nuevo soberano se conzedió á

los que la profesaban el que pudiesen tener una iglesia donde ejercer libremente su culto; á tal empero que renunziasen á la sumision i fidelidad que asta entonzes guardaran al rei de España, i se la jurasen al duque de Anjou. Mui pocos azeptaron la oferta, i muchos quisieron mas repunziar aquel favor que á la obediencia que juzgaban deber á Felipe. Ningun cuidado dió esto al duque ni á los estados: sin embargo aconsejaba la prudenzia que precabiesen sin demora las consecuencias que podia tener el descontento que los católicos manifestaban por la nueva forma de gobierno. En consecuencia izieron publicar un edicto en que se condenaba en la multa de doscientos florines á los que reusasen jurar fidelidad al nuevo soberano; i poco despues otro señalando la pena de destierro. (1)

La alegría difundida por la llegada del duque fué turbada pocos dias despues de su instalacion por el horrible atentado que se cometió contra el príncipe de Oranje. El proyecto le fraguó en España un tal Isonca, i se le comunicó á Gaspar Anastro, banquero español en Ambéres, como un medio de que restableziese sus negocios que estaban en mal estado. Para eszitar á Anastro á ejecutar el proyecto sanguinario le embió Isonca una promesa escrita de proprio puño del rei, de pagarle ochenta mil ducados inmediatamente que cometiese el asesinato de que querian se encargase. Empero no considerándose Anastro con el balor nezesario para tan arriesgada empresa se dirijió á un doméstico suyo llamado Juan Jáuregui, bizcaino, de carácter melancólico, de pocas palabras, meditabundo, mui adicto á su rei, mas á su relijion, i

(1) Meteren, p. 325.